LOLES LÓPEZ

DULCE VENDETTA



Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Cita

1. La tormenta. Claire

2. «Abitare». Claire

3. La mansión. Claire

4. ¿¡Boda!?. Claire

5. Un extraño. Claire

6. El castillo. Claire

7. Como un león se acerca a su presa. Claire

8. «Morte ai Corsini!». Claire

9. Nadie dice no a los Corsini. Claire

10. Una mala idea. Claire

11. Tentador embrujo. Claire

12. El abogado del demonio. Claire

13. Monstruo. Claire

14. La pelirroja. Leone

15. Genio kamikaze. Leone

16. El yugo de la mafia. Claire

17. Tu salvación. Claire

18. Todo por culpa de Claire. Leone

19. Un matrimonio forzado. Claire

20. El primer golpe. Leone

21. «La mia rossa». Claire

22. Mía, y no de él. Leone

23. Encerrada. Claire

24. Desenmascarar a una rata. Leone

25. Yo lo sé todo. Claire

26. Yo sería la siguiente. Claire

27. Por pura necesidad. Leone

28. Por ella y por nadie más. Leone

29. La nada. Claire

30. Niégate. Claire

31. Jugando con fuego. Claire

32. Desde el primer día. Leone

33. Un maldito error. Claire

34. Un huracán que podría devastarlo todo a su paso. Claire

35. Cálida llama. Leone

36. Mía. Claire

37. Para siempre. Leone

38. Una cita de ensueño. Claire

39. Pero lo harán. Leone

40. Mi triste realidad. Claire

41. Sombras y oscuridad. Claire

42. El maldito plan C. Leone

43. Mi peor pesadilla. Claire

44. Cómo soy realmente. Leone

45. Un espejismo. Claire

46. A mi oscura existencia. Leone

47. Más que físico. Claire

48. El silencio. Claire

49. Me sobrestimas. Claire

Epílogo. Imparable. Leone

Quince años antes. Leone

Nota de la autora

Agradecimientos

Biografía de la autora

Créditos

Dulce *vendetta*

Loles López

Click
EDICIONES

La luz no puede existir sin la sombra;
la sombra no puede existir sin la luz.

LAO-TSE

1
La tormenta

Claire

«Cuando salgas de la tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso trata la tormenta».

Volví a leer esta frase que escribió Haruki Murakami y que, gracias a mi madre, era lo único permanente que había tenido en mi habitación, independientemente de la casa en la que viviéramos. Podría recitarla de memoria; sin embargo, era la tercera vez que la leí en lo que iba de mañana, como si quisiera encontrarle otro significado.

Después, como si fuera una coreografía ensayada, miré el teléfono móvil que descansaba en mi desconchado escritorio y volví a esas palabras que se me clavaban como puñales, resquebrajándome por completo.

No, no había salido de la tormenta.

Es más, me había acostumbrado tanto a ella que me daba temor sacar un pie del caos que tenía alrededor. Porque salir de la tormenta equivaldría a aceptar mi fracaso, a darme cuenta de que ya no podía hacer nada más, y eso era lo que más miedo me daba. ¿Y si estaba todo perdido?

¿Y si no era capaz de solucionarlo?

¿Y si no podía salir de la tormenta?

«¡¡Nooooo!!», oí de repente, y me levanté de un salto para ir al dormitorio de mi madre.

La encontré de pie, con la lámpara en la mano a modo de arma. Sus ojos, del mismo tono verde que los míos, estaban anegados en lágrimas.

—Soy yo, mamá —susurré, como hacía cuando hablaba con ella, para no alterarla más, y caminé lentamente en su dirección.

A cada paso que daba, ella daba otro hacia atrás, hasta chocar con la pared. Su gesto era de puro terror y su cuerpo, cada vez más delgado, temblaba con tanta virulencia que parecía una delicada flor intentando que un huracán no la arrancase de la tierra.

—¡¡No te acerques!! —gruñó con una extraña voz que nació de las profundidades de su ser.

—Mamá, soy Claire —le recordé, tendiéndole una mano para que me diese la lámpara—. Estás a salvo. Estamos a salvo, mamá.

—No, no… —balbuceó. De su atemorizada mirada se derramaban unos lagrimones que surcaban sus pálidas mejillas—. Nunca estaremos a salvo, y todo es por su culpa. Nos tenemos que marchar de aquí, cariño. Nos tenemos que ir ya, porque él sigue vigilándonos, y no descansará hasta que volvamos, para tenernos controladas —añadió abriendo los ojos cada vez más, fuera de sí—. Para que hagamos lo que él desee, sin importar lo que queramos.

—Lo sé… —le dije deslizando mis dedos por la lámpara. En vez de dármela, la levantó como si me quisiera pegar—. Mamá, mírame —le pedí con seriedad—. Soy yo, Claire, y estamos en Fairhope. Llevamos un año viviendo aquí, y ahora iremos a pasear, ¿vale? Y, si quieres, podemos ir a la playa, para que te mojes los pies en la orilla, como tanto te gusta.

—¿Hace frío? —Frunció el ceño de una manera que le restó años y le añadió más vulnerabilidad.

—No… Ya estamos en junio, y hace calor.

—No me gusta el frío. Nunca me ha gustado el frío, y en Canadá hace tanto… —dijo con un hilo de voz.

No sé qué ocurrió después, porque sus ojos me miraron de una manera extraña, vacía, fría, como si no fuese mi madre.

Rompió la lámpara contra la pared, sobresaltándome, ya que no esperaba esa reacción de ella. Unos trozos de porcelana salieron despedidos por la habitación.

—Mamá, por favor, mírame —le supliqué, pero ella no me escuchó. Estaba absorta, observando el trozo más grande que todavía tenía cogido, como si estuviese a millas de distancia de allí, tan lejos que era incapaz de hacer que mi voz la alcanzara—. Soy Claire, mamá…

—Estoy taaan cansada de huir —dijo con una voz temblorosa, cargada de pesadez y de dolor, mientras deslizaba la porcelana resquebrajada por el interior de su muñeca.

Salté tan rápido hacia ella que ni siquiera supe cómo lo hice. Le agarré la mano y la separé de su piel. En ese momento, sus ojos, llenos de miedo y confusión, me miraron como si estuviese en medio de un extraño sueño. Como si viviese en una pesadilla de la que no pudiera escapar.

Logré quitarle la lámpara rota y la dejé en el suelo. Me di cuenta de que la fuerza no había mermado en ella, porque me costó arrebatársela. Aunque cada día que pasaba estaba más delgada, todavía permanecía intacta su fuerza. Esa era una de las cosas que más rabia me daban, porque ella siempre había sido una luchadora incansable. Sin embargo, en los últimos meses ya nada parecía como antes, y yo empezaba a dudar de qué era lo mejor para ella…

Mi mirada se deslizó a su muñeca, y ella siguió la trayectoria de mis ojos.

—¡¡Me lo ha hecho él!! —jadeó asustada. Un fino hilo de sangre salía de su pálida piel.

—¿Quieres descansar un poco antes de salir a pasear? —le pregunté, obviando lo último que había dicho. Mamá volvió a centrarse en mí y dejó de mirarse la herida.

Había descubierto que era absurdo hacerla entrar en razón, pues se empecinaba en echar las culpas de todo lo que le ocurría a mi padre. Daba igual que llevara siete años sin verlo: todo lo que le ocurría era por su culpa. Además, si intentaba que comprendiera que había sido ella quien se había lesionado, se ponía más nerviosa y me costaba el triple de esfuerzo tranquilizarla. Por eso, dejé de discutir con ella y opté simplemente por cambiar de tema.

—Sí… ¿Tu padre dónde está?

Suspiré resignada: esa pregunta me la hacía todos los días y a todas horas. En los últimos meses, incluso más a menudo que antes.

Lo único que le preocupaba era saber dónde estaba él.

—Papá sigue en Canadá.

—Nunca vayas a Canadá, Claire —me pidió como las demás veces, y asentí, como siempre, mientras la llevaba a la cama—. Aléjate lo máximo de él y de esa vida… Eso es lo que debería haber hecho yo. Nunca debí huir de casa para casarme con él a escondidas. Debí haber hecho caso a mis padres; nunca les gustó.

—Porque era italiano, mamá…

—No, ellos intuyeron algo que yo no veía por culpa del amor. Nunca te enamores de un chico malo, cariño… Te destrozará tanto la vida que ni siquiera te reconocerás en el espejo.

Volví a suspirar, esta vez con pesar. Últimamente no paraba de acordarse de sus padres, que dejaron de hablarle cuando se casó. Ni siquiera cuando se separó de él, hacía siete años, volvieron a

acogerla, como si la estuvieran castigando eternamente por una decisión que acabó mal.

La ayudé a taparse mientras se recostaba sobre la almohada y le sequé la cara mojada por las lágrimas con un pañuelo de papel. Ella no dejaba de susurrar esa última frase sin cesar, como si el amor hubiese sido el culpable de todos sus males y mi padre fuese alguien horrible… Le curé la herida de la muñeca y le puse una tirita, aunque era un corte superficial y agradecí no tener que ir otra vez a Urgencias. Luego me senté en el borde y le acaricié la mano.

Poco a poco, de manera desconfiada, susurrando palabras incoherentes e inconexas, como si temiese que algo la privara de su descanso, mi madre se volvió a dormir…

Salí del dormitorio intentando hacer el menor ruido posible para no despertarla y entré en el mío, que se encontraba justo al lado. Me quedé de pie, mirando la frase que me llevaba martirizando los últimos meses. Sabía que tenía que hacer algo; esta situación no podía continuar así…

Negué con la cabeza, di los tres pasos necesarios para plantarme delante del escritorio donde había dejado el móvil y lo desbloqueé con la huella dactilar. Cogí aire para llenar los pulmones y, sin pensarlo más —llevaba demasiados días con ese pesar instalado en mi pecho y la única alternativa sobrevolando mi mente—, busqué el contacto de mi padre y lo seleccioné para hacerle una llamada.

Cada tono que escuchaba me hacía removerme inquieta; incluso estuve tentada de colgar para intentar encontrar otra solución. Aunque ya lo hubiese pensado todo, ¡hasta lo más absurdo!, y sabía que no había más escapatoria.

Era mi última alternativa. Si fallaba, no sabía qué iba a hacer…

—¿Quién es?

Solté el aire que había cogido antes y me agarré con fuerza a la desesperación, pero también a la esperanza, cuando escuché la voz de mi padre después de siete años sin hablar con él.

—Papá, soy Claire.

—¡Claire! —exclamó con una exhalación teñida ligeramente de preocupación—. ¿Estás bien?

Solté una pequeña risa que salió sin ruido, más como un resoplido irónico. Cerré los ojos un segundo y alcé la cabeza, porque no era normal que me preguntara eso. Desde que mi madre se separó de él, era como si hubiésemos desaparecido de su vida.

Abandonamos Canadá y rompimos toda relación con él de manera abrupta. Mi madre no me permitía llamarlo, y tampoco aceptaba sus llamadas, aunque en un descuido conseguí su número y lo guardé por si ocurría algo…

—No… —dije con congoja—. Mamá está mal, y yo no puedo… —Se me cerró la garganta por culpa de las emociones. ¡Maldita sea!, no quería haber llegado a este momento—. No puedo ayudarla como ella necesita.

—¿Qué quieres? —Su voz cambió. Ahora era incluso más fría que antes, como si le molestase hablar de ella. Lo pude entender. Fue ella quien lo dejó…

—Lleva años sufriendo brotes psicóticos, pero últimamente sus crisis son cada vez más fuertes y habituales, y ya no puede quedarse sola en casa…

—No te he preguntado qué le pasa a tu madre, Claire —me cortó, como si le importase poco la salud mental de la que fue su esposa—. ¿Por qué me has llamado?

—Su médico me ha recomendado que la internemos en un hospital psiquiátrico privado pionero en tratar su enfermedad, donde

podrá estar mejor atendida, pero no puedo hacer frente a ese elevado gasto…

—Me llamas para que le pague la clínica a tu madre —resumió, cínico. Sentí que la garganta se me cerraba de golpe, y temí que se negara, y que esa decisión me arrastrara de nuevo a la casilla de salida—. Quieres que ayude a la mujer que me abandonó y me apartó de ti hace siete malditos años, sin darme opción a verte, ni a llamarte, ni a nada.

—Papá… —suspiré agotada.

Llevaba demasiado tiempo con esto a la espalda para que ahora viniese recriminándome algo que formaba parte del pasado. Además, fue una decisión de ella, y era yo la que le estaba pidiendo ayuda.

—¿Qué saco yo en todo esto? —soltó de repente. Dudé por un instante si había escuchado bien.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a pagar la estancia de tu madre en ese hospital, que claramente está fuera de tu alcance, sin obtener nada a cambio.

—Yo… no tengo nada para ofrecerte, papá.

—Te equivocas —comentó con tranquilidad, y no sé si fue su tono o lo que dijo, pero sentí cómo un escalofrío me cruzaba la columna vertebral—. Necesito a alguien de confianza para que lleve mi agenda y todo el papeleo… La secretaria que tengo es nefasta, y tú podrías ocupar ese puesto.

—¿Quieres que vuelva a Canadá contigo?

—Exacto, Claire. Si vuelves, yo pagaré el hospital y todos los gastos necesarios para que ella esté bien cuidada, y tú ganarás un buen sueldo trabajando para tu padre. Si, por el contrario, decides no volver a tu verdadero hogar…, siento mucho decirte que no te podré ayudar y que tu madre tendrá que conformarse con lo que su

hija esté dispuesta a hacer —soltó de una manera tajante y simple, como si la vida fuese tan sencilla. Y, maldita sea, no lo era, porque lo había intentado todo antes de recurrir a él. Sabía que podría internarla en otro hospital que no fuera tan caro, pero necesitaba que mi madre se recuperara. Que volviera a ser la que era, y no tenerla aparcada mientras la atiborraban de pastillas—. Mañana te llamaré y me dices qué has elegido.

—Papá —dije rápidamente antes de que me colgara.

—Dime.

—No hay nada que pensar —confesé mientras una lágrima abandonaba mis ojos—. Haré lo que sea para que ella esté en ese hospital.

«Para que ella tenga alguna posibilidad de volver a ser la que era», pensé, notando un pinchazo en mi pecho.

—Pásame los datos de ese lugar ahora mismo. Voy a agilizar su ingreso para que puedas coger un vuelo lo antes posible. Nos vemos pronto, Claire.

Y sin dejar que añadiese nada más, me colgó.

Dejé el móvil sobre el escritorio mientras las lágrimas emborronaban mi visión. De mis labios se escapó un sollozo, que intenté frenar con mis manos. Mis piernas flaquearon, y acabé de rodillas en el suelo.

Si mi madre hubiese estado lúcida, jamás me hubiese permitido pedir ayuda a mi padre; pero no podía hacer otra cosa…

Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que ella sanara, incluso ir en contra de sus deseos y volver a Canadá con mi padre.

Lo que todavía no sabía era que esa decisión me iba a sacar de una pequeña tormenta para acabar metida en el ojo del huracán.

2

Abitare

Claire

En cuanto salí del coche, me quedé plantada delante de ese altísimo rascacielos. Mis piernas temblaban y mi corazón latía tan rápido que tuve que ponerme una mano sobre el pecho para intentar apaciguarlo.

Habían pasado tan solo cuatro días desde que hablé con mi padre por teléfono.

Tenía que reconocer que no me mintió al asegurarme que iba a agilizar el ingreso de mi madre, porque a la mañana siguiente ya tenía un hueco en ese prestigioso hospital psiquiátrico.

Después de recibir esa llamada que llevaba ansiando desde que el médico me recomendó internarla, prácticamente no había dormido, intentando llegar a todo y que no se me olvidara nada. Me sentí como si estuviese dentro de un programa de televisión con un contador que amenazaba con llegar al cero. Hacer una mudanza era estresante, lo sabía bien, había protagonizado varias en los últimos siete años, pero nunca lo había hecho yo sola. Cierto que esa necesidad de movimiento de mi madre había conseguido que no almacenáramos cachivaches inservibles y me había ahorrado tiempo. Sin embargo, había alquilado el apartamento vacío y tenía que dejarlo en las mismas condiciones antes de marcharnos. Por ese motivo, no solo tuve que hacer las maletas con nuestras cosas, sino que me tocó vender o regalar los pocos muebles y electrodomésticos

que teníamos en un tiempo récord… Además, el poco dinero que tenía ahorrado se lo tuve que dar a una vecina que me ayudó a cuidar a mi madre mientras yo me despedía de mis dos trabajos y vendía el destartalado Ford que compró mi madre de segunda mano nada más marcharnos de Canadá, y que habíamos utilizado para movernos por Estados Unidos de ciudad en ciudad, como unas nómadas a las que les costara encontrar su lugar en el mundo…

Mamá ni siquiera se enteró del trajín que llevaba. Las últimas pastillas que le había recetado el psiquiatra la dejaban medio aturdida y evitaron que fuera consciente de que íbamos a dejar Alabama, aunque dudaba de si recordaba que estábamos aquí. A veces, con tanto viaje, confundía las ciudades o los estados, y me tocaba recordarle dónde vivíamos en cada momento…

Quizá debido al ruido del helicóptero medicado que nos envió el hospital para recogerla, cuando mi madre subió al aparato fue como si reviviera de golpe y empezó a gritar y a lanzar puñetazos. Ni siquiera pude calmarla yo, que estaba a su lado para que el viaje no le resultara demasiado traumático. Al final, una enfermera le tuvo que administrar un potente calmante intravenoso que la dejó durmiendo todo el vuelo…

Cuando llegamos al hospital, que se encontraba en Belmont (Massachusetts), no me permitieron estar mucho tiempo con ella. Lo justo para ver cómo era su dormitorio y las instalaciones. Tuve la oportunidad de hablar con una de las enfermeras, a la que le di mi número —sin importar que el propio hospital ya lo tuviera—, por si mi madre necesitaba hablar conmigo…

A veces me sentía más su madre que su hija. En los últimos años, la preocupación me hizo ser sobreprotectora con ella, hasta el punto de abandonar la idea de tener una vida propia. Vivía para y por ella. Era lo menos que podía hacer. Era mi madre, me había criado de la

manera que ella consideraba mejor para mí, aunque no fuera la más común, y me había convertido en la mujer que era gracias a sus enseñanzas.

O a sus paranoias…

Cuando llegó la hora de despedirme, le di un beso en la mejilla, aunque sabía que ni se acordaría. Todavía estaba bajo los efectos del calmante, y me miraba sin verme… Cuando me volví antes de desaparecer por la puerta, me sentí culpable al verla tan frágil sobre la cama, con la mirada perdida, y tan delgada que podía cogerla en brazos sin dificultad. Cogí aire y me marché con la sensación latente en mi corazón de que la estaba abandonando… Aunque sabía que había tomado la mejor decisión para ella, mamá no era consciente de estar enferma.

Deseché mis pensamientos para centrarme en ese momento. Acababa de llegar a Toronto y me estaba dando cuenta —minutos antes de ver a mi padre— de que no había escogido bien la ropa. No ya porque el vaquero que llevaba estaba tan desgastado que pedía a gritos que lo jubilara, y la camiseta de manga corta básica de color blanco era de unas rebajas de hacía un par de años, sino que no era la mejor opción para pisar un lugar tan lujoso como ese. Pero era lo mejor que tenía en la maleta.

—Señorita, tiene que entrar y dirigirse al ascensor —me dijo Paolo, el chófer de mi padre, que había ido a recogerme al aeropuerto, sacándome de mis pensamientos.

Sonreí, asentí y di un paso al interior, donde me moví por inercia nada más pisar el vestíbulo del rascacielos. Hablé con la recepcionista, la cual me dio una identificación para poder pasar; entré en el ascensor, oprimí el botón trece y esperé pacientemente mientras la gente entraba y salía a medida que iban pasando los pisos. Cuando alcancé la planta seleccionada, caminé hasta la lujosa

oficina donde el dorado era el protagonista. El nombre de la empresa estaba escrito en letras negras sobre fondo dorado, donde se podía leer: Abitare. No pude evitar extrañarme al darme cuenta de que esa palabra estaba escrita en italiano y que significa «habitar». Lo cierto era que desconocía cualquier aspecto de la empresa en la que trabajaba mi padre, y mucho menos intuía que tendría raíces italianas como las de él…

—Buenas tardes —le dije a la recepcionista, y esta, con una sonrisa, me devolvió el saludo—. Quería ver a Salvatore Bianchi. Soy su hija, Claire.

—¿Eres Claire? Tu padre no ha parado de hablar de ti. Está como loco con tu vuelta —comentó mientras cogía el teléfono. Dibujé una nerviosa sonrisa. La mujer empezó a hablar tan bajo que me fue imposible escuchar qué le decía a mi padre. Cuando colgó, ya me estaba mirando con una amplia sonrisa—. A la derecha hay un pasillo; es la tercera puerta a la izquierda. No tiene pérdida.

—Gracias.

Caminé siguiendo sus indicaciones, hasta encontrar la puerta, y me quedé observando unos segundos la placa dorada que había pegada sobre ella, donde se podía leer el nombre de mi padre y el cargo que ostentaba en dicha empresa: «Abogado».

Tuve que armarme de valor, coger aire para después soltarlo lentamente y conseguir picar suavemente la puerta. No tardó un segundo en llegarme su voz. Al abrir, una sensación extraña me embargó al verlo caminar hacia mí. Era como si la imagen borrosa de mis recuerdos se hiciera más nítida con cada uno de sus pasos. Mi padre todavía conservaba ese porte tan característico suyo, además de esa mirada ambiciosa fija en mí. Vestía un traje oscuro, su cabello negro lo llevaba como recordaba, peinado hacia atrás, con

una buena cantidad de gomina, y sin rastro de canas… Supuse que también se las teñiría, como hacía mi madre.

Cuando nuestros ojos se encontraron, no apareció en su semblante una sonrisa cariñosa o afable; simplemente movió ligeramente la cabeza, como si estuviese valorando un cuadro y asintiera aprobando lo que tenía delante.

—Estás preciosa, Claire —dijo, y me dio un abrazo tan rápido que ni siquiera podría considerarse tal—. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien —contesté un poco incómoda por esa muestra fría de cariño. Era normal. Dicen que el roce hace el cariño, y llevaba sin hablar con él desde los catorce años.

—Estarás cansada, ¿no? —preguntó frunciendo el ceño mientras se acercaba a su mesa. Cogió un maletín de piel, abrió la solapa y sacó algo. Volvió a acercarse a mí.

—Un poco —dije sin entrar en más detalles.

En nuestra única llamada ya me quedó claro que no quería oír hablar de mi madre, y no quería empezar con mal pie.

—Te habrás dado cuenta de que no he reparado en gastos y que, además de pagar ese hospital, la he inscrito en un programa especializado en psicosis.

—Lo sé, y te lo agradezco. Sé que ahí estará bien cuidada, y desde aquí estaré solo a ocho horas de ella…

Un incómodo silencio se instaló entre los dos. Mi padre no cesaba de mirarme fijamente, como si estuviera empeñado en encontrar las siete diferencias entre la adolescente que él conoció y la actual; y podía asegurar que había más de siete… Al fin y al cabo, había pasado de ser una adolescente larguirucha, desgarbada y pálida a una mujer con todas sus letras.

—Mírate, Claire. No te hubiese reconocido si nos hubiésemos cruzado por la calle. Estás increíble. —Se quedó callado, mirándome

detenidamente. Yo no sabía qué hacer: ¿me movía, me quedaba quieta?

—Seguro que mi pelo hubiese ayudado a que me reconocieras —comenté, intentando aliviar la tensión que crecía, pues no sabía cómo comportarme delante de él.

—Sí, tu cabello pelirrojo me hubiese dado la pista, aunque todo lo demás sea irreconocible —dijo nostálgico—. He esperado demasiado para poder tenerte delante, y al final he conseguido lo que tanto he deseado. —Otro silencio, este todavía más incómodo que los demás: no sabía cómo responder a eso—. Mira, esto es para ti. —Me tendió una tarjeta de crédito negra que sacó del bolsillo de su americana, como el que saca un caramelo para dárselo a un niño—. Puedes salir a comprarte lo que necesites, sin límite de presupuesto. Paolo estará encantado de llevarte de tiendas.

—No hace falta, papá —contesté sin tocarla, como si me diese miedo de estropearla con mis dedos…

—Cógela, Claire —me instó. Hice lo que me pidió, porque su voz había cambiado ligeramente, como si le molestara que no accediera a aceptar aquel regalo. Como si fuera una obligación sonreír y agradecer cualquier cosa que él me diese, sin importar lo que mi conciencia dijera.

—Es absurdo que me des esto cuando voy a trabajar para ti y ganaré mi propio dinero —comenté intentando relajar el momento. Sentía que ese trozo de plástico me quemaba en la mano.

Me había dado una tarjeta de crédito negra para que comprara lo que quisiera sin presupuesto alguno… Jamás había tenido algo así. Siempre había mirado cada dólar con lupa, para poder estirar al máximo el dinero, sobre todo cuando mamá dejó de darle importancia a comer o pagar el alquiler. O cuando mamá se quedó

sin trabajo y yo tuve que coger su puesto para poder pagar todos los gastos…

—No tengas prisa por empezar a trabajar, Claire. Me imagino que habrás estado tan liada los últimos años que será raro para ti descansar, ¿o me equivoco? —Me callé, porque había acertado de pleno—. Para mí es importante que te cuides, que descanses, y por eso he pensado que estés unas semanas sin hacer nada en casa. Tómatelo como unas vacaciones, ¿sí? Tienes que habituarte de nuevo a Toronto, comprarte cosas bonitas, ir al *spa*, a la peluquería… Ya sabes, esas cosas que os gusta hacer a las mujeres —añadió, y me tendió unas llaves con un bonito llavero con el emblema de Canadá: la hoja de arce—. Estas son para ti. Te he hecho un juego para que puedas moverte con libertad. Inspecciona la casa de arriba abajo si te apetece, y encuentra tu dormitorio. Sé que no tendrás dudas de cuál es. Está lleno de libros, porque te sigue gustando leer, ¿verdad? —Asentí con timidez, callándome que llevaba demasiado tiempo sin hacerlo por falta de tiempo y dinero—. Bien. Además, te he comprado algo que siempre has querido tener, pero que antes no podíamos permitirnos.

—No hacía falta…

—Sí que la hacía. Ahora vas a vivir como te mereces, Claire. Solo tienes veintiún años, y te veo tan cansada que parece que tengas muchos más —añadió con seriedad. No pude evitar fruncir el ceño, porque no era consciente de que reflejara el agotamiento que llevaba a cuestas desde hacía demasiado tiempo. ¿Era posible que me hubiese acostumbrado a verme siempre cansada y desbordada? —. Corre, seguro que Paolo está esperando a que termines de hablar conmigo para llevarte a casa.

—Claro, gracias por todo…

Mi padre asintió displicente, y dudé un segundo en darle un abrazo. Al final opté por lo que me pidió el cuerpo, que era no tener ningún contacto físico con él. Era demasiado pronto. Le sonreí y me volví para salir del despacho.

Miré cómo mis zapatillas desgastadas, que habían perdido el blanco, de las veces que las había limpiado, avanzaban por el brillante y carísimo suelo de mármol, pensando en que mi padre tenía razón: necesitaba descansar. Tenía la sensación de que no lo hacía desde que nos fuimos de aquí, y no me vendrían mal unos días para relajarme, recargar energías y empezar el nuevo trabajo pudiendo darlo todo de mí.

No era mal plan, la verdad.

No me dio tiempo a salir del despacho de mi padre, pues antes de alcanzar la puerta, esta se abrió sin más y aparecieron en mi campo de visión dos hombres. El primero era más joven que el que iba detrás. Podían rondar los treinta y los sesenta años respectivamente. Ambos, con traje oscuro. Ambos, de cabello negro y con la piel aceitunada. Ambos, altos —más que mi padre, que no llegaba al metro ochenta—, imponentes, elegantes y derrochando seguridad con cada movimiento.

—Disculpe —dije intentando salir.

El joven se interpuso en mi camino, cerrándome el paso.

—Pues yo no lo siento ni un poco —soltó con voz rasgada y una arrogancia palpable.

Lo miré a la cara, extrañada por su insolencia y su descaro.

Tenía las facciones marcadas, duras, contundentes, como si cada rasgo estuviese ahí para no dejar indiferente a nadie. Sus ojos negros eran como un abismo angosto y tenebroso, y su sonrisa, ladeada y llena de arrogancia, me decía que estaba delante de un hombre que escondía algo… maléfico. Para rematar su imagen, tenía

una enorme cicatriz que nacía muy cerca del ojo izquierdo y surcaba su mejilla hasta alcanzar la comisura del labio. Por cómo se la acariciaba con la yema del dedo, de una manera lenta mientras dibujaba aquel surco que partía en dos su rostro, podía asegurar que se sentía orgulloso de ella y quería que todos se diesen cuenta de que la tenía.

Con el tiempo yo había desarrollado, gracias a muchas decepciones y a situaciones complicadas, la capacidad para intuir cómo era la persona que tenía delante. Sin duda, si me hubiese encontrado a este hombre andando por la calle de noche, hubiese cambiado de acera para no pasar por su lado e intentaría evitar mirarlo a los ojos. Tenía la sensación de que le gustaban los problemas; es más, si no existían, era capaz de crearlos él…

—¿Es tu hija, Salvatore? —preguntó el señor mayor con un ligero acento italiano.

Me fijé en que tenía los mismos rasgos que el joven. Era más bajo que este, más corpulento, incluso podría decir que daba más miedo, aunque no tuviera ninguna cicatriz en el rostro. Era como si su simple presencia, su pose recta, su cabeza ligeramente inclinada hacia arriba y su astuta mirada reflejaran lo que manaba de su interior, y no era simpatía o bondad precisamente… Me miró como quien mira un objeto de exhibición, con interés, evaluándome, mientras pasaba al interior del despacho y se plantaba al lado de mi padre, que se irguió todavía más, mostrando una sonrisa orgullosa.

Un escalofrío me cruzó el cuerpo.

—Sí, acaba de llegar —informó mi padre, dando un par de pasos para colocarse en medio del señor mayor y donde estábamos el joven y yo—. Claire, él es Rocco Corsini, mi jefe y dueño de Abitare, y Ruggero, su hijo y vicepresidente de la inmobiliaria más importante de Ontario.

—Y próximamente de Canadá entera —recalcó con orgullo Rocco, provocando que mi padre asintiera con emoción.

—Encantada de conocerlos.

Primero le tendí la mano al jefe de mi padre, que me la estrechó observándome con mucha atención, como si quisiera contar las pecas que tenía salpicándome el rostro. Luego hice lo mismo con el joven, el cual no solo me aproximó un poco más a él, sino que sostuvo mi mano mucho más tiempo del necesario, taladrándome con su inquietante mirada.

Lento.

Obsceno.

Como si con esa mirada quisiera dejarme claro lo que se le pasaba por la mente sobre mí. Sinceramente, no sentí la más mínima curiosidad por saberlo. Es más, me podía hacer una idea, y no me gustaba…

—¿Por qué no sabía que tenías una hija, Salvatore? —dijo Ruggero, señalándome con descaro después de que hubiera conseguido liberar mi mano de su agarre. Y, aunque la pregunta se la hacía a mi padre, no apartó sus oscuros ojos de mí.

—Porque estás en otras cosas, hijo —bromeó Rocco en un tono jocoso que provocó que su hijo se uniera a la gracia—. Tu hija es toda una belleza.

—Sí que lo es —contestó mi padre, mirándome como si no lo hubiese hecho en el rato que llevaba ahí—. Estoy muy contento de que haya accedido a vivir conmigo.

—Entonces, ¿asistirás mañana a la cena? —preguntó el joven. Sonreí de manera tensa.

Nunca me había gustado ser el centro de atención, y en ese despacho me estaba sintiendo más como un objeto que muestran en

un escaparate que una hija que acababa de reencontrarse con su padre.

—Por supuesto —contestó papá por mí, con tal entusiasmo que era como si estuviese contando las horas para esa velada—. Tendrás que comprarte un bonito vestido para mañana, Claire, querida.

—Claro… —Nada más decirme eso, se puso a hablar con su jefe en voz tan baja que era imposible saber de qué estaban hablando… Por otra parte, tenía a Ruggero a mi lado, quemándome con su mirada hasta tal punto que pensé si era la primera vez que veía una mujer en su vida. Dudé un instante, incluso abrí y cerré la boca un par de veces para armarme de valor. Lo cierto era que necesitaba salir de allí lo antes posible. Me estaba cansando de que ese hombre no parara de deslizar su intensa mirada por todo mi cuerpo—. Me voy a ir ya, papá. Paolo estará aburrido de esperarme —solté al fin, casi con la necesidad impregnando esas simples palabras.

—Por supuesto, hija. Luego nos vemos en casa —dijo casi sin prestarme atención, pues toda se la llevaba su jefe, con el que siguió hablando como si nada.

—Estoy deseando que llegue mañana…, *bella* Claire —dijo Ruggero en un tono oscuro, lascivo, y dio un paso a un lado para permitirme salir. La última palabra la dijo en italiano (el idioma natal de mi padre, que conocía gracias a él), de una manera casi pornográfica, que provocó que la bilis se me subiese a la garganta.

Forcé una tirante sonrisa, cogí el pomo de la puerta y salí del despacho de mi padre sintiendo algo extraño en mi interior.

3
La mansión

Claire

Me quedé observando el reflejo del espejo que ocupaba toda la pared de mi nuevo dormitorio, para acostumbrarme a la imagen que daba.

Solo había pasado un día desde que llegué, y ya parecía otra persona…

Desde que me desperté había estado centrada en mí: fui de compras con una *personal shopper* que había contratado mi padre, y estuve en la esteticista y en la peluquería. Me habían aplicado tantos tratamientos que estaba hidratada de pies a cabeza. Para la velada, habían recogido mi largo cabello en una coleta muy sofisticada que caía en ondas por mi espalda. El vestido —ni me atreví a mirar el precio al ver la tienda de renombre en la que estábamos— era de color berenjena, con un ligero brillo, y tan suave al tacto que me podría acostumbrar a llevar prendas tan sedosas. Se ceñía a la perfección al pecho y a la cintura, y caía con sutileza hasta mis zapatos de tacón, también carísimos, a juzgar por la tienda donde los compré.

Ahogué un suspiro que me nació en la boca del estómago y dejé de mirarme cuando escuché a mi padre llamarme desde abajo.

Mientras bajaba las escaleras, sujetándome a la barandilla de madera, me sentí como una princesa impostora. Por fuera realmente

lo parecía, pero dentro de mí seguía habitando la chica que compraba de saldo y miraba cada centavo con lupa.

En cuanto mi padre me vio, una sonrisa se le ensanchó en la cara y asintió con efusividad.

—Estás preciosa, hija —me dijo, y salimos juntos de la casa.

Caminé a su lado. Me fijé en el cuidado jardín que tenía la propiedad. La tarde anterior, cuando me trajo Paolo, me extrañó que viviera en una casa unifamiliar tan grande a las afueras de la ciudad. Me esperaba un apartamento de dos habitaciones en el centro, y no un hogar más acorde para una gran familia. Incluso dudé de si habría una nueva esposa y hermanos que aún no conocía. Sin embargo, cuando abrí la puerta, lo único que me llegó fue el silencio. El chófer de mi padre, que era más bien callado, simplemente puso la maleta a los pies de la escalera y se marchó, dejándome sola. Entonces inspeccioné de arriba abajo la propiedad. Esperaba averiguar si mi padre había rehecho su vida en esos siete largos años. No vi nada que corroborara esa suposición, pues en su dormitorio no había nada femenino, y en su vestidor solo había ropa de hombre. Recorrí el lugar y me maravillé con los muebles modernos, con el suelo de madera, con las vistas a los jardines —uno delante, que daba a la calle, y otro detrás, mucho más grande y privado—, incluso con el silencio que reinaba allí.

—Espero que la asesora personal te haya ayudado a llenar el armario —dijo mi padre en cuanto nos sentamos en la parte de atrás del Bentley gris.

—Sí —dije. Esa mujer me había llevado de aquí para allá sin darme un respiro—. Pero creo que se ha pasado.

—No, qué va. Ahora tienes una nueva vida, Claire. Una donde habrá muchas fiestas como a la que estamos a punto de ir, y debes

ir vestida acorde a tu estatus —comentó con engreimiento mientras se retocaba los gemelos de oro—. ¿Te gusta tu nuevo dormitorio?

—Sí, es… enorme. Además, el puf que has colocado al lado de la ventana para poder leer es… increíble.

—Sabía que te iba a gustar.

Fruncí el ceño al recordar como el día anterior, al entrar en el dormitorio que se encontraba al final del pasillo, no dudé que era el mío. Era tan grande que tuve que parpadear varias veces para asegurarme de que no estaba soñando. En el centro de la estancia había una enorme cama con dosel, un mullido y confortable puf al lado del gran ventanal que daba al jardín para poder leer cómodamente, una estantería enorme con muchos libros de todos los géneros y un armario tan grande que pensaba sería imposible llenarlo hasta que la *personal shopper* se encargó de hacerlo.

—Quería esperarte despierta anoche… —Me encogí de hombros, porque me quedé dormida en cuanto me senté en la cama para asimilar tanto cambio.

—No te preocupes. Tenemos por delante mucho tiempo, Claire. —Miré por la ventanilla: salíamos del barrio residencial de mi padre—. Me han informado en el hospital que has llamado por teléfono para saber cómo estaba tu madre —soltó, y me volví para mirarlo—. Soy el que paga, querida. Es normal que me informen…

—Yo… —titubeé. No había podido evitar coger el móvil en cuanto me puse el vestido, pensando que a mi madre le hubiera gustado verme.

—Ella está bien atendida. He puesto mucho dinero para que así sea, y que la llames no conseguirá que se cure antes.

—Lo sé, pero… —«La echo de menos», pensé, sin poder verbalizarlo.

No solo me había acostumbrado a que mi vida girara en torno a ella; sentía un enorme vacío que se paseaba por mi pecho al no tener la posibilidad de poder asomarme para verla y saber si se encontraba bien. Comprobar, al mirarla a los ojos, si tenía un buen día o las sombras acechaban en su cabeza. Por eso la llamé, aunque no pude hablar con ella directamente. Lisa, su enfermera, me informó de que el psiquiatra le había cambiado la medicación y que esa tarde parecía estar más tranquila.

—Entiendo que la eches en falta, pero no quiero que te olvides de ti, Claire. Mírate hoy: estás preciosa, y ya verás lo bien que te lo vas a pasar. Seguro que tu madre querría que disfrutaras de una fantástica velada.

Asentí, ocultándole el hecho de que, si ella hubiese estado en sus cabales y fuera conocedora de mi actual paradero, no tenía duda de que hubiera venido hasta aquí y me hubiera arrastrado fuera de Canadá…

—Lo sé —mentí, y apoyé la mano en el asiento de piel para sentarme mejor.

En ese momento caí en que la vida de mi padre había mejorado muchísimo en esos años. No solo por la casa y el coche, sino por cada detalle que había en el interior de su hogar y por toda la ropa que me había comprado gracias a las sugerencias de la asesora personal. No quise hacer las cuentas, pero había gastado en un día lo que hubiera ganado con mis dos trabajos en medio año…

Estaba claro que mi padre se movía en otra liga que no había sospechado. No era que tuviese dinero, era que tenía tanto que no le importaba gastarlo en caprichos.

Ese hecho me molestaba, porque mientras mi madre y yo malvivíamos, él tenía una vida sin complicaciones.

Sin pasar hambre.

Sin tener que hacer malabares para comer o pagar las facturas.

Lo miré de reojo pensando qué razones tendría para no haberle dado a mi madre la pensión de manutención en esos años. Estaba claro que tenía dinero; entonces, ¿por qué no le dio ni un dólar nunca? Y, si lo que le ocurría era que no quería pagar, ¿por qué no luchó para obtener la custodia compartida?

Si tanto me había echado de menos, hubiese sido lo más lógico, ¿no?

Abrí los labios, incluso, para formularle esas preguntas. Al final opté por callarme. Solo llevaba un día en Canadá, mi padre había accedido a pagar el hospital psiquiátrico, y no creía que fuera el mejor momento para recriminarle que me hubiese dejado sola con una mujer enferma.

—La cena es en la mansión de los Corsini —dijo mi padre después de un incómodo silencio—. Ya verás, Claire, jamás has visto una propiedad como la de ellos. ¡Te va a encantar! Y no será la única vez que vayas: Rocco disfruta organizando fiestas y cenas muy a menudo, le encanta reunirnos para que nos sintamos parte de la familia. Aparte de que esta cena es muy importante, porque va a anunciar en qué ciudad va a abrir otro Abitare. Poco a poco va a conseguir que esté en todas las ciudades importantes de Canadá. Y, bueno —dibujó una sonrisa mientras me daba unos toquecitos en la mano—, no va a ser la única fiesta que haya esta semana, y así podrás seguir estrenando los vestidos de gala que te has comprado hoy. Mira, ya hemos llegado —me avisó después de unos minutos en silencio, en los que estuve mirando por la ventanilla, y él trajinando con su teléfono móvil.

No me había hecho ninguna idea de cómo sería la casa del jefe de mi padre, pero cuando tuve delante la enorme y majestuosa edificación, me quedé sin habla. Paolo me abrió la puerta y bajé del

Bentley para encontrarme con mi padre, que me guio hasta allí. La mansión era impresionantemente grande, como también el jardín que llevaba hasta ella. La decoración, más propia de una villa italiana, se mezclaba con la más actual, creando una fusión interesante.

Era como tener un pedacito de Italia en Canadá, pero a un nivel adquisitivo solo apto para muy pocos. El derroche, la pomposidad y el lujo se respiraban como si el oro estuviese sobrevolando el aire.

—No estés nerviosa. Estás preciosa —me dijo papá cogiéndome la mano y apoyándola en su brazo.

Lo miré de reojo. Iba con un traje de tres piezas de color azul marengo, una sonrisa tan amplia que parecía que disfrutaba al estar rodeado de tanta gente, y una pose que reflejaba su carácter altivo. Caminamos un par de pasos, hasta que mi padre encontró a un grupo de personas a las que me presentó. A medida que avanzábamos, se repitió esa acción, hasta tal punto que a veces no había dado ni dos pasos y volvía a sumergirme en una vorágine de presentaciones, en las cuales no podría recordar un nombre, aunque me esforzara. Sin embargo, la tónica se repitió: todos se alegraban de conocerme al fin. Todos me miraban como si fuera un ser mitológico del que habían oído hablar y que pensaban que no existía. Papá, más erguido imposible, no paraba de repetir que al fin había conseguido que su hija volviese a casa, y yo, cada vez que lo repetía, dudé de las razones que habría tenido mi madre para abandonarlo.

Parecía tan feliz de tenerme en casa, y estaba siendo tan amable y considerado conmigo, como si llevara ansiando este momento todos esos años de separación. Lo cierto era que mamá nunca me habló de manera clara de por qué nos marchamos de Canadá, a escondidas, una noche, como si fuéramos delincuentes.

Simplemente me dijo que mi padre no era como ella pensaba y que estaríamos mejor sin él.

Miraba a mi padre, que no dudaba en halagarme ante esa gente refinada y me trataba como si fuera su tesoro más preciado, y dudé si mi madre, ya por aquel entonces, empezaría a tener brotes psicóticos y lo que pensaba de él no era real. Ese pensamiento me hizo removerme inquieta. De ser así, mamá habría sido muy injusta con él, alejándome de su lado.

Seguimos avanzando hasta el centro de la fiesta, deteniéndonos cada dos pasos. Sonreía tanto que empezaron a dolerme las mejillas, pero no quería que nadie sospechara que estaba dudando de que mis convicciones se tambaleaban con la misma fuerza de un seísmo de gran magnitud. Siempre había pensado que el culpable de todo era él. Que papá le había hecho cualquier cosa para que ella se marchara tan abruptamente. ¿Y si era mi madre?

¿Y si durante todo este tiempo fue él el gran perjudicado por los problemas mentales de mamá?

¿Y si yo fui la gran perjudicada, al haberme arrastrado a una existencia complicada cuando papá podría haberme dado una vida normal?

Tuve que poner todo el empeño de mi parte para centrarme en lo que me decía esa gente que tantas ganas tenía de conocerme y dejar de darle vueltas al tema. Todos alabaron mi vestido de diseño, mi figura, mi cabello pelirrojo, incluso mi belleza, que resaltaba gracias al maquillaje que me habían aplicado para precisamente eso; y, aunque sonreí y agradecí cada palabra de esa gente que ni siquiera recordaría haber visto, me sentí como si estuviera en piloto automático o como si otra persona estuviese dirigiéndome a través de esta glamurosa velada.

Era como si no pudiera creer que mi vida podía ser así: brillante, sin preocupaciones, llena de luz, de comodidades, de bonitas fiestas y vestidos sedosos.

4

¿¡Boda!?

Claire

En un momento dado, me distraje de todas esas conversaciones que se repetían con cada grupo de personas que mi padre me presentaba y observé la ostentación del lugar. La enorme edificación blanca, el jardín perfectamente cuidado, con una inmensa piscina iluminada y con esculturas alrededor de un camino que serpenteaba el césped. El interior era incluso más enorme, lujoso e increíble de lo que parecía desde fuera.

Se notaba que los Corsini tenían dinero.

Que tenían mucho dinero.

—Vamos a saludarlos —me dijo mi padre cogiéndome del codo para llamar mi atención, pues estaba absorta mirando las increíbles estatuas que se encontraban cerca de las paredes, los magníficos cuadros de pintores importantes y la decoración excesiva.

Podría estar horas mirando, y todavía descubriría detalles que se me habrían pasado por alto. Así era la casa de los Corsini.

Majestuosa.

Y recargada en exceso.

Nos movimos por el inmenso y espectacular salón, donde había decenas de personas con sus mejores galas tomando copas de vino blanco y charlando alegremente. Todos los Corsini eran de un enorme poder adquisitivo: lucían sus mejores trajes, las joyas más ostentosas y los relojes más grandes. Los invitados también eran

ricos, no tenía duda. Supuse que cuando uno alcanza cierto estatus, atrae a personas de la misma condición.

—Señor Corsini, señora Corsini —habló mi padre, ceremonioso, cuando nos pusimos delante de él y de una mujer más o menos de su edad que no dudó en mirarme de arriba abajo.

Estaba empezando a pensar que era una manía muy de ellos, porque cada integrante de esa familia me analizaba al dedillo.

Poseía un porte elegante, con el cabello negro cardado y perfectamente recogido en el que se podían ver unas finas mechas de un tono más claro, rasgos italianos, y un vestido tan brillante que era imposible no fijarse en ella.

—Salvatore, querido amigo —soltó Rocco como si llevara meses sin verlo. Lo estrechó en un afectuoso abrazo—. Oh, Claire, tu belleza resalta por encima de todas las demás jóvenes —añadió, y me miró con una sonrisa lobuna que me revolvió el estómago—. Dime, Rosetta, ¿a que no exagerábamos al decir que la hija de Salvatore es preciosa? —le dijo a su esposa.

La mujer me miró a los ojos; después deslizó una pequeña y recatada sonrisa. Lo único que mi mente podía pensar era que le había hablado de mi apariencia física, y me pareció extraño.

—Es una delicia para los sentidos. Y ese cabello pelirrojo, ¿es natural?

—Eh…, sí. —Estaba más que acostumbrada a esa pregunta. Mi cabello llamaba la atención, lo había sufrido desde que tenía uso de razón.

—Su abuela materna tenía el cabello de ese mismo color —indicó mi padre, como si fuera necesario explicar de dónde procedía mi tono de cabello natural.

—Simplemente bella —terció la mujer—. No dudo en que le robarás el corazón a más de un hombre y, tal vez, dentro de poco

tengamos que ir de boda —añadió como si nada. El corazón se me detuvo un segundo.

¡¿Boda?!

—Nunca se sabe, ¿verdad? —añadió Rocco. Mi padre se rio, como si fuera divertidísimo que animen a tu hija de veintún años a casarse —. Disfruta de esta noche, Claire. Estamos encantados de que hayas hecho feliz a tu padre con tu vuelta a casa, pero estamos aún más contentos de haberte conocido al fin. —Me guiñó un ojo como para aliviar la tensión del momento, pero a mí no me tranquilizó en absoluto—. Por cierto, sé que Ruggero está deseando volver a verte. Le diré que ya has llegado —dijo como si fuera un secreto.

Todos sonrieron, porque claramente lo habían escuchado, y yo me vi obligada a hacerlo también. Mi padre empezó a moverse, llevándome con él casi en estado de *shock*.

No sabía si era yo, o en verdad esa conversación había sido muy extraña.

—Hoy estás causando furor, hija —me dijo papá en el camino por el salón.

—¿Por qué ha dicho que dentro de poco iremos de boda? —Me miró un segundo, sorprendido porque me hubiese fijado en ese detalle.

—A la señora Corsini le encanta que en sus fiestas se formen parejas, y por eso lo ha dicho. —Su gesto era serio, concentrado, con la mirada anclada al frente.

Sin añadir más, mi padre me llevó a otro grupo donde volví a ser el centro de la conversación y dejé de darle vueltas al tema, ocupada en responder las preguntas de las personas que acababa de conocer.

Perdí la noción del tiempo escuchando las conversaciones mientras bebían vino caro, que no probé porque no me gusta el alcohol. El

ambiente era distendido, la gente hablaba y reía mientras una orquesta tocaba música clásica. Parecía que no había prisa para la cena. Todos estaban contentos con sus copas de vino en la mano, alardeando de sus últimas vacaciones o del último y exclusivo modelo de coche que se habían comprado. Dejé de escuchar cuando me di cuenta de que la vida de esta gente era tan distinta a la mía que parecía que vivíamos en galaxias diferentes. Y empecé a arrepentirme de no haber probado bocado antes de salir de casa, porque la asesora de imagen ni siquiera me dejó tiempo para almorzar, y me moría de hambre.

Aburrida y hambrienta, sin otra cosa mejor que hacer, volví a pasear la mirada por el salón y me encontré con unos ojos turbios e inquietantes que me miraban. Tragué saliva al ver a Ruggero a varios pasos de mí, hablando con un grupo de hombres. Iba con un traje gris que conseguía que sus anchos hombros se viesen descomunales. Se notaba que le gustaba ir al gimnasio, porque era ancho y musculado hasta el extremo. El heredero Corsini, que seguía conversando con esa gente, sin dejar de mirarme, se pasó la lengua por sus dientes blanquísimos, burlándose de mí o tal vez intentando provocarme. Dejé de mirarlo, fingiendo que mi padre estaba contando algo interesantísimo, y rogué en silencio que no se acercara a mí.

Al final, consiguiendo que se me saltaran las lágrimas —no solo porque iba a comer, sino porque Ruggero había perdido la oportunidad de acercarse a mí—, el señor Corsini nos señaló la dirección del comedor. Y allá fuimos, como la gente que va al teatro, despacio, sin cesar de hablar, sabiendo que lo bueno va a empezar.

La sala, tan grande que parecía la de un restaurante lujoso, estaba perfectamente organizada para que cupiera todo el mundo. Había varias mesas redondas con tapetes de lino blanco con

complicados y finos bordados dorados, y en cada lugar ponía el nombre del comensal para no dejar nada al azar. Mi padre y yo nos sentamos en una de las mesas más próximas a la que ocupaban los Corsini. Dejé de mirarlos cuando los camareros entraron triunfales con la deliciosa cena.

Esperé cortésmente a que alguien empezara antes, y cuando pude, me lancé a degustar la comida. Estaba famélica.

En un momento dado, con mi estómago ya más tranquilo después de ingerir el primer plato, mis ojos viajaron a la mesa de los anfitriones y me encontré con la mirada inquietante de Ruggero. Podían ser cosas mías, pero tenía la sensación de que llevaba un buen rato con sus ojos encima de mí. Tragué saliva mientras él, en la mesa de al lado, levantaba la copa en mi dirección a modo de saludo, deslizando su espeluznante sonrisa, y yo… tuve que fingir una pequeña y tensa sonrisa, para después desviar la mirada a otra parte.

Intenté relajar mis pulsaciones, que se aceleraron por ese intercambio de gestos. No entendía por qué no dejaba de mirarme de esa manera tan… penetrante, como si necesitara saber qué hacía en todo momento o, lo que era peor, disfrutara al verme inquieta cuando descubría que estaba pendiente de mí.

Estaba claro que no me gustaba ese hombre. Es más, si por mí fuera, echaría a correr lo más lejos posible de él.

Había descubierto —gracias a que me había centrado exclusivamente en él— que mi padre era un conversador nato y había sido el alma durante la cena. Mientras que él no cesaba de hablar de cualquier tema con los comensales que nos habían tocado en la mesa, yo me limité a llenar el estómago hasta saciarme, y a evitar a toda costa mirar en la dirección donde sabía que encontraría a Ruggero.

Y lo conseguí. Ni una mirada más, y tampoco tuve que forzar otra sonrisa en toda la cena.

Cuando acabamos los postres, el señor Corsini, con gran ceremonia, desveló la ubicación de la siguiente inmobiliaria que iban a abrir. Los aplausos hicieron temblar la cara cristalería. No entendía qué tenía de especial descubrir que iba a ser en Mississauga. Por la exaltación de los invitados, debía de ser increíble.

El anfitrión nos animó a seguir la velada en el salón contiguo, donde habíamos estado antes y donde seguía la orquesta, animando a los presentes a bailar. Mi padre me llevó a una esquina, donde siguió hablando con otras personas mientras se tomaba un *whisky*, y yo me centré en admirar a los más decididos, que salieron a bailar al compás de la música.

Siempre me ha gustado ver a la gente bailar, ver cómo se mueven con destreza, haciendo que parezca fácil, y sabiendo que no lo es. Ya había intentado en varias ocasiones bailar en casa, y me salía peor que mal.

—Claire —escuché de repente en mi oído. No pude evitar sobresaltarme, incluso pegué un ridículo saltito. No me esperaba que nadie me hablara tan cerca. Cuando me volví y vi a Ruggero sonreírme de esa manera tan siniestra, sentí que la cena se revolvía en mi estómago—. No quería asustarte…

—Estaba distraída… —dije con una sonrisa tensa.

No quería que estuviese hablando conmigo.

Es más, no quería ni que se acercara, y mucho menos tan cerca como estaba.

—¿Quieres bailar conmigo? —Adelantó su gran mano hacia delante, invitándome a cogérsela.

La miré como si el diablo me estuviese ofreciendo un pacto, y puse en marcha mi mente para encontrar una excusa válida y no

tener que tocarla.

5
Un extraño

Claire

—No sé bailar… —me excusé con una sonrisa.

Aunque era verdad, no se me ocurrió otra manera de negarme sin parecer una maleducada.

—No digas tonterías, Claire —terció mi padre. Fruncí el ceño: no sabía que estaba pendiente de mí. Es más, llevaba unas horas hablando con un par de hombres sobre negocios, ignorándome por completo.

Ruggero me sonrió complacido al salirse con la suya. Le di el bolso a mi padre y acepté la invitación sintiéndome bastante obligada. Al fin y al cabo, era el hijo de su jefe. No quería que por mi culpa tuviese problemas en el trabajo. Y solo era un baile, tampoco era para tanto…

—Estaba deseando que se acabara la cena para poder acercarme a ti y decirte que estás preciosa —me dijo cuando nos pusimos uno delante del otro al alcanzar el centro del salón.

—Gracias.

—La mujer más bonita de la fiesta —añadió posando su mano en mi cintura. Me obligué a sonreír, y volví a sentirme incómoda en su presencia.

Nos empezamos a mover, yo de manera insegura, porque jamás había bailado algo así, y él como si llevara haciéndolo desde que

nació. No paraba de mirarme, acercándome cada vez más a su enorme cuerpo.

—Déjate llevar, *bella* Claire —susurró, y sus ojos se deslizaron hacia abajo, justo hasta el canalillo del escote.

Me mordí la carne del interior de las mejillas, intentando frenar las ganas de apartarlo de un empujón. Recordé que no era un tío cualquiera, que estaba en su casa, rodeada de un montón de gente importante, y que mi padre me estaba mirando. Por eso, en vez de hacer lo que me pedía el cuerpo, miré a mi alrededor y vi que… ¿nos estaban mirando todos?

Busqué a mi padre por el salón y lo encontré hablando con Rocco Corsini. Nos estaban observando con una sonrisa complacida. Como si llevaran ansiando ese momento.

—No creo que le guste a tu novia que bailemos tan… apretados —dije intentando poner un poco de distancia entre su cuerpo y el mío.

—No tengo novia… aún —susurró, y esa última palabra la dijo llena de intenciones que me obligué a ignorar.

—Seguro que encontrarás a una mujer a la que le guste bailar tan de cerca, pero a mí… —Intenté zafarme de su contacto.

A Ruggero le hizo gracia que intentase, por segunda vez, que el aire pasase por en medio de los dos y, como pasó en la primera, no me permitió moverme ni un ápice.

—Hueles tan bien. —Sonrió y deslizó la lengua por sus dientes de manera provocadora.

Sus dedos se clavaron un poco más en mi piel, acercándome más a su cuerpo. Antes de que me invitase a bailar, había visto cómo bailaban los demás, y no se pegaban tanto. Este hombre estaba tan cerca que sentía…

Oh, no.

Tuve que disimular una arcada al notar su erección contra mi estómago. Intenté dar, de nuevo, un paso atrás para separarme un poco y recuperar el espacio vital, y dejar de sentir como su miembro se rozaba con mi cuerpo. Ruggero no me lo permitió, agarrándome más fuerte.

De una manera más posesiva.

—Relájate, Claire, ahora mismo eres la envidia de toda la fiesta.

«¿La envidia?», pensé mientras sufría con cada uno de los movimientos que él me obligaba a hacer.

Sentí la bilis instalarse en mi garganta, y me concentré para no vomitar lo que había ingerido encima de él. No me gustaba el tono de su voz, no me gustaba cómo me cogía, como si quisiera marcarme la piel con sus dedos, no me gustaba que siguiese empalmado, y no me gustaba que todos sonriesen complacidos por vernos bailar tan pegados.

Los segundos pasaron agónicos. No sabía qué hacer para frenar a mi ser, que me pedía alejar a ese hombre de mi lado. Cuando escuché la última nota de la balada, tuve que frenar un suspiro de alivio, tragándomelo y sonriendo para que no se notara lo que escondía.

—Gracias por el baile —le dije.

Como si no quisiera soltarme, levantó uno a uno sus dedos. Luego, de una manera demasiado lenta para mi gusto, se separó ligeramente de mí.

Di un paso atrás para poner más distancia; sin embargo, me cogió la mano y me retuvo. Lo miré sin entender qué quería.

Ya habíamos bailado.

Le había dado las gracias.

¿Qué más quería?

Me sonrió de esa manera que me daba repelús. Era como si la cicatriz que le partía el rostro se uniera a la línea de sus labios, creando una sonrisa infinita más parecida a la un despiadado Joker.

Levantó mi mano, sin apartar sus inquietantes ojos de los míos, y me dio un beso en el dorso.

—El placer ha sido todo mío, Claire —susurró contra mi piel, y noté la calidez de su respiración, provocando que mi ser entero lo rechazara de una manera contundente.

Titubeé, sonreí de manera tensa, logré sacar mi mano de debajo de la suya y comencé a caminar sin rumbo fijo.

Me sentía… mareada, como si todo lo que había frenado durante el baile empezara a salir a medida que me alejaba de él.

El corazón me retumbaba muy fuerte y mi mente no paraba de recordarme cómo nos miraban todos, las palabras de la señora Corsini cuando habíamos llegado y, sobre todo, cómo me cogía Ruggero. No sé cómo llegué al jardín, pero agradecí que mis pies me hubiesen llevado hasta allí. Sentir el aire fresco de Canadá era una bendición, sin importar que la piel se me erizase por el frío, porque me estaba ayudando a que el mareo se disipara lentamente. Me centré en intentar controlar mi ser. Seguramente Ruggero fuera un ligón de manual y le saliese de manera innata intentar seducir a quien se le pusiera por delante.

Sí, seguramente era eso.

Mi cuerpo seguía recordando cómo sus dedos se clavaron en mi piel, cómo me había disgustado sentir su aliento impactar contra mí, cómo cada una de sus palabras me había incomodado, cómo cada mirada me hizo sentir como un trozo de carne.

Un repelús me cruzó el cuerpo. Me apoyé en la balaustrada que separaba el porche del extenso jardín. La velada habría estado bien si no hubiese sido por los Corsini.

—¿Una mala noche?

Me sobresalté al escuchar esa voz grave, con un marcado acento italiano, y al volverme en su busca vi a un hombre joven que se encontraba apoyado en una de las columnas cerca de la fachada. Podía estar cerca de los treinta, pero no creía que los hubiese cumplido aún.

—Puf… No sabría cómo definirla, la verdad —contesté. Nada más hacerlo, me arrepentí. Se estaba acercando a mí lentamente.

Miré alrededor. Estábamos a solas.

«Perfecto. Salgo de una situación extraña para meterme en otra…».

Nos quedamos en silencio, él acercándose a mí, y yo intentando que la extraña sensación que había sentido al bailar con Ruggero desapareciese. Le eché una mirada rápida al silencioso italiano. Era atractivo, mucho, y no recordaba haberlo visto en la fiesta. Aunque había tanta gente que era posible que se me hubiese escapado. Volví a enfocar la mirada a la piscina para que no creyese que lo estaba mirando con otras intenciones.

Acababa de pasar un mal rato con otro hombre y no quería repetir la experiencia.

—¿Quieres? —me preguntó, ofreciéndome una pequeña botella de agua de plástico.

—No suelo beber nada que me ofrezca un extraño.

Levantó ligeramente la comisura de su labio, en una pequeña sonrisa que le añadió más atractivo. Como si con ese gesto me estuviera avisando de lo irresistible que era, algo a lo que, por supuesto, no le di mayor importancia. Al estar ya cerca de mí, vi que era altísimo. Rondaría el metro noventa, si no lo pasaba de largo. Tenía el cabello castaño oscuro, con un corte muy actual que favorecía sus rasgos: largo por arriba, y más corto por los laterales.

Vestía un traje negro y camisa blanca, y me extrañó que no utilizara corbata… No pude averiguar de qué color tenía los ojos por la escasa luz, pero había algo en su mirada que provocó que la piel se me erizase, y no era por el fresco de la noche canadiense, ni tampoco al percatarme de que su ceja izquierda estaba cortada, tal vez por una cicatriz o por estética, lo que le daba un matiz de más… peligro. Además, su rostro tenía algo que me resultaba atractivo, no sabía si era la nariz recta o la armonía de sus facciones. O, tal vez, unos rasgos afables que contrastaban tanto con su pose altiva y segura, que parecía innata en él.

Ese hombre me dio la impresión de que era contradictorio o contraproducente, o ambas cosas a la vez.

—Soy Leone. —Se apoyó en una columna cercana—. Ahora ya sabes quién soy.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no alzar los ojos al cielo ante su tono chulesco y esa mirada que no reflejaba nada. Era como mirar un lago oscuro donde no había vida.

Vacío.

Frío.

Inquietante.

Misterioso.

—Pues me alegro por ti…, pero sigues siendo un extraño. Aunque gracias, ¿eh? —añadí para que no le sentara mal que hubiese rechazado su oferta. Estaba claro que era un invitado de los Corsini, y no sabía si era muy allegado o no; lo mejor era quedar bien por si acaso.

—¿Eres familiar de los anfitriones?

Por poco me echo a reír como una loca.

—No, qué va —contesté—. Los conocí ayer.

Me encogí de hombros. Leone, sin apartar su atención ni un segundo de mí, abrió la botella de manera lenta, sin esfuerzo, y le dio dos tragos sin posar sus labios en el borde. Me fijé en su largo cuello, que había estirado hacia arriba para poder beber sin mojarse, y vi una línea negra ancha que bajaba por su piel y se escondía tras el cuello de la camisa.

¿Tenía un tatuaje?

—¿Y ahora? —me volvió a preguntar, tendiéndome la botella—. Creo que la necesitas más que yo.

Su mirada seguía sin reflejar nada que me ayudase a averiguar si podía o no fiarme, aunque fuera tentadora su oferta, porque tenía la garganta seca. Era como si supiera esconder muy bien cada una de sus emociones con un gesto neutro, una mirada sosegada, un tono de voz plano y una paciencia inaudita, como si tuviese el control absoluto de cada sección de su ser.

Podía estar delante de un jugador de póker profesional y pensé que su nombre le pegaba. Era como si con su simple presencia, unida a esa aura de poder que lo envolvía sin hacer nada más que respirar, infundiera respeto y temor al no saber qué había tras sus ojos oscuros; como le ocurría al león en la selva con el resto de los animales.

—Mi madre me enseñó que no hay que fiarse nunca de un extraño, haga lo que haga y diga lo que diga —le dije agarrándome con fuerza a la cordura e intentando que su influencia no me afectase, lo que no evitó que mi voz se resquebrajara nada más referirme a ella.

—Una mujer lista. —Me echó una mirada rápida.

—Sí.

Porque lo era. Inteligente, audaz, tozuda, pero, sobre todo, cariñosa y divertida. Tremendamente divertida, hasta que su mirada

se tiñó poco a poco de sombras cada vez más oscuras y se convirtió en otra persona.

—Me gustaría conocerla.

—No está aquí, y ¿para qué quieres conocerla? —dije desconfiada. Leone achicó ligeramente los ojos, y luego recompuso el gesto.

—Solo tengo curiosidad por saber cómo es, y ahora incluso un poco más. Es que… —Una pequeña sonrisa afloró a sus labios; rápidamente la detuvo, como si se obligase a no sonreír—. No pegas nada en este lugar —confesó bajando el tono de voz y haciendo énfasis en ese «nada».

¡Lo que me faltaba escuchar esa noche!

—Pues mira, has dado en el clavo, porque no tengo tanto dinero como todos ellos. Es más, si te soy sincera, hasta hace cinco días tenía dos trabajos y aun así no llegaba a final de mes. Comía patatas y macarrones a diario, ¡prácticamente todos los días!, porque era lo más barato. Y a veces no tenía dinero para echarle gasolina al coche y me tocaba caminar, porque tampoco tenía dinero para el metro o el autobús. Lo cierto es que tenía que haberle dicho a mi padre que no se preocupara por comprarme un vestido carísimo para esta noche, porque aun así no doy el pego, se nota de lejos que soy de los barrios bajos —le solté más envalentonada de lo que debería, utilizando mi sarcasmo y descargando parte de mi rabia inicial en él.

No me había gustado que me dijera que no pegaba en ese lugar, como si fuera una muerta de hambre que intentaba codearse con la realeza. ¿Qué se creía ese italiano?

—Y ¿por qué quiere que parezcas algo que no eres? —preguntó impasible, como si no le afectara nada.

¡Ni siquiera mi explosión de verborrea! A pesar de haber descargado parte de mi frustración con Ruggero hacia él, parecía que no le importaba.

O tal vez sí, y sabía ocultarlo de manera magistral. Era extraño hablar con alguien como él. Normalmente podía saber cómo era la otra persona simplemente observándola; con Leone era frustrante no hallar nada más que suposiciones.

Con la respuesta en la punta de la lengua mientras me zambullía en su enigmática mirada, escuché unos pasos que avanzaban enérgicos adonde nos encontrábamos. Mi padre caminaba con un gesto glacial, como si hubiese hecho algo malo.

—Claire, hija, ¿estás bien?

—Sí. Solo necesitaba respirar aire fresco, por eso me he ido sin decirte nada —le aseguré y cogí el bolso que me tendió mi padre, y que no había echado en falta. Lo que más me extrañó fue que papá no me mirara a mí, sino al hombre que seguía a mi lado.

—Salvatore —dijo Leone a modo de saludo, dándome a entender que se conocían previamente.

Algo normal. Estábamos en la fiesta del jefe de mi padre.

—Señor Lombardi —dijo mi padre con sequedad y mirándolo con desprecio. Parecía que no era de su agrado, porque ni siquiera se esforzó en entablar una conversación.

—Señorita Bianchi, un placer —dijo Leone haciendo un movimiento con la cabeza, casi ceremonioso, y comenzó a caminar en dirección a la fiesta.

Antes de desaparecer por la puerta que daba acceso al salón, se volvió, me guiñó un ojo y desapareció de mi vista, dejándome contrariada.

¿Por qué me había guiñado un ojo?

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó mi padre preocupado, sacándome de esa duda que rondaba mi cabeza.

—¿Quién?

—Leone Lombardi, el hombre con el que estabas hablando —dijo apretando los dientes y gesticulando para que comprobase otra vez que, en efecto, seguía sin haber nadie en el porche del jardín.

—Nada —contesté. ¿Qué le iba a decir: que se había dado cuenta de que no pegaba en este lugar?

—No quiero que vuelvas a salir sola al jardín, ¿me has escuchado, Claire? Aquí hay hombres que no saben respetar a las jóvenes como tú.

—Papá, tengo veintiún años y sé defenderme sola.

—Hazme caso, por favor. No me gustaría tener que poner a alguien que te siguiera allá donde vayas —dijo, realmente cabreado. No entendía la razón: estábamos en la mansión de su jefe, no en el Bronx—. Porque… no ha pasado nada con Leone Lombardi, ¿verdad?

—¡¿Qué?! Por supuesto que no. Solo hemos hablado un par de minutos, nada más. ¿Por qué? ¿Quién es ese hombre?

—Nadie que te interese, querida. Solo está aquí porque Rocco quiere hacer negocios con él —comentó con seriedad, sin entrar en detalles—. No quiero que nadie piense que eres una cualquiera —añadió, todavía enfurecido por el hecho de que estuviese a solas con Leone. Me molestó que dijera eso, como si no pudiera hablar con quien quisiera. Iba a responderle, pero papá aún no había acabado de hablar—. Además, tengo que decirte que has dejado a Ruggero encandilado. Es un partidazo, hija. Él heredará todo esto, y podrás tener una vida de ensueño a su lado.

—Es muy mayor para mí, papá —le aseguré al ver que una sonrisilla afloraba en su rostro al hablarme del hijo de su jefe. Agarré con fuerza esa excusa, aunque no fuera toda la verdad.

No era solo por la edad: me daba repelús cada vez que lo tenía delante.

Había algo en él que me desagradaba.

Bueno, para ser sincera: me repugnaba todo de él.

—Solo tiene treinta y dos años, hija. Además, la edad es solo un número. Sobre todo, cuando ese hombre te puede dar todo lo que necesitas. Al final vamos a tener que darle la razón a la señora Corsini, ¿verdad? Algo tienen sus fiestas para que se formen parejas.

Fruncí el ceño mientras me llevaba de vuelta al salón, casi a rastras. Preocupada. ¿Qué había querido decir?

6
El castillo

Claire

Jamás pensé que una fiesta de alto *standing* fuera tan agotadora.

Mi padre me volvió a tirar a los brazos de Ruggero para que bailara otra vez con él, y tuve que revivir que ese hombre se acercara a mí, invadiendo mi espacio.

Sentir de nuevo su respiración.

Sus dedos hundiéndose en mi piel.

Su voz áspera susurrándome palabras que no quería recordar.

Y otra vez su maldita erección rozando mi estómago.

Fue repulsivo. Y el hecho de que mi padre y el suyo nos miraran encantados fue incluso peor.

Llegamos tarde a casa y, aunque estaba cansadísima, no conseguí coger el sueño. Todavía sentía sobre mi piel los dedos de ese hombre. Incluso soñé que Ruggero me perseguía y debía esconderme para que no me encontrara.

Fue horrible.

Mi padre entró en mi dormitorio para despertarme cuando estaba soñando con Leone, reviviendo el extraño momento del día anterior, y decirme que esa mañana teníamos planes.

Íbamos a pasar el día en la Casa Loma, el único castillo de Norteamérica, que se encontraba en el corazón de Toronto. En un principio no era un mal plan, ¿quién diría no a pasar el día en un castillo gótico? Recordaba haber ido de excursión con el colegio,

pero no podía describirlo de memoria, porque habían pasado muchos años. Sin embargo, sí recordaba que me impresionó lo grande que era y su majestuosidad.

El único fallo era que no íbamos solos mi padre y yo: los anfitriones eran los Corsini.

Solo esperaba que su hijo no estuviese.

—¿Va a haber tanta gente como anoche? —le pregunté en el coche, y me miré el dobladillo del vestido.

Mi padre me había hecho cambiar tres veces de ropa esa mañana; según él, tenía que llevar algo que me hiciera brillar.

Como si fuera una bombilla…

No le contradije e hice lo que me pidió, obligándome a pensar en el bien de mi madre. Era absurdo tener que vestirme como si fuera a un evento elegante, con vestido de diseño corto hasta las rodillas y tacones, cuando íbamos a pasar el día en un castillo.

—No, esta vez seremos unos pocos. Al señor Corsini le gusta hacer negocios en lugares bonitos adonde podamos llevar a nuestras familias. Ha reservado para todo el día el castillo y sus jardines, y podrás verlo a tus anchas. Ya verás como te lo pasas bien. Además, estará Ruggero. —Me mostró una sonrisilla, como si creyese que estaba deseosa de verlo.

«No pongas cara de asco, Claire, y sonríe», me dije mientras pasaba la mano por el borde del vestido de color azul oscuro, maldiciendo mi poca suerte. Solo esperaba que en esa ocasión Ruggero no se pegara tanto.

El Bentley se detuvo a las puertas del increíble castillo. Mi reacción fue la misma que la primera vez que lo vi: me quedé sin palabras. No recordaba que fuera tan asombroso y grande.

Papá hizo que lo cogiera del brazo y me sentí como una princesa. No había turistas, ni grupos grandes de personas; solo íbamos a

estar unos pocos elegidos. Me removí inquieta al percatarme otra vez del alto nivel que tenían los Corsini: debía de costar una pequeña fortuna reservar ese lugar de manera privada.

El personal nos guio a la biblioteca. Pensé que papá se despediría de mí para encaminarse al lugar donde lo esperaban. Ese día no daba ni una, porque me hizo acompañarlo adentro.

—Buenos días —dijo papá entrando en ese increíble lugar, que me enamoró.

Las vitrinas, que resguardaban los libros antiguos. Los muebles, de madera oscura. Los ventanales que filtraban la luz a través de las cortinas. La amplitud de la estancia y la historia que empapaba cada rincón. Dejé de mirar cuando vi que alrededor de una alargada mesa se encontraba, aparte de Rocco Corsini y su hijo, que me miraba como si fuera la primera vez que me veía, el hombre que me había hablado la noche anterior en el jardín: Leone Lombardi.

Aunque habíamos saludado al entrar, Leone no levantó los ojos de unos documentos que había esparcidos sobre la brillante mesa. Los únicos que sí tenían su atención puesta en nosotros eran los Corsini y un par de hombres desconocidos más. Leone me ignoró deliberadamente, como si la conversación que mantuvimos no hubiese existido. O como si, con la luz del nuevo día, él se convirtiera en otra persona mucho más distante y fría.

—Querida —me llamó mi padre—, recorre el castillo. Cuando terminemos, te buscaré.

—Claro. Señores, que pasen un buen día.

Todos se despidieron, menos uno, que seguía cabizbajo, concentrado en sus papeles.

Salí de la biblioteca y empecé a recorrer el castillo. Era tan grande que podría haberme pasado todo el día admirándolo. Entré en cada dependencia, embelesándome con los detalles, parándome a mirar

el techo de la sala de música: una bóveda con una vitrina decorada, con dibujos en rosas, amarillos y verdes… Me perdí en los detalles de las esculturas, de las ventanas, de las plantas.

Cuando subí al segundo piso, llevaba ya un par de horas investigando a mis anchas, y todavía me quedaban por ver algunas dependencias.

—No sé cómo podían vivir así. —Me sobresalté al escuchar esas palabras: no me esperaba que hubiese alguien detrás de mí.

Al volverme, vi a Ruggero, apoyado en el marco de la puerta, dibujando esa maldita sonrisa petulante a la que estaba cogiendo grima y rabia a partes iguales.

—Lo hizo construir un magnate financiero en 1911, y lo hizo con todas las comodidades de aquel entonces. Su sueño era vivir en un castillo y lo consiguió, aunque después fue su ruina —comenté, porque recordaba la historia del dueño y me entristecía que su sueño se hubiera convertido en su propia pesadilla.

—¿Te gusta?

—¿El castillo? —Asintió—. Claro. Es espectacular. No se ven cosas así por aquí.

—No me lo digas. Eres de esas chicas que sueñan con casarse en este lugar, ¿verdad?

—No… —contesté, caminando hacia otro dormitorio—. Nunca he tenido ese tipo de sueños.

—No me lo creo. Todas las chicas que conozco quieren casarse aquí.

—Yo no quiero casarme ni aquí ni en ningún sitio —le confesé, y nada más hacerlo, me arrepentí.

No lo lamenté por decirle la verdad, porque, al fin y al cabo, tampoco iba a mentirle; sino por la forma en que le hablé, rotunda e incluso a la defensiva.

Me atreví a mirarlo de reojo, y vi que seguía con esa maldita sonrisa que tanto me inquietaba.

—¿Has tenido algún novio, Claire?

—Puf… No —Me hacía gracia esa cuestión en concreto—. No he tenido tiempo para eso, y aún soy muy joven.

No me gustaba que mi padre estuviese tan contento de que Ruggero, once años mayor que yo, estuviese interesado en mí. Así me aseguraba de que captara el mensaje y se olvidara de mí.

—Entonces, eres una chica que no quiere casarse en un castillo y que tampoco ha tenido novios… Dime, ¿te han tocado alguna vez? —me dijo dando un paso hacia mí. Un repelús me cruzó el cuerpo ante el tono empleado, sobre todo por la mirada que me estaba echando, desnudándome con los ojos.

¿Acaso no había escuchado que era muy joven para él?

—No sé qué imagen tienes de mí. Primero, esa pregunta está fuera de lugar; y segundo, no soy de ese tipo de chicas —puntualicé alzando la cara con resolución. No me importó sonar más brusca de lo que debería; no quería que creyese que me iba a acostar con él.

Antes… desaparecería del mapa.

—¿Sabes qué, *bella* Claire? —susurró con la voz muy rasgada, y otro repelús me cruzó el cuerpo—. Echaría a todos de este puto castillo para estar contigo a solas en una de estas habitaciones… —Su tono y su mirada lasciva me dieron la idea de lo que se estaba imaginando.

Me mordí la lengua con tanto ahínco que incluso pude notar el sabor a cobre de la sangre. Intentaba frenar lo que quería decirle a ese hombre que creía poder hablarme de manera tan obscena. No paré de repetirme que era el vicepresidente de la empresa donde trabajaba mi padre, y el hijo del jefe supremo.

Las ganas que tenía de soltarle lo que pensaba…

—Voy a buscar a mi padre, seguro que estará preguntándose dónde estoy… —dije seria, sin responder a su provocación, sintiendo la frustración y la ira que se agolpaban en mi ser.

No esperé a que él hablara, simplemente salí de allí y bajé las escaleras corriendo, intentando no caerme con los malditos tacones que mi padre me había obligado a ponerme para dar la imagen perfecta.

Para que me hicieran brillar como una maldita bombilla. Ahora entendía para qué: quería que llamara su atención.

Maldita sea.

Llegué a la biblioteca en un tiempo récord. Me extrañó que ya no hubiese nadie alrededor de la mesa alargada.

¿Por qué mi padre no me había llamado para decirme dónde iba a estar?

¿Sabía que Ruggero había venido en mi busca?

—Se han ido al restaurante —escuché a mi espalda. Al volverme, vi a Leone sentado en un sillón. Bloqueó su móvil y me miró seriamente.

—Oh, vaya, gracias por la información. —Me dirigí a la salida. Leone no apartaba su mirada indiferente de mí.

—No sabía que eras hija de Salvatore. —Se levantó del sillón y se abrochó la americana negra, de manera lenta, segura, como si ese simple gesto consiguiera añadirle carisma a ese hombre que ya me resultaba un enigma.

—Serás de los pocos que no lo saben. Creo que en la próxima reunión llevaré un cartel en la cabeza donde lo ponga, y tal vez añada otro mensaje más subliminal para que dejéis de tocarme las narices —dije irónica, deteniéndome a mitad de camino. Todavía estaba alterada por lo vivido con Ruggero. Leone frunció el ceño, sorprendido por mi respuesta; por eso decidí volver a reformularla.

Al fin y al cabo, él no tenía culpa de que Ruggero fuera un cretino, y lo cierto era que me había pasado bastante con él, cuando no tenía por qué—. Acabo de volver a Canadá, me imagino que por eso no lo sabías. Y siento lo de antes. Sorprendentemente, tampoco está siendo un buen día —añadí, refiriéndome a la pregunta que me hizo cuando nos conocimos la noche anterior en el jardín.

—A lo mejor, por eso no te comportas como las demás… hijas —dijo, obviando la última parte. Llamó mi atención ese comentario.

—¿Qué quieres decir?

Leone se acercó perezoso hasta mí, observándome detenidamente, como si de verdad estuviese constatando lo que acababa de decir. Mis ojos fueron directos al tatuaje que entreví la noche anterior, por si con la luz del día podía distinguir qué era. Parecía una línea negra que bajaba por su cuello, pero no sabía si pertenecía a un dibujo o a algo más, pues el cuello de la camisa y el de la americana lo tapaban.

Ese hombre desprendía una energía que me atrapaba sin remedio. Era un gran misterio saber qué escondía esa mirada inteligente, fría y capaz de ocultar cualquier atisbo de emoción o de verdad.

Nunca había conocido a nadie como él.

A la mayoría de los hombres los calaba enseguida. Tristemente, muchos se parecían a Ruggero, solo pensaban en el sexo y en utilizar a las mujeres. No había encontrado a nadie que tuviera la capacidad de ocultar sus pensamientos o su verdadera naturaleza tan bien como lo hacía Leone casi de manera innata.

—Cualquier otra joven se hubiese dado la vuelta nada más verme anoche en el jardín, sobre todo después de cerciorarte de que no había nadie más, pero tú no lo hiciste. Te quedaste a solas con un hombre que no forma parte de tu familia y es un auténtico extraño para ti. Además, me respondiste de una manera… afilada —añadió la

última palabra después de unos segundos, como si estuviese rebuscando el adjetivo que mejor lo definiese—. Supongo que tu padre te diría algo después, porque no paró de mirarme desde lejos con cara de pocos amigos. —Le temblaba ligeramente el labio, como si le hiciera gracia el hecho—. Sin embargo, aquí estamos otra vez a solas en un lugar tan… apartado de todos. Y ¿sabes lo que me resulta más extraño de tu comportamiento? —Se detuvo muy cerca de mí, tanto que tuve que levantar la cara para mirarlo bien. Una sonrisa titubeaba en sus labios, como si no quisiera dejarla salir.

—Que sigues pensando que no pego aquí. Si te soy sincera, estoy empezando a pensar que tienes razón —verbalicé, cansada de esas extrañas conversaciones y molesta conmigo misma por querer saber lo que me iba a decir cuando debería haberme dado la vuelta y marcharme por donde había venido en busca de mi padre.

—No… —dio otro paso hacia mí y tuve que levantar más la cara para sumergirme en su intensa y vacía mirada—: que ni siquiera te sonrojas cuando un hombre se acerca mucho a ti. Que ni siquiera agachas los ojos cuando un hombre te mira de frente.

—Y ¿por qué debería hacerlo? —solté con una extraña sensación de ahogo, como si esa frase casi susurrada me hubiese vaciado los pulmones de golpe.

Debía admitir que Leone tenía un magnetismo imposible de ignorar, que, unido a su gran atractivo y a su voz grave con ese seductor acento italiano, creaba una especie de canto de sirenas que me abducía.

Enarcó la ceja que tenía partida ligeramente con esa pequeña cicatriz, como si esa pregunta lo hubiese descolocado por completo; sin embargo, recompuso rápidamente su gesto neutral.

Sus ojos eran de una tonalidad marrón mucho más clara de lo que pensé al principio. Tenía líneas de un tono miel o dorado que

creaban unos iris únicos. Una mirada casi felina para un hombre que irradiaba autoridad y fortaleza con cada movimiento de su cuerpo, con cada mirada que lanzaba, con cada palabra que salía por sus labios.

Mientras me centraba en analizar cada uno de los rasgos de ese hombre que lograba sin esfuerzo que me comportara como era realmente y no como me mostraba a los demás, Leone me observaba en silencio, intentando comprenderme. Yo no entendía qué tenía de malo lo que había hecho para que él se sorprendiese tanto.

Era cierto que no sabía cómo se comportaban las chicas acostumbradas a tener dinero, pero tampoco me había puesto a brincar por encima de los sofás, para que él se extrañase tanto.

—No lo sabes.

Estaba serio, demasiado para alguien acostumbrado a no reflejar ningún estado emocional. Ni siquiera había bailado esa pequeña sonrisa que a veces aparecía. Era como si hubiese encontrado el fallo en un complicado problema y acabara de soltar la respuesta que llevaba buscando hacía tiempo. Una que parecía que no le gustaba mucho, o tal vez le había sentado mal lo que hubiese desayunado esa mañana… Era muy complicado intuir lo que se le pasaba por la cabeza.

—¿Qué no sé?

—*Cazzo*…, mierda, ¡¡no lo sabes!! —repitió. Esa vez ya no había seriedad, sino preocupación.

¡¡Preocupación!!

Fue un atisbo, casi como un parpadeo. Enseguida volvió su máscara perfecta a envolver su rostro inalterable. La verdad es que no entendía nada, y esa conversación se estaba volviendo rara de narices.

—Pues si no me das una pista, no te puedo decir si estás en lo cierto o no —comenté a punto de darme la vuelta y marcharme.

Leone tenía la facilidad de engancharme en sus enrevesadas conversaciones, y, a la vez, me frustraba no poder marcharme cuando quería. Como si estuviese esperando encontrar otro atisbo de emoción, como había conseguido intuir previamente.

—De acuerdo, escúchame con atención, Claire, porque no te lo voy a repetir. Es más, juraré que de mis labios jamás han salido estas palabras. —Hizo una pequeña pausa que me erizó la piel por la tensión del momento—. Estás rodeada de gente peligrosa. —Fruncí el ceño —. De personas que están acostumbradas a salirse siempre con la suya, y ahora mismo quieren una cosa: a ti.

—A mí, ¿por qué?

—No lo sé. —Deslizó sus ojos por mi cuerpo de una manera muy sutil, que me puso un poco nerviosa, para volver a anclarlos en mi desconcertada mirada—. No saben disimular, y se les nota que están tramando algo.

—Es una broma, ¿no?

—Jamás bromeo, y menos con algo así. —Se recolocó los puños de la camisa, desviando sus ojos de mí para centrarlos en ellos—. Vámonos, nos estarán esperando para almorzar y, si tardamos mucho, podríamos levantar sospechas que seguro no te gustarían.

Se dio la vuelta y me dejó sola, con mil preguntas que quería hacerle. ¿Qué había querido decir?

El corazón me palpitaba acelerado. Miré a mi alrededor. No podía fiarme de lo que me dijera un desconocido, y mucho menos de alguien que no había parado de juzgarme desde nuestro primer encuentro.

Alguien que tenía la capacidad de atraparme con sus palabras.

Alguien que todavía no sabía si era o no de fiar.

Alguien tan misterioso como Leone Lombardi.

7

Como un león se acerca a su presa

Claire

A mucha gente los nervios les provocan pérdida de apetito. A mí me pasa justo al contrario. Es como si quisiera apaciguarme con comida, cuanta más mejor, y claro, después de la extraña conversación con Leone, estaba muy nerviosa y llena de dudas.

Mi padre se había asegurado de que me sentara al lado de Ruggero, el cual no había parado de acercarse más de la cuenta a mí, de susurrarme cualquier tontería que se le pasase por la cabeza y de hacerme sentir terriblemente incómoda porque no paraba de aproximar su pierna a la mía. Cada vez que lo hacía, yo retiraba la mía, y acabé almorzando en una posición imposible.

Papá me miraba desde el otro lado de la mesa, analizando mis movimientos mientras hablaba con Rocco Corsini, que presidía la mesa. Al otro lado se encontraba Leone Lombardi, que parecía enfrascado en una conversación muy interesante con dos hombres sentados cerca de él.

Me parecía muy extraño que, cuando estábamos a solas, se acercara a conversar conmigo, y si estábamos acompañados, me ignorase. Es más, cuando llegué al restaurante, ni me miró.

Era un querer y no poder. Ciertamente, su actitud me desconcertaba en la misma medida que su confesión. Era muy extraño que me dijera que estaba rodeada de gente peligrosa

cuando él permanecía también allí. ¿Acaso era un kamikaze que disfrutaba con las experiencias fuertes?

¿Cómo podía ser peligrosa esa gente?

Las mujeres hablaban entre ellas, aparte de los hombres. Yo era la única que estaba rodeada por ellos. Ninguna de ellas intentó hablar conmigo, ni siquiera Rosetta Corsini, y tampoco me pidieron que me sentara a su lado. Evitaban hablar conmigo. No miraban directamente a los hombres, simplemente agachaban la mirada. Después de que Leone me dijera que eso era lo que más le extrañaba de mí, ahora me llamaba la atención. Me resultaba raro que ninguna de ellas se sentara al lado de sus respectivas parejas.

Así pasé el almuerzo, comiendo sin parar lo que tenía en mi plato y lo que se encontraba en el centro para compartir, atiborrándome: los nervios no iban a menos; seguía intentando encontrar alguna lógica en lo que me había dicho Leone. Comí como si llevara lustros sin hacerlo, observando a unos y otros, esquivando a Ruggero para que no me tocara e intentando averiguar si Leone me había dicho la verdad o simplemente era un embustero que se divertía asustando a la chica nueva.

—¿Comes siempre así? —me preguntó Ruggero. Me encogí de hombros, porque tenía la boca llena y no podía contestar—. No lo aparentas, tienes un cuerpazo de escándalo.

Se me quedó atascada la comida en la garganta, cogí la copa de agua e intenté bajar la bola que se me había hecho por culpa del comentario tan poco acertado por parte de alguien a quien conocía de tan solo un par de días. Lo miré de reojo: esa sonrisa engreída ya estaba tatuada en su maldita cara.

Mi padre me lanzó una mirada de advertencia, como si estuviera bailando subida en la mesa. Le mostré una sonrisa forzada, hasta que al fin conseguí tragarme la comida.

¡Qué mal lo pasé!

Ruggero pasó el brazo por detrás de mi silla, apoyándolo contra el respaldo, y yo me incliné un poco hacia delante, mientras seguía engullendo lo que encontraba a mi alcance, rogando para que no me tocase, y sintiendo cómo mis músculos se tensaban por la posición.

No sabía qué haría si se atrevía a ponerme una mano encima.

No quería montar una escena, pero me estaba cansando de su actitud.

***

A la mañana siguiente dormí diez horas seguidas, así del tirón, y me levanté como si los días anteriores hubiese hecho un sobresfuerzo. Esquivar a Ruggero podía considerarse ejercicio de cardio y de fuerza, todo a la vez; estaba reventada.

Cuando bajé a la cocina para desayunar, me la encontré vacía. Mi padre ya se había ido al trabajo, porque encontré la cafetera preparada y una nota sobre la encimera.

A las doce y media te recogerá Paolo para traerte a un restaurante con una estrella Michelin en el que almorzaremos.
Ven elegante.
Nos vemos luego.

Papá

Ahogué un suspiro.

Parecía que no confiaba mucho en mi gusto para la moda y necesitaba dejar claro qué tipo de imagen quería que tuviera… Solo le faltaba especificar qué vestido quería que me pusiera y, la verdad, temía que algún día me encontraría esa indicación en una de sus notas.

Al comprobar que me quedaba tiempo de sobra para prepararme, fui a mi dormitorio para ponerme ropa de deporte y salir a correr.

Desde que había puesto un pie en Canadá no había podido salir ni un solo día, y lo necesitaba como el aire. Me había acostumbrado a hacerlo hacía años: era una manera de canalizar mi frustración, mis nervios, y liberarme de la presión que sentía sobre los hombros.

Esa mañana, cuando sentí el fresco viento acariciar mis mejillas, volví a sentirme yo misma.

A medida que avanzaba por la urbanización lujosa donde vivía mi padre, comencé a repasar el día anterior.

Seguía sin saber si Leone quería tomarme el pelo o, realmente, prevenirme de algo. Era posible que Ruggero fuera bastante pesado e intenso, además de tener la manía de invadir mi espacio, pero decir que los Corsini eran peligrosos eran palabras mayores.

Lo peor fue que no tuve ninguna oportunidad de acercarme a Leone para preguntarle antes de que desapareciera del castillo. Ese italiano me ignoraba cada vez que estábamos rodeados de gente, y se estaba convirtiendo en una manía desquiciante.

Igual que el empeño de Ruggero por aproximarse a mí.

Igual que las miraditas que me lanzaba mi padre, como si disfrutara de que el hijo de su jefe quisiera estar a mi lado.

Fue el peor almuerzo de mi vida: mi mente se convirtió en un caos tan enorme que no sabía a quién creer o qué hacer.

Después de una hora y media corriendo, volví a casa a prepararme para almorzar con mi padre. Mientras el agua fría impactaba con virulencia sobre mis músculos entumecidos, me sentí un poco mejor, como si la carrera, el estar al aire libre, el pensar en lo sucedido y luego dejar la mente en blanco, me hubiese ayudado a recuperar un poco la razón.

A la hora acordada salí de casa perfectamente preparada. Paolo ya estaba esperándome fuera. Asintió con la cabeza a modo de saludo. Yo lo imité: me parecía que al chófer de mi padre le gustaba el silencio más que ninguna otra cosa, y yo no era quién para jorobarle las preferencias a nadie.

Tardamos unos minutos, en los que estuve absorta mirando las calles por las que pasábamos. A veces me sentía más una turista que una nativa; había pasado tanto tiempo en otros pueblos que prácticamente no recordaba cómo era Toronto.

—Su padre está ya en el interior del DaNico, señorita Bianchi —me dijo Paolo después de abrir la puerta trasera para que saliese.

Mi respuesta fue una sonrisa, que él agradeció con un asentimiento de cabeza, y me acerqué a ese restaurante con nombre italiano: DaNico.

Antes de abrir la puerta, me alisé la falda del vestido blanco que me había puesto para la ocasión. De todo lo que me había hecho comprar la asesora de imagen que contrató mi padre, era con lo que más me identificaba. No era provocador, ni tampoco excesivamente pomposo o refinado; simplemente era una prenda lisa, suelta, con un ligero vuelo, y que se ceñía a mi pecho de manera muy sutil.

Cuando traspasé la puerta, me maravilló la decoración del lugar. Las paredes estaban pintadas de negro y había unos enormes cuadros que captaban la atención de cualquiera por su temática, tirando a religiosa, mezclada con algo actual e incluso provocador. Las paredes con ventanas estaban parcialmente ocultas por un enrejado que llegaba hasta el techo, y acababan con unos focos en forma de lágrima, creando una imagen increíble, pues entraba la luz de la calle y se alzaba hasta arriba del todo. Las mesas estaban rodeadas por sofás o tresillos de diferentes estampados, dependiendo de la cantidad de comensales que cupiera en ellas.

Manteles blancos contrastaban con los estampados amarillos y morados de las tapicerías; y las mesas de las esquinas tenían sofás verde aceituna que creaban un lugar ecléctico, único, elegante e innovador. En las mesas con mayor capacidad había sillas, tapizadas en azul, debidamente alineadas, con un enorme sofá de un tono verde más satinado que los otros.

Quien se hubiese encargado de la decoración había dado en el clavo. Era entrar y sentirte en otra parte del mundo.

—Buenas tardes, señorita, ¿tenía reserva? —me preguntó el *maître* cuando me tocó el turno.

—He quedado aquí con mi padre. Soy Claire Bianchi —titubeé.

Mi padre no me había indicado a qué nombre estaría hecha la reserva.

—Claro, la estaban esperando —me dijo, y sonreí aliviada mientras hacía un movimiento con la mano para que un camarero me llevase a la mesa.

Lo seguí de cerca, descubriendo nuevos ángulos de este impresionante restaurante. No podía negar que mi padre me llevaba a lugares increíbles.

—Es aquí, señorita —me dijo el camarero.

—Gracias.

Nada más mirar al frente, me sorprendió que mi padre no estuviese solo. Lo acompañaban los Corsini, Leone y otro hombre al que había visto esos días, pero con el que no había hablado y no sabía cómo se llamaba.

—Señores —les dije a modo de saludo, a la vez que mi padre, complacido con mi aparición, se levantaba del sofá y me daba dos sonoros besos muy… italianos, que me dejaron aturdida.

No por la acción en sí —recordaba de cuando era niña que era una costumbre muy suya—, pero sí que la utilizara en ese momento,

delante de esos hombres con los que estaba almorzando, como si quisiera demostrar algo que, por desgracia, no era como antes. Luego se sentó y me señaló con la mano la silla azul que se encontraba delante de él y que estaba pegada a…, cómo no, Ruggero.

Me senté conmocionada por el hecho de verme otra vez envuelta en un almuerzo sentada al lado del hombre al que estaba empezando a coger manía.

—Menos mal que te he podido convencer para que vinieras a almorzar con nosotros, querida —dijo mi padre como si nada. Y, aunque en teoría estaba hablando conmigo, miró a Rocco, que se encontraba sentado a su lado—. Estaba por la zona, cerca de Little Italy, ¿cómo iba a permitir que comiera sola?

Sonreí. ¡No tenía ni idea de lo que estaba hablando! Había sido él quien me había citado a esa hora, y ni siquiera sabía que esto era Little Italy. Recuerdo que vine a esta zona de la ciudad cuando era muy pequeña, porque a papá se le antojó comer comida italiana. A mamá nunca le había gustado, y al final ella pidió carne, él pasta, y yo descubrí por primera vez lo deliciosa que era esta comida. Después de ese día, no volví a pisar más esa zona de Toronto.

—Estás preciosa —susurró Ruggero, atrayendo mi atención a él. Me hizo un barrido exagerado con sus ojos que me hizo removerme inquieta en mi sitio. Cogí la carta con fuerza.

—Gracias.

Busqué con la mirada a Leone, que se encontraba sentado al otro lado de Rocco y hablaba con el hombre que tenía delante, sin prestarme la más mínima atención.

Ni me saludó cuando llegué a la mesa.

Otra vez me volvía a ignorar. Ese hombre escondía algo raro en su manera de actuar.

Necesitaba descubrir qué ocultaban esos ojos marrones con un toque dorado.

Le eché miradas furtivas, reprendiéndome a mí misma por hacerlo, y obligándome a centrarme en el plato de la comida y dejarme de tonterías.

Sin embargo, la americana negra que llevaba se ajustaba a la perfección a sus hombros; la camisa blanca, impoluta, se pegaba a su torso, y me sorprendía que fuera el único sin corbata. Nunca lo había visto con esa prenda de vestir tan tradicional, pero debía reconocer que con la camisa blanca con los dos botones de arriba sin abrochar estaba mucho mejor.

A medida que el almuerzo avanzaba, las dudas de por qué mi padre me había hecho acudir a él aumentaban exponencialmente. Hablaban de negocios, a veces en italiano y otras en inglés, como si, dependiendo de lo importante que fuera el tema que tratar, utilizaran un idioma u otro. También comentaban algo sobre la seguridad en la red o algo por el estilo… No tenía ni idea, porque desconecté en varias ocasiones. Lo único que tenía claro era que allí sobraba, y no comprendía para qué me había hecho ir mi padre si me estaba ignorando deliberadamente.

Por no hablar de que estaba concentrándome al máximo en no tocar accidentalmente a Ruggero, que estaba, cómo no, demasiado pegado a mí.

Lo único bueno era la comida. Estaba tan deliciosa que podría haber llorado de la dicha.

—¿Has comprado mucha ropa? —me preguntó Ruggero en voz muy baja, justo en el momento en que estaba hundiendo mi cuchara en el tiramisú.

Me perdía este postre italiano. Estaba tan delicioso que pensé que lograría alcanzar el nirvana con la explosión de sabor en mi lengua.

Ruggero ya tenía clavados en mí sus inquietantes ojos, que repasaban cada centímetro de mi rostro y mucho más abajo. Tragué saliva, intenté recomponer el gesto y me encogí de hombros, porque no sabía si mi padre les había contado una mentirijilla sobre lo que estaba haciendo antes de venir aquí o simplemente tenía curiosidad por saber si era una compradora compulsiva.

—Sí, algo me he comprado —le contesté, sin entrar en detalles para no meter la pata.

Y me metí la cuchara en la boca, donde una explosión de sabor me hizo estremecerme de gusto. Estaba realmente delicioso.

—¿Algo… sexi? —añadió. Poco faltó para que el sabor dulce se convirtiera en agrio con la preguntita.

Lo miré sin ocultar mi desagrado. Ruggero deslizaba de manera siniestra esa sonrisa que me revolvía el estómago. Me centré en mi tiramisú, intentando controlar mi cuerpo y, sobre todo, las ganas de soltarle alguna a ese tío impresentable que no paraba de intentar provocarme con sus palabras.

—No —solté, y me llevé otra cucharada a la boca mientras pensaba en una buena respuesta que zanjara el tema—. He comprado calcetines y zapatos —mentí.

Ruggero, lejos de molestarse por mi respuesta, se inclinó sobre mí, invadiendo de nuevo mi espacio, sin importar que estuviésemos enfrente de nuestros respectivos padres. Luego sentí su aliento en mi mejilla, y me susurró con una voz cargada de erotismo:

—Ahora solo puedo imaginarte llevando solamente unos calcetines y unos zapatos de tacón fino. Nada más que eso.

Me tensé, incluso se me escapó la cuchara, que repiqueteó sobre el plato, atrayendo la atención de todos sobre mí.

Sonreí a medio gas, porque esa entonación pornográfica había zarandeado mi tranquilidad. Y sentí la obligación de decir algo o

excusarme por el repiqueteo que habían provocado las nauseabundas palabras de Ruggero.

—Se me ha escapado la cuchara —dije, sintiendo la garganta tan seca que parecía que en vez de tiramisú había comido arena del desierto.

Cogí la copa de agua y la vacíe de un trago. Ruggero dejó caer el brazo alrededor del respaldo de la silla.

Posesivo.

Dejando claro algo que yo no aceptaba.

Otra maldita vez.

—Voy un segundo al… tocador. —Me levanté de la silla, obligándolo a que quitase el puñetero brazo de ella.

No miré a Ruggero, porque temía que siguiera con su maldita sonrisa lasciva en la cara, aunque lo cierto es que no miré a ninguno de los comensales, ni siquiera a mi padre. Me encaminé directamente a la calle, sin que me pasara por la mente hacer una parada en el baño. Mi ser pedía a gritos aire libre y tranquilidad. Estaba a nada de dejar de contenerme delante de Ruggero, y después tendría que lidiar con las consecuencias. Jamás había frenado tanto mi manera de ser como durante esos primeros días en Canadá.

Ese dichoso hombre me daba repelús. Con cada cosa que salía de sus labios mi ira crecía, y darme cuenta de cómo me miraba era…

Otro estremecimiento me cruzó el cuerpo, y ahogué una maldición mientras me apoyaba contra la fachada del restaurante observando el trajín de la ciudad, pensando en la loca idea de marcharme sin despedirme…

Sería tan liberador…

Solo tendría que coger un taxi, y Ruggero desaparecería de mi vista…, aunque solo fuera momentáneamente.

Al percibir un movimiento a mi izquierda, giré la cabeza. Leone salía del restaurante, y sus fríos e inexpresivos ojos me encontraron mirándolo.

Iba solo, cómo no, y comenzó a acercarse a mí. Como un león se acerca a su presa, despacio, para que no se asuste y salga huyendo antes del ataque… Así me sentía cada vez que él aparecía ante mí, como una gacela indefensa, esperando a que decidiera atacarme.

En el fondo esperaba que apareciera. Tenía el patético pálpito de que él me buscaría para estar a solas.

8

Morte ai Corsini!

Claire

—Tengo la extraña sensación de que solo hablas conmigo a solas. ¿Te avergüenzas de conversar con alguien que no sea un italiano de metro ochenta? —le solté, medio en serio, medio en broma. En vez de tomárselo a malas, Leone elevó una ceja y caminó hacia mí lento, seguro, demostrándome con esa acción tan básica que podía ser letal si se lo proponía. Y, cómo no, sin demostrar nada en su rostro ni en su mirada. El lago oscuro de sus ojos seguía en calma.

—Evito que nos vean juntos —confesó en voz baja.

—¿Por qué? —pregunté con curiosidad, sintiendo que el corazón empezaba a latirme rápido. Deseché cualquier bobería que mi mente hubiese creado por culpa de esas palabras y me ceñí a la realidad—. Ah, ya, porque no parezco como las demás chicas ricas, y claro, eso te restaría estatus.

—No es por eso, Claire. Iba a preguntarte si ya habías averiguado la verdad, pero me lo acabas de confirmar. No sabes por qué sería tan grave que nos viesen a ti y a mí a solas, sin nadie que se asegurara de que me comporto como un auténtico caballero contigo.

—Podría salir de dudas si me lo contaras —dije, harta de tanto misterio—, y así dejarnos de jueguecitos psicológicos, ¿no?

Leone sacó su móvil exactamente a dos pasos de mí.

Cerca, pero lejos. Mucho más lejos de lo que normalmente se había puesto para hablar conmigo. Sin mirarme, más atento a su

teléfono que a cualquier otra cosa.

—Confío en que cuando lo averigües no quieras saber nada de ninguno de nosotros —dijo alzando una ceja, y me echó una rápida mirada que centelleó con una energía que me hizo removerme inquieta—. Enseguida van a salir todos. Tu padre ha ido a buscarte al… tocador —añadió burlón, con su atención puesta otra vez en el móvil.

Dejé de mirar cómo le sentaba el traje en su fibroso cuerpo, y sentí que la ira afloraba de nuevo en mí.

—¿Y aun sabiendo que van a salir, te quedas aquí conmigo? —rebatí, lanzándole una mirada airada que atrapó al instante, dejándome sin respiración.

Fue letal, repleta de cosas por decir, y también de algo oscuro, ardiente, tentador, que jamás había visto.

Fue un atisbo pequeño, casi diminuto, que me había hecho intuir lo que escondía Leone y que consiguió que mis piernas flaqueasen ligeramente por la intensidad de ese momento extraño que estábamos compartiendo, lo que hizo que mi curiosidad aumentara.

Leone era la personificación del poder, del deseo, del riesgo, y también de algo más fuerte y pesado; algo más sombrío a lo que no conseguí poner nombre.

—¡Oh, Claire! Si estás aquí —las palabras de Rocco rompieron de golpe lo que fuera que estaba ocurriendo entre nosotros. Cuando miré en su dirección vi a Ruggero, que tensó visiblemente la mandíbula. Tenía los ojos anclados en Leone, y una pose claramente ofensiva—. Enzo, *per favore*, avisa a Salvatore que está aquí *la sua figlia* —le pidió al hombre que había comido enfrente de Leone.

A Rocco le gustaba mezclar ambos idiomas, como si quisiera dejar clara su procedencia italiana, aunque su acento no fuera tan marcado como el de Leone. Lo había escuchado hablar bastante en

inglés, sin que añadiese una sola palabra italiana, pero cuando estaba rodeado de otras personas, extrañamente, adquiría ese tic por arte de magia.

Enzo miró un segundo a Leone, como si le estuviese pidiendo permiso, antes de entrar a buscar a mi padre.

—Claire, pensábamos que estarías todavía en el aseo —volvió a hablar el señor Corsini dando un par de pasos en nuestra dirección, lo que obligó a su hijo a hacer lo mismo. Este no dejaba de mirar a Leone de una manera muy extraña, desafiándolo, como si Leone hubiese hecho algo gravísimo.

«No sabes por qué sería tan grave que nos viesen a ti y a mí a solas, sin nadie que nos vigilara», me había dicho Leone.

¿Realmente era tan malo como para que Ruggero lo estuviese asesinando con la mirada?

—Necesitaba respirar aire fresco —le dije nerviosa.

Un sonido muy fuerte, parecido a cuando se explota un globo muy grande, provocó que Leone se tensara de la cabeza a los pies, que los Corsini dejasen de lanzarnos miradas y que los tres hombres, al unísono, vigilaran a su alrededor, buscando la raíz de la explosión, para saber de dónde procedía.

El sonido se repitió otra vez, semejante a un martillo pesado golpeando una placa de metal; un ruido tan estruendoso que lo sentí en mi estómago como si golpeara mis entrañas con un puño invisible.

El ruido de un motor acelerando provocó que nos centráramos en la carretera cercana al restaurante.

No me dio tiempo a reaccionar: sentí la mano de Leone sobre mi espalda, arrastrándome hasta él, mientras sacaba de la cintura del pantalón una… ¡pistola!, y sin decir una palabra me aplastó con seguridad contra su torso con tanto ímpetu que mis manos se

posaron en su hercúleo y cálido pecho. Su mano seguía apoyada en mi espalda, como si quisiera asegurarse que no me iba a mover de ahí. Toda su atención estaba puesta en la calle, con el arma preparada y una postura tan poderosa que era como si hubiese nacido para eso.

No pude ver nada, porque él me ocultaba la carretera con su cuerpo, protegiéndome de lo que ocurría allí.

—*Morte ai Corsini!* —escuché entre los latidos desbocados de mi corazón, y tragué saliva al entender lo que significaba esa frase: «¡Muerte a los Corsini!».

No me dio tiempo a más. Ese sonido que retumbaba en mi interior se unió a otros tres iguales, uno tan cerca que no tuve dudas de que eran disparos, creando tal barullo que me acerqué más al pecho de Leone, atemorizada, buscando su protección. Era la primera vez que vivía en primera persona un tiroteo.

Las balas impactaban muy cerca de nosotros, sobre la fachada, en la calzada e incluso en las ventanas del DaNico, creando una lluvia de explosiones, de sonidos secos y agudos que se clavaban en mi alma como finas agujas al rojo vivo.

No pude gritar ni articular ninguna palabra. El olor y el calor de Leone me reconfortaron como un bálsamo para las quemaduras. Su suave perfume, unido a su olor corporal, era agradable. Lo que más me extrañó fue que su corazón bombeaba tan tranquilo, cuando el mío estaba tan acelerado que parecía que acababa de hacer un *sprint* por la cuesta más empinada, al ser testigo directo de una escena que solo había visto en la televisión y en el cine.

Alcé mi rostro para mirar su perfil. Leone estaba serio, concentrado, con su atención puesta en los que habían abierto fuego en pleno Little Italy. Parecía todopoderoso, sin miedo, alguien acostumbrado a que le disparasen o a disparar él mismo. Y sus

palabras, que me advirtieron de estar rodeada de personas peligrosas, cobraron su verdadero significado en ese momento.

Porque no me dijo que eran peligrosos, sino que estaba rodeada…, por lo tanto, él mismo se metió en el grupo. ¡Él mismo me confesó que también era peligroso!

Intenté tragar las emociones que se me agolpaban en la garganta sin dejar de mirarlo. Su atractivo rostro, sus labios definidos, su nariz recta, esa ceja cortada y esa incipiente barba de dos días le daban un toque más… salvaje, temible, imperturbable.

Luego se hizo el silencio, como si alguien hubiese cerrado la puerta que alejaba el embrollo que sentía. Leone me miró.

—Ya ha pasado todo —me aseguró con un hilo de voz—. ¿Estás bien? —Me hablaba tan bajito que solo lo podía escuchar yo.

Asentí sin poder abrir la boca. Leone se separó de mí de una manera drástica, para poner distancia conmigo. El frío punzante al verme desprovista de su cálido cuerpo se deslizó como un alud por una colina, congelando cada centímetro de mi ser.

Dejándome helada y desamparada.

Vacía.

—¡Claire! Ay, por Dios, hija —dijo mi padre. Leone me ignoraba, como si no hubiese pasado nada entre nosotros. Me centré en mi padre, que se acercó a mí casi a la carrera y me sostuvo por los hombros—. ¿Estás bien?

—Sí —dije, aunque no me sentía nada bien.

Mi corazón latía todavía a una velocidad preocupante. Mi cuerpo temblaba y ansiaba sentir el calor del hombre que evitaba mirarme.

—Lombardi la ha protegido —dijo Rocco, serio—. Has tenido reflejos y coraje, Leone. La verdad es que me has sorprendido. Menos mal que esa gente no ha conseguido herirnos —añadió riéndose, como si lo que acababa de sucedernos fuera genial.

De repente caí en que no solo estaba el jefe de mi padre cuando Leone me había arrastrado contra su cuerpo y me había protegido; también estaba Ruggero…

—Estaba cerca de ella —comentó Leone de mala gana, restándole importancia, mientras se guardaba la pistola en la cintura—. Tendríamos que marcharnos ya.

Miré a Ruggero, que no me miraba a mí, como suponía. Su atención seguía puesta en Leone Lombardi. Por su gesto podría decir que estaba muy cabreado, tanto que la vena de su cuello se estaba hinchando cada vez más. Y esa rabia estaba dirigida a Leone, ¿por qué?

—Sí, vámonos ya —indicó mi padre colocando una mano en mi espalda para alejarnos del restaurante—. Gracias por salvar a mi hija —le dijo a Leone, tenso, como si le costara verbalizarlo.

Leone no miró a mi padre y tampoco le contestó, como si no quisiera que nadie le felicitara. En lugar de eso, miró a Rocco con el semblante más serio que le había visto hasta entonces.

—Estamos en contacto.

Después hizo un movimiento con la mano, a modo de despedida, y se alejó junto con Enzo en dirección opuesta a la que habíamos tomado nosotros.

No me miró. No me hizo ninguna señal. Me acababa de salvar la vida. ¿Por qué había vuelto a convertirse en el hombre esquivo de cuando había gente delante?

Mi padre prácticamente me llevó corriendo, como si estuviésemos escapando de alguien o de algo, cuando deberíamos esperar a la policía y denunciar el terrible suceso que habíamos vivido.

Después de unos minutos caminando a paso ligero, un Bentley Bentayga, un modelo distinto al de mi padre, se iluminó. Papá me

abrió la puerta de atrás y entré seguida de él. Rocco se sentó en el asiento del copiloto y Ruggero condujo el coche.

Las ruedas derraparon. Tenía prisa por marcharse de allí. ¿Estábamos huyendo?

«Muerte a los Corsini», dijeron en italiano antes del tiroteo. Querían asesinarlos, pero ¿por qué?

—Salvatore —lo llamó Ruggero con voz calmada. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos en el retrovisor central. No estaba mirando a mi padre, aunque era a quien había llamado, sino a mí—. Me gustaría poder hablar a solas contigo cuando lleguemos a la oficina.

—Oh, claro, Ruggero —respondió mi padre complacido. Me extrañó ver cómo se le dibujaba una sonrisa de pura dicha.

Yo todavía tenía el miedo en el cuerpo. Todavía podía oler la pólvora quemada de las pistolas, sentir el ruido retumbando en mis entrañas, y ellos… ¿estaban hablando tan normal, como si no hubiese pasado nada?

—¿Es lo que creo, hijo? —le preguntó Rocco, y su voz adquirió un tono jovial, casi de puro deleite.

Como si lo sucedido no les afectara. Y yo, en el polo opuesto, aún temblaba. Y no solo por el tiroteo, sino por haber estado tan cerca de Leone.

—Sí —dijo con rotundidad, y sentí sobre mí su mirada perturbadora—. Ha llegado el momento.

Me centré en el paisaje que se deslizaba a una alta velocidad. Evité mirar al espejo retrovisor central; a lo mejor así Ruggero se cansaba y dejaba de echarme esas miraditas que me ponían de mala leche. Además, estaban hablando en clave y prefería mantenerme en la ignorancia.

Tenía una extraña sensación: la de que esa petición que había hecho a mi padre de hablar luego en privado tuviese algo que ver conmigo.

Cabeceé desechándola; era una locura.

No todo lo que hiciera o dijera ese tipo tenía que ver conmigo. Seguramente querría hablar con él del tiroteo.

—¿Claire? —dijo mi padre. Al volverme, vi sus ojos brillantes. ¿Estaba emocionado?—. ¿Estás bien?

—Más o menos —contesté sin entrar en detalles. Sentía la garganta tan seca que lo único que deseaba era beber un buen trago de agua para aliviar la sensación de ahogo, de temor, de… conexión.

Todavía estaba perpleja por la reacción de mi cuerpo al contacto con el de Leone.

—No debería estar sola en casa —comentó Rocco. No podía evitar entrometerse en todas las conversaciones.

—Tenemos que averiguar quién ha sido el causante del tiroteo delante del DaNico —dijo Ruggero.

—No podemos permitir que esa gentuza se crea que tiene alguna posibilidad contra nosotros —comentó Rocco con garra.

—Creo que se han dado cuenta de que no les tenemos miedo —rebatió Ruggero, mostrando una chulesca sonrisa.

—El señor Corsini tiene razón: no puedes quedarte sola en casa, querida —me dijo papá. Me sentí como si estuviese dentro de una película.

Una película extraña donde nada tenía sentido y donde todos sabían cosas que yo desconocía.

—Puedes venir a la oficina con nosotros. Seguro que Ruggero estará encantado de tenerte allí, ¿verdad, hijo? —Rocco miró a su

hijo y este, con su maldita sonrisa, asintió, consiguiendo que me removiese inquieta.

Prefería mil veces quedarme sola en la enorme casa de mi padre que permanecer con ese hombre.

Sin embargo, la desazón por lo vivido, y la tranquilidad de ellos después de haber disparado contra quienes fuera que quisieran su muerte, me hicieron preguntarme quiénes eran, en realidad, los Corsini.

9

Nadie dice no a los Corsini

Claire

Llevaba metida en el despacho de mi padre demasiado rato para que aún siguiesen hablando de lo que fuera que quisiera Ruggero contarle a este.

Estaban los tres metidos en el despacho de Rocco. Yo, cansada de estar sentada en el confortable sofá de piel, me dedicaba a mirar a través de los amplios ventanales.

Lo único que quería era marcharme a casa, meterme en la cama e intentar encontrar una explicación al hecho de haberme sentido protegida cuando Leone me cogió y me acercó a su cuerpo. Cuando olí su perfume, y sentí su calidez y el ritmo tranquilo de su corazón.

Maldita sea, ¡ese hombre sacó una pistola de la cintura de su pantalón, y yo, simplemente, me sentí segura!

¡¡Segura!!

Fue tan surrealista mi reacción como seguir dándole vueltas al asunto o a cualquier otra interacción que hubiese tenido con ese hombre.

Cansada también de observar el bullicio de la ciudad desde las alturas, volví a la mesa de mi padre y me di cuenta de que había una fotografía donde salíamos los tres: mamá, papá y yo. La cogí y la observé detalladamente.

En la instantánea yo tendría doce años como mucho, y se nos veía tan felices… Recordaba ese día como si fuera ayer. Habíamos ido a

pasar la mañana a las islas de Toronto. Cogimos el *ferry* y nos llevó a ese lugar que tanto nos gustaba para ir a pasear o incluso atrevernos a mojarnos los pies en las frías aguas de alguna de sus playas. Papá le pidió a un turista que nos hiciera esa foto. De fondo se podían ver los rascacielos de la ciudad y, como broche de oro, unas sonrisas genuinas, de verdad, de cada uno de los integrantes de esa familia que se rompió poco tiempo después. Me mordisqueé la piel del labio inferior, nerviosa, porque me parecía muy raro que mi padre tuviese esa foto colocada en su mesa desde entonces. Llevaba siete años separado de mi madre, ¿por qué querría tener una fotografía de ella sobre la mesa de su trabajo?

La puerta se abrió, y mi padre se quedó ligeramente parado cuando se dio cuenta de que tenía en mi mano el marco con la foto. Cerró tras él lentamente y se acercó a mí.

—Me gusta cómo salimos ahí —me dijo.

Era una buena foto, aunque estaba fuera de lugar que él la tuviera sobre la mesa, como si esa familia todavía existiese. Porque no era así. Nuestra familia se rompió, y cada uno de sus integrantes salimos afectados de distinta manera. Con un nudo en el estómago, dejé el marco donde estaba, pensando bien cómo formular la pregunta que me rondaba.

—¿Por qué la tienes sobre la mesa?

—Siempre he tenido la esperanza de que tu madre y tú volvierais a casa… —dijo con un extraño tono, como de congoja, mezclado con algo más que no pude averiguar. Cogió la foto y la miró con detenimiento, como si no la viese todos los días—. Que volviéramos a ser la familia que éramos… —Se hizo un extraño silencio. Mi padre seguía admirando la instantánea de esa escapada tan fabulosa. Luego la dejó y me miró—. ¿Estás mejor?

—Sí, pero cansada. Me gustaría irme a casa ya.

—Luego llamaré a Paolo para que venga a por ti. —Sonrió tan ampliamente que me dejó descolocada—. Tengo buenas noticias. —Me agarró del codo y me hizo sentarme a su lado en el sofá—. Sé que debería esperar a que sea él quien te lo diga, pero no puedo —dijo tan contento que parecía un niño pequeño contándole un secreto a su mejor amigo—. Ruggero me ha pedido tu mano y, por supuesto, se la he concedido encantado.

Escuché esas palabras, pero a mi cerebro le costó procesarlas.

Tuve que parpadear varias veces para dar sentido a lo que había escuchado. Luego abrí los ojos y apreté los puños tras asimilar esa información tan loca.

No podía ser.

Era imposible que fuera verdad.

—No le veo la gracia… —dije, agarrándome con fuerza al hecho de que era una broma de mal gusto.

—No te estoy contando un chiste, Claire. Ruggero y tú os vais a casar —repuso mi padre más serio de lo normal, al no haberle gustado mi reacción.

—¿Qué? —solté elevando la voz. Me levanté del sofá para dar un par de pasos mientras intentaba digerir lo que me acababa de soltar mi padre, como si estuviésemos en otra época y le perteneciese a él el poder de elegir con quién me casaba—. No. Ni loca —añadí, negando con la cabeza.

La seriedad que antes reflejaba mi padre fue sustituida por la ira, una tan patente que incluso me asustó. Se levantó del sofá y recorrió los tres pasos que nos separaban con tanta lentitud que incluso me asustó más que si lo hubiese hecho de manera normal. Era como si quisiera demostrarme con su pose, pero, sobre todo, con su semblante, que no le había gustado que me tomara así la noticia y que no quisiera casarme con el hijo de su jefe.

¿Qué esperaba?, ¿que saltara de alegría?

—Vas a casarte con Ruggero, Claire —sentenció despacio, para que esas palabras calasen en mi cerebro.

—No, papá. No voy a casarme con él, y no me puedes obligar —respondí, demostrándole que no podía hacer lo que quisiera conmigo.

Era cierto que había vuelto a Canadá con él, pero solo por un motivo. Y era cierto que, desde mi vuelta, había accedido a cada uno de sus caprichos, como cambiar mi manera de vestir, de peinarme, de maquillarme, incluso de cómo debía comportarme en según qué momentos. Pero no por ello iba a asentir sin abrir la boca a todo lo que se le pasara por la cabeza. Ya había cometido ese error al verme obligada a aguantar al hijo de su jefe, y no iba a aceptar que mi padre me concertase un matrimonio, como si no pudiera conseguir novio por mí misma.

—Lo vas a hacer por varias razones —dijo muy despacio, controlando su voz y su enfado—. Primero, porque yo te lo digo. Segundo, porque ese hombre va a ser el más poderoso de Canadá dentro de muy poco y tú vas a ser su esposa, y tercero, porque nadie les dice no a los Corsini.

El corazón me latió a una velocidad que me asustó, tan rápido que no podía diferenciar los latidos, pero me atreví a hacer la pregunta que llevaba rondándome desde que había presenciado el tiroteo. Desde que Leone me dijo que estaba rodeada de personas peligrosas.

—¿Por qué nadie se atreve a negarles nada? —solté, casi en un jadeo entrecortado, sintiendo una presión en el corazón y una sensación de ahogo, como si ya supiese la respuesta.

—Porque son el clan de mafiosos más sanguinarios e importantes del país, y no querrás tenerlos en tu contra, ¿verdad? —gruñó con

tanta rabia que se me heló la sangre, incluso sentí que mi vista se emborronaba.

Como si papá no quisiera confesármelo y, a la vez, estuviese deseando soltarme la verdad para que me diese cuenta de a quién había atraído sin querer, hasta el punto de pedir mi mano…

—Y… ¿quieres que me case con… un mafioso? —esas palabras salieron casi sin fuerza.

Era una locura.

No podía ser que Leone tuviese razón.

—¡Sí, Claire! Porque, gracias a este matrimonio, voy a tener más importancia dentro del clan, y no solo seré el abogado de los Corsini. Estaré dentro de la familia, ¡joder!

Y así, con ese gruñido que me estremeció de la cabeza a los pies, a mi padre se le cayó la máscara, revelándome una verdad que no había querido ver.

—¡Me estás utilizando! —exclamé horrorizada. Mi padre sonrió de una manera lobuna—. No voy a casarme con él. No puedes obligarme a hacer algo que no quiero, y me da igual lo que me pase a manos de esa gente. No voy a compartir mi vida con ese tipejo espeluznante —espeté apretando los puños.

No me gustaba que mi padre quisiera unirme con un hombre que pertenecía a la mafia. ¡A la mafia! Me parecía tan surrealista.

—Te recuerdo que estoy pagando amablemente el hospital psiquiátrico a tu madre, y que puedo dejar de hacerlo cuando me plazca. Es más, puedo coger ahora mismo el móvil y hacer que la tiren a la calle —dijo sacando el teléfono.

—No —dije asustada.

Me había costado tanto que ella pudiera estar en el mejor hospital… Él no podía arrebatármelo sin más.

Si hubiese tenido dinero.

Si hubiese tenido otro recurso, otra manera para que mamá siguiera interna en ese lugar, mi reacción no se basaría en un triste susurro y una mirada asustadiza. Le hubiera plantado cara a mi padre, le hubiera soltado todo lo que pienso de él, y después me hubiese marchado de Canadá con mi pequeña maleta. Pero dependía de él, de su dinero, de que siguiera pagando para que mi madre se recuperara.

—Entonces, sonreirás cuando vayamos a su encuentro en el despacho de su padre. Cuando tu prometido se acerque a ti, lo mirarás como una chica mira a su amado, y cuando Ruggero o Rocco anuncien el compromiso, volverás a sonreír con mucha alegría, porque estarás feliz de casarte con un hombre como él.

Sentí una ola de rabia inundando mi ser de los pies a la cabeza, provocando que mi labio inferior temblara al saber que mi padre me estaba lanzando a los brazos de un hombre al que no quería ni ver simplemente porque era poderoso y quería sacar tajada de ello.

—Pensaba que querías que volviera para estar contigo —dije resentida, dispuesta a que lo reconsiderase. Era su hija, ¿tan poco me quería que le daba igual lo que sintiera?

—Claro que sí, querida, y mira lo que has conseguido en los pocos días que has estado aquí. Sabía que tu belleza singular me traería más beneficio que cualquier otra cosa —dijo con tranquilidad, sin importarle que supiera que me estaba utilizando en su propio beneficio. Como si su plan inicial fuera ese—. No sé qué le has hecho a Ruggero, pero quiere casarse lo antes posible. El señor Corsini está tan contento de que su hijo, al fin, quiera sentar la cabeza, que accederá a todo lo que quieras. Incluso si te apetece casarte en las cataratas del Niágara —soltó como si la idea fuera genial—. Ay, Claire, ¡no me mires así! Piensa en todo lo que tendrás a tu alcance. Vas a tener una vida impresionante —añadió como si

me estuviera haciendo un maldito favor—. No vas a tener que trabajar nunca más, y tampoco te va a faltar el dinero, porque él tiene tanto que es imposible que os lo gastéis. Venga, venga, anima esa cara. —Me mostró una sonrisa—. Y vamos a ver a tu futuro marido. Seguro que ya te está echando de menos.

No pude hacer otra cosa que caminar mientras mi padre apoyaba una mano en mi espalda, guiándome. A cada paso que daba, un yugo me rodeaba el cuello.

No quería casarme con Ruggero.

No quería aceptar ese destino, pero estaba entre la espada y la pared. Si me negaba, mamá…

Al entrar en el despacho de Rocco, ambos hombres se levantaron de sus asientos. Ruggero se acercó con paso seguro y con sus ojos anclados en mí. Rocco observaba, orgulloso, los movimientos de su hijo.

—Nuestros padres están de acuerdo —comentó Ruggero mientras me cogía de la mano. Sentí como el estómago me daba un vuelco, amenazando con hacer salir la comida italiana de DaNico—. Vamos a casarnos, *bella* Claire.

Me miró como quien mira una posesión. Me obligué a sonreír, aunque una arcada subía con violencia a mi garganta.

Rocco dio una palmada con efusividad que hizo que me sobresaltase, asustada. Ahora que sabía quiénes eran, cualquier acción inesperada provocaba que me pusiese a la defensiva. El señor Corsini levantó el teléfono y pidió a su secretaria que trajera el mejor champán. Mi padre, a dos pasos de mí, me sonrió. Nada tenía sentido. Ruggero ni siquiera me había pedido que me casara con él, simplemente le había pedido la mano a mi padre, y eso había bastado para que estuviera prometida con ese hombre tan perturbador.

—Y mañana tendrás un anillo tan grande que tendrás que pedir que te ayuden a levantar la mano —dijo Rocco acercándose a nosotros. Los tres se rieron a carcajadas, y yo me sentí en medio de una pesadilla.

Por las películas sabía que la mafia tenía costumbres anticuadas, pero parecía que no era fruto de la ficción y que realmente era así. A las mujeres no les preguntaban si querían casarse, simplemente éramos peones en manos de los hombres.

«Estás rodeada de gente peligrosa, Claire», recordé las palabras de Leone, y me arrepentí de no haberme marchado entonces.

Los miré uno a uno, sus caros trajes, el nivel adquisitivo tan alto, la manera anticuada de hacer las cosas, incluso machista… Pero ¿cómo iba a relacionar eso con la mafia? ¿Cómo iba a pensar que mi padre estaba al tanto de un modo de vida tan peligroso?

Recordé la frase que no paraba de repetir mi madre durante los últimos meses: «Nunca vayas a Canadá, Claire. Aléjate lo máximo de él y de esa vida».

¿Mi madre sabía que papá trabajaba para la mafia?

—Claire —me dijo Ruggero, y me sobresalté al sentir su mano acariciando mi brazo. Estaba tan absorta en mis pensamientos que incluso había desconectado por completo de la realidad—. Vamos a brindar. —Y me tendió una copa de champán.

No me había dado cuenta de cuándo entró la secretaria a dejarlo junto con cuatro copas.

—No bebo alcohol —le dije casi en un débil susurro.

Se me habían ido las fuerzas al ser consciente de que mamá, a su extraña manera, me había advertido de lo que ocurriría si volvía aquí.

—Hoy sí lo harás. Dentro de muy poco vas a ser mía, y hay que celebrarlo —susurró tan bajito que no dudaba de que solo lo había

podido escuchar yo.

Y cogí la maldita copa que me ofrecía, mirando esa horrible cicatriz que nacía muy cerca de su ojo y acababa casi en la comisura de su labio, imaginándome cómo se la habría hecho. Trabajando como vicepresidente, seguro que no.

«Mafia», me dije. Era la única respuesta. Después del tiroteo que había presenciado, de que mi padre me confesara quiénes eran los Corsini, era lo único que tenía sentido.

Todo encajaba como un horripilante, siniestro y enrevesado puzle.

Disimulé lo mejor que pude para brindar por una boda que no deseaba de ninguna manera. Por una vida que siempre había pensado que estaría muy lejos de mí, que era algo que les ocurría a otros…, pero que, por culpa de mi padre, yo iba a saber lo que era ser la esposa de un mafioso.

10
Una mala idea

Claire

No había salido de mi dormitorio desde la tarde anterior, cuando Paolo me trajo a casa después de celebrar con champán mi forzado compromiso con Ruggero. La razón de mi encierro era simple: no quería volver a ver a mi padre, no quería hablar con él, y mucho menos que creyera que todo iba de maravilla entre nosotros. Durante el tiempo que estuve encerrada entre esas cuatro paredes intenté idear un plan para escapar de ese destino infernal y que mamá no se viese afectada.

No encontré ninguna escapatoria.

Nada que me ayudara a librarme de esa boda y que mi madre siguiera asistida en el mejor hospital psiquiátrico del país.

Sin embargo, estar tanto tiempo sola consiguió que me acecharan los remordimientos y el malestar por no haber hecho caso a mi madre, que no había parado de repetirme que no volviese nunca a Canadá.

¿Por qué no habló claro conmigo de ese tema?

Si me lo hubiese contado, jamás hubiese recurrido a mi padre, aunque eso significara que no hubiera podido ayudarla como necesitaba.

Esa misma mañana, cuando bajé a desayunar después de asegurarme de que estaba sola en casa, encontré sobre la encimera una nota de mi padre pidiéndome que nos viésemos para almorzar

en la mansión de los Corsini. Ya ni me sorprendía que se comunicara conmigo de esa forma.

Aunque no quería volver a ese lugar, sabía que no tenía escapatoria. Además, me había fijado en que Paolo había permanecido toda la mañana en la puerta de casa, como si estuviese vigilando mis pasos.

Cuando salí dispuesta a encontrarme con mi padre, el callado chófer estaba esperándome en el jardín, y no en el interior del Bentley, como era costumbre. No tenía dudas de que mi padre le había dado órdenes específicas de cómo tratarme ahora que se había destapado todo.

Cuando llegué a la mansión, me pareció distinta al verla a la luz del día. Era imponente, era cierto, pero ahora la veía con otros ojos. La exuberancia y ese afán por demostrar su riqueza eran tan palpables que evidenciaban su poder.

Me extrañó encontrar a mi padre esperándome en el porche de la entrada, de brazos cruzados y reprochando mi atuendo con la mirada. Había optado por unos pantalones de tela de un verde muy claro y una camisa desmangada negra bastante holgada; una pequeña muestra de rebeldía. Me había fijado, en esos días atrás, que a mi padre le gustaba que utilizara falda o vestidos, por eso opté justo por lo contrario.

—Te dije que íbamos a comer en la mansión —me recriminó, apretando los dientes.

—No voy en vaqueros ni en chándal, ¿no? —le respondí, e hice una mueca impertinente para molestarlo.

Sabía que no debería provocarlo, pero él me había concertado un matrimonio con un hombre que me repugnaba, y me estaba coaccionando con mi madre. Tenía mis razones para estar de mal humor y no reírle las gracias. Ya era bastante con tener que ir a ese

lugar cuando me apetecía marcharme de Canadá a la velocidad de la luz.

—Vas a comer hoy con tu futura suegra, y nosotros estaremos en otro salón hablando de negocios. —Seguía apretando los dientes tanto que pensé que se los rompería. Estaba claro que no estaba contento, pero tampoco quería perder el tiempo discutiendo conmigo—. Quieren esperar a la fiesta que se celebra mañana para anunciar vuestro compromiso. Te recuerdo que eres su prometida. Sonreirás si él te habla, y demostrarás lo feliz que eres, ¿de acuerdo, Claire?

—¿Quieres que también suba a la mesa y baile, papá? —solté rabiosa. Mi padre me lanzó una mirada de «te estás metiendo en problemas».

No podía controlar la ira que crecía a pasos agigantados en mí.

—¡No me toques los cojones, Claire! —bramó tan furioso que incluso su cara se tiñó de rojo—. Y ahora, vamos adentro. Antes de ir con la señora Corsini, te acompañaré a que saludes a Ruggero y a su padre. Te advierto que también está Lombardi en el despacho, y te prohíbo que lo mires, que le hables o que respires en su dirección. ¿Te ha quedado claro? Ese hombre no existe para ti, porque solo tienes ojos para tu prometido. Te recuerdo que, si no haces lo que te pido, tienes mucho que perder. ¿Ha quedado claro?

—¡Ha quedado claro! —mascullé molesta, y caminé hacia la mansión seguida de mi padre, que no dudó en cogerme del brazo y apretármelo más de lo necesario.

Nos acercamos así; yo, seria y cabreada, mientras mi padre me dirigía al despacho apretándome el brazo, para recordarme quién mandaba allí. Tenía claro que era él, pero yo me crispaba ante la idea y me removía inquieta, porque quería ser dueña de mi vida. Además…, ¿por qué motivo me había prohibido mirar a Leone?

No entendía nada.

—Cada día que pasa, tu belleza aumenta, Claire —habló Rocco Corsini. Sentí sobre mí la mirada de su hijo—. ¿Verdad, hijo?

—Totalmente —comentó este, que se levantó y se acercó a mí.

Como me había informado mi padre, también estaban allí Leone y Enzo. Me obligué a no mirar a Leone. Todos me miraban, y mis mejillas se enrojecieron no por la vergüenza, sino por la rabia de verme envuelta en aquel sinsentido.

El nauseabundo hombre que era mi prometido se acercó a mí y me dio un par de besos en las mejillas, dejándome… tan rígida que incluso dejé de respirar. Mis ojos, con vida propia, viajaron fugaces a Leone. Tuve un extraño estremecimiento al ver la ferocidad con la que me miró.

No había rastro de su mirada hueca, en la que no ocurría nada. Ahora residía en sus ojos la peor tormenta, en la que las emociones brillan con fuerza, queriendo salir.

—Como siempre, preciosa —me dijo acariciando mi cara. Desvíe mi atención de Leone para enfocarla en Ruggero, que me observaba de esa manera tan suya.

Miré a mi padre al no saber qué hacer, y se acercó a nosotros.

—Voy a acompañarla al salón con la señora Corsini.

—Sí, está deseando pasar el tiempo con la muchacha —dijo Rocco, que hizo un gesto con la mano permitiéndonos salir del despacho.

No volví a mirar hacia donde estaba Leone, por temor de volver a intuir la batalla que se estaba librando en él. Me esforcé por caminar de manera normal, aunque temblaba de la cabeza a los pies. No por los nervios, sino porque no comprendía la razón de que me hubiese mirado de esa manera. Como si estuviese dispuesto a cogerme en brazos y sacarme de allí. Tuve que desprenderme de ese

pensamiento cuando mi padre picó sobre una puerta y, al abrirla, vi a la señora de la casa esperándome. El lugar era acogedor. Tenía unas cristaleras que llegaban al suelo y por donde se colaba la luz del sol como si fuera un solárium; todo lleno de flores y plantas, y una mesa en medio. Allí me esperaba sentada la señora Corsini.

—Ya estás aquí —dijo Rosetta haciendo un gesto para que me acercase—. Ya puedes irte, Salvatore. Gracias por traerla. Ven, entra, no seas tímida, tenemos mucho de qué hablar, querida.

Me vi envuelta en una conversación que giraba en torno a los preparativos de la boda con su hijo. Mientras comíamos, no paraba de hablar sobre estilos, decoración, invitaciones, flores, colores, sabores y un sinfín de detalles que me extenuaron como si acabara de hacer una maratón. Contestaba casi con monosílabos, dejando todo el peso de las decisiones a ella, y llenaba mi boca con más comida, intentando paliar esta frustración que me embargaba cada vez más. La señora Corsini parecía… normal, si eso existía en el mundo de la mafia. No tenía el aura maliciosa y oscura de su hijo y su marido; sin embargo, no me fiaba de ella, porque ahí estábamos las dos organizando el más horrible de mis infiernos.

El móvil me vibró y lo saqué en un descuido de ella, que miraba en su iPad unas imágenes de decoraciones para boda.

Tuve que leer un par de veces el mensaje, no por lo que decía en sí, sino porque me costaba comprender cómo había averiguado mi número de teléfono.

> Soy Leone. Di que vas al
> baño. Ya.

Titubeé. No sabía qué hacer ante ese mandato nada sutil. Sin embargo, estaba cansada de escuchar hablar de una boda que no quería. Me excusé y me levanté para ir al baño.

No sabía si me lo encontraría ahí o en otro lugar, por eso fui despacio, observando el pasillo por el que caminaba. Cuando abrí la puerta, Leone ya estaba dentro. Me cogió la mano, provocando una descarga de energía que cruzó todo mi cuerpo. Cerró rápidamente y me quedé encerrada en un espacio libre de miradas con un hombre al que no comprendía y que me alteraba como nunca me había pasado.

—Ya lo has averiguado —me dijo impertérrito, apoyado en la puerta cerrada, bloqueando la salida con su enorme cuerpo.

Me enfrenté a su mirada, que en esos momentos no reflejaba nada, ni la ferocidad que había intuido cuando llegué.

—Esto es una maldita locura —farfullé, y cerré los ojos maldiciendo por lo que acababa de decir.

Y por haber accedido a reunirme con él en el baño. ¿En qué estaba pensando? No podía olvidar que ese hombre había estado en varias fiestas y reuniones con los Corsini. Que estaba haciendo negocios con ellos, y que fue él quien me advirtió de que estaba rodeada de gente peligrosa, incluyéndose él mismo. No me podía fiar de él, no sabía qué papel desempeñaba en la organización. Sin embargo, ahí estaba…, con Leone Lombardi metida en un baño de la mansión Corsini.

—Es normal que pienses eso. No sabías dónde te estabas metiendo —dijo deslizando su enigmática mirada por mi cuerpo. Mi piel se erizó al sentir su atención puesta en mí.

Iba con un traje gris muy oscuro, camisa azul clara, y sin rastro de la corbata. En su lugar, un par de botones abiertos dejaban ver un trozo de su cuello. Su pose —casi casual, apoyado contra la madera de la puerta—, su mirada —fría, vacía y carente de vida—, me hacían removerme inquieta. Me estaba volviendo loca, y no sabía si

era por su presencia, que siempre me trastocaba, o por estar encerrada con él.

A pocos pasos de mi padre y de todo el clan Corsini.

—Y te lo has pasado en grande viendo cómo me acercaba al precipicio, ¿verdad?

—No ha estado mal —susurró apático. Le lancé una mirada airada.

—Ya…, claro. No sé por qué he venido.

—Porque no eres como las demás, Claire —dijo tajante, separándose de la puerta y dando un paso hacia mí. Yo respondí dando otro para atrás—. Te he investigado —confesó acercándose un poco más a mí. Cuando me separé de él, sentí en mi espalda la pared—. Te arrestaron hace un par de años por agresión física. ¿Eres una chica mala?

Me erguí mientras fulminaba con la mirada a ese hombre que me estaba culpando sin saber toda la historia.

—Ha sido una mala idea venir hasta aquí —dije dando un paso a un lado para salir del cuarto de baño y del escrutinio del italiano.

Leone me detuvo cogiéndome del brazo con su enorme y fuerte mano, deteniéndome a un suspiro de su cálido cuerpo.

Otra vez esa especie de energía eléctrica viajó por mis adentros al notar su contacto.

Otra vez estaba perdida en su misteriosa y atrayente mirada.

11
Tentador embrujo

Claire

Deslizó la punta de la lengua por el mullido labio inferior. Un calor extraño se extendió por cada terminación nerviosa de mi ser.

Ese hombre era atractivo de una manera contundente y única. Su rostro, con rasgos armoniosos, podría darte la idea de que estabas delante de un buen hombre, de una persona tranquila, serena, incluso de fiar; sin embargo, tras sus ojos había un escudo difícil de penetrar y que desde el primer momento me atrapó, si bien hubo un instante en que visualicé una oscuridad angustiosa.

Dio otro paso hacia mí, invadiendo totalmente mi espacio vital. Noté mi pecho rozar con el suyo en cada una de nuestras respiraciones, la mía más agitada, la de él tranquila. Con la otra mano que tenía libre rozó el contorno de mi rostro lentamente, como si quisiera dibujar cada uno de los ángulos con sus yemas. Mi piel hormigueó al contacto, anhelante, deseosa de que continuara, de que me ayudara a olvidarme del sinsentido en el que se había convertido mi vida. Que fundiera sus labios con los míos para así corroborar que en él había calidez tras la capa de hielo. Sentí su aliento tan cerca que incluso me mareé ligeramente.

Jamás había deseado con tanto fervor que alguien me besara.

Sus dedos seguían dibujando mi rostro, provocando un hormigueo persistente sobre mi piel. Abrí los labios, dispuesta a saltar por ese acantilado oscuro e indescifrable que era para mí Leone Lombardi.

Tuve el acierto o la mala fortuna, según se mire, de dejar de mirar su perfecta boca para fijarme en sus ojos. Y descubrí que me miraba de esa manera fría, estudiada, como si cada movimiento estuviese previamente calculado.

Como si ese momento no hubiese surgido de manera espontánea.

Al darme cuenta de que todo lo que hacía ese hombre estaba planeado al dedillo, logré que mi sentido común volviera con fuerza y dejé de mirarlo como una boba. Era guapo, atractivo, y había algo en él que me atraía, no podía negarlo; pero tenía que aceptar que, otra vez, un hombre me estaba cogiendo sin mi permiso.

Que otro italiano estaba dando por sentado que tenía el poder de hacer lo que quisiera conmigo.

Y ya tenía bastante con tener que aguantarme cuando lo hacía Ruggero, pero no iba a permitir que volviera a ocurrir, sobre todo porque Leone llevaba riéndose de mí en cada una de nuestras interacciones.

—Suéltame —exigí con un tono de voz que me salió casi sin fuerza, más airado de lo que me hubiese gustado, porque todavía sentía esa atracción que me arrastraba hacia Leone.

Él, como si le hiciera gracia mi petición, se acercó un paso más a mí, aplastando su pecho contra el mío. Un extraño calor me envolvió por completo, junto con el seductor aroma de su perfume.

Mi cuerpo respondía a él de una manera totalmente distinta a como lo hacía con Ruggero. Su calor me envolvía en un tentador embrujo. Era el único capaz de descubrir a la verdadera Claire, y no a la que llevaba fingiendo desde que había llegado a Canadá. Los latidos de mi corazón retumbaban de una manera escandalosa contra mi pecho, mis ojos solo podían verlo a él, cómo se acercaba cada vez más a mí, cómo su olor me reconfortaba hasta límites

insospechados, desdibujando todo lo que había a mi alrededor. Lo demás no importaba.

Solo estábamos él y yo.

Su mano acariciándome la cara.

Su cuerpo pegado al mío.

Sus ojos fijos en mí.

Su boca, cada vez más cerca de la mía.

—¿Y si no lo hago, Claire? —preguntó en un susurro seductor, alzando la ceja partida y añadiendo más tensión al momento. Una sensación extraña se acomodó en el vértice de mis piernas de una manera pesada, latente, caliente, como si esas palabras y ese momento le gustasen a mi cuerpo y estuviese disfrutando como nunca—. Ahora mismo estamos tú y yo solos encerrados en este cuarto de baño. Nadie nos ve, nadie sabe que estamos juntos, y nadie puede ayudarte a escapar de mí.

Esa última frase consiguió que la burbuja en la que estaba explotase a mi alrededor. Estaba en la casa de los Corsini, mi padre estaba a pocos metros, y yo estaba ¿tonteando con uno de sus amiguetes?

Tragué saliva e incluso parpadeé varias veces, intentando agarrarme con fuerza a la cordura y aplastar con decisión esas sensaciones que todavía hormigueaban en mi piel. Me centré en lo que había pasado desde que pisé Canadá y me deshice no sin esfuerzo de esa calidez que había conseguido que reviviese con su cercanía. Con esas seductoras palabras que habían conseguido que mi cuerpo palpitara de esa manera. Pero tenía que hacer algo, no podía permitir que más hombres me utilizaran a su antojo, aunque Leone fuera el primero con el que podría dejarme llevar sin esfuerzo.

—Esto es increíble —musité con ironía.

Logré sustituir esa sensación tentadora que me había sorprendido por la frustración al recordar cada instante en el que me había sentido una marioneta a manos de esa gente. Apreté con fuerza el puño para dirigirlo con todas mis fuerzas a la cara de ese tipo que claramente quería seguir riéndose de mí.

Para mi sorpresa, lo detuvo sin dudar. Me miró, sorprendido por mi reacción, y dibujó una sonrisa que me sentó mal.

Era injusto para mis sentidos, para mi ser, que Leone fuera tan atractivo.

No dudé en seguir adelante, sin importarme que mi cuerpo quisiera detenerme. Levanté el pie y, encarando el fino tacón, le di un fuerte pisotón, descargando toda la rabia que llevaba almacenada en ese movimiento. Abrió los labios por el dolor. No le di tiempo a reaccionar; con la mano que tenía libre, le di un golpe seco justo en el antebrazo y conseguí que me soltara.

Me alejé hacia la puerta y cogí el pomo. Lo miré antes de salir. Leone me miró como si acabara de descubrir vida en Marte y se sorprendiese de que sus habitantes no fueran unos seres verdes con largos brazos.

Quizá me había metido en un lío —no podía olvidar que la mafia italiana no era famosa por ser tolerante, y mucho menos con las mujeres—, pero en ese momento no me arrepentí de haberme defendido de ese tipo.

Mi cuerpo se quejó al estar lejos de él, y sabía que era un sinsentido ese querer y no deber, esa sensación de placer que me daba cada vez que lo tenía cerca y me miraba, pero no podía tolerar que más hombres jugaran conmigo. Ya había demasiados dirigiendo mi vida para añadir otro.

—Cada vez me sorprendes más.

—¡Ni me hables! —gruñí antes de abrir la puerta.

Salí casi a la carrera y fui hacia el salón, donde estaba esperándome Rosetta Corsini. Yo estaba todavía más frustrada y cabreada que antes.

Leone desataba en mi interior una furia sin precedentes. Odiaba sentirme así en su presencia.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta del salón y adentrarme en la planificación de la boda, algo ocurrió y di un paso atrás.

Y otro más.

Y otro.

No podía hacerlo.

No podía, ¡maldita sea!

No pensé en las consecuencias de mis actos; ya lo solucionaría más adelante. Con paso seguro comencé a caminar en dirección a la salida. Rogué que nadie me viese, que nadie se diese cuenta de que estaba huyendo para evitar que se produjera esa unión.

La puerta principal estaba cada vez más cerca, el corazón me retumbaba tan rápido que temía que se me saliese por la boca, pero tenía que intentarlo.

No podía conformarme sin más.

Alcancé el pomo, abrí y salí. El estómago se me encogía ante el miedo de ser descubierta. Miré a ambos lados del porche y, cuando no vi a nadie, lancé los tacones al césped y eché a correr descalza, con una única cosa en mente: alejarme lo máximo de esa gente.

La propiedad era tan grande que tuve que recorrer bastante distancia hasta alcanzar la reja principal. Era posible que mi plan tuviese bastantes flecos sueltos, pero me daba igual tener que trepar con tal de ser libre.

—¡Quieta ahí! —alguien gritó, pero no me detuve. Estaba tan cerca de la reja, tanto que podría sentir el frío metal en mis yemas —. Maldita sea, da la señal de alarma.

Me cogió alguien de un brazo. No dudé en darme la vuelta y pegarle un puñetazo en la cara que no se esperaba.

Me había hartado de ser una chica buena.

Retomé mi carrera. Otro hombre se puso delante de mí, bloqueándome el paso.

No frené, apreté los puños y, cuando iba a cogerme, le di un golpe en el estómago y un rodillazo en el costado, dejándolo tirado en el suelo.

Salté en cuanto tuve la reja al lado y comencé a treparla como si fuera una gata. Mis piernas se resentían por el esfuerzo, mis manos se agarraban con fuerza a las curvas de decoración de la alta puerta enrejada. De repente, una mano me rodeó el tobillo.

Comencé a moverlo, intentando zafarme del agarre, pero no conseguía que me soltara. Sin pensar, simplemente dejándome llevar por mi instinto de supervivencia, le di una patada en la cara al hombre que me mantenía cogida y logré que me soltara.

—Hazlo y te juro por mi vida que ordeno que maten a tu madre ahora mismo —era la voz inconfundible de mi padre, jadeante. No importó que lo dijera entrecortado y con dificultad, supongo que debido a la carrera que se había dado para alcanzarme: consiguió en el acto que me detuviese.

Lo miré asustada. Mi padre hizo una señal para que bajase ya.

Detrás de él vi a Ruggero, que sonreía complacido de que su futura esposa intentase escapar de él, y a Rocco, que negaba disgustado con la cabeza. Había cinco hombres que supuse trabajaban para los Corsini. A tres de ellos los había bloqueado y se resentían por mis golpes, y los otros dos optaron por apuntarme con sus pistolas como si fuera una delincuente, cuando eran ellos quienes me retenían en contra de mi voluntad.

Lentamente dejé que mis pies alcanzaran de nuevo el fresco césped. No había podido escapar. Mi padre, visiblemente cabreado, me cogió del brazo con más fuerza de la necesaria mientras se acercaba tanto a mí que sentí su cálido aliento en mi rostro.

—Tienes suerte de que mañana se celebre una fiesta, si no, ahora mismo te abofetearía por lo que acabas de hacer —masculló cerca de mi oreja. Mi adrenalina se fue convirtiendo en miedo.

En dudas.

En desesperación.

—No le hagas daño a mamá —le supliqué, y él me taladró con su malvada mirada.

—Entonces pórtate como una buena prometida —me recalcó. Luego caminó en dirección a los Corsini, que seguían quietos en el jardín, observando lo ocurrido—. Los nervios de la boda —les dijo mi padre, restando importancia a que había estado a punto de largarme de allí.

—Lo siento mucho —me obligué a decir agachando la mirada. Lo que realmente sentía era haber vuelto a Canadá.

—Tienes coraje, muchacha, y fuerza —dijo Rocco mirando a sus hombres, con el ego herido porque una chica los hubiese noqueado —. Vamos adentro, seguro que con tanta carrera tendrás sed. —Se dio la vuelta y le dio una palmada a Ruggero en la espalda.

Este esperó a estar a mi lado, me tendió su brazo y se lo cogí. Mi padre se adelantó para ponerse a la altura de su jefe.

—Verte huir y pelear con tanta garra me la ha puesto dura —me dijo con un hilo de voz. Me arrepentí de mirarlo, porque sus ojos perturbadores recorrieron cada milímetro de mi cuerpo—. Me lo voy a pasar tan bien contigo…

Tragué saliva, frenando las ganas de volver a huir para no casarme con ese tipejo repugnante. No había escapatoria, y tuve

que volver a sentarme con la señora Corsini a seguir escuchando los detalles de la boda.

12
El abogado del demonio

Claire

Bajé las escaleras con un precioso vestido verde esmeralda que resbalaba por mi cuerpo acariciándolo con suavidad. Vi a mi padre de pie, y al escuchar que me aproximaba, se volvió en mi dirección para dibujar esa sonrisa que me estaba empezando a cansar. Tenía la extraña sensación de que todo estaba orquestado desde mucho antes y que la única que no sabía nada era yo. Que se celebrase una fiesta para anunciar nuestro compromiso justo al segundo día de mi para nada romántica «pedida de mano» era demasiada casualidad.

—Estás preciosa, querida —dijo mi padre.

Seguía enfadada con él, y me daba igual que intentara suavizar nuestra relación. Para mí todo había cambiado en el momento en el que me prometió, en contra de mi voluntad, con ese mafioso.

—¿Mamá está bien? —le pregunté, y él comprobó que estuvieran bien puestos los gemelos en su camisa.

—Claro. Recibiendo su tratamiento, como te prometí —contestó con tranquilidad. Sin embargo, no me fiaba de él—. Si te portas bien, es posible que te deje hablar con ella muy pronto.

Había llamado esa mañana para saber de ella, pero no pude porque mi padre me había quitado la autorización en el hospital. Según el hombre que me atendió, no podía informarme de su estado, pues el único que estaba autorizado era mi padre.

¡Él!

El mismo que me había amenazado con matarla el día anterior para que no huyese de los Corsini.

—Dime la verdad —le solté desafiante, apretando el bolso de mano. Él mostraba la seguridad de creerse intocable—. ¿Por qué se celebra esta fiesta?

—Negocios, querida. Se va a cerrar un trato que va a dar muchos beneficios a los Corsini y, por ende, a ti también cuando seas la esposa de Ruggero. —Señaló la puerta para que saliésemos. Paolo ya estaba esperando delante del coche.

Todo encajaba a la perfección: que mi padre hubiese ascendido tanto a nivel adquisitivo, esa casa, los empleados de hogar que tenía contratados, el chófer, el jardinero, la cocinera y el maldito Bentley. Mi padre trabajaba para la mafia, no solo era un abogado más.

Era el abogado del demonio.

—¿Y yo soy parte de esos negocios?

—No. —Se rio. Le hizo mucha gracia mi pregunta—. Rocco Corsini quiere aprovechar la velada y la gente que va a asistir para anunciar la buena noticia. Quiero que te comportes esta noche de manera intachable, Claire. Lo que pasó ayer no puede repetirse bajo ningún concepto. Te recuerdo que tienes mucho que perder si metes la pata, y ya me he cansado de ser bueno contigo.

—¿Bueno conmigo? —solté sin poder reprimirme—. Me estás ofreciendo en bandeja a un mafioso mientras me chantajeas con la vida de mamá: eso no es ser bueno.

—Te estoy ofreciendo una vida llena de lujos, Claire —repuso lleno de ira, y negó con la cabeza, como si fuera un caso perdido—. También quiero avisarte de que esta noche estará Lombardi en la fiesta. Espero que sea la última vez que veamos a ese hombre —masculló furioso, evidenciando que le caía mal—. Solo tendrás ojos para tu prometido, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no paras de repetirme eso? Como si babeara por ese hombre —dije, harta de que no parara de salir a relucir el nombre de ese italiano en nuestras últimas conversaciones.

—Lo he pillado varias veces mirándote, Claire —confesó rabioso—. Y sé cómo piensa ese tipo de personajes. No quiero que fastidie un compromiso que ya está firmado. Ruggero es un hombre muy… posesivo, y no le gusta que nadie toque lo que es suyo.

—¿Ahora soy suya?

—Lo serás —contestó echándome una mirada de advertencia. Contrataqué mirándolo mal.

Odiaba a mi padre, tanto que me hacía sentir mal albergar tanta ira por alguien que contribuyó a que viniese a este mundo. Sin embargo, sabía que enfurecerlo no solucionaría nada, al contrario. La vida de mi madre estaba en sus manos, y todo por mi culpa.

Si no lo hubiese llamado…

Si no hubiese aceptado venir a Canadá con él, no estaría viviendo esta pesadilla.

Me obligué a mirar por la ventanilla e hicimos el trayecto en el más profundo de los silencios.

Como la otra noche, en la mansión de los Corsini había bastante gente. Parecía que nadie quería perderse ninguna de las fiestas que celebraba esa familia, aunque ahora tuviese más sentido ese afán por estar presente. Era mejor tener a la mafia de tu lado, ¿no?

No nos paramos a hablar con todos los invitados, como hicimos en la primera fiesta a la que asistí, sino que movimos la cabeza a modo de saludo mientras mi padre me llevaba cogida de su brazo. Tenía la sensación de que iba más erguido de lo normal, como si ya estuviese saboreando los frutos que le iba a dar mi enlace con el heredero del clan.

Nos detuvimos, cómo no, delante de los señores Corsini, y Rosetta me miró detenidamente, repasando mi vestido y mi rostro. Supuse que no le había importado que intentase escaparme de su mansión, porque me miraba conforme, como si estuviese contenta de la elección de su hijo. Y una parte chiquitita de mí se arrepintió de no haber hecho algo para que desaprobara el enlace. Parecía que les daba igual lo que hiciera con tal de que su hijo sentara la cabeza.

—Vais a tener unos hijos tan guapos… —me dijo visiblemente emocionada. Se me detuvo el corazón un segundo.

«¡¿Hijos?!, pero si solo tengo veintiún años», pensé intentando que la sonrisa no flaqueara en su presencia, y sintiendo que el yugo que sentía alrededor de mi garganta se apretaba un poco más.

—Disfruta de la fiesta, Claire. Los invitados aún no lo saben, pero todo esto es en vuestro honor. Hoy anunciaremos que estáis prometidos —explicó Rocco con alegría—. Ruggero bajará pronto. Anoche salió a celebrar que ha encontrado a la mujer de sus sueños, y le ha costado levantarse de la cama.

Mi padre me cogió del codo para alejarnos de allí. No me importó en qué grupos se detenía: esa noche veía a toda esa gente con otros ojos, y sentía una fuerte presión en mi pecho.

No eran ricachones sin más, eran personas afines a la mafia. Afines a la violencia y a lo que fuera a que se dedicaba de verdad esa gente.

¿Drogas? ¿Extorsión? ¿Trata de personas? Con cada posibilidad, el estómago me daba un vuelco mayor, sin saber a qué atenerme. Estaba claro que la inmobiliaria era una tapadera para blanquear el dinero negro, y no sabía si querría saber algún día a qué se dedicaba la que iba a ser mi nueva familia cuando me casara…

—Necesitas una copa. —Mi padre cogió una de una de las bandejas que portaban camareros uniformados sin esperar a que le

contestara—. Bébetela entera, sin respirar.

—No bebo alcohol.

—Ahora mismo parece que estés a punto de entrar en el matadero, y no como deberías estar, feliz por lo que se va a anunciar esta noche aquí. Así que sí te la vas a beber, porque necesitas relajarte y demostrar a toda esta gente lo enamorada que estás de tu prometido —rebatió cabreado y tan serio que lo vi capaz de meterme la copa por el gaznate.

Obedecí casi con rabia. El sabor ácido atacó mis papilas gustativas, dejando un regusto amargo que provocó que me subiera una arcada. El día en el que descubrí todo había fingido beber el champán, pero no lo probé. Esa noche no pude disimular y me tocó beber alcohol.

Y no le bastó con una: me hizo tragar dos más, hasta que consiguió que mi cuerpo se relajara. No obstante, la frustración seguía latente en mi mente embriagada por el sabor ácido del vino. No tenía escapatoria: me tocaría casarme con un mafioso que me repugnaba.

Papá, después de poner otra copa más en mi mano, se puso a hablar tan tranquilo con las personas con las que estábamos, sin dejar de observarme de vez en cuando, como si temiese que echase a correr como una loca fuera de la casa, fuera de Toronto e incluso de Canadá. No podía culparlo de que pensara eso de mí; ya lo había intentado una vez y, aunque había salido mal la jugada, siempre podría repetir. Sin embargo, sabía que, si me salvaba, perjudicaría a mi madre, y eso era lo último que deseaba en la vida. Por eso me quedé ahí, quieta, como un jarrón al que le ponen flores bonitas para que lo admiren, sin abrir la boca, simplemente observando cómo sería mi vida después de que se anunciara el compromiso.

Vacía.

Triste.

Solitaria.

El tiempo pasó de una manera agonizante y, mientras bebía a sorbos la cuarta copa de vino espumoso, vi a Ruggero bajar las escaleras, saludando a todos con una sonrisa como si fuera el invitado estrella del *show*. La respiración se me atascó en los pulmones y las paredes del inmenso salón se acercaron a una velocidad vertiginosa, encerrándome entre ellas. Sus fríos y egocéntricos ojos me encontraron mirándolo. Sonrió de una manera pretenciosa y maquiavélica que consiguió en el acto que el vino que había tomado amenazara con salir de golpe.

Desde fuera parecía que la gente lo adorase. Si prestabas atención a sus gestos, no era adoración lo que sentían, sino temor, pánico y animadversión; y darme cuenta de eso no ayudó a que estuviese más tranquila.

¡Ese hombre iba a ser mi marido!

Y, al parecer, el futuro padre de mis hijos…

Acabé la cuarta copa de un trago y, sin darme tiempo para pensar, cogí otra de la bandeja que llevaba un camarero que pasó cerca. Sin respirar, sin dejar de mirar cómo caminaba Ruggero por la sala, me la tomé de un trago. Me sentí ligeramente mareada, y mi mente no podía procesar de manera normal la información que me llegaba a través de mi cada vez más borrosa mirada.

13

Monstruo

Claire

No fue una buena idea emborracharme en la fiesta del anuncio de mi compromiso con un mafioso. En cuanto lo vi acercarse, mi cuerpo se paralizó de golpe, y sentí la lengua pesada, como si no tuviera la misma fuerza que antes, y mi instinto de supervivencia anulado por completo.

Lo único que sabía era que no quería hablar con él.

No quería que se acercara a mí.

No quería permanecer más tiempo en esa fiesta.

Sin embargo, mi cuerpo no respondía a mis deseos. Era como si soñara despierta, sin ser consciente de que todo era real.

—Claire —pronunció mi nombre de manera obscena—, estás realmente preciosa. —Se acercó y me dio dos besos en las mejillas de manera lenta, posesiva y lasciva.

Otra arcada amenazó con descubrir lo que realmente pensaba del que iba a ser mi marido. Me tuve que concentrar para que mi cuerpo no tomara las riendas de mi embriagada mente. Apreté los puños tanto que se me clavaron las uñas en la palma; quería alejarlo de mí y salir corriendo sin mirar atrás.

—Ruggero, fantástica fiesta —comentó mi padre, salvándome de contestar a mi futuro prometido.

Ah, era verdad: ya estábamos prometidos…

Qué mareo tenía.

—La ocasión no merece menos —añadió él deslizando su perturbadora mirada de mi padre a mí—. Es carísimo, y quiero que lo lleves ya en tu dedo —me dijo cogiéndome la mano para ponerme el anillo de prometida—. Perfecto —añadió mirándolo con orgullo—. Voy a saludar a unos amigos y luego nos vemos. Mis padres quieren que Claire esté a mi lado durante la cena y que tú estés en la misma mesa —comentó más para mi padre que para mí. Y cuando pensaba que se iría, me sorprendió acercándose otra vez a mi cuerpo para posar sus labios cerca de mi oreja—. Cuento las horas para que seas mi esposa y poder hundirme en tu pelirrojo coño con tanta fuerza que te haré gritar, y no de placer.

Me quedé rígida. Sus labios húmedos y demasiado calientes se posaron en mi mejilla, en un beso que me repugnó tanto que me di cuenta de la gran capacidad que tenía para ocultar mis verdaderas emociones. Sus ojos oscuros, con esa pizca de depravación que ya presentí la primera vez que lo tuve delante, me observaron complacidos al ver mi reacción.

Tal vez no había disimulado tan bien como creía…

Sonrió soberbio, y dio un paso hacia atrás sin dejar de mirarme. Tenía que ser lista ahora que sabía quiénes eran en realidad esas personas, y no dejarme llevar por mis impulsos. Ser consciente de que sus palabras habían subido de tono por ser su prometida no consiguió tranquilizarme. La sensación de embriaguez ayudó a que el pánico se instalara en mí, amenazando con estallar en medio de la fiesta.

—¿Estás bien, querida? —me preguntó mi padre, percatado de que algo había ocurrido en el intercambio de saludos con mi prometido o, tal vez, queriendo demostrar a los presentes el gran padre que era.

—Voy un momento a… al aseo —titubeé. Él asintió con la cabeza, dándome permiso.

¡¡Dándome permiso!!

—Ojo con lo que haces. Como repitas lo de ayer, despídete de tu madre —me dijo antes de alejarme.

Sabía que mi padre era capaz de eso y de mucho más con tal de salirse con la suya. Me adentré por un pasillo hasta dar con el mismo aseo en el que acabé encerrada el día anterior con Leone. Cerré, planté las manos en la encimera de mármol blanco con detalles dorados y observé mi reflejo en el espejo.

—Esto no puede ser real.

Estar ahí encerrada no iba a servir para detener lo que ocurriría esa noche.

Deslicé mis ojos de mi reflejo al anillo que me apretaba el dedo. Era de oro amarillo y tenía un enorme diamante blanco tallado que temía se me engancharía con cualquier cosa.

Era demasiado llamativo y excesivamente grande.

Lo peor era que me pesaba la mano, el brazo, el alma, al saber que mi boda seguía adelante y que un día acabaría casada con semejante hombre.

No supe el tiempo que estuve así, mirándome y lanzándole miradas reprochadoras al anillo, que sentía como una cadena alrededor del cuello. Intentaba tranquilizarme, pero no lograba mi propósito. Cada vez estaba más frustrada, más cabreada, más angustiada por cómo sería mi nueva vida. Por la insinuación que me había hecho Ruggero, iba a ser un juguete sexual para él, y yo le iba a dar igual.

¡Le iba a dar igual hacerme daño!

¿Y si era uno de esos tipos a los que les encanta infligir dolor?

Me sobresalté cuando alguien llamó a la puerta. Salí para dejar el baño libre, sin embargo, no volví a la fiesta, porque todavía me ahogaba. Como si la sedosa tela que se pegaba a mi pecho me privara del aire que necesitaba, me acerqué a los enormes ventanales de una de las paredes. Un par de ellos estaban abiertos para poder salir al porche con vistas al jardín y a la piscina, y no dudé en cruzarlos para sentir el viento fresco en mi piel.

La embriaguez que había sentido por el espumoso se había evaporado dentro del baño y estaba más despierta, más consciente de lo que ocurría a mi alrededor.

Intenté coger aire, ¡lo juro!, pero sentía los pulmones comprimidos, como si me los estuvieran aplastando con una apisonadora. La situación me estaba sobrepasando, mis emociones estaban descontroladas, y, aunque llevaba un buen rato intentando serenarme, seguía en estado de pánico.

El problema era que no quería aceptar mi destino, y mi instinto me pedía que peleara con uñas y dientes para escapar de él. Era lo que había aprendido en esos últimos años, lo que mi madre, a su manera excéntrica, me enseñó, y ahora entendía la razón. Mamá quería que fuera la dueña de mi ser y de mi destino. Quería que tuviera alguna oportunidad de sobrevivir a ese tipo de vida si al final me lo encontraba… Y no solo me encontró, sino que me lancé de cabeza a él, aceptando un trato sin pensar en las consecuencias. ¿Cómo iba a imaginar que me esperaría este sinsentido al volver a casa? Aunque no paraba de convencerme de que tenía que hacerlo por mi madre, me negaba a conformarme.

Me negaba a aceptar que tenía que casarme con ese asqueroso.

—Menuda liaste con tu intento de huida —escuché a mi espalda, y vi a Leone avanzando lentamente hacia mí.

Ya no me sorprendía verlo en cada lugar al que me escapaba para estar a solas. Era como si me buscara o, tal vez, fuera yo quien lo encontraba a él. Siempre acabábamos así: los dos a solas.

—No estoy de humor ahora, Leone —le dije, agotada psicológicamente, y di un paso para marcharme.

No quería que mi padre me pillara hablando con él, ya que no paraba de prohibírmelo.

—No he sido del todo sincero contigo —soltó, provocando que me volviera para mirarlo.

Fue un error hacerlo. Daba igual cómo fuera vestido. Esa noche, con un traje negro y una camisa de un tono verde muy clarito. Como era normal en él, sin corbata y con esos dos botones abiertos, dejando ver parcialmente el tatuaje que se iniciaba en su cuello. Mi cuerpo reaccionó ante él de una manera clara y contundente. Había algo en él que me gustaba y me desquiciaba a partes iguales.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté cayendo como una tonta, otra vez, en su provocación.

Maldita sea, era la única persona que había intentado advertirme de dónde me había metido por culpa de mi padre. La única que, aunque no supiera la razón, siempre me atrapaba con sus palabras, como si fuera un encantador de serpientes.

Y era cierto que el día anterior había intentado seducirme en esa misma casa, pero la curiosidad era más apremiante que la lógica.

—Tienes que saber que soy más peligroso que cualquiera de los que hay en esta fiesta, Claire; pero también puedo ser tu salvación si estás dispuesta a arriesgarlo todo.

—¿Mi salvación? —repetí, cada vez más perdida.

—Sé que estás ya prometida a Ruggero y que no quieres casarte con él —dijo despacio. Avanzó hacia mí de la misma manera que el león que quiere atrapar a su presa, y echó una rápida mirada a la

mano donde llevaba el anillo—. Lo entiendo. Es un ser despreciable que usa a las mujeres como si fueran objetos, pero no puedes negarte, a no ser…

—Sigue —lo animé a que siguiera hablando, porque se había quedado callado de golpe.

—A no ser que forcemos otra unión. Una unión que nos beneficiaría a ambos —Me señaló a mí, y luego a él. Mi gesto debió de ser el fiel reflejo de lo que se me pasó por la cabeza en aquel instante, porque sonrió vagamente—. Un matrimonio con fecha de caducidad y con límites. Un matrimonio solo de cara a la galería, nada más.

—A ver… —gesticulé con las manos—, ¿estás sugiriéndome que me case contigo?

—Exacto —contestó sin dudar.

Impasible, neutral, sin demostrar nada en su cara o sus ojos. Como si acabara de sugerirme qué bebida tomar en la cena.

—Y ¿qué ganarías tú? —pregunté recelosa. Lo que había ido averiguando con el paso de los días era que nadie hacía nada a no ser que sacara provecho de la situación.

—Eso ahora no es importante, solo quiero recordarte que te salvaría de una boda que no deseas.

—Para meterme en otra que tampoco quiero —dije con un resoplido irónico.

Que me sintiera atraída físicamente por ese hombre no quería decir que fuera bueno para mí y que quisiera casarme con él. Si ni siquiera lo conocía; podía ser incluso peor que Ruggero. Porque por lo menos a este se le veía venir, pero Leone no conseguía descifrar qué tipo de persona era.

—Te puedo asegurar que yo te trataré mejor que él —matizó. Su mandíbula se contrajo, como si estuviese apretando los dientes.

Como si le hubiese molestado mi comentario.

—Lo siento, pero no puedo —dije con rabia, porque, aunque era tentadora la oferta, sobre todo por desprenderme de mi prometido, tenía que recordar el trato que había hecho—. Mi padre quiere que me case con Ruggero, y si me niego, mi madre…

—¿Qué le pasará a tu madre?

—Da igual, porque no voy a hacer nada que la perjudique, ni ahora ni nunca.

Me di la vuelta. Leone me cogió del brazo y me detuvo antes de que me alejara.

Un fuerte chispazo de electricidad provocó que el contacto de su mano con mi piel reanimara cada milímetro de mi ser.

—Si accedes a ser mi esposa, yo puedo ayudarla con lo que sea.

Lo miré desconfiada. Sería tan maravilloso poder creer lo que salía de sus labios, pero ¿cómo iba a confiar en alguien a quien no conocía?

Solo tenía que fijarme en lo mal que me había salido fiarme de mi propio padre para tenerlo aún más claro.

—Cambiar de monstruo no va a evitar que entre en el infierno —murmuré con pesar.

Leone me soltó con un extraño rictus que no supe interpretar, y me di la vuelta para encaminarme al salón y volver a la fiesta, con sus palabras sobrevolando mi mente, dudando si dar media vuelta y aceptar, aunque mi destino parecía que era estar casada con un extraño.

Cuando vi a Leone pasar a mi lado, ignorándome por completo mientras miraba su teléfono móvil, me di cuenta de que había hecho bien en no confiar en él.

Jamás había conocido a un hombre tan extraño.

Me hablaba y me ignoraba dependiendo de lo que le interesara.

Me sugería que nos casáramos, y después pasaba de mí como si no me conociese.

¿Quién era Leone Lombardi y por qué quería que me casara con él?

14

La pelirroja

Leone

«¿Dónde cojones está Enzo?».

Empecé a teclear en mi móvil un mensaje para él mientras pasaba al lado de esta pelirroja exasperante y tozuda.

«Cambiar de monstruo no va a evitar que entre en el infierno», me había dicho, impasible, comparándome con Ruggero, con ese idiota despreciable.

No la entendía, *cazzo!* Le había dado una maldita puerta de escape cuando no tenía por qué, y me había rechazado sin parpadear.

¡¡A mí!!

Siempre había alardeado de tener una intuición bastante acertada, pero jamás, en mis veintisiete años de vida, había actuado sin razonarlo previamente. Hasta que apareció Claire y me dejé llevar por mis impulsos en cada uno de nuestros encuentros.

No le importó que me estuviese jugando el puto cuello al haberle hecho esa maldita oferta en la mansión de los Corsini, y seguramente no sabía cuánto me estaba jugando cada vez que me acercaba a ella.

Cada vez que sabía que estaba sola y aparecía como si nada, simplemente para comprender qué hacía una chica como ella rodeada de esos seres despreciables.

¿Cómo lo iba a saber, si no tenía ni idea de que su padre trabajaba para la mafia desde hacía años?

Debía aceptar que había algo en esa chica que me descolocaba por completo, y era incluso más frustrante ese hecho que ver lo dócil que era cuando estaba al lado de Ruggero… ¿Cómo podía una chica como Claire esconder tan bien ese carácter explosivo? Un carácter que había presenciado en más de una ocasión, asombrándome e incluso deleitándome con cada de sus salidas y sus acciones.

Cuando al fin me respondió al mensaje mi primo y mano derecha, busqué con la mirada a Rocco Corsini por la sala. Cuando lo vi al lado de Salvatore, no dudé en acercarme a ellos con un plan que había trazado sobre la marcha.

Otra vez por culpa de esa chica a la que no comprendía y cuya mirada, en la que se mezclaban la dulzura y el coraje, no me quitaba de la cabeza.

—¿Qué tal la fiesta, Leone? —me preguntó ese ser despreciable mientras me miraba con superioridad—. Espero que sea de tu agrado y que te anime a cerrar el trato que tenemos a medias.

—De eso quería hablar —le dije, guardando el móvil en el bolsillo interno de la americana—. Tengo una última petición para aceptar tus condiciones.

—Bien, bien —respondió él, complacido de que al fin estuviese dispuesto a cerrar el trato. «No tiene ni puta idea», pensé disfrutando del momento—. Y, dime, ¿de qué se trata?

—Quiero a la pelirroja —solté sin preámbulos. El padre de Claire se irguió nervioso ante mi petición.

Sabían que me refería a ella. Tenía un color de pelo que destacaba en todos los lugares en los que la había visto. Era un tono que me recordaba al fuego de la chimenea: naranja, vibrante, cálido…

—La muchacha no está sobre la mesa de negociaciones, Lombardi. Es la hija de Salvatore…

—Me da igual de quién sea hija. La quiero para mí, como esposa, claro —maticé, porque los gestos de ambos se habían endurecido.

Salvatore, el muy cobarde, carraspeó nervioso esperando a que fuera su jefe y líder del clan el que respondiera por él, que decidiera el futuro de Claire, aunque se tratara de su hija.

Rocco me miró intentando controlar sus impulsos, y yo le ofrecí mi mejor cara de póker.

—Comprendo que la joven haya despertado tu interés, pero ya está prometida con mi hijo. Esta misma noche vamos a anunciar el compromiso, y debo decir que no había visto nunca a Ruggero tan decidido a casarse como ahora —dijo con voz calmada—. Sin embargo, estoy interesado en que lleguemos a un acuerdo y podamos cerrar el trato, por eso te propongo que escojas a otra joven. Hay muchas en esta fiesta, y no pondré objeción.

Me ofrecía migajas cuando yo quería el pastel entero, algo que sabía que iba a suceder.

—Entonces debo decir que no hay acuerdo, y hasta aquí ha llegado nuestra negociación —sentencié. Rocco contrajo el ceño, extrañado a la par que disgustado al ver que no se había podido salir con la suya. Se notaba que el viejo estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería, y que cuando las cosas no salían como deseaba, se cabreaba—. Buenas noches, señores.

Me separé de ellos buscando con la mirada a Enzo por toda la sala. En cuanto lo encontré, me acerqué a él sin dilación.

—¿Por qué Rocco te está mirando como si hubieses ofendido a su mujer? —me dijo mi primo en voz baja.

Sonreí con desgana mientras me recolocaba el cuello de la camisa, y busqué con la mirada a la pelirroja. La encontré al lado de

Ruggero. Por su gesto, no parecía estar divirtiéndose al lado de su prometido. Este, creyéndose intocable, la cogió de la mano de manera posesiva y se dirigieron al centro del salón. Desde donde estaba podía notar su incomodidad, pero parecía que a ese cretino le gustaba que su futura esposa se sintiera así en su presencia, porque ni se inmutaba.

—He tensado la cuerda, y al final se ha roto —le informé a Enzo sin quitarle la mirada a Claire. Un extraño calor me recorría las entrañas.

—*Cazzo*, ¡al fin! —soltó sin disimular su alivio.

Mi primo estaba deseando que nos desvinculáramos de los Corsini. A mí tampoco me estaba resultando cómodo tener que ver a esa gentuza tantos días. Pero me había sido tan sencillo llamar su atención con lo que podía ofrecer a su organización que no dudé en dilatar un poco más las negociaciones, añadiendo cláusulas y condiciones absurdas con tal de ganar más tiempo para observar cada movimiento de los Corsini en silencio. Analizándolos, viendo cómo se comportaban entre ellos y con los demás. A qué le daban valor o qué aborrecían. Cuál era su punto débil, y a cuál debía prestar más atención.

Mi padre siempre lo decía: «Al enemigo hay que tenerlo cerca, *figlio*. Cuanto más cerca, mejor conocerás sus debilidades y podrás atacarlo con todas tus fuerzas».

Mi plan inicial era ver, oír y callar; intentar dilatar lo máximo posible el tiempo, y después buscar una excusa para no hacer negocios. Lo que tenía claro era que antes me pegaba un tiro que firmar cualquier acuerdo con esa gente. Aunque ellos aún no lo sabían, no éramos amigos, y mucho menos aliados.

Todo iba mejor que bien. Se notaba que Rocco estaba desesperado por aumentar su ciberseguridad, y por eso quería

zanjar un acuerdo conmigo. Mis números me avalaban, mis clientes, cada vez más importantes, eran la muestra de que mi empresa hacía las cosas bien. No solo era capaz de proteger de cualquier ciberataque, también podía encontrar un maldito gramo de oro en el desierto más grande del mundo.

Era el mejor, me había esforzado durante años para serlo, y por eso, cuando había alcanzado la fama y el estatus que necesitaba en mi empresa, Enzo y yo nos vinimos a Canadá para abrir una sede.

Durante esos primeros días en los que nos infiltramos en su rutina, asistimos a cada evento que los Corsini organizaban para intentar convencerme de que tenía que hacer negocios con él. Había visto cómo miraban a Claire, como si no existiese más mujer que ella. Podía entender a Ruggero: esa chica era una belleza de esas que solo se encuentran una vez en la vida.

Lo que más me sorprendió de ella era que no tenía miedo y que vivía ajena a lo que se le avecinaba. Me dije que sería la única buena acción que haría en mi vida, y la alerté de que corría peligro. Cuando la dejé sola, me obligué a que fuera la última vez que me acercase a esa pelirroja de ojos verdes.

Y lo estaba cumpliendo hasta que sucedió el maldito tiroteo, hasta que la protegí con mi cuerpo delante de los Corsini para que no le ocurriera nada, dejándome llevar por algo que nunca había sentido por una mujer. Hasta que vi cómo sus expresivos y bonitos ojos verdes me miraban de una manera extraña. Como si estuviese dispuesta a confiarme su vida. Y mi corazón, por un instante, comenzó a bombear con vida.

No tenía dudas de que, debido a mi gran metedura de pata, Ruggero aceleró el compromiso. Y saber que él la quería después de verla en mis brazos fue el aliciente que me faltaba para cometer un

par de locuras más por ella. Sin embargo, las cosas no habían salido como yo quería.

Estaba furioso porque ella no me había elegido. Porque, aun sabiendo que detestaba a Ruggero, seguía a su lado como si no tuviera más remedio.

Y, aunque sabía que Claire no solo tenía un coraje excepcional, sino que sabía defenderse y contaba con una fuerte personalidad, no comprendía qué hacía Ruggero comprometido con una mujer como ella.

Lo había investigado de manera exhaustiva. Le gustaban las sumisas, las chicas muchísimo más jóvenes que él, a las que pervertía y depravaba de una manera brutal. No solo le gustaba el sexo duro; le encantaba ser violento y degradar a las mujeres hasta el punto de inutilizarlas.

Así era el futuro marido de esa pelirroja peculiar.

15
Genio kamikaze

Leone

—¿Nos largamos ya de aquí o tenemos que aguantar aún a estos *stronzi*? —me preguntó Enzo. No pude evitar sonreír ante el calificativo que había utilizado, porque sí, eran unos cabrones…

—¿Por qué crees que he finiquitado las negociaciones antes de la cena? —Mi primo sonrió satisfecho de que hubiese puesto punto final mucho antes de que se acabase la noche.

—*Attenzione!* —escuchamos en ese momento. Hice una señal a mi primo para que nos acercáramos a ver qué ocurría—. Queridos amigos, *famiglia*, familia —dijo Rocco, poniéndose una mano en el corazón de una manera muy teatral—. Antes de nada, gracias por venir esta noche. Tenemos una sorpresa para vosotros. Algo que llevábamos mucho tiempo deseando y que hoy al fin vamos a anunciar. —La gente empezó a murmurar entre sí, intentando adivinarlo, mientras él movía las manos para calmar al gentío, mostrando una pretenciosa sonrisa. Se creía el puto rey del cotarro, y todavía no sabía lo que le esperaba, *cazzo*…—. Nos complace, tanto a mí como a mi querida Rosetta —dijo cogiéndole la mano y dándole un beso en el dorso, mientras su esposa sonreía demostrando su dicha, todo muy ensayado e impostado en una gente más que acostumbrada a representar un papel muy específico dentro de su clan—, presentaros a la prometida y futura mujer de nuestro único hijo.

Los aplausos y los silbidos fueron ensordecedores. Ruggero, con una sonrisa arrogante, se acercó a sus padres de la mano de la llamativa e increíble pelirroja.

—Es *bellissima*, ¿verdad? —siguió hablando Rocco, y se escuchó a los hombres del fondo afirmar con alaridos, como si estuviéramos en una taberna de cavernícolas. Ruggero se irguió pretencioso, a la pelirroja le temblaron ligeramente los hombros, y yo tuve que apretar los putos puños para controlar la ira que comenzaba a bullir en mi interior—. Nuestro *figlio* fue verla y enamorarse al instante de su Claire. Por favor, bonita, no seas tímida y saluda a la gente. Es adorable, ¡adorable! —añadió como si la rigidez e incomodidad de la futura esposa de su hijo fuese algo positivo. Claire sonrió de manera forzada. Sus hombros se tensaron a medida que su futuro suegro hablaba. Estaba incómoda—. Nuestro amigo Salvatore Bianchi la había tenido escondida todos estos años. —Señaló al padre de la chica, que tenía una sonrisa tatuada en la cara, orgulloso por la atención recibida, y sobre todo porque esa unión lo beneficiaría a él. Solo a él—. Creo que la tenía guardada para nuestro Ruggero, ¿eh, muchacho? —le dijo a su hijo. Este, como el imbécil que era, asintió mientras agarraba por la cintura a Claire, arrimándola más a su cuerpo. El rostro de la muchacha se congeló, y esa sonrisa forzada fue incluso más destacable en ese momento—. Miradlos, son la imagen del amor verdadero. —Más aplausos mientras Rocco se ponía detrás de los prometidos y colocaba una mano en cada hombro de ellos. Los *flashes* los iluminaron. La pelirroja seguía sonriendo con los labios, no con la mirada, que era el fiel reflejo de la incomodidad, de la desesperación, del miedo y de la ira. Ser consciente de ello hizo que su rechazo a mi propuesta fuese más inverosímil—. Y ahora vamos a pasar al comedor a degustar la cena en honor de este maravilloso compromiso. *Andiamo!* ¡Vamos!

—Cuánta gilipollez —masculló Enzo por lo bajo. En vez de dirigirnos al comedor, mi primo y yo nos encaminamos a la salida.

Nuestro trabajo allí había terminado. Es más, yo mismo había acelerado la huida, porque temía que si continuaba más tiempo bajo ese techo cometería una insensatez, y no podía echarlo todo por la borda. Había alargado demasiado el tiempo por culpa de Claire, y ya no podía soportarlo más. Mi ira aumentaba con cada gesto incómodo de la pelirroja, que había firmado su sentencia con los Corsini.

—¿Has averiguado lo que te he pedido? —le pregunté a mi primo.

—Estamos en ello —dijo sacudiendo el móvil. Salimos de la casa para buscar nuestro coche—. Estoy deseando largarme de aquí.

—No te preocupes, que no volveremos a mezclarnos con ellos.

—Eso espero, porque si tengo que aguantar más al imbécil de su hijo no respondo de mis actos.

Aunque no lo habíamos hablado previamente, sabía que Enzo estaba haciendo lo mismo que yo. Estábamos pendientes de cualquier ruido que nos avisase de que habían averiguado quiénes éramos en realidad. Sin embargo, llegamos a nuestro coche sin problemas, incluso varios hombres de los Corsini se despidieron de nosotros con educación.

—La protección de esa casa es nefasta —comenté mientras cerraba la puerta del copiloto y Enzo ponía en marcha el coche—. Y sus matones dan risa. No entiendo cómo han llegado a ser el clan más importante de Canadá. Hemos pasado con ellos varios días, y nadie ha desconfiado de nosotros.

—Tienen su fama sobre los hombros, Leone. ¿Quién de sus enemigos, en su sano juicio, intentaría codearse con ellos? —soltó y, joder, se me escapó una carcajada. Sabía que era un puto loco, no que tuviera tanto aguante para permanecer tantos días con ellos. Ni siquiera había tenido que fingir que era otra persona, porque me

había asegurado de que nadie supiese quién era en realidad. Por algo era un hacha de la informática: podía buscar a cualquiera, y también que desapareciera la información que me interesaba—. ¿Y bien? ¿Ha merecido la pena arriesgarnos a que nos mataran para que tú los marearas con una negociación que sabíamos que jamás se produciría? —me preguntó después de alejarnos lo suficiente para relajarnos.

—Sí —contesté sin dudar, y apoyé el brazo en mi rodilla mientras observaba las calles iluminadas de Toronto—. He descubierto que se quiere casar con esa chica.

—Podrías haberlo sabido sin tener que estar riéndoles las gracias durante cinco putos días, ¿no? Es más, en cuanto la vi, supe que sería la futura esposa de ese *stronzo*.

—Pero no hubiera sido tan divertido. —Mi primo resopló con fastidio—. No se va a casar con ella.

—Pues acaban de anunciarlo delante de toda su gente, y seguramente mañana aparezca en más de una revista de cotilleos. Incluso es posible que ya tengan la fecha del enlace. Esta gente no se espera un año para casar a sus herederos, lo hacen rápido y por todo lo alto, no vaya a ser que la chica se eche atrás…

—No me has entendido —dije, y Enzo apartó un segundo la mirada de la carretera para enfocarla en mí—. Voy a ser yo quien impida que se case con ella.

—*Cazzo*…, mierda, ¡lo sabía! Te has encaprichado de ella —farfulló sin disimular la poca gracia que le hacia la suposición—. Llevas unos días que no paras de mirar a la chica. Que sí, es guapa y tiene unos ojazos verdes increíbles, pero… ¡¡está prometida con un Corsini!!

—No es eso, ya me conoces. —Me encogí de hombros, y mi primo me miró dudando de mis palabras—. La *vendetta*, antes que nada —le recalqué, y asintió conforme—. Sé que suena a locura, pero,

cazzo… Rocco quiere que su hijo se case a toda costa. Supongo que querrá que le suceda pronto, y parece que el muchacho no lo ha querido hacer hasta ahora. Robarle la novia después de que lo hayan anunciado es la oportunidad perfecta para herir su ego.

—¿Y crees que la pelirroja accederá a dejar a un Corsini por ti? —preguntó, claramente para provocarme. A mi primo le encanta jugar con fuego—. Te recuerdo que son los putos reyes de Toronto.

—Puedo ser muy persuasivo cuando quiero algo —contesté moviendo el cuello para destensarlo.

Todavía me pesaban las palabras que me había dicho Claire, y odiaba que me hubiese comparado con esa sabandija de Ruggero. Yo no era un monstruo, aunque ese Corsini sí.

—La única manera de impedir ese matrimonio es que tú seas quien se case con ella antes, y los dos sabemos que eso queda descartado —dijo sin disimular la gracia que le hacía la suposición. Alcé una ceja al escuchar la rotundidad de mi primo.

Me conocía, de eso no había duda, pero también sabía que cuando tomaba una decisión, iba hasta el final sin que me importaran las consecuencias.

Aunque eso significara ir en contra de mis propias convicciones.

—Quiero que les quede claro que voy a arrebatarles todas sus pertenencias, una a una, y voy a empezar por esa, Enzo. Rocco quiere que su hijo se case, y Ruggero quiere hacerlo con ella. Pues ninguno de los dos se va a salir con la suya, porque voy a ser yo quien se case con Claire Bianchi —afirmé con rotundidad.

—Huyes del compromiso como si tuvieras una fuerte alergia, y ahora, ¿te vas a casar para demostrarles que puedes hacerlo?

—Exacto. Además, todo el mundo sabrá que he sido yo quien se ha llevado a la prometida de Ruggero. Todos conocerán mi nombre y

sabrán que he venido solo a por una cosa: derrocar a ese malnacido para después eliminar a todo su clan.

—Eres un puto genio kamikaze —resopló, mostrando una amplia sonrisa.

Tuve una extraña sensación en mi estómago, que achaqué a los nervios previos al inicio de mi *vendetta*.

Mientras iba planificando el primer golpe, se coló en mi mente, sin previo aviso, la imagen de los ojos verdes de Claire, en los que vibraba ese coraje excepcional que me había seducido.

16
El yugo de la mafia

Claire

Habían pasado tres días desde la fiesta en la que se anunció mi compromiso con Ruggero Corsini. Desde esa misma noche tenía en la puerta de mi casa —sin importar la hora o el tiempo que hiciera— a dos hombres de su clan para acompañarme a cualquier sitio al que fuera. Según me dijo mi futuro suegro la noche en la que se anunció el compromiso, era para velar por mi seguridad, pues en breve iba a formar parte de su familia y querían protegerme de sus enemigos. Yo creía que los había puesto para vigilar quién entraba o salía de casa de mi padre; a quién veía y qué lugares frecuentaba. Vamos, para tenerme vigilada hasta el día en el que mi libertad muriera por el matrimonio.

Sentía el yugo de la mafia cada vez más apretado alrededor de mi gaznate, y eso que todavía no nos habíamos casado. Desde que se anunció que era la prometida del heredero del clan más bárbaro y temido del país, no me dejaban ir sola a ninguna parte. Incluso cuando salía a correr por las mañanas, ellos también lo hacían conmigo, renegando en italiano de que fuera tan rápido, que cada vez saliese a hacerlo más temprano o cada día mi trayecto tuviese más kilómetros. No me importaba que se quejaran; necesitaba quemar la ansiedad que me oprimía el pecho a medida que los días avanzaban y la fecha de la boda se aproximaba como una condena… La misma noche de la fiesta, antes de que nos fuéramos de su

mansión, Ruggero me anunció con una sonrisa que ya había fecha para el enlace y que sería dentro de un mes.

¡¡Un mes!!

Lo único bueno era que los Corsini se iban a encargar de organizar el enlace y yo me desentendería por completo. Supuse que la señora Corsini se había dado cuenta de mi incapacidad para elegir nada el día que intenté escapar. Sin embargo, antes de la boda, me tocaría conocer a la familia de manera más íntima, con distintos almuerzos que organizarían para presentarme formalmente.

Al día siguiente de esa fiesta, fui al primero, y comí tanto por culpa de los nervios, al verme rodeada de gente que vivía de la mafia, que salí con el estómago a punto de explotar. Y no fue de gran ayuda que mi futuro esposo se divirtiera susurrándome al oído lo ansioso que estaba por hacer realidad sus fantasías más depravadas. Mientras intentaba que cada sucia palabra salida de esos labios no se reflejara en mi fachada impoluta, sonreía a esa familia que en breve se convertiría en la mía, sintiéndome un cascarón hueco, un bonito trofeo, alguien sin voz ni voto en su vida.

Jamás me había sentido tan vacía y tan a la deriva.

—Buenos días —saludé, desganada, a mi padre, que estaba sentado en la isla de la cocina, disfrutando del desayuno.

Ya no me sorprendía verlo levantado tan temprano, daba igual que cada vez me despertara antes: siempre me lo encontraba abajo. Como si se levantara antes del amanecer para vigilar cada uno de mis pasos antes de marcharse a trabajar. Pero si ya tenía a dos centinelas apostados en la puerta, por si se me ocurría cambiar de idea antes del gran día y volvía a intentar escaparme.

—¿Otra vez vas a salir a correr? —me preguntó. Me encogí de hombros, porque era obvio que era lo que iba a hacer—. No creo que sea bueno que hagas tanto ejercicio semanas antes de la boda.

No quiero que llegues más cansada de lo que llegaste a Canadá. Tu futuro marido tendrá muchos eventos y galas, y tienes que estar resplandeciente, no agotada.

—Estoy acostumbrada a salir a correr diariamente. Lo hacía cuando vivía con mamá; me ayuda a pensar —le informé seria. Desde que me enteré de que mi padre me había engañado para traerme aquí, mi relación con él había cambiado drásticamente—. Además, necesito quemar todo lo que como en cada almuerzo al que voy con Ruggero. Hoy, por ejemplo, después de ir a comprar el vestido de novia, vendrá a recogerme para irnos a otro encuentro con su familia.

—Eso está bien. Tienes que conocer a todos los Corsini. Seguro que los estás enamorando con tu belleza. —Hice una mueca parecida a una sonrisa como respuesta. «Mi belleza. No mi simpatía o mi saber estar. Lo único importante para esta gente es lo que se ve desde fuera», pensé con resquemor—. ¿Necesitas que vaya contigo a buscar el vestido de novia?

—He quedado con la señora Corsini en una *boutique* especializada en vestidos de novia, y ya tiene varios modelos elegidos para que me los pruebe —contesté sin emoción.

Como si acabara de decirle a mi padre que el papel higiénico del baño de invitados se había gastado… Así me sentía. Cada día que pasaba me acercaba más a esa boda impuesta. Cada día me sentía peor que el anterior, como si fuese de camino al infierno, y en cierta manera así era.

Ruggero era el diablo, y con cada una de sus palabras fuera de lugar confirmaba que mi vida iba a ser una auténtica tortura.

—Eso está bien. Seguro que encontráis el vestido perfecto —dijo con alegría y me miró la mano—. ¿Por qué no llevas el anillo de compromiso?

—Voy a salir a correr y no quiero perderlo —farfullé antes de coger una botella de agua y darle un buen trago.

La verdad era que odiaba ese anillo ostentoso y en cuanto podía me lo quitaba. Por supuesto, no podía decírselo así de claro a mi padre… Ahogué un suspiro, rogando que la señora Corsini no tardara mucho en escoger el vestido que llevaría el gran día. Lo que tenía claro era que no me darían la opción de elegir cuál me gustaba más… Sería a su gusto, el que pensara que a su hijo le iba a gustar más. Y me sentiría todavía más como una muñeca que movían a su antojo.

—Rocco está tan contento de que su hijo se fijara en ti. No para de decirme que eres la nuera perfecta, que toda la familia está encantada contigo, y que está deseando que te conviertas en una Corsini. Dios mío…, cuando Rocco delegue en su hijo todo el poder, te convertirás en la mujer de un capo, querida. ¿Sabes lo que significa eso?

—No, papá —dije sin disimular lo cansada que estaba al escuchar hablar de esa gente—. Hasta hace unos días no tenía ni idea de que la mafia estaba en tu vida, por lo tanto, no. No sé lo que significa ser la esposa de un capo y, sinceramente, me da igual. Tú solo asegúrate de seguir pagando el hospital de mamá y de que ella esté bien, es lo único que me importa —añadí envalentonada. Me daba rabia que mi padre no parara de maquillar una vida que no iba a ser tan idílica como él contaba, sobre todo al ir vislumbrando, con cada interacción, cómo era en realidad mi prometido—. Voy a salir a correr.

—Ya me contarás por la noche qué tal te ha ido con Ruggero —dijo como si no acabara de soltarle en la cara que no me importaba nada de esa gente.

No le contesté, simplemente salí de la cocina para dirigirme a la puerta de la calle.

Cuando salí, los dos guardianes apostados allí se volvieron, y su gesto cambió cuando me vieron con ropa deportiva. No hacía falta que hablaran para saber que estaban insultándome en su fuero interno con todas las palabrotas que conocían.

No les gustaba salir a correr, y mucho menos tan temprano.

—Señorita Bianchi —me saludaron los dos hombres del clan Corsini que estaban de guardia por las mañanas; por las tardes había otros distintos.

—Buenos días —les dije, cerrando tras de mí. Me puse los auriculares, y la música aleatoria de mi Spotify comenzó a aislarme de la realidad.

No presté atención a la canción que sonaba. Desde que había averiguado la verdad, la voz de mi mente sonaba más alta que cualquier música que pusiera. Además, la utilizaba más para ocultar el sonido de sus pasos y sus conversaciones que para distraerme. Como era de esperar, uno de los dos matones de los Corsini me pidió que no fuera tan lejos, pero me hice la sorda y aceleré más. Tenía la sensación de que cuando me casara no iba a poder tener esos momentos de libertad camuflada, e iba a exprimirlos al máximo hasta entonces.

El viento era más frío y húmedo que otros días. En el cielo había varias nubes grises que amenazaban con descargar lluvia, como si no importara que nos encontráramos a las puertas del verano. El viento fresco en mi rostro era lo que más había extrañado de mi país natal: sus temperaturas frías y poder salir sin que el calor sofocante me asfixiara a cada paso que daba, como me ocurría en Alabama o en cualquier otra ciudad del sur de Estados Unidos en la que hubiéramos vivido. Mi madre aborrecía el frío, y por eso escogía

pequeños pueblos donde el clima era más cálido. En cambio, yo sufría en silencio cada verano cuando me tocaba salir a correr o ir a trabajar. Odiaba sentir mi piel bañada en sudor nada más moverme; en cambio, aquí debía esforzarme mucho para empapar mi camiseta de sudor.

Tomé una calle que, a esas horas de la mañana, estaba solitaria, y disfruté de la tranquilidad, obligándome a olvidar que dos tipos altos con cara de pocos amigos corrían detrás de mí como si me persiguieran. Me centré en el cielo, que comenzaba a iluminarse con dificultad por las nubes con tonos naranjas, rojizos y morados, anunciando un nuevo día. Me llené los pulmones del limpio viento que mecía los árboles de los jardines de las casas del vecindario, tan alejado del bullicio de la gran ciudad de Toronto. Sonreí al ver algún gato que se escondía al verme, y a medida que mis piernas comenzaban a quemarme por la carrera y el esfuerzo, me sentí viva. Me sentía yo, y no la marioneta en la que me había convertido desde que había llegado a Canadá y descubierto la verdadera razón por la cual mi padre me ayudó a pagar el hospital de mamá.

Si en ese momento hubiera podido pedir un deseo, sería este: seguir corriendo tanto que pudiera alejarme del destino que me habían impuesto esos mafiosos y tumbarme al lado de mi madre.

De repente se coló a través de la música un estruendo que me pareció el sonido de unos disparos. Me volví, casi por inercia, para comprobar si eran imaginaciones mías con el tema de la mafia sobrevolando mi mente. Lo que vi me hizo dudar de si era real, porque los dos hombres de los Corsini yacían en el suelo con sus camisas sudadas y ensangrentadas.

¿Qué había pasado?

Me detuve de golpe, jadeando, y me quité los auriculares. El corazón retumbaba desquiciado en mi pecho. No me dio tiempo a

reaccionar; alguien me cogió los brazos, deteniendo mi avance hacia los dos tipos que estaban tumbados y ensangrentados en el suelo, y luego, esas mismas manos me rodearon la cintura y me levantaron del suelo. Al volverme hacia la persona que me tenía cogida, me extrañó que fuera Leone quien me sostenía con seguridad.

—¿Has sido tú? —jadeé, con la respiración alterada por la carrera y por lo que acababa de presenciar.

—Sí —respondió tan tranquilo que no sabía si estaba orgulloso de su hazaña o ya ni lo alteraba matar a nadie. Se me subió la bilis a la garganta—. Voy a ayudarte, Claire. Confía en mí.

—Dios, ¡estás loco! —dije fuera de mí.

—Tú decides: ¿por las buenas o por las malas? —Me revolví para zafarme de su agarre, pero él me cogió con más fuerza, impidiendo que me soltase.

—Suéltame, ¡joder! —gruñí sin dejar de darle patadas, intentando escapar de él, pero me tenía tan bien cogida que me era imposible.

—Sabía que no me lo ibas a poner fácil, *rossa*… —susurró muy cerca de mi oreja, llamándome pelirroja en italiano. Me puso una tela en la nariz y la boca.

—¡Déjame en paz!

—No te va a pasar nada malo, Claire. Te doy mi palabra —dijo tan cerca de mi piel que incluso antes de que mis ojos se cerraran dudé de si había deslizado su nariz por mi cuello.

17
Tu salvación

Claire

Me desperté con la garganta tan seca que me incomodó. Estaba intentando hacerme a la idea para levantarme de la cama y bajar a la cocina para beber agua, aunque eso significara tener que ver a mi padre y escucharlo hablar una vez más de los Corsini.

Si tanto le gustaban, ¿por qué no se casaba él con Ruggero?

—Ya están buscándonos, y ella todavía no se ha despertado —una voz habló en italiano, el idioma natal de mi padre, el que me enseñó de niña. Me encogí por el miedo.

¿Había alguien en mi dormitorio?

—No tardará en hacerlo.

Esa otra voz la reconocí al instante y, una a una, como si fueran diapositivas que iban pasando por mi mente, fui recordando lo sucedido.

Estaba corriendo.

Escuché disparos.

Los dos tipos que corrían tras de mí estaban tirados sobre la acera, ensangrentados.

Leone me cogió.

Leone reconoció que había matado a esos dos tipos.

Y después me puso algo en las vías respiratorias para dormirme.

¡¡Me había secuestrado!!

—Eso ya lo has dicho hace una hora, Leone.

—¿Por qué no pides comida? Seguro que cuando despierte tendrá hambre. Además, así dejarás de tocarme las pelotas.

—¿También le pido una masajista? Lo digo porque lleva cinco horas en la misma postura y se va a levantar con los músculos rígidos.

—¿Tengo que repetírtelo, Enzo?

—¡No! A sus órdenes —soltó, y percibí diversión en su voz.

Leone resopló con resignación, como si debiera tener un extra de paciencia con su amigo.

Escuché unos pasos, la puerta abrirse y cerrarse. Luego, el silencio, tan tangible que incluso lo sentí en mi piel.

Moví ligeramente las manos y los pies, asegurándome de que no estaba atada, y, despacio, controlando la respiración y la postura, busqué en la pernera de mi pantalón corto con doble tela, una de lycra que se pegaba a mis piernas y otra más suelta, una navaja suiza que había conseguido que nadie supiera que escondía ahí.

Abrí muy despacio un ojo y busqué a Leone, que, por los sonidos que había escuchado, seguía en la habitación. Intenté controlarme mientras abría lentamente la navaja y lo observaba absorto en su móvil, sin prestarme atención. Se encontraba en el lateral derecho de la cama, sentado al revés en una silla, apoyando los antebrazos en el respaldo. Tenía un aire despreocupado, incluso diría aburrido, y no se había percatado de que yo ya estaba despierta.

Cogí aire y rodé rápidamente hacia ese lateral para levantarme de un salto y ponerle el filo de la navaja en el cuello. Él levantó el rostro, inmutable —como si no se hubiese sorprendido de mi ataque —. Me miró a los ojos y me mostró una sonrisa que no supe cómo interpretar.

O era un excelente actor y estaba disimulando de lujo que no lo había sorprendido, o, en realidad, había estado atento a cada uno de

mis movimientos.

—Tienes una forma muy curiosa de despertarte, *rossa*. ¿Es así todos los días, o solo porque estoy en tu dormitorio?

—Vamos a poner las cartas sobre la mesa ya, Leone. ¿Quién leches eres y qué hago aquí?

—¿Y tú de dónde has salido, *fiamma*? —me preguntó utilizando ese apelativo en italiano que significa «llama». ¿Ahora me comparaba con el fuego? No me dio tiempo de responderle, porque me cogió la mano en la que llevaba la navaja y la apartó de su cuello como si no tuviese fuerza. Y, maldita sea, ¡la tenía!—. Llevabas una navaja escondida… —dijo como si estuviese sorprendido—. Sabía que no eras como las demás, pero esto… *Cazzo*…

Negó con la cabeza y sonrió divertido, como si, para él, tenerme retenida en contra de mi voluntad fuera la monda.

Apreté los dientes y eché hacia atrás el puño que tenía libre para darle en la nariz, pero él ya me estaba mirando a los ojos y se levantaba de la silla.

Lento.

Poderoso.

Imponente, con su más de metro noventa, consiguió dejarme congelada en esa posición, como si fuera un dibujo animado.

Obligándome a levantar la cara para verlo y darme cuenta de que era alto, mucho más de lo que me había parecido días atrás. ¡Claro! Siempre llevaba tacones, y en ese momento iba descalza.

—Yo no lo haría, Claire —dijo como si yo fuese un animal asustadizo, y él el rey de todos ellos—. Te lo dije la última noche en que nos vimos, pero no me quisiste hacer caso. Soy tu salvación.

Apartó la silla que se encontraba en medio de los dos, tirándola de mala manera contra el suelo, y avanzó hacia mí como una tormenta se cierne sobre la costa. Todavía me tenía cogida la muñeca con la

que sujetaba el arma, y me observaba fijamente. Bajé el puño. Era absurdo intentar pegarle cuando me tenía bien agarrada. Me sumergí en las profundidades de sus ojos marrones. Jamás había visto un color de iris semejante; era como si, con la luz del día, las vetas doradas que los cruzaban brillaran, llenándolo de misterio. Además, su cabello castaño oscuro lo tenía ligeramente despeinado, y algunos mechones le caían en la frente, dándole un aspecto más rebelde. Más indómito. Más peligroso. Lo que más me sorprendía era su gesto tranquilo, como si estuviese acostumbrado a controlar cualquier situación, sin importar lo disparatada o peligrosa que fuese.

La puerta se abrió de golpe. Me volví para ver a otro tipo que ya tenía su pistola en la mano, apuntándome. Enzo era más bajo que Leone, pero su cuerpo era más musculado. Tenía el cabello negro muy corto, y sus rasgos eran armoniosos, como los de un modelo.

—Sal, Enzo —le pidió Leone con voz calmada, atrayendo mi atención de nuevo a él—. Claire y yo tenemos mucho de que hablar.

Enzo hizo lo que le pedía, dejándonos a solas e indicándome que estaba ante el líder. Mi secuestrador me quitó la navaja sin que opusiera resistencia; sería una estúpida si lo hubiera hecho. Se guardó mi salvavidas en el bolsillo. Luego se acercó a la mesita de noche, cogió una botella de agua pequeña y la desenroscó.

—Bebe —me ordenó con un tono frío e impersonal. Aunque me hubiera gustado decirle que no para llevarle la contraria, la cogí por pura necesidad. Si me quisiera hacer daño, ya lo habría hecho; y me la bebí entera.

—¿Eres del clan de los Corsini? —le pregunté, ávida de información. Leone mostró una sonrisa chulesca y se apoyó contra la pared, en la que había un gran ventanal tapado con unas cortinas blancas.

Su pose era relajada, como si estuviese más que acostumbrado a secuestrar mujeres.

—*Cazzo*, no —negó rotundo, como si la mera idea le diese asco.

—¿Perteneces también a la… mafia?

—Sí. A la más importante y poderosa del mundo. Te lo dije la última noche: soy más peligroso que todos ellos.

—Entonces eres uno de sus enemigos…

—Chica lista, además de… sorprendente —dijo dándose unos toquecitos donde tenía guardada la navaja—. ¿Por qué llevabas esto encima?

—Porque tengo miedo de que me hagan algo, y quería llevar un arma para defenderme.

—¿Ruggero ya se ha dado cuenta de que no eres una mosquita muerta? —Alzó una ceja para provocarme.

—Creo que sospecha algo después de que intentara escaparme, pero con él tengo que comportarme de otra manera.

—Vaya, entonces esto es solo por mí —dijo irónico—. ¿Me tengo que sentir ofendido u orgulloso de ver tu verdadera manera de ser?

—Dejémonos de tonterías, Leone. ¿Por qué me has secuestrado?

—No te he secuestrado. Es más, te he dado la opción de que vinieras por tu propio pie, pero, claro…, te encanta pelear y… he tenido que utilizar el plan B.

—Plan B… —dije con desgana, porque cada vez ese tema sonaba peor—. Y ¿dónde estoy?

—En un lugar seguro, donde los Corsini no te podrán encontrar.

—¿Por qué no quieres que me encuentren?

—Porque vas a ser la primera pertenencia que les voy a arrebatar ante sus narices y pocos días después de haberlo anunciado ante su gente —dijo cruzándose de brazos y con una chulesca sonrisa.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que voy a empezar una maldita guerra y que tú eres mi primer movimiento en esta partida de ajedrez que, no tengo dudas, ganaré. Te di la oportunidad de que escogieras la decisión correcta esa noche en el jardín, Claire. Al no hacerlo, he tenido que montar este *show* para darles el primer mensaje contundente a los Corsini: no te vas a casar con Ruggero, te casarás conmigo.

—¡Estás loco! —dije sin pensar. Como si se me olvidara que este hombre no solo había matado sin vacilar a dos personas a pocos pasos de mí, sino que me estaba reteniendo contra mi voluntad—. Me tengo que ir ya, antes de que se den cuenta de que me he ido. Si mi padre se entera…

—¿De verdad eres tan ilusa para creer que no habrá repercusiones si vuelves después de estar conmigo? Ya saben que he sido yo quien te ha cogido y ha matado a esos dos imbéciles. Me he asegurado de que les llegue mi nombre de manera clara y contundente, Claire. Si volvieses como si nada, te matarían. Aborrecen por encima de todo que otro hombre toque lo que creen que es suyo.

—Tú no me has tocado.

—Pero ellos no lo saben.

—Si tengo que demostrar que sigo siendo virgen, lo haré —mascullé apretando los dientes y los puños, alzando la cara para mostrarle que estaba dispuesta a todo con tal de salvar a mi madre.

Leone frunció ligeramente el ceño, casi de manera imperceptible.

—¡¡No lo entiendes, *cazzo*!! No dejarán ni que te acerques a hablar con ellos, porque en cuanto te vean, te volarán la cabeza de un disparo —gruñó con tanta rabia mientras se erguía y se separaba de la pared que su portentosa voz provocó que mi cuerpo se estremeciera—. No tienes escapatoria. ¡¡Te casarás conmigo!!

—Te dije que no podía, maldita sea. No es que no quiera, creo que cualquier otro tipo es mejor que Ruggero, pero no puedo, mi

madre… —Se me rompió la voz al referirme a ella.

Leone apretó los dientes, resopló de manera sonora e incluso movió el cuello, como si lo tuviese rígido. Como si le estuviese cansando esa conversación y necesitase finalizarla. Gracias a ese movimiento, pude ver el tatuaje que descendía por su cuello hasta acabar cerca de su clavícula. Era una gran L dibujada con una caligrafía sencilla, recta, con un trazo ancho negro.

¿Ele de Leone, de Lombardi, o tenía otro significado oculto?

—Tu madre está ingresada en un psiquiátrico. Dime con qué te ha amenazado y lo arreglaré —pidió serio, impertérrito. Me sorprendió que estuviera enterado de dónde se encontraba ella.

Abrí y cerré un par de veces los labios. No me esperaba que lo supiera. Sin embargo, no le pregunté la razón, simplemente apreté los dientes y respondí a la cuestión.

—No solo me ha amenazado con dejar de pagar el hospital donde está ingresada, sino que la matará si no me caso con Ruggero.

—Entonces lo pagaré yo y me aseguraré de que nadie le haga daño. ¿Alguna reticencia más que hacerme antes de que te conviertas en mi esposa? —Estaba visiblemente cabreado. Negué con la cabeza—. Bien, porque tenemos un trato, Claire. Me encargaré de tu madre, y tú mañana te convertirás en mi mujer. Prepárate, porque vamos a comenzar una guerra que ninguno de ellos se espera. Y ahora sal a comer algo, necesitas reponer fuerzas. Nos esperan unas semanas muy largas.

El estómago se me retorció al escuchar eso. Leone abrió la puerta y desapareció de mi vista con pasos enérgicos y airados, dejándola abierta e invitándome a salir de allí.

Había pasado de casarme en un mes con un sanguinario mafioso a hacerlo en unas horas con otro igual de temible que estaba dispuesto a iniciar una guerra entre clanes, en la que iba a estar

involucrada porque era su primer movimiento para derrocar a los Corsini.

18
Todo por culpa de Claire

Leone

Salí hecho una furia de su dormitorio, sin comprender todavía a esa pelirroja que ni siquiera me había dado las gracias cuando, claramente, le había hecho un puto favor.

Cuando pasé al lado de mi primo, este ya tenía una maldita sonrisa en los labios.

—Es toda una fierecilla tu futura mujer, ¿eh? —me soltó, y lo fulminé con la mirada sin dejar de caminar hacia el gimnasio.

Necesitaba arrancar esa sensación de mi cuerpo antes de hacer alguna tontería. Verla con ese coraje enfrentándose a mí había sido un subidón de adrenalina. Me había quedado prendado de la furia que desprendía su fina y aterciopelada voz, me había sumergido en la rabia que destilaban sus ojos verdes, y me había sorprendido su iniciativa.

Soy un Lombardi. Nadie se atreve a ponerme una navaja en el cuello sin acabar muerto, pero en vez de someterla a mi poder, caí en picado en una trampa que yo mismo me había creado. Mi futura esposa conseguía romper todos mis esquemas simplemente con abrir sus labios de fresa.

Ni siquiera me cambié de ropa y empecé a dar golpes al saco de boxeo, sin protección, porque así sentía el dolor y la presión en los nudillos y me ayudaba a pensar, a desprenderme de la rabia tras ver que no se había alegrado de que la hubiera salvado.

Que no parase de decirme que tenía que casarse con ese animal de Ruggero.

Que no parara de poner trabas a la solución perfecta para ella, y también para mí.

Cazzo… No me sorprendió cuando se abalanzó sobre mí. Me había dado cuenta del momento exacto en el que se había despertado; simplemente me quedé donde estaba porque quería ver qué haría ella. Sin embargo, no esperaba que me atacara con una puta navaja.

¡¡Llevaba una navaja para salir a correr!!

¿De dónde había salido Claire Bianchi?

Negué con la cabeza, dándole más fuerte al saco, sin entender cómo una chica que había vivido fuera de Canadá y del entorno de la mafia era capaz de sorprenderme como lo hacía ella.

Sus ojos verdes no habían reflejado en ningún momento miedo o vacilación, era como si estuviese preparada para el ataque, como si estuviese acostumbrada a vivir situaciones así.

Pensar en tal posibilidad provocó que una furia desconocida se instalase en mi estómago, y arremetí con más fuerza con mis puños doloridos contra el saco. Al recordar esa denuncia por acoso y la otra por agresión a un tipo, imaginé que ella lo había pasado mal.

Y ese hecho, unido a mi cabreo cada vez más creciente, provocó que deseara coger a esos dos tipos que se habían atrevido a hacerle algo a esa pelirroja descarada y temeraria y matarlos con mis propias manos.

—Leone. —Mi primo, otra vez—. Tienes una reunión en media hora.

Asentí mientras seguía dándole con fuerza al saco al darme cuenta de que se me había olvidado la reunión, y todo por culpa de Claire.

De Claire y sus ojos verdes.

De Claire y su sedoso cabello pelirrojo.

De Claire y el asombroso aroma que desprendía su piel cuando la cogí para traerla aquí.

De Claire y su cuerpo, tan solo con unos pantalones de correr cortos y una camiseta que se pegaba a su pecho…

—Me voy a duchar —le dije después de dar más de diez golpes bajo su atenta mirada—. Llama a Judith y dile que compre una muda de ropa para Claire, y un vestido de novia para mañana.

—¿Cómo le digo que tiene que ser el vestido?

—Me da igual. Con que sea blanco me vale —mascullé, sabiendo que cualquier cosa que se pusiera encima haría que estuviera espectacular.

Porque esa mujer que se iba a convertir en mi esposa era la más preciosa que había visto en mi vida, y no solo por su bonita cara, sus rasgos finos, su rostro ovalado, sus suaves pómulos, su naricilla o sus tentadores labios rojos, sino porque tras sus increíbles ojos residían la fuerza, la supervivencia y el valor que solo poseían unos pocos.

Me obligué a dejar de pensar en ella, miré a mi primo, que asintió a mis palabras, y salí del gimnasio.

Me apoyaba contra los azulejos de la ducha mientras el agua caía en mi espalda cuando mi mente rememoró la frase que me había dicho Claire con tanta garra, dispuesta a todo para casarse con Ruggero: «Si tengo que demostrar que sigo siendo virgen, lo haré».

Cerré los ojos y me acaricié la polla, recordando la imagen de sus labios entreabiertos y esa furia vibrando en sus ojazos verdes.

Cazzo…

Sabía que tenía veintiún años y, aunque había chicas de su edad que ya tenían experiencia en el sexo, para mi sorpresa, mi futura mujer, no.

Mi futura esposa, que no había crecido bajo la sombra de la mafia, tenía la condición perfecta para ser la mujer del jefe de un clan tan importante como el mío.

«Tengo que centrarme», me dije mientras cambiaba el agua caliente por la fría y dejaba de tocarme pensando en ella.

No podía permitirme desearla.

Iba a ser mi mujer, pero solo sobre el papel.

«Tengo que seguir a rajatabla el plan, sin importar que Claire esté ahora bajo mi maldito techo».

19
Un matrimonio forzado

Claire

Unos enérgicos golpes en la puerta del dormitorio consiguieron que me incorporara rápidamente en la cama.

—¿Quién es?

—Voy a entrar, espero que estés visible —dijo una voz masculina con un marcado acento italiano.

Y sin esperar un segundo, abrió la puerta ese hombre que me había apuntado con su arma el día anterior. Llevaba en las manos dos bolsas grandes de papel que dejó sobre la cama sin mirarme.

—Leone quiere que te pongas el vestido de novia y vayas a desayunar —me ordenó, se dio la vuelta y salió del dormitorio.

—Eres Enzo, ¿verdad? —solté rápidamente, antes de que se marchara. Se volvió y me miró seriamente—. ¿Sabes algo de mi madre? ¿Sabes si los Corsini o mi padre le han hecho algo?

—Te voy a dar un consejo, pelirroja —dijo como si le diese rabia mi simple presencia—. No hagas preguntas y obedece sin rechistar. A Leone no le gusta esperar.

Y sin más salió del dormitorio, cerrando tras de sí. Ahogué una maldición mientras me tumbaba en la cama y me tapaba la cara con la almohada.

El día anterior, después de asimilar que volvía a estar atrapada en otro matrimonio que no deseaba, salí a comer comida china que había en la cocina, bajo la atenta mirada de ese tal Enzo. No se

acercó a mí, simplemente estaba pendiente de cada uno de mis movimientos, dejándome claro que me estaba vigilando y que no iba a ser simpático conmigo. Después de llenar mi estómago, recorrí la enorme propiedad. Había varios hombres muy cerca de la entrada principal, custodiándola. No sabía si para evitar que me escapara o para controlar que nadie entrara sin la autorización de Leone. Me acerqué a los grandes ventanales, esperando ver solo árboles y vegetación. Lo que vi me dejó desconcertada.

No estábamos en medio de la nada, como me había imaginado después de que Leone me dijera que allí no me encontrarían los Corsini, sino en pleno centro de Toronto.

Intenté ubicarme mirando por cada ventanal, sintiendo sobre mí la mirada de esos hombres que vigilaban mis movimientos; sin embargo, no conseguí saber exactamente dónde nos encontrábamos, solo que estábamos en un piso muy alto de un rascacielos, no sabría decir cuál.

Tenía que reconocer que el ático era enorme, lujoso, y tan amplio que parecía surrealista que estuviese en un edificio del centro. No abrí todas las puertas que estaban cerradas por miedo a encontrarme algo que no quisiera ver. Era nueva en ese tema y no sabía si los mafiosos tenían una habitación oscura para infligir dolor a los que no obedecían sus órdenes. Ya tenía bastante con haber visto a los dos hombres de Corsini derribados en el suelo mientras la sangre corría por la acera como para prestarme a revivir la experiencia de manera voluntaria.

Si podía evitarlo, quería mantenerme al margen de esa vida que imaginaba tan violenta.

Era demasiado extraño, porque no solo no volví a ver a Leone en todo el día, sino que tampoco me habló nadie, sin importar que

estuviese dando vueltas como alma en pena por el lujoso apartamento.

Al final tuve que volver al dormitorio, sin otra cosa mejor que hacer, consciente de estar a merced de alguien que quería declararle la guerra al clan más sanguinario del país.

No pintaba bien la cosa.

Tampoco sabía realmente qué intenciones tenía Leone conmigo. La única certeza era que ese día nos íbamos a casar. Después, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Seguiría en pie lo que me dijo en la fiesta, cuando me propuso que cambiara de marido como de camisa, o ahora que había debido recurrir al plan B había perdido esos beneficios?

La incertidumbre me estaba matando: entre no saber si mi madre seguía a salvo en el hospital y qué me iba a suceder cuando me casara con ese mafioso, estaba en medio de una pesadilla.

Además, odiaba estar incomunicada. Había buscado por toda la habitación el teléfono móvil y no lo había encontrado. Supuse que Leone o Enzo —¡o quien fuese!— me habían arrebatado la posibilidad de saber si mi madre estaba bien. Aunque tampoco hubiese solucionado nada tener en mi poder el móvil, y todo por culpa de mi padre…

¡Era demasiado frustrante!

Al final me obligué a levantarme de la cama para ver lo que había en las bolsas. En una, unos vaqueros, una camiseta y ropa interior; en otra, un conjunto de lencería en color blanco y un bonito pero sencillo vestido de novia.

Mi estómago se contrajo.

Esto iba en serio.

Me metí en el cuarto de baño que estaba dentro de mi dormitorio, tipo *suite*. Me duché, me sequé el cabello y me vestí de novia,

asombrándome de que hubiese acertado con la talla. No me miré en el espejo del baño, porque no sabía si soportaría verme vestida así, y salí para buscar en la bolsa unos zapatos de tacón también blancos.

Ya preparada, aunque no mentalmente, salí del dormitorio para ir al salón, que se encontraba cerca de la entrada, donde supuse que me estaría esperando mi futuro marido.

Con cada paso que daba, las voces susurradas en italiano me permitieron confirmar que mis sospechas eran ciertas y que estaban en el salón. Cesaron de hablar cuando escucharon que estaba cerca y, cuando entré en el salón, me encontré con Leone de pie al lado del ventanal, con un traje negro elegante y una camisa impoluta blanca debajo. No llevaba corbata, algo que ya no me extrañaba. Ese complemento no iba con él, independientemente de si era correcto o no llevarlo según para qué eventos. Llevaba la camisa ligeramente abierta, mostrando su largo y tatuado cuello al aire. Tuve que parpadear varias veces, porque su imagen era de ensueño. Tan atractivo que dolía, y más al saber lo que escondía tras esa fachada tan bien estudiada: un mafioso, un hombre peligroso.

A su lado estaba Enzo. No reparé en él, porque en cuanto vi cómo Leone me recorría el cuerpo con la mirada, se evaporó todo lo demás. En su rostro no identifiqué si le gustaba o no el vestido, que presuponía que me había comprado él.

Sus ojos seguían siendo fríos e inhumanos.

—Desayuna —me dijo sin saludarme, señalando la cocina, que se encontraba pegada al comedor.

Fui y me atiborré como nunca, sin que me importara nada más que tapar el agujero que sentía en mi ser.

Nunca había soñado con casarme.

No era de ese tipo de chicas que tienen una lista con cada detalle de lo que desean para su enlace en un cuaderno forrado de satén rosa. Supuse que escuchar a mi madre hablar durante años mal de los hombres había hecho mella en mí, incluso que su atípica enseñanza había conseguido que me convirtiera en una mujer que no creía ni en el matrimonio ni en el amor. Me consideraba práctica y no tendía a soñar despierta. Sabía que en mis condiciones sería muy difícil encontrar a alguien de quien enamorarme, porque mi existencia había girado en torno a mi madre, pero jamás había imaginado que me vería envuelta en algo así.

Un matrimonio forzado.

Un marido con sed de venganza.

Y una guerra que se libraría conmigo a su lado.

Lo peor era no saber si estaba en el lado correcto, si es que eso existía en este complicado mundo, o simplemente me iba a casar con la persona que iba a convertir lo que conocía en cenizas.

—¿Y esta es la mujer que va a echar a perder tu soltería? Mírala, parece que no tenga modales —dijo Enzo a Leone en italiano, lo suficientemente alto para que lo pudiese escuchar.

—¿Sabes que mi padre es italiano? —le pregunté en inglés. Porque una cosa era entenderlo y otra hablarlo, y tampoco quería quedar mal después de tantos años sin practicarlo—. Y para que quede claro, tengo más modales y educación que tú. Por lo menos no escondo lo que pienso.

Leone intentó frenar una sonrisa con un suave carraspeo. Enzo apretó tanto los dientes que parecía que se los fuera a romper, y yo cogí otro *bagel* y me lo comí, exagerando los movimientos porque no quería que intentaran cambiar mi manera de ser.

Ya tenía bastante con que me obligaran a hacer algo.

—Vamos, Claire. Tenemos una boda a la que asistir —me dijo Leone después de que me terminase el *bagel*.

Me acabé la taza de café con leche y me levanté del taburete de la isla.

Seguí como un perrito faldero a esos dos italianos. Vi que Leone, sin abrir los labios, hacía una señal a los tres hombres apostados a la salida, tan altos como él, que se posicionaron justo detrás de mí. No me quedó otra que suspirar con resignación.

Estaba claro que no iban a perderme de vista.

Entramos todos juntos en el ascensor, que se encontraba pegado a la entrada del apartamento. Uno de los hombres de Leone pasó una tarjeta por un lector y seleccionó el garaje subterráneo. Bajamos en completo silencio. Las manos me comenzaron a temblar.

Estaba nerviosa.

No solo por lo que iba a pasar en breve, es decir, la boda, sino porque no sabía lo que ocurriría a partir del momento en que dejase de ser Bianchi para convertirme en… Lombardi.

Como si fuéramos en una comitiva, salimos del ascensor después de unos segundos en el más absoluto silencio. Uno de los hombres armario estaba delante, Leone y Enzo susurraban detrás de él, yo les seguía los pasos, y los otros dos escoltas iban detrás de mí. Miré a mi alrededor: no había nadie en el garaje, algo extraño, porque debía de haber muchos vecinos en el edificio, además era por la mañana… Nos dirigimos a un coche negro, un Mercedes con las lunas tintadas.

Leone abrió la puerta de atrás e hizo una señal para que entrara. Hice lo que me pidió, levantándome un poco el vestido para no pisarlo, y cuando estaba colocando el culo en el asiento de la derecha, me tocó pasar al del centro, porque Leone se sentó a mi lado y Enzo a mi izquierda, atrapándome con sus cuerpos.

El coche lo conducía uno de los hombres que iban con nosotros, y detrás iba otro vehículo con los otros dos tipos de nuestra peculiar comitiva.

Salimos sin más dilación del garaje y empezamos a fluir despacio con el tráfico del centro.

—¿Y quién nos va a casar de un día para otro? —pregunté, cansada de tanto misterio y silencio, mirando a Leone.

Desde que habíamos entrado en el Mercedes, ninguno había abierto la boca.

—¿De un día para otro? —repitió, tranquilo y relajado, colocando un brazo sobre su rodilla. Era tan alto que sus piernas estaban muy flexionadas. Habría estado más cómodo delante, pero debía de haberse sentado detrás por mí. No se fiaba de que intentara escapar, y no lo culpaba. Estaba lo suficientemente desesperada y harta como para hacerlo—. Llevo unos días planeando esta boda, Claire. No he dejado nada al azar, ni siquiera tu posible negativa en el momento más importante de la ceremonia.

—Entonces, llevas planeando casarte conmigo desde hace tiempo. No sé si sentirme halagada.

—Nuestra unión no tiene nada que ver con el romanticismo.

—Dios me libre de pensar algo así. —Enzo se reía por la nariz—. Entonces, ¿qué vas a hacer para asegurarte de que diga «sí, quiero»?

Leone sacó del bolsillo interno de su americana su móvil. Comenzó a toquetearlo en el más absoluto silencio, concentrado en cada movimiento, y después me lo mostró. Casi sollocé al ver a mi madre en una videollamada.

—Mamá —susurré. Sus ojos verdes se enfocaban en el móvil que alguien estaba sujetando.

—¿Claire? Oh… —dijo tan bajito que tuve que hacer un esfuerzo para escucharla bien—. Es mi hija —le dijo a la persona que sujetaba el móvil—. ¿Qué tal el trabajo nuevo?

—Bien, bien —mentí, frenando las lágrimas que se amontonaban en mis ojos. Parecía que estuviese más centrada y no tan abstraída como cuando estaba en casa o cuando la dejé hacía casi dos semanas—. ¿Te están tratando bien en el hospital?

—Sí. Son todos muy simpáticos conmigo —contestó. Luego nos quedamos calladas un segundo, mirándonos, como si quisiéramos grabar la imagen de la otra en nuestras mentes—. ¿Cuándo vas a poder venir a verme?

—No lo sé, mamá. —Mi labio inferior temblaba—. Cuando mi jefe me deje, cogeré el primer avión y me presentaré ahí.

—¿Tienes un jefe duro?

—Uf, esa expresión se queda corta. —Mi madre hizo un amago de sonrisa. Se notaba que seguía débil, pero estaba más despierta—. Mientras, quiero que hagas caso a los médicos. Tienes que ponerte pronto buena, ¿vale?

—Claro, cariño. Claire —titubeó un segundo, arrugando sus claras cejas, y atisbé en su mirada una expresión familiar—, ¿dónde está tu padre?

Ahogué un lamento y me forcé a sonreír para calmarla. Me hubiera encantado poder preguntarle si sabía que su marido estaba metido en la mafia, pero era demasiado pronto para abordar ese tema con ella.

—Papá sigue en Canadá, mamá —repetí, como siempre hacía, omitiendo que también yo estaba allí—. Y tú estás en Massachusetts, en una ciudad que se llama Belmont.

—Bien, bien —repuso aliviada. Levantó la mirada, como si la persona que sujetaba el móvil le estuviese diciendo o haciendo algún

gesto. Luego me volvió a mirar—. Claire, nunca vayas a Canadá —añadió con tanta seriedad que sentí como mi pecho se hundía por el dolor.

Si ella supiera…

—Te quiero, mamá.

La llamada se cortó.

—He ordenado que la cambien de habitación y de equipo de enfermeras. No sabía si podía fiarme de las que tenía antes —dijo Leone con tranquilidad, y me quitó su móvil de delante—. Siempre habrá una persona de mi confianza cerca de tu madre, para asegurar que se encuentre a salvo y que ni tu padre ni los Corsini le hagan nada.

—Gracias —susurré sin apartar los ojos de donde había visto a mi madre a través de la pantalla.

Tan sola…

Y todavía obsesionada con mi padre.

Otra vez la culpa me impedía respirar bien, pensando en que no todo lo que mi madre me había dicho durante esos años era mentira… ¿Y si el cambio de negocios de mi padre la afectó tanto que la desquició por completo?

—¿Tenemos un trato, Claire? —quiso saber Leone sacándome de mis pensamientos. Asentí con la cabeza, y de mis ojos se derramaron sin permiso unas lágrimas—. Dilo.

—Tenemos un trato, Leone.

20
El primer golpe

Leone

Nos casamos en la iglesia St. Fidelis Parish, en una ceremonia sencilla que ofició el sacerdote en italiano, a la que asistieron Enzo y mis hombres, que estaban pendientes por si alguno de los Corsini se acercaba a molestar.

Nadie intentó detener nuestra boda, algo que en parte fue una decepción —mis hombres estaban sedientos de sangre—, y por otra no me sorprendió. Esa gente estaba acostumbrada a que los demás obedeciesen sin rechistar, a que nadie les llevara la contraria, y un tío que llevaba en Canadá unos pocos meses, un don nadie que ni siquiera sabían quién era, no se iba a atrever a casarse con la prometida de Ruggero.

Todavía no tenían ni idea de lo que era capaz para conseguir salirme con la mía, porque no me bastaba con eliminar el clan de raíz. Después de haber visto las deficiencias en su casa y la inutilidad de sus hombres, podría haberlos arrasado por completo, y mi venganza se hubiese ejecutado antes del amanecer.

Pero no quería el camino fácil.

No solo quería eliminar el clan, que también, antes quería derrocarlos, humillarlos, quitarles cada una de sus posesiones, y después, cuando estuvieran arrodillados ante mí, dejarles claro que nadie tocaba a un Lombardi y se iba de rositas. Mi *vendetta* se había ido macerando con el tiempo y alimentándose de la ira contenida

mientras esperaba con una paciencia infinita el momento indicado para hacerla efectiva.

Casarme con Claire sería el primer golpe. Era posible que me hubiese dejado llevar por mi instinto cuando la conocí. Después de sopesarlo fríamente, había tenido una idea cojonuda: no solo le arrebataría la esposa al heredero del clan, sino que les mandaría un mensaje claro.

La ceremonia fue sencilla y rápida, algo que pedí al sacerdote. Quería casarme, no perder el tiempo con tonterías, y mucho menos con convencionalismos. Además, no quería tentar a la suerte y que al final nuestro enlace resultara un baño de sangre.

Claire ya llevaba puesto el anillo que le había comprado para la ocasión, y podía asegurar que era una mujer de palabra. Aceptó delante del sacerdote la unión, incluso sonrió para la foto que nos hizo Enzo, la cual haré llegar lo antes posible a su padre… No quería dejar nada al azar, y necesitaba asegurarme de que captaran el mensaje cuanto antes.

Luego nos fuimos de vuelta al ático que compré nada más llegar a Canadá, y ella, demostrándome una vez más su carácter fuerte y decidido, se cruzó de brazos y me miró a los ojos.

—¿Y ahora, qué? —me preguntó mientras me quitaba la americana y la dejaba sobre el respaldo de una silla.

—¿Querías un banquete? —solté para provocarla—. Podíamos haber invitado a tu padre y a los Corsini, ¿verdad? Seguro que están deseando felicitarnos.

Claire arrugó los labios y se tensó, visiblemente molesta. Negó con la cabeza y movió su sedoso cabello pelirrojo. Me perdí en sus ojos verdes, que brillaban con tanta rabia que podrían haberlo incendiado todo.

—No te estaba preguntando eso. Solo quiero saber qué esperas de mí ahora que estamos casados.

Directa.

Sin parpadear y manteniendo mi mirada.

Esa mujer era de otra galaxia. Podía ser dulce y considerada con su madre —como había sido testigo durante la videollamada que había planeado para asegurarme de que aceptaría casarse conmigo —, y al mismo tiempo tener un coraje tan excepcional que me dejaba sin palabras. Debería cabrearme por su actitud insolente, su falta de respeto y su osadía, pero me fascinaba su audacia.

Que no me tuviera miedo.

Que fuera tan valiente como para llevar una maldita navaja cuando salía a correr…

Cada cosa que descubría de ella me hacía pensar en la razón por la cual era de esa manera.

Me senté en el sofá. Ella, con ese vestido blanco liso, de tirantes finos y largo hasta los pies, que caía con elegancia por su seductor cuerpo, se acercó titubeante y se sentó en el sillón justo delante de mí.

Tenerla delante era estar dentro del mejor de los sueños, y de una pesadilla a la vez. Su dulzura y su fuerte carácter creaban una combinación letal para mi cuerpo, que reaccionaba a cada maldita cosa que hacía.

La miré fijamente, mientras recobraba el sentido y le aclaraba su duda.

—Lealtad —le contesté con rotundidad—. Ahora somos familia, acabo de prometer que te voy a proteger, y espero que tú hagas eso conmigo.

—Claro… —titubeó, como si todavía no hubiese respondido a su verdadera duda.

Me humedecí el labio inferior con la lengua, porque intuía la razón por la cual me había pedido que le esclareciese qué quería de ella. Y una punzada de orgullo se clavó en mi estómago mientras me recostaba en el respaldo sin dejar de mirar cada uno de sus dulces gestos.

Sería tan tentador dejarla con la duda.

Que creyese que quería algo más con ella después de pasar por el altar, que estaba tentado de esconder mis verdaderas intenciones, y provocarla para ver hasta dónde era capaz de llegar. Mi polla empezó a endurecerse al pensar en esa posibilidad y darme cuenta de que me excitaba tentarla. Fue suficiente para coger las riendas de la situación y dejarle claros los términos de nuestro enlace.

No podía permitir que ella creyese algo que no iba a ser, porque si no…, mi cuerpo también se lo creería y no iba a permitir que nada —y mucho menos mis impulsos más primarios— afectara a mi elaborado plan de destrucción. Por eso, me moví incómodo, intentando acomodar mi erección, y la miré con seriedad, camuflando lo que ella me hacía sentir al tenerla delante.

—Lo que te dije aquella noche en la fiesta lo mantengo, Claire. No soy Ruggero. No me gusta que mis amantes me tengan miedo o no sean receptivas —dije despacio, y percibí cómo su cuerpo se estremecía ligeramente. Mi polla se endureció más, y odié esa maldita reacción que no podía controlar—. No voy a obligarte a nada cuando estemos bajo este techo. Por lo tanto, seguirás durmiendo en tu habitación. Pero es cierto que habrá pautas o reglas, como quieras llamarlas.

—Y ¿qué reglas son esas? —preguntó casi como un jadeo. Me centré en la lista que había pensado el día anterior en la ducha.

—Cuando estemos en público, podré tocarte, besarte, y me comportaré como un marido con su mujer —le solté. Dejó de

respirar un segundo—. No voy a follarte delante de la gente, tranquila —añadí al verla tan tensa, y ella se movió incómoda en el sofá. Otra vez mi polla intentó reclamar mi atención, pero la ignoré —. Solo quiero que nadie dude de que nuestro matrimonio es real, que está consensuado y ha sido consumado.

—Pe-pero… ¿tendremos que…? ¿Esperas que tú y yo…? —susurró nerviosa. Coloqué una pierna encima de la otra, intentando relajarme, aunque mi cuerpo se estuviese tensando al verla tan vergonzosa al hablar de sexo.

Joder, sería una puta delicia mostrarle lo que su cuerpo podía hacer. Todo lo que le podría hacer para llevarla al límite del placer… Me obligué a quitar de mi mente esa posibilidad, y apreté los dientes antes de volver a hablar.

—No, Claire. No voy a tocarte de esa manera —dije tajante, dejándole las cosas claras a ella y a mi cuerpo, que seguía empeñado en permanecer excitado—. Nuestros besos y contactos en público serán castos, y no habrá ningún interés sexual de por medio. Quiero que esto te quede claro. Estamos casados, vamos a ser un matrimonio perfecto y enamorado de cara a la galería, nada más. No habrá amor, no habrá hijos, no tendremos un futuro juntos. Cuando mi *vendetta* se acabe, te daré una salida para que vuelvas a retomar tu vida como si yo no hubiese intervenido nunca. Como si jamás me hubieses conocido.

Esas palabras provocaron una extraña reacción en mí que ignoré por completo. El día anterior, en la ducha, me di cuenta de que tenía que poner límites a este matrimonio para que no me afectara a mí y a mis planes. Estaba tan cerca de conseguir mi propósito que no podía echarlo todo por la borda por una mujer, aunque fuera una pelirroja preciosa con una mirada feroz que me cautivaba.

—Ah, bien. Es… un alivio escuchar eso —dijo bailándole una sonrisa, y su reacción fue como si me acabaran de dar una patada en los huevos—. ¿Y mi madre? Yo… necesito que siga en ese hospital, que esté a salvo, y si nos divorciamos…

—Si tú acatas las reglas, cuando te deje libre te daré el suficiente dinero para que puedas mantener a tu madre en ese hospital el tiempo que sea necesario.

—¿De verdad? —preguntó con un tono que mezclaba desesperación, angustia y esperanza.

—Sí, Claire.

Suspiró como si le acabara de quitar un enorme peso de encima, como si para ella su madre fuera lo más importante del mundo, por encima de sus propios deseos o preocupaciones.

Moví el cuello, que sentía tenso mientras me obligaba a dejar las cosas claras con ella ahora que era mi esposa. Aunque su reacción no me hubiese gustado, como si realmente quisiera perderme de vista.

¿Qué más daba si quería? Era lógico. Ella no quería casarse, y yo la había obligado a hacerlo para vengarme de mis enemigos.

—Sin embargo —retomé la conversación—, mientras estemos casados, cuando estemos en público y tengamos espectadores, espero que finjas que eres la esposa italiana ideal.

—Soy medio italiana, mi madre es estadounidense.

—Eso no es lo importante, Claire. —Ella arrugó los labios de una forma adorable que provocó que mi piel se calentara de una manera única. Era tan nueva en mi mundo que iba a ser complicado mantenerla al margen de esta vida por mucho tiempo para que siguiera siendo así de inocente—. Voy a explicártelo para que lo entiendas. Lo más valioso para el capo de un clan es el respeto y su autoridad. Ahora mismo yo he quebrantado las reglas al robarle la

prometida al heredero de los Corsini. No solo le he faltado al respeto, sino que además le voy a restregar por la cara que no acato sus decisiones y que he ofendido a su familia al arrebatarle algo tan valioso para él como eras tú. No quiero darte miedo, pero tampoco que creas que esto es un juego de niños y que lo más difícil ya está hecho, porque te equivocas. Casarnos es lo más fácil que hemos hecho; a partir de ahora se van a complicar las cosas. Ellos no tardarán nada en contratacar. Necesitan demostrar a sus aliados y a sus enemigos que siguen siendo fuertes y que me harán pagar mi ofensa. Pero no nos vamos a esconder —le dije mostrando una pequeña sonrisa de satisfacción, porque llevaba demasiado tiempo esperando precisamente ese momento. Ella movió nerviosa las piernas—. Al contrario. Vamos a demostrarles que no les tememos, que somos invencibles, que estamos unidos y que nada ni nadie nos va a separar. Para eso, nos tienen que ver como una pareja. Enamorados. Juntos, como un matrimonio de verdad, Claire. ¿Crees que podrás fingir delante de la gente que estás de mi lado y de acuerdo con ser mi esposa?

—Lo intentaré —contestó con un hilo de voz.

—Bien. Mañana iremos a comprarte ropa nueva, porque por la noche tenemos nuestra primera aparición como pareja. Hay una fiesta a la que nos han invitado, y es posible que ellos se dejen caer también por ahí.

—¿Voy a tener que volver a verlos? —jadeó sin ocultar su horror.

—No te preocupes, Claire. Vas a estar a mi lado en todo momento, y me aseguraré de que estemos a salvo. Enzo y mis hombres no estarán lejos. Nadie nos tocará, te lo aseguro.

Ella, en vez de tranquilizarse, agachó los ojos y empezó a acariciarse el muslo, nerviosa y temerosa por lo que le pudieran decir.

Hundí con fuerza los dedos en mi propio muslo para no ir hasta ella y abrazarla, y prometerle, con mi nariz absorbiendo el dulce aroma de su piel, que haría lo que fuese para mantenerla a salvo.

Cazzo…

En vez de hacer lo que mi cuerpo reclamaba, me levanté del sofá. No le dije nada, simplemente me marché del salón para meterme en el gimnasio y sacar de mí la maldita tensión que había crecido en contra de mi buen juicio.

***

—Aparte de a… *eso*, ¿a qué te dedicas? —me preguntó Claire con un hilo de voz en la tercera *boutique* en la que entramos para que se comprara ropa.

Iba con unos vaqueros que mi secretaria eligió claramente para martirizar mi día y mi salud mental, que conjuntaba con una camiseta morada. Sin maquillaje, se apreciaban las pequeñas pecas que salpicaban su tez. Llevaba su cabello pelirrojo suelto en anchas ondas que llegaban casi a la altura de su cintura. Su bonito rostro ovalado, su piel pálida, esa nariz que marcaba con coquetería unos labios rosados sin pizca de carmín… Era guapa de manera nítida, como el cielo en un día de verano. Había conocido a muchas mujeres bellas, pero ninguna tenía la fuerza, el carisma de Claire, que la hacía resplandecer como una llama en medio de una noche oscura.

—Tengo una empresa de ciberseguridad. No solo protegemos a nuestros clientes con las mejores técnicas y los mejores profesionales, también comprobamos que sus redes sean seguras para que no tengan ninguna filtración.

—Vaya… —dijo, realmente sorprendida—. Es muy interesante.

—Lo sé. Hace cuatro meses hemos abierto nuestra sede en Canadá, y nos está yendo muy bien. Tan bien que seguramente, cuando este tema se acabe, abramos otra en Estados Unidos, aunque todavía no he decidido en qué ciudad.

—Pensé que… te dedicarías a algo más… —Se quedó callada, no queriendo decir la palabra.

—¿Oscuro?, ¿ilegal?, ¿mafioso? —dije casi rozando su oreja. Se puso rígida y contuvo la respiración—. También somos unos expertos en espionaje digital, y somos la leche trabajando en la *dark web*. Somos unos frikis de los ordenadores, Claire. No tenemos límites, aunque tengamos que fingir que sí.

—Ah…

—¿Más impresionada? —le pregunté. Ella cogió un vestido y evaluó si le gustaba o no.

Achicó los ojos y lo miró por todos lados, no convencida. Moví el cuello intentando que no estuviera tan rígido. Sabía que no había sido buena idea acercarme tanto a ella. Poder olerla me había zarandeado con tanta fuerza que tuve que apretar los puños para controlar mi cuerpo. Me convencí de que no me había saltado ninguna regla y que estábamos en un lugar público, donde debíamos tratarnos como una pareja normal.

—¿Por eso sabías que mi madre está en un psiquiátrico? —me preguntó casi con un hilo de voz, mirándome de una manera tierna y curiosa.

—Sí… Quería saber con qué te habían chantajeado para que accedieras a casarte con esa rata asquerosa.

—Ya… —dijo con tan poca fuerza que me resultó extraño.

La miré sin entender qué le pasaba. Esa fuerza, a la que estaba acostumbrado y que me estaba volviendo un poco adicto, había desaparecido de un día para otro.

—Ella está bien, Claire. Te di mi palabra de que me aseguraría de eso.

—Lo sé, lo sé… Es que la echo de menos… Mi vida siempre ha girado en torno a ella, y ahora… —Se encogió de hombros. Luego se alejó unos pasos para coger más ropa.

El coraje que siempre había mostrado se había apagado esa mañana. Tal vez solo necesitara tiempo para digerir su nueva realidad, para darse cuenta de que nunca faltaría a mi palabra.

Era un hacha para los negocios, para planear cualquier estrategia, para mantener la mente fría, para desatar el infierno si alguien me intentaba joder; pero no sabía cómo interactuar con las mujeres… O, mejor dicho, no sabía conversar con mi esposa. Era lógico que no tuviera experiencia, porque mis relaciones con ellas se habían basado en un intercambio de fluidos consensuado. Nada más. Había crecido con la *vendetta* vibrando en mi interior, y no había espacio para más.

Pagué sin rechistar la ropa que ella escogió sin mirar el precio. En cada *boutique* en que entrábamos, me aseguré de cerrarla en exclusiva para nosotros, sin importarme cuánto me costara esa intimidad. No solo lo hacía para que se sintiera cómoda y libre —algo que no parecía haber logrado, porque seguía triste y sin fuerza—, sino para asegurarme de que no le pasara nada.

No quería dejar nada al azar. Sabía que los Corsini vendrían a por mí, y no sabía si querrían hacerle daño a ella antes.

En cualquier caso, estaría preparado.

21

La mia rossa

Claire

La fiesta se celebraba en el restaurante Canoe, ubicado en el piso cincuenta y cuatro de la Torre TD Bank. Por lo que me había contado Leone, la organizaba un empresario famoso de la ciudad y estaban invitadas casi todas las grandes empresas de Toronto, entre ellas, la suya. Era una manera de forjar alianzas o simplemente un motivo para codearse con la gente de más dinero. No todos eran mafiosos —me había asegurado de preguntarle a Leone antes, para saber dónde me metía—, también había empresarios que no se imaginaban que se estaban codeando con gente tan peligrosa.

Nada más llegar, eché un vistazo rápido y me alegré de haber escogido bien el vestido que estrenaba esa noche. La gente iba con sus mejores galas, todos sonreían y hablaban en pequeños grupos. Leone y yo avanzamos por la sala, que disponía de unas vistas increíbles al *skyline* de la ciudad, mientras él me guiaba con su mano rozando mi espalda.

Llevaba un día casada con él, y ese pequeño roce era lo máximo que había hecho hasta ahora. Para ser sincera, desde que me metió en su ático a la fuerza prácticamente no lo había visto, y casi no nos relacionábamos. Solo lo vi cuando nos casamos y esa misma mañana para ir de compras. Después desaparecía por arte de magia, dejándome sola en casa. Bueno, sola no: siempre había por lo menos un par de sus hombres pululando por ahí, vigilando en su

ausencia. Debía alegrarme por el cambio de marido. Dudaba que Ruggero se hubiese conformado con un roce en mi espalda la noche después de nuestra boda, habida cuenta de las frases lascivas que me lanzaba cuando ni siquiera estábamos prometidos. Sin embargo, me preocupaba sentirme segura al lado de Leone. No comprendía la razón por la cual me empeñaba en relajarme en su presencia, cuando era consciente de que Leone era un peligroso mafioso que iba a iniciar una guerra y que las próximas semanas iban a ser moviditas.

—Vamos a saludar al anfitrión —dijo Leone. Asentí y recordé que en público debía mostrarme como una verdadera esposa.

Era parte de las reglas que escuché, entre sorprendida y esperanzada, cuando Leone me dejó claro que me liberaría del matrimonio forzado cuando todo acabase.

Solo esperaba que este infierno se zanjara pronto. Quería volver a mi vida rutinaria, aunque estresada, que giraba en torno a mamá.

—Leone Lombardi, el hombre del momento —dijo el anfitrión en cuanto nos vio caminando hacia él—. Estaba deseando conocerte en persona, y ya habrás intuido que te he investigado antes de que vinieras, ¿verdad? —soltó sin ocultarlo, y entendí por qué lo había reconocido si aún no se conocían—. Me han hablado tanto de ti que tengo la sensación de que te conozco —añadió mientras se daban la mano, la que tenía libre, pues la otra seguía donde estaba e incluso me acercaba sutilmente más a él.

—Gracias por la invitación, Christian. Te voy a presentar a mi esposa. Claire, él es Christian Fox, el dueño del imperio de joyas exclusivas más importante del mundo.

—Eres muy considerado, Leone, aunque estés en lo cierto —dijo con una sonrisa divertida—. No sabía que estabas casado. Es un placer conocerla, señora Lombardi.

—El gusto es mío —le dije estrechando su mano y observando como este hombre rubio, alto, de unos cuarenta años bien cumplidos y con semblante bonachón me sonreía.

—Nos casamos hace muy poco —le informó Leone, sin especificar que había sido el día anterior—. Prácticamente, como si fuera ayer. —Tuve que morderme la carne de alrededor de las mejillas para no echarme a reír como una hiena totalmente nerviosa.

—Entonces, os doy mi enhorabuena. —Y sonrió aún más ampliamente—. Tenemos que organizar una reunión pronto. Quiero cambiar mi sistema de seguridad, y me han hablado tan bien de ti que quiero que sea tu empresa la que lo lleve.

—Claro. Le diré a mi secretaria que organice una reunión la semana que viene.

—Perfecto —comentó mientras le daba unas palmadas en la espalda—. Espero que disfrutéis mucho de la noche. Voy a seguir saludando a los invitados. Esto de ser el anfitrión es un trabajo muy estresante —dijo guiñándome un ojo. La mano de Leone se abrió y cogió más terreno de mi espalda mientras me acercaba más a él—. Luego nos vemos. Y lo dicho, un gusto conocerte.

—Igualmente —dijo Leone con un tono más brusco. Levanté la cara y vi su gesto serio.

Era como si le hubiese molestado algo.

No le pregunté, porque estaba ligeramente alterada desde que sentí su mano apoyada en mi espalda desde que salimos del ascensor. Seguimos avanzando por el salón de esa guisa. Leone saludaba a veces solo con un movimiento de cabeza, y otras, nos parábamos para hablar de negocios con diferentes empresarios que, o bien lo conocían, o habían oído hablar de él.

A medida que pasaba el tiempo escuchando esas conversaciones, descubrí que mi marido tenía tan buen nombre a nivel empresarial

que todos querían trabajar con él. Lo alababan como si fuera un dios, algo que podría entender si supieran que además pertenecía a una organización criminal muy peligrosa, aunque no era el caso.

Como lo miraban así por lo que hacía de manera legal, mis músculos se relajaron a medida que avanzaba la noche. Leone era considerado un buen empresario.

—No te vuelvas. Acaban de llegar los Corsini y tu padre —me susurró acercando su boca a mi cabeza justo en el momento en que nos alejábamos de un grupo de personas con quienes había charlado.

Mi cuerpo se tensó por completo.

Su mano, que no había abandonado mi espalda en ningún momento, bajó hasta anclarse en mi cintura de manera posesiva, y nos detuvimos a un lado del salón los dos solos. El corazón me latía desbocado, el estómago se me contrajo, mi piel se erizó, y la mano en la que llevaba el impresionante anillo de oro, con una elegante línea central formada por diminutos diamantes rojos que envolvían mi dedo con elegancia, me temblaba descontrolada. Leone se pegó a mí todavía más, sus dedos se anclaron en mi cadera, como si quisiera pasarme parte de su seguridad con ese contacto. No entendí cómo, pero funcionó: mi respiración comenzó a ser más normal, y pude controlar los temblores.

—¡Hija! —Mi espalda se puso rígida al saber que mi padre estaba ahí.

Leone acarició mi cadera con su pulgar.

Lento.

Calmado.

Demostrándome que estaba a mi lado y que no se separaría de mí, como me prometió en su casa.

Levanté la cara cuando percibí movimiento delante de mí, y vi a mi padre con gesto sombrío, que intentaba camuflar con una sonrisa forzada. Se acercó a mí y me dio un par de besos en la mejilla sin que Leone se apartase ni un milímetro de mi cuerpo. Sin que dejara de rozar mi cadera con su pulgar, tranquilizándome. Infundiéndome un valor que parecía se había evaporado de mí por arte de magia.

—Hola, papá —susurré.

Me miró de arriba abajo en busca de…, ¡claro!, el anillo.

Eché los hombros hacia atrás, obligándome a demostrarle que estaba bien. Su sonrisa flaqueó en cuanto vio la alianza. Bajo los ojos presentaba oscuras ojeras, y su rostro lo cubría un tono cenizo. Estaba mal. Lo ocurrido le había afectado más de lo que había imaginado. Antes de que él volviese a hablar, los Corsini se posicionaron a su lado.

Imponentes.

Arrogantes.

Amenazadores.

Demostrando que no tenían miedo a Leone y encarándose con él, sin mediar palabra.

Los ojos de Ruggero eran témpanos de hielo que se deslizaron por mi cuerpo con lujuria, aunque ya no estuviese soltera y nuestro compromiso estuviese más que roto.

—¿Estás bien? —me preguntó mi padre, atrayendo mi atención.

—Sí, muy bien —contesté incluso con alegría, y, para enfatizarla, me forcé a sonreír—. Leone me trata magníficamente —añadí, pensando que aliviaría a mi padre escuchar esas palabras.

Sin embargo, él no sonrió ni asintió, sino que le echó una mirada malhumorada a mi marido. La situación fue terriblemente incómoda, y era cierto que no sabía cómo comportarme. Tenía claro que debían verme feliz y leal a Leone, como me había pedido el día anterior.

Era extraño ser consciente de que hacía dos días me iba a casar con el heredero Corsini y ahora era una Lombardi. Era difícil de asumir, y mucho más cuando me miraban de esa manera, culpándome a mí por el cambio de planes, cuando había sido un peón en el plan de Leone.

—Te hubiésemos invitado al enlace, Salvatore —comentó mi marido, tan tranquilo; provocándolos claramente—, pero no podíamos esperar más, ¿verdad, *la mia rossa*? —me dijo, refiriéndose a mí como «su pelirroja».

—Sí. —Sonreí mirándolo a los ojos, intentando reflejar lo dichosa que era con él—. Estábamos ansiosos.

Nos miramos un instante, suficiente para darme el valor que necesitaba y la convicción de que lo estaba haciendo bien. Leone volvió su atención a ellos, sin titubear un segundo. Controlaba a la perfección cualquier situación, incluso en condiciones desfavorables.

—¿Por qué no vas a por algo al bar, Claire? —me pidió sin dejar de mirar a esos hombres—. Enzo te acompañará. No tardaré en volver a tu lado.

—Claro —susurré con un hilo de voz. Sonreí a mi padre, que me lanzó una mirada reprochadora, para hacerme sentir culpable.

Leone no me soltó, como pensaba que haría, sino que pegó su cuerpo al mío. Sus ojos se apoderaron de los míos a una velocidad vertiginosa, y cuando sentí la mano que tenía libre acariciar mi mentón y alzármelo, desaparecieron por completo mis temores y dudas. Me centré en él, en su caricia, en sus ojos, que me observaban de una manera más íntima; y acercó lentamente su cara a la mía para…

¡Be-sar-me delante de ellos!

Posó sus cálidos labios encima de los míos, en un pequeño beso. Fue rápido pero poderoso, y su boca envolvió mi labio inferior. Fue

casto, no había nada sexual en él; sin embargo, mi cuerpo no pensó de esa manera, porque ese pequeño acto me alcanzó hasta los huesos. Cuando nos separamos, me guiñó un ojo y sentí su fuerte y gran mano en mi trasero. Me dio una suave palmada que me impulsó al lado de Enzo, que ya estaba esperándome cerca.

Comencé a caminar a su lado. Mis mejillas ardían tanto que temía que mi rostro delatara lo que había sentido con ese pequeño besito y ese empujón final. Menos mal que no me volví para ver las caras de mi padre y de los Corsini.

Temblaba de tal manera que parecía que me hubiese morreado con él durante un par de minutos. En nuestra boda no me había besado y, sin embargo, no dudó en hacerlo delante de ellos. Para marcar territorio, para demostrarles que era su esposa… Ese acto tan posesivo no era tan importante en ese momento, cuando mi cuerpo seguía temblando. Mi piel hormigueaba de una manera desesperante, y mis labios anhelaban… más.

Mi piel reclamaba más.

Y no debería querer más, ¡maldita sea!

No debería sentir el calor instalarse en el vértice de mis piernas de una manera pesada, latente, como si necesitara que él…

Tragué saliva intentando no seguir por ese camino en el que no me apetecía adentrarme, no solo porque estaba prohibido de antemano por las reglas marcadas el día de nuestra boda, sino porque no era buena idea que me sintiera atraída por él. No obstante, mis pezones me molestaban debajo de la suave tela del vestido. Mi ser ardía por mi marido…

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó Enzo cuando llegamos a la barra del bar, sacándome de mis pensamientos.

—Agua muy fría.

Me miró, asintió y se dirigió al camarero para pedírsela. Yo seguí como una macabra kamikaze recreando, segundo a segundo, ese beso que había tentado mi boca y esa palmada que reavivó partes de mi cuerpo que no sabía que existían.

Sabía que podrían ocurrir cualquiera de las cosas que al final habían sucedido. Leone me lo había dicho, y comprendía que se hiciera así; sin embargo, no esperaba que mi cuerpo reaccionara de esa manera. Pensé que me iba a dar igual, pero no… En ese momento tenía tanto calor que podría haber derretido un iceberg enorme con mi cuerpo.

Enzo me dio la copa de agua y la vacié de un trago. Mi garganta estaba seca, mi pulso seguía siendo inestable, y todavía sentía sobre mis labios su cálida y tentadora boca.

Su sabor.

Y una electricidad que llegó a cada una de mis terminaciones nerviosas.

No me atreví a mirarlo de nuevo. No quería que se diese cuenta de lo mucho que me había afectado ese acercamiento.

De la frustración que sentí cuando me separó de él, como si disfrutara con cada uno de los roces de su enorme mano en mi espalda.

Era consciente de que me había sentido extrañamente atraída por Leone, pero una cosa era eso y otra que ese beso lo hubiese estropeado todo.

No me podía gustar mi marido mafioso.

¡Me negaba a caer en esa trampa!

22

Mía, y no de él

Leone

Claire se marchó con Enzo a la barra del bar y no pude evitar observar con detenimiento cómo caía ese vestido negro por su sugerente cuerpo. Cuando la vi aparecer antes de marcharnos a la fiesta, sabía que iba a ser el foco de todas las miradas. No era que le favoreciera la prenda en sí, era que ese vestido había sido creado para su cuerpo, porque enfatizaba cada una de sus tentadoras curvas. Se le estrechaba en el pecho y en la cintura, y enmarcaba ese culo en forma de corazón que me había atrevido a tocar para que Ruggero se diese cuenta de que ahora era mía.

Mía, y no de él.

No me extrañó cuando dejé de mirar a mi esposa y lo vi con los ojos inyectados en cólera.

Joder, había tenido la mejor idea de todas. Casarme con ella, arrebatársela en sus putas narices y pasearla delante de ellos para que se dieran cuenta de que Leone Lombardi no tenía miedo a nada ni a nadie.

—Creo que ahora ya sabes —dije mirando a Rocco, que tenía sus ojos furiosos encima de mí— que lo que quiero lo consigo, y me importa una mierda lo que me digan los demás.

—Esto no ha terminado aquí —masculló despacio. Estaba haciendo un esfuerzo titánico para no levantar sospechas ante la gente que nos rodeaba. Le había tocado el ego, pero todavía no

sabía que iba a convertir su existencia en una auténtica pesadilla. Esto solo acababa de empezar—. Que te hayas casado con la hija de Salvatore no te da acceso a mi clan.

—No quiero entrar en tu clan —comenté con una sonrisa taimada —. Ya tengo el mío propio —susurré para que nadie nos escuchara. Y me di cuenta, por cómo arrugaba el entrecejo y achicaba los ojos, que aún no tenía ni idea de quién era yo.

—Te recuerdo que yo controlo Canadá —dijo insolente, marcando bien cada sílaba, como si creyese que no iba a entenderlo, porque estábamos conversando en inglés para no levantar sospechas.

Lo peor era su desfachatez al soltarme eso, cuando me había infiltrado sin levantar las sospechas de ninguno de sus miembros. ¿No era consciente de que ya era hora de jubilarse?

—De momento —maticé tranquilo. Ruggero se irguió como un maldito gorila e hizo un movimiento claro de querer sacar su pistola. Demostraba así que lo había calado bien. Era un puto loco, un estúpido que se creía intocable. «Y este imbécil va a ser quien herede todo Canadá. Por encima de mi maldito cadáver», pensé impasible—. No quiero que esta fiesta se convierta en un baño de sangre —dije en voz baja, e hice un sutil movimiento con mi cabeza a sus espaldas y también a nuestros lados—. Tengo a varios de mis hombres repartidos por este salón, pendientes de cada uno de mis gestos. Antes de que saques la pistola, ya te habrán cosido a balazos, y la verdad es que me cae demasiado bien el anfitrión para hacer algo así en su deliciosa fiesta…

—¿Qué quieres, Leone? —soltó Rocco, cansado, pero sobre todo furioso de que llevase la delantera. Ruggero dejó caer su brazo, fulminándome con la mirada.

—Todo.

—¿Todo?

—Exacto. Voy a arrebatártelo todo. Lentamente. Ahogándote. Destrozándote. Demostrando a tus aliados y a tus enemigos lo patético que eres. Luego, cuando ya no puedas más, cuando lo hayas perdido todo y seas un despojo, convertiré en cenizas todo vuestro clan.

—Creo que no sabes con quién te la estás jugando, chaval —masculló déspota y con los orificios de la nariz tan abiertos que parecía un toro a punto de embestir—. Esta es mi ciudad. Es mi maldito territorio, y puedo conseguir sin sudar que tu negocio vaya a la quiebra y que mis aliados te consideren un rival. ¿De verdad quieres jugártela por… una chica?

—¿Crees que hago esto por ella? —No disimulé la gracia que me hizo su suposición—. Me he casado con ella para demostraros lo poco que me ha costado conseguir que la prometida de Ruggero pasara a ser mi esposa. Ha sido tan fácil como quitarle el caramelo a un niño… Sé que tienes muchos enemigos, pero ninguno es comparable conmigo, Corsini. Tú me jodiste la vida, y ahora solo voy a devolverte el favor.

—No sé de qué hablas… —dijo confundido.

—Piensa, Rocco. Seguro que al final hallarás la respuesta de quién soy y por qué quiero convertir tu vida en una pesadilla. —Me ajusté el cuello de la americana—. Mientras, me voy a ir en busca de mi preciosa esposa. No quiero dejarla sola, me he vuelto adicto a su dulzura… —añadí para provocar un poco más a Ruggero.

Y el imbécil dio un paso adelante para reventarme la cara. Su padre lo detuvo posando su mano en el pecho de su hijo.

Les dediqué una sonrisa satisfecha y me di la vuelta, demostrándoles que no les tenía miedo y que ahora era yo quien llevaba el control de la situación.

Me acerqué por la espalda a Claire, que seguía al lado de mi primo. Cuando estuve cerca, le rodeé la cintura con mis manos y sentí que su cuerpo se tensaba.

—Soy yo, Claire —le susurré muy cerca de la oreja, y besé la suave piel de su cuello, a sabiendas de que Ruggero estaría observando.

En cuanto supo que era yo, se relajó, incluso pude escuchar un entrecortado suspiro.

Cazzo, ese sonido…

—¿Están muy enfadados? —me preguntó.

—No te preocupes por eso, *la mia rossa*. —Me puse delante de ella, acaricié su bonito rostro y me perdí en su vibrante mirada, cosas que solo me podía permitir hacer en público—. Ahora vamos a disfrutar de la velada.

Claire asintió lentamente sin dejar de mirarme a los ojos. Los suyos, de un verde tan espectacular, habían adquirido un brillo extraño. Me acerqué un poco más y volví a posar mis labios sobre los suyos, esa vez en un beso un poco más largo, sin lengua, por supuesto, pero lo suficientemente real para que Ruggero perdiera los putos papeles.

Sus suaves y templados labios se quedaron quietos, pero después noté cómo se movían ligeramente correspondiendo al beso.

Mi pantalón se tensó, mi sangre recorría cada recoveco de mi ser a una velocidad increíble, y pensé por qué estaba haciendo lo que hacía: quería convertir en un infierno la noche de Ruggero, pero temía que la mía tampoco acabaría muy bien si seguía por ese camino…

—¿Vamos? —le pregunté muy cerca de su boca, y Claire, con las mejillas preciosamente sonrojadas, asintió lentamente.

Me separé un poco de ella, lo justo para permitir que pudiera andar, y mi mano fue a su cintura para acercarla más a mí, y también para demostrar a quien mirara que Claire era mi esposa.

Su cuerpo temblaba levemente, incluso podría jurar que su respiración era más dificultosa. La volví a mirar con curiosidad. Sus mejillas todavía estaban sonrojadas, sus suaves labios, brillantes y entreabiertos, y su mirada estaba fija en un punto lejano.

Deslicé mi lengua por el labio inferior, notando el dulce sabor de Claire, que me traspasó todo el cuerpo hasta alcanzar mi polla, ya de por sí endurecida. Sabía que tenía que frenar esa sensación; este matrimonio no era como los demás, y no me iba a saltar ninguna de mis reglas porque mi esposa me resultara atractiva. Además, era un hombre de palabra y tenía una guerra que lidiar. Necesitaba la mente clara, sin interferencias ni distracciones, aunque vinieran de una pelirroja exuberante con un carácter explosivo.

Anclé mis dedos en su suave piel para frenar mi instinto más animal y la llevé a la mesa que nos habían asignado. Miré a mi alrededor para controlar a mis hombres, colocados estratégicamente. Por supuesto, no era tan loco, y nuestra primera aparición pública estaba perfectamente coordinada para que no ocurriera nada.

Retiré la silla para que se sentara Claire. Ella titubeó un segundo, se mordió el labio inferior mientras se colocaba delante, y se alisó el vestido, dejándome ver cómo se estrechaba cada vez más en ese increíble culo. Apreté la madera de la silla, frenando mi instinto, que me pedía volver a tocar esa zona de su cuerpo. Cuando se sentó, ocupé la silla de al lado, acomodé mi maldita erección y saludé a los demás comensales, también empresarios de la ciudad. Los Corsini, en especial el que había sido el prometido de la mujer que tenía al lado, no apartaban sus furiosos ojos de nosotros.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras le apartaba lentamente un sedoso mechón de su llamativo cabello para ver su bonita cara.

—Sí, aunque tengo sed.

—¿Qué estabas bebiendo?

—Agua —dijo con un hilo de voz, como si le avergonzase.

Llamé a un camarero, que enseguida se acercó a mí.

—Mi esposa y yo beberemos agua. Te daré quinientos dólares al final de la noche si no permites que nos quedemos sin agua en toda la cena.

—Claro, señor.

Y salió escopetado hacia el bar.

Cuando volví a mirar a Claire, ella ya tenía sus impactantes ojos sobre mí. Tan abiertos que pude ver cada matiz de sus iris, cómo ese verde luminoso se oscurecía a medida que se acercaba a la pupila, mientras el borde exterior era más claro. Y me asombraba que una mirada, aterciopelada en un principio, pudiera esconder un fuego tan abrasador que había conseguido calar en mi fría alma.

Mis dedos volaron sin pensar hasta su mentón para acariciarlo, para observar sus labios rojos entreabrirse sedosos. Tragué saliva mientras me acercaba y depositaba un beso en su mejilla. Luego deslicé mis labios hasta el borde de su mandíbula, logrando que a Claire se le acelerase el pulso y que su respiración se descontrolase.

El agua llegó y, sin dudar, cogió la copa que le había rellenado el camarero y la vació de golpe. Pensé en la posibilidad de que la pusiera nerviosa mi proximidad, o cada uno de los roces y besos que le daba para volver loco a Ruggero.

¿O estaba así por culpa de esos infames hombres que seguían cada movimiento que hacíamos?

No quería saber la respuesta a esa cuestión, porque si era la primera opción, saber que a ella también le afectaba mi presencia

desencadenaría algo que no debería suceder por el bien de ambos; y si era la segunda, sería capaz de prenderles fuego a esos hombres. Cualquiera de las dos opciones dejaba clara una cosa: Claire me afectaba más de lo que había asumido en un primer instante.

Por esa razón, y porque necesitaba que mi erección bajase de una puta vez, comencé a hablar con los empresarios, sin dejar de mirar de reojo a los Corsini. Y, de tanto en tanto, enfurecía un poco más a Ruggero acercándome a mi llamativa esposa.

Acariciando su suave piel.

Besando su cuello, su mejilla, sus dulces labios, que se abrían jugosos para mí…

Y disfrutando al ver a Ruggero rojo de furia.

Antes de venir a Canadá estaba preparado para cualquier cosa que pudiera vivir aquí por culpa de esta gente. Sabía que las guerras de sangre eran duras y excesivamente implacables. Además, había vivido cosas peores para alcanzar el estatus actual, pero no pensé que disfrutaría provocando la ira de uno de mis enemigos cada vez que me acercaba a mi preciosa esposa.

Cada vez que rozaba su pálida y delicada piel.

Cada vez que su respiración se entrecortaba.

Cada vez que sus mejillas se sonrojaban…

Cada vez que mi cuerpo me volvía a llevar al suyo para tocarla y besarla, permitiéndome ese pequeño paréntesis en mi estructurada, oscura y fría existencia.

23
Encerrada

Claire

Leone no paró de acariciarme, de besarme y de estar tan pendiente de mí en todo momento, que mi cuerpo se acostumbró a sentirlo a cada segundo. Y, por si fuera poco, llamamos la atención no solo de sus enemigos, sino de toda la mesa; nos preguntaron, con una sonrisa bobalicona, cuánto tiempo llevábamos juntos.

Por supuesto, mi marido aclaró que acabábamos de casarnos y que estábamos locos el uno por el otro, y ahí, delante de todos, me cogió la mano y, mirándome a los ojos de una manera feroz a la par que seductora, me dio un beso en la mejilla tan provocador que no comprendí cómo había conseguido que entre mis piernas se instalara una necesidad tan apremiante y desquiciante.

Leone, ese hombre frío, misterioso y que controlaba cada ápice de su cuerpo para que nadie supiera lo que se le pasaba por la cabeza, se había convertido esa noche en un marido dedicado, apasionado y tan atento como encantador. Además, para complicar mi inestabilidad, me besaba como si volcara todo su ser en cada pequeño roce de sus labios con los míos, y yo ardía de deseo. Sabía que en otras circunstancias —y con otro hombre— ese gesto no me hubiese afectado, pero era Leone, con ese poder que desprendía, que convertía cada roce, cada beso, cada caricia en una auténtica tortura para mis sentidos.

Cuando salimos de la fiesta casi de los últimos, por supuesto con su mano alrededor de mi cintura, y nos metimos en el Mercedes, toda aquella fantasía se volatilizó tan rápidamente como había llegado, y Leone se convirtió en el tipo frío con el que me había casado.

No hablamos en todo el trayecto.

Ni siquiera me dijo si había desempeñado bien el papel de perfecta esposa italiana.

Simplemente se puso a mirar su móvil y me ignoró deliberadamente. En ese momento lo agradecí. Mi piel y mis sentidos estaban revolucionados tras una noche experimentando cómo era tener a Leone Lombardi pendiente de algo que no fuera su negocio o su *vendetta*. En cuanto llegamos al garaje del ático, no se bajó del coche; tenía que trabajar, aunque era tardísimo. Me tocó subir con un par de sus hombres. Nada más entrar, acabé encerrada en mi dormitorio, con el corazón acelerado, con la piel hipersensible, con los labios anhelando otra vez los suyos, y frustrada al ver que a él no le había afectado mi presencia igual que a mí la suya.

No lo vi a la mañana siguiente, cuando salí de mi dormitorio. Cansada de dar vueltas, frustrada por culpa de las sensaciones de la noche anterior, le dije a Enzo que quería salir a correr. Su expresión fue tan tajante y sincera que parecía que acababa de contarle un chiste. Impasible, me dijo que había un gimnasio en el ático y que podía echar todas las horas que necesitara corriendo en la cinta.

En ese momento, en mi tercer día de casada, me percaté de que estaba atrapada en el ático de lujo de mi marido. A medida que esa idea se instalaba en mi cabeza, sentía que me asfixiaba tanto que no pude hacer otra cosa que entrar en el dichoso —y superequipado— gimnasio y descargar parte de esa decepción corriendo como una posesa en la cinta.

La ansiedad, esa agónica maldita sensación de estar ahí encerrada sin opción alguna, se hizo más patente y más desesperante. Pasé la mayor parte del tiempo en el gimnasio, corriendo, haciendo ejercicio, intentando controlar mi mente, que me pedía, que me exigía que me rebelase contra ese sinsentido. Leone no apareció ni ese día ni los siguientes. Al menos, yo no lo vi. Yo no era nadie importante en su vida, solo una simple ficha en su tablero de ajedrez para conseguir vengarse de los Corsini.

Ver cómo era en realidad Leone me hizo abrir los ojos a la verdad y, con cada día de encierro, advertía como el deseo que había sentido por él se convertía en rabia.

Una rabia tan palpable que pude incluso sentir su forma creciendo dentro de mí.

El cuarto día de mi encierro, mientras hacía remo, sintiendo que los brazos me quemaban por las remadas que daba cada vez más rápidas, escuché la voz de Leone. No dudé un instante en salir del gimnasio, sin que importaran mis pintas o el sudor que se pegaba a mi piel, y casi corrí para que no se escapara. Estaba furiosa, tanto que el calor se expandía por cada recoveco de mi ser, y no por haber estado horas machacándome en el gimnasio. Lo encontré en la cocina, hablando con Enzo en italiano. Cuando se dieron cuenta de mi presencia, se callaron. El único que me miró no era a quien yo había ido a ver.

—Tengo que hablar contigo a solas —mascullé despacio, intentando que mi voz sonara neutra, como él sabía hacer. Dudaba de que me hubiese salido ni remotamente parecido. Sentía el ardor de la ira en la punta de mi lengua, ansiando soltarle todas las cosas que llevaba callándome varios días.

Enzo lo miró, esperando instrucciones. Leone asintió y con su mano le indicó que podía dejarnos a solas. Ese italiano, al que

parecía que yo le caía fatal, me echó una última mirada reprochadora que no me afectó. Tenía un objetivo bien definido tras esos días de soledad. Tener de nuevo la increíble imagen de Leone delante, con traje azul oscuro y camisa blanca; su cabello ligeramente despeinado, su pose relajada mientras se comía una manzana como si la estuviera adorando, me sumó un poco más de irritación. Era injusto que fuera tan atractivo.

—¿Cómo estás? —me preguntó, y lentamente se volvió hacia mí, apoyado contra la isla de la cocina, y volvió a darle un mordisco a la manzana de manera obscena.

Con una mirada que no reflejaba nada.

Gesto neutral.

Pose más que estudiada.

—Encerrada —gruñí dando un paso hacia él, demostrándole que no le tenía miedo y que estaba cansada de la situación—. Atrapada entre estas malditas cuatro paredes —especifiqué mientras señalaba a mi alrededor—. Sin poder hablar con nadie, porque nadie quiere conversar conmigo. Incomunicada, porque me quitaste el teléfono móvil. Y tan sola que me estoy volviendo loca —solté con rabia.

—Si estás así porque Enzo te dijo que no podías salir a correr fuera, quiero que entiendas…

—¡No es por eso, maldita sea! —le interrumpí al darme cuenta de que Enzo le informaba de todo, y di otro paso adelante—. Puedo entender que no quieras que salga a correr, porque fue así como me atrapaste. Pero no puedes arrancarme de mi casa, poner patas arriba mi vida, casarte conmigo y después dejarme olvidada como si fuera un maldito objeto. Necesito salir, hablar con la gente, saber cómo está mi madre. Necesito hacer algo más que no sea dar vueltas por este ático, hacer gimnasia, dormir y comer. ¡Esto me está matando, joder! Llevo casi toda mi vida fuera de casa,

trabajando sin parar, atendiendo a mil cosas a la vez, y de repente el estrés al que estaba acostumbrada desaparece de golpe y me encuentro una vida aburrida.

—¿Y qué me sugieres? —preguntó tan tranquilo como si no acabara de desnudar mi alma delante de él.

Leone era tan práctico, tan profesional, y carecía tanto de humanidad que a veces asustaba.

—Que dejes de tenerme encarcelada en tu casa. Que permitas que tu gente pueda hablar conmigo. Que pueda salir a dar una vuelta. Me da igual las condiciones que me pongas: las aceptaré. Llevo cuatro días sin salir de esta casa, Leone. ¡¡Cuatro malditos días sin poder hablar con nadie!! Ya no puedo más.

—Bien —dijo, y le dio otro bocado a la manzana. ¡Este hombre era exasperante!—. Cámbiate de ropa; te vienes conmigo en un rato a ver a un cliente.

—¿En serio? ¿Tan fácil?

—¿No querías salir?

—Sí, sí, claro —dije con convicción—. ¿Tengo que ponerme algo especial?

—Son negocios. Ponte lo que te dé la gana. —Se encogió de hombros.

—Vale. ¡No tardo!

Salí de la cocina casi corriendo, aunque mis músculos se resintieron tras el ejercicio físico. Al final iba a poder salir, y no quería perder esa oportunidad por nada del mundo.

***

Cuando Leone me dijo que podía acompañarlo a ver a un cliente, no me esperaba acabar en un antro de esas características. Antes de

acceder al negocio, ya me advirtió que debía hacerle caso en todo momento y no moverme bajo ningún concepto sola si pretendía salir más veces de su ático. Por supuesto, accedí sin pensarlo, aunque me arrepentí de no haber discutido esa condición en cuanto puse un pie allí dentro. No sabía si nos encontrábamos en una discoteca o un local donde se pagaba para conseguir un ratito de amor… El lugar en sí me dio repelús no solo por su decoración, sacada de una película porno de los ochenta, sino por la oscuridad que reinaba aun siendo de día. Sin embargo, cuando vi al cliente de Leone, me di cuenta de que él me daba más mal rollo que su negocio. Ese hombre tenía pinta de proxeneta y me miraba de una manera que me recordaba a Ruggero.

Después de presentarme al dueño del local, me ordenó quedarme sentada en un taburete al lado de la barra mientras ellos ocupaban un reservado un poco alejado que les permitiría hablar con normalidad sin que los escuchara. Enzo, que nos acompañaba, estaba a pocos pasos de mí, en el otro extremo de la barra, mirando hacia su jefe.

Enzo vivía para proteger a Leone, y no dudaba en que se interpondría entre una bala y su jefe. Así de fuerte era su lealtad.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó una chica que debía de tener más o menos mi edad, excesivamente maquillada y con un vestido de licra negro.

Era guapa, aunque su mirada reflejara un cansancio que me resultaba familiar y que incluso había echado en falta durante esas semanas en Canadá.

—No, gracias. ¿Eres de aquí?

Me miró desconfiada, echó un vistazo a la mesa que ocupaban su jefe y mi marido, y luego volvió a mirarme. En ella había miedo, preocupación, y también una extenuación más allá de lo físico.

—Si necesita beber algo, señora Lombardi, no dude en pedírmelo —dijo sin contestar a mi pregunta, y se apartó lo suficiente para que no pudiera hablar con ella.

Y vi alejarse la única oportunidad que había tenido esa semana de mantener una conversación.

Ahogué un suspiro y seguí observando el local. Había muchos sofás —de tonos muy oscuros— esparcidos por todas partes, mesas altas con taburetes, y en los reservados, más alejados del centro, había dos sillones enfrentados separados por una mesa redonda. La luz era tan tenue que me había costado acostumbrarme. El olor era… extraño, como si el sudor y la lejía fueran de la mano, en una sintonía que me revolvía el estómago.

La camarera que me había hablado se había puesto a charlar con otra compañera. No paraban de mirar a Leone, desnudándolo con la mirada. A mi marido le sentaban de escándalo los trajes, y más por esa costumbre de llevar la camisa con un par de botones abiertos que dejaban ver su largo, tatuado y fuerte cuello. Sin embargo, él mantuvo los ojos anclados en el dueño del local, y solo los desviaba, de vez en cuando, a mí.

A nadie más.

Al poco, las mujeres se acercaron a Enzo y empezaron a hablar con él, o más bien a intentar seducirlo de una manera bastante obvia. No podía escuchar muy bien lo que hablaban, porque lo hacían en susurros y yo no estaba tan cerca, pero los movimientos sensuales de las chicas y cómo se cuadraba de hombros el italiano me dieron la pista de que había ligado.

Me percaté de un movimiento extraño al fondo, en un pasillo que se encontraba parcialmente oscuro y que no sabía adónde llevaba. Estuve unos buenos minutos observando por si distinguía lo que era o quién era, por intentar captar mejor lo que había visto en un leve

parpadeo, aunque tenía claro que no habían sido imaginaciones mías.

—Creo que acaba de entrar alguien —dije a las chicas, que me miraron como si estuviese hablando en chino, porque ni siquiera parpadearon y no me respondieron ni fueron a ver quién era.

Enzo sí reaccionó a mis palabras. Se separó de la barra y se volvió en la dirección indicada. Podía tratarse de la persona encargada de limpiar el local antes de la apertura y estaba alarmándome innecesariamente, pero algo en mi interior me decía que era extraño que una sombra se deslizase y no la volviese a ver.

Los limpiadores no iban ocultándose en las sombras. Y sabía por propia experiencia que su trabajo es por horas y no andan jugando al escondite.

24

Desenmascarar a una rata

Leone

Lucas no paraba de darme largas para cerrar una negociación que, semanas atrás, habríamos zanjado en mucho menos tiempo.

Estaba aburrido de escuchar su eterno monólogo y eché un vistazo a Claire. Estaba donde le había ordenado que me esperara, sentada con esos vaqueros ceñidos que envolvían su culo como si fuera una tentación. Esa mujer me alteraba totalmente con su manera de ser.

Cazzo…

Solo hacía un par de horas que se había plantado delante de mí mostrándome de nuevo ese fuerte carácter que me llamó la atención la primera vez que la tuve delante. Si otra persona me hubiese hablado de esa manera, no hubiera dudado en sacar mi pistola y reventarle la puta cabeza. No entendía la razón por la cual me quedaba fascinado cuando surgía su genio, como si no le importara hablar con un tipo tan peligroso como yo. La sensación era parecida a subir una montaña y respirar el aire fresco y limpio. Era sentir la adrenalina circular a toda pastilla por mi interior. Era descubrir a alguien que tenía la valentía de decirme las cosas en mi cara, sin achantarse, sin endulzar las palabras, sin ocultar lo enfadada que estaba realmente conmigo. Y lo estaba, maldita sea.

Por supuesto, acepté que saliera de casa sin pensar. No entendía qué me ocurría con esta mujer: lograba silenciar mi razón, y yo me

dejaba llevar por mis impulsos. Y no era debido a que mi primo —que me informaba de lo que ocurría si yo no estaba en casa— llevase días avisándome de que tener a una mujer como ella encerrada no era la opción más inteligente. Quería mantenerla a salvo de un estilo de vida con el que no estaba familiarizada. Si incluso las mujeres que habían nacido bajo la influencia de la mafia se mantenían en tercer lugar, ¿cómo no lo iba a hacer con ella, que no tenía ni idea del peligro que se cernía sobre nosotros? Estaba tan ocupado que no necesitaba añadir la preocupación por su bienestar a mi apretada agenda. Además, no solo había desaparecido por trabajo, sino que también evité estar en casa para poder arrancarme de mis pensamientos cómo de suave era su piel y lo bien que sabían sus labios de fresa…

Algo llamó su atención, porque no paraba de mirar al pasillo. Y vi que hablaba con esas mujeres que estaban intentando liar a mi primo. Enzo se despegó de la barra y miró en la dirección indicada por Claire. Ese hecho, unido a la eterna perorata de Lucas, que seguía dando vueltas sobre el mismo punto, me hizo entender lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué te han ofrecido? —le pregunté, interrumpiendo su discurso mientras, sigilosamente, iba sacando mi pistola de la cintura del pantalón.

—¿Quién? Ay, Lombardi, estás muy raro desde que todo ha saltado por los aires —balbuceó sin dejar de gesticular.

Estaba nervioso, lo percibía. Y en ese instante miró hacia donde estaba Enzo.

—*Stronzo* —lo insulté, me levanté y le apunté con la pistola en la puta cabeza.

—Lombardi… —susurró, negando con la cabeza.

Escuché los gritos de las mujeres y sus tacones alejándose de la sala.

—¡Claire, agáchate! —dijo Enzo.

Aunque algo tiraba de mí para ver cómo estaba ella, no podía. Acababa de desenmascarar a una rata que me había vendido.

—No sabía que ahora hicieras tratos con tus enemigos… —mascullé. Me erguí y miré a esa sabandija asquerosa, que me miraba como si hubiese ganado.

—Tú les has declarado la guerra, y tenía que sacar partido de que había otro gallo en el corral lo suficientemente loco para encararse a los Corsini. Yo solo he escogido el lado que vencerá —soltó sin sentido, porque Lucas odiaba a esa gente y llevaba años en su contra.

Dibujó en su arrugado rostro una sonrisa burlona, mostrándome, una vez más, que había cometido el error de fiarme de un drogadicto adicto al sexo y al dolor.

—Te lo voy a repetir una última vez, Lucas: ¿qué te han ofrecido para que te atrevas a venderme?

—Matarme no solucionará nada —me soltó el muy imbécil, irguiéndose como si creyera que cambiar de bando le ayudaría en algo.

—Matarte mandará el mensaje de que si alguien se atreve a joderme, la pagará. —Disparé una sola vez sobre su asquerosa cabeza.

Vi su expresión de imbécil, que se quedó congelada, y me quedé mirando cómo su dura y asquerosa cabezota se estampaba contra la sucia mesa, ensangrentándola lentamente.

Cazzo… Había traído a una trampa a Claire.

Al volverme hacia ella vi lo que no debería haber sucedido si hubiese pensado bien las cosas antes de invitarla a que viniese a

este asqueroso antro. Había un hombre detrás de ella, acercándose sigilosamente para no llamar la atención de Enzo, que estaba pendiente del pasillo. Llevaba una pistola en la mano, pero no estaba apuntando a Claire, sino que avanzaba hacia ella para atraparla. Levanté mi arma en su dirección y no dudé en dispararle.

Cayó de golpe.

Claire se volvió y vi algo extraño en su bonita mirada. No había tiempo para cursiladas, me acerqué a ella y la cogí de la mano. Estaba helada, no se había agachado, como le había pedido mi primo hacía un buen rato, y no comprendía qué había hecho entonces.

—¡Enzo! —lo llamé.

No se volvió, sabía que estaba pendiente de quien fuera que estuviera en el pasillo. Levantó la mano libre y me enseñó dos dedos.

Había visto a dos personas y yo tenía que sacar de allí a Claire cuanto antes.

—Mantente detrás de mí —le dije a Claire.

Estaba tan asustada que temblaba como un pequeño chihuahua.

Odiaba verla así; no era su estado natural. Juré hacerles pagar a los Corsini esa encerrona.

Empezamos a avanzar hacia la puerta trasera, por donde habíamos entrado. Sabía que Enzo se ocuparía de esas dos personas sin problema y yo tenía que sacar a Claire de allí. Si la cogían o le pasaba algo, mi ventaja se esfumaría.

Escuché el fuego entrecruzado entre mi primo y algún hombre del clan Corsini mientras cogía con fuerza la mano de Claire y salíamos de esa ratonera. No me detuve hasta que ella estuvo metida en el coche, en la parte de atrás, y yo ocupé el asiento del conductor. Ya

tenía el motor en marcha y había acercado el coche a la salida para que mi primo tuviera una vía de escape rápida.

«*Cazzo*… Tarda mucho, y eso no es bueno».

Tamborileé con mis dedos en el volante, animándolo en mi interior a que saliese de ahí ya. Me dije que, si no lo veía aparecer en dos minutos, iría en su busca. No hizo falta, porque salió corriendo. Se cogía un brazo. En cuanto se dejó caer en el asiento del copiloto, salí levantando una pequeña polvareda del *parking* sin asfaltar. Lo miré de reojo: por su brazo manaba un poco de sangre, y su rostro era el fiel reflejo de la rabia.

—¿Qué hostias ha pasado? —me preguntó Enzo sin ocultar su enfado—. Era un maldito cliente que estaba de nuestra parte.

—Lucas me la ha jugado, joder. Me ha vendido a los Corsini —respondí mientras apretaba los dientes y el volante con fuerza—. Lo he comprendido cuando has mirado al pasillo, porque ese imbécil no paraba de dar rodeos antes de cerrar el trato.

—He mirado al pasillo porque la pelirroja ha visto algo.

Si no le hubiese dicho que me acompañara, no sé si hubiese atado cabos tan rápido o nos hubiesen sorprendido esos matones, que estaban dispuestos a liquidarnos.

—Yo… —titubeó Claire— no sabía si era el personal de limpieza.

Seguía nerviosa, temblando tanto que se había cruzado de brazos para controlar su cuerpo.

Cazzo…, la había puesto innecesariamente en peligro.

—Te dije que no los subestimaras. Son los putos reyes de Toronto, Leone. Tienen contactos en todas partes, *cazzo* —maldijo Enzo, echándose hacia delante y cogiendo unos pañuelos de papel de la guantera para frenar el sangrado—. Había otro más, que me ha dado, pero yo lo he cosido a balazos.

Lo miré un segundo para valorar la herida. Supe que debíamos ir a la oficina. Allí teníamos a una persona encargada de curar a nuestros hombres. No dudé en ir directamente, aunque estuviese Claire detrás. En ese momento no podía pensar en llevarla al ático. Gracias a ella habíamos tenido una clara ventaja en esa trampa.

—¿En serio va a venir ella? —preguntó Enzo, mirándome con mala cara mientras entraba en el *parking* subterráneo del rascacielos donde estaba ubicada nuestra empresa.

No contesté a mi primo, simplemente le eché una mirada para que dejara el tema. Desde que me había casado con Claire estaba más irascible, como si no le gustase ella. Ni siquiera había hablado con mi esposa para saber si le caía bien o no. No comprendía a Enzo, y tampoco iba a tener una conversación con él sobre eso. Teníamos cosas más apremiantes de las que preocuparnos que un poco de enemistad entre la pelirroja y mi primo.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Claire cuando salió del coche y fuimos al ascensor.

Enzo iba delante, enfurruñado como un maldito crío.

—Aún no lo sé —susurró con un tímido hilo de voz—. Pensaba que me ibas a disparar a mí cuando has matado al tipo que tenía detrás —me confesó. Unas garras afiladas me arañaron por dentro al imaginarme que me tenía miedo.

Me paré e hice que se detuviera delante de mí. La miré a los ojos y ella titubeó un instante.

—Jamás te haría daño, Claire. Lo he jurado ante Dios —dije para que se diese cuenta de que me tomaba muy en serio mis promesas.

Frunció ligeramente el ceño y volvimos a caminar detrás de Enzo.

—Siento haberte obligado a llevarme contigo —dijo con un hilo de voz.

—No lo has hecho. Fui yo quien te dijo que vinieras. Pensé que sería como siempre, cuando hacía negocios con Lucas. No esperaba que él, que odiaba a los Corsini por encima de todo, me vendiera a ellos.

Detestaba la posibilidad de que Claire hubiese salido lastimada por mi culpa.

—Imagino que habrá sido mi última excursión y que volveré a estar encerrada en el ático —dijo con un tono bajo, apático, sintiéndose la responsable de lo sucedido.

Miré a Enzo y no contesté a Claire. Necesitaba aclarar mis ideas y no dejarme llevar por mi maldito impulso, el que nos había llevado hasta allí, con ella a mi lado y siendo testigo de cómo los Corsini habían intentado acabar conmigo.

25
Yo lo sé todo

Claire

Leone no me aclaró si me dejaría volver a salir. Supuse que el silencio por su parte sería una negativa. Después de estar un buen rato en su enorme y vanguardista oficina —debía reconocer que el gusto de la decoración y la elección del lugar habían sido un acierto — nos vinimos al ático, en silencio, cómo no, sin Enzo, que se quedó en la empresa para que lo curaran… Tenían a un médico en nómina para no necesitar ir al hospital y no llamar así la atención de las autoridades. Estaba todo pensado.

—¿Tienes hambre? —me preguntó nada más entrar en su casa.

—Sí, claro.

Hizo una señal para que lo siguiese hasta la cocina. Se quitó la americana y la dejó encima de una silla. Lo seguí sin dudar. Era la primera vez, desde que nos habíamos casado, que compartíamos una comida bajo ese techo.

—Siéntate —me pidió, señalando la isla, en la que había cuatro taburetes altos. Me senté pensando que la cocinera saldría corriendo a prepararle algo.

Sin embargo, se arremangó la camisa, se lavó concienzudamente las manos y se movió por la cocina con seguridad, sacando los ingredientes sin vacilar.

—¿Sabes cocinar? —le pregunté curiosa.

Leone se volvió un segundo y se encogió de hombros señalando lo obvio.

—¿Te sorprende que un mafioso sepa cocinar?

—Me sorprende que tú sepas cocinar —aclaré. Achicó los ojos, negó con la cabeza y cogió una sartén.

—Soy italiano —soltó, como si esa nacionalidad garantizara tener nociones de cocina.

Empezó a picar y trocear verduras. Yo observaba su perfecta espalda, sus músculos contraerse o relajarse a través de la camisa blanca, sus fuertes brazos arremangados, que se movían ligeros, seguros, acostumbrados a esos quehaceres. Me removí inquieta en el taburete. Ver a Leone prepararme la cena me excitó de una manera ilógica, a pesar de tener el miedo metido en el cuerpo tras lo ocurrido en aquel antro.

Era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que alguien que no fuese personal contratado me preparaba la comida.

—¿Crees que volverán a intentar…? —No pude acabar la pregunta.

—¿Matarme? —Terminó de echar los ingredientes en la sartén—. Si no lo hicieran, me defraudarían —dijo impasible, como si no temiese a la muerte—. No los he subestimado, como dijo mi primo. —Arrugué el ceño: no sabía que Enzo era de su familia. Ahora entendía su lealtad extrema—. Pero me sorprendió que uno de sus enemigos más antiguos se uniera a ellos para acabar conmigo. Tendré que estar más pendiente.

—¿Qué te hicieron para querer vengarte de ellos?

Su espalda se tensó de golpe y dejó de moverse por la cocina. Me mordí el labio inferior. Había tocado un tema delicado.

—Mataron a alguien importante —dijo sin mirarme, y siguió cocinando.

Solté el aire que había retenido sin darme cuenta y comencé a mover los dedos por la brillante isla, dibujando líneas. Había metido la pata al preguntarle algo tan personal. Era su esposa de paja, no su pareja.

—Desde que he descubierto este mundo oscuro, he dudado de si mi madre decía la verdad cuando afirmaba que la estaban siguiendo —comencé a hablar muy bajito, siguiendo las líneas imaginarias que dibujaba en la encimera—. Al principio me lo creí, ¿sabes? Tenía tanto miedo que cuando me decía que teníamos que marcharnos a otro pueblo porque nos habían encontrado «los malos», como decía ella, no dudaba en aceptar, aunque me resultara un rollo cambiar cada año de instituto.

—¿Cuándo empezaste a dudar? —Leone tenía sus ojos fijos en mí.

—Un día se había ido al trabajo; era la limpiadora en un pequeño hotel del pueblo donde vivíamos… —dije acordándome del triste momento en que comencé a pensar que mi madre tenía un problema—. Me llamaron por teléfono: se había puesto a gritar y a tirar cosas a un cliente que era asiduo… Gracias a que su jefa era una mujer considerada, optó por llamarme a mí, y no a la policía, como otra persona hubiera hecho… Cuando llegué para calmarla, estaba pegada a una pared, llorando sin parar, y no paraba de repetir que ese hombre había ido a matarla. —Tragué saliva. Leone había apagado el fuego y estaba serio delante de mí—. Le pedí a su jefa que me enseñara las imágenes que habían captado las cámaras de seguridad para saber si mi madre decía la verdad. Ese hombre simplemente la había saludado, Leone. Nada más. Y mi madre se imaginó que estaba ahí para matarla. —Un suspiro entrecortado se escapó de mis labios—. Yo tenía dieciséis años cuando ocurrió. A mi madre la despidieron del trabajo ese mismo día, y me contrataron a mí después de suplicar que me dieran el trabajo. Esa mujer era una

santa y comprendió que no estábamos pasando por la mejor racha. Compaginé mis últimos años de instituto con ese trabajo, que por lo menos nos dio de comer y para pagar las facturas. La cosa fue a peor, hasta que ya fue imposible cuidarla con los pocos recursos que tenía.

—Y por esa razón tu padre te ha chantajeado. La última noche que nos vimos en el jardín de los Corsini me sorprendiste soltándote de mi agarre. ¿Quién te enseñó a hacer eso?

—Mi madre estaba obsesionada con que aprendiera a defenderme, y nada más salir de Canadá me apuntó a cualquier clase de defensa personal que impartieran. Cuando aprendí a hacerlo todo, me apuntó a artes marciales mixtas. Desde que recayó el año pasado, no he vuelto a practicarlas, pero sé cómo moverme y lo que debo hacer para librarme de alguien.

—Y también cómo atacar, como hiciste cuando intentaste escapar de la mansión.

—Sí, aunque no me salió muy bien.

—¿Por qué te arrestaron por agresión, Claire?

Ahí estaba la pregunta del millón, que imaginé que me haría después de echarme en cara mi supuesta rebeldía juvenil.

Se quedó callado, esperando la respuesta. Yo seguí dibujando líneas sobre la superficie de la isla para mitigar la ansiedad que me producía ese recuerdo.

—Hace tres años, cuando vivíamos en Alexandria, Luisiana, trabajaba como camarera en una cafetería. Había un cliente asiduo que no paraba de insinuarse de una manera bastante burda. Una noche, cuando salí de mi turno, él…

No pude seguir.

Leone apretó tanto la cuchara de madera que tenía en la mano que sus nudillos se pusieron blancos.

—¿Intentó algo contigo? —preguntó con un tono de voz tan gélido que incluso mi cuerpo se estremeció.

—Sí… —dije apretando los puños, porque todavía me afectaba aquel momento que viví—. Estaba esperándome en la calle; según él, para asegurarse de que llegara a salvo a casa. Él era policía, Leone. ¿Cómo iba a pensar que intentaría… forzarme? —Leone seguía quieto, escuchándome con atención, y me animé a continuar —. Vivíamos en una zona alejada del centro de la ciudad, era de noche, no había nadie por la calle a esas horas, y él me envolvió en sus asquerosos brazos e intentó besarme, tocarme y desnudarme. Tenía tanto miedo de que él… —Me callé esa palabra que no podía verbalizar porque me daba pavor—. Y le pegué, Leone. Me defendí con todas mis fuerzas y no paré de darle hasta que se cayó al suelo. Luego hui de allí. A las pocas horas, una patrulla vino a casa. Mi madre ni siquiera se dio cuenta de que me habían arrestado; tuve que llamar a mi jefa para que pagara la fianza y salir de comisaría. Era su palabra contra la mía y, aunque intenté explicarles lo que ocurrió, no me creyeron. Tenía fama de ser una buena persona, un buen policía, un buen padre de familia…

—¿Sigue trabajando allí?

—Supongo. Una semana más tarde, convencí a mi madre para marcharnos de allí, porque seguía viniendo a la cafetería, alardeando de que era intocable, y tenía miedo de que volviera a intentarlo y que esa vez no tuviera tanta suerte —expliqué, sintiéndome sucia y culpable por lo que viví, por tener que ser yo quien se tuviera que marchar para no volver a experimentar algo tan horrible.

—Después pusiste una denuncia por acoso —dijo lentamente. Leone me había investigado concienzudamente.

—Sí… Eso fue en Fairhope, Alabama. Es el último pueblo donde vivimos antes de que yo volviera a Canadá. Fue uno de los primeros

trabajos que encontré nada más llegar. Limpiaba en la enorme casa de una familia bastante respetada. Su hijo mayor, que tendría un par de años más que yo, se creía que en mis honorarios también entraba satisfacerlo a él. Después de escapar un par de veces de situaciones comprometidas, hablé con sus padres, que, por supuesto, no me creyeron. Al final opté por poner una denuncia, dejar ese trabajo, por el que me pagaban muy bien, y buscar otros dos empleos distintos para poder hacer frente a todos los gastos.

—¿Volvió a acosarte?

—Sí, aunque no consiguió tocarme, como hizo el policía. Yo tampoco tuve que llegar a las manos para que me dejara en paz. Al final se cansó, o encontró a otra más receptiva, no lo sé. —Me encogí de hombros.

Leone se dio la vuelta y removió la cena, que había ido controlando durante la conversación.

—Tu padre entró en el clan de Corsini justo un año antes de que os fuerais del país —me informó Leone, como si estuviese esperando el momento indicado para contármelo, mientras volcaba lo que había en la sartén en un plato.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo sé todo, Claire —dijo, no de manera engreída, sino sincera. Debía de llevar mucho tiempo estudiando y analizando a esas personas, incluido mi padre.

Me había demostrado que había averiguado mis antecedentes policiales y que sabía de mi denuncia, y que además tenía conocimiento del internamiento de mi madre. No dudaba de que Leone no se estaba tirando un farol.

—¿Sabes si él… seguía a mi madre?

—Podría investigarlo. —Colocó un plato delante de mí con una tortilla de queso que olía tan bien que mi estómago se emocionó. Y

había salteado unas verduras como acompañamiento—. Ahora, come.

—¿Tienes hermanos?

Leone estaba sentado a mi lado, pero manteníamos un espacio seguro y cómodo.

—No —contestó frío.

—No te gusta mucho hablar de ti, ¿verdad? —dije haciendo un mohín con la boca.

—Me he preparado toda la vida para este momento, Claire. Para ejecutar esta venganza que he ideado y cocinado a fuego muy lento para que salga como quiero. No he tenido tiempo para nada más —comentó como si fuera lo más normal del mundo vivir una vida en torno a un deseo tan negativo.

No le dije nada y me metí un poco más de comida en la boca, con una extraña emoción palpitando en mi pecho… Nunca había hablado con nadie de lo que viví en Luisiana y Alabama, y haberlo hecho con él, saber que me escuchaba con atención, fue… liberador.

26
Yo sería la siguiente

Claire

—Hoy necesito que te quedes en casa todo el día —me dijo Leone a la mañana siguiente—. Mañana ya podrás salir. Es más, tenemos planes como matrimonio.

Me había sorprendido bastante encontrármelo en la cocina a la hora de desayunar. Normalmente no lo veía por el ático; sin embargo, la noche anterior cenamos juntos y al día siguiente lo había podido ver antes de que se marchara a trabajar.

—¿Por qué no puedo salir hoy?

—No quiero asustarte, Claire. Hoy voy a hacer algo que no les va a gustar a los Corsini y necesito que estés aquí a salvo. Además, así podrás tener tiempo para preparar una pequeña maleta.

—¿Nos vamos?

—Sí, tenemos un evento social en un hotel lujoso donde estaremos un par de días. Lleva ropa elegante, pero también cómoda.

—Vale.

—Bien —dijo mirándome seriamente—. Ah, sí. Enzo se viene conmigo, pero si necesitas algo, mis hombres estarán encantados de ayudarte.

—De acuerdo. —Y sonreí al verlo dudar—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Depende.

—¿Qué significa el tatuaje que llevas en el cuello?

Me miró de esa manera fría, carente de cualquier emoción, y se abrió un poco el cuello de la camisa, mostrándome esa ele que destacaba de una manera increíble sobre su piel.

—Me llamo Leone y mi apellido es Lombardi —dijo como si eso bastara como justificación.

—Ya. —No me creí la explicación.

Debía de haber otro significado oculto. No parecía un hombre tan egocentrista, aunque era bastante complicado conocer a Leone, con la capacidad que tenía de esconder cualquier emoción o signo de humanidad.

—¿Algo más?

Me encogí de hombros como respuesta.

Leone desapareció de la cocina dejando una densa tensión en el ambiente. Capté un ligero cambio en él. Seguía siendo esquivo, serio y hermético, pero la noche anterior me había sentido cómoda con él al hablarle de mi pasado, y esa mañana me había dado la esperanza de que mis días de encierro se iban a acabar.

Un poco más animada, me preparé el desayuno y comencé a planificar el día. Quería estar preparada y decidí que, después de hacer mis ejercicios, me organizaría concienzudamente para ese viaje de negocios. No sabía el destino. Me daba igual; saber que iba a salir bastó para que me sintiera mejor.

Después de varias horas revisando cada prenda de ropa que Leone me había comprado, había seleccionado varios conjuntos, más de los que utilizaría. No quería arriesgarme a llevar un par de prendas que después no cuadraran con los posibles eventos a los que asistiríamos. Salí de mi dormitorio con una idea muy clara: iba a intentar que alguno de los escoltas de ese día hablara conmigo.

—Hola, chicos —les dije. Estaban cerca de la puerta de entrada—. Estaba pensando en pedir una pizza para mí —añadí con una sonrisa — y, si queréis, también para vosotros.

La respuesta inmediata fue el silencio y las miradas que entre ambos se echaron. Esperé pacientemente a que alguno dijera algo. El que tenía más cerca, un tipo alto, corpulento, con el cabello castaño rapado, habló:

—¿Quiere que pida las pizzas, señora?

—Sí —contesté con una sonrisa. Esa frase era la muestra de que las cosas empezaban a cambiar en ese ático—. No solo para mí, ¿vale? Seguro que tenéis hambre y necesitáis energía para seguir protegiéndome —dije para que vieran que pensaba en el trabajo y no en ellos, aunque no fuera así.

—Claro. ¿De qué la quiere?

—Hawaiana —contesté sin dudar. El hombre arrugó el entrecejo y sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón—. Con piña —especifiqué, por si no sabía de qué hablaba.

—¿En serio?

—Sí. ¿Cómo te llamas?

—Steve, señora.

—Pues llama, que tengo hambre, Steve.

No tardó nada en llegar el repartidor con el pedido y convencí a Steve —pues el otro ni siquiera hizo ademán de hablar conmigo— de que comiera conmigo en la cocina. Y mientras degustábamos la deliciosa pizza, hablamos del tiempo, de los programas de televisión y de las series que más nos gustaban.

Después volví a mi dormitorio, a continuar con mi tarea. Estaba tan contenta de haber podido mantener una conversación con alguien que se me pasó el día en un abrir y cerrar de ojos.

Ya lo tenía todo preparado, solo quedaba meterlo en la maleta que debería darme Leone cuando volviese. Me había duchado, depilado, hidratado, incluso me había pintado las uñas con un barniz muy clarito en tono nácar que había encontrado en el mueble del cuarto de baño.

Eran ya pasadas las diez de la noche cuando salí del dormitorio a tomar algo.

—Steve —le hablé cuando pasé por su lado—, tienes cara de tener hambre.

—Qué va, señora Lombardi, la pizza me ha llenado —respondió con una sonrisa que no dudé en imitar.

—Ahora me haces sentir mal —dije en broma—, porque he salido a cenar y vas a pensar que soy una hambrona.

Steve no pudo evitar sonreír mientras miraba de reojo a su compañero, que estaba apartado y serio.

—¿Y tú tienes hambre? —pregunté al otro.

El compañero negó con la cabeza y volvió a su pose profesional. Me encogí de hombros y fui a la cocina. Era un logro que al menos uno de los hombres de Leone quisiera hablar conmigo; no podía pretender que todos fueran mis amigos.

Comencé a prepararme algo rápido de cena, pensando en qué hotel nos quedaríamos.

¿Estaría en una ciudad o en medio de la naturaleza?

¿Tendría *jacuzzi*? Jamás había probado uno.

¿Tendríamos habitaciones separadas o dormiríamos en la misma?

Me removí inquieta al pensar en la posibilidad de tener a Leone en la misma cama… No debía tener esos pensamientos, no quería involucrarme a otro nivel con él, pero mi cuerpo se excitó ante la idea de compartir cama.

¿Mis hormonas no eran conscientes de que mi marido era un peligroso mafioso?

De repente, el sonido de un golpe extraño hizo que me quedara quieta en la cocina mientras observaba la abertura que daba al comedor. Tragué saliva pensando en que alguno de los dos hombres que estaban conmigo en casa se habría tropezado. Sin embargo, esa opción dejó de serlo cuando escuché un disparo.

Dos.

Tres.

El corazón me latía a toda velocidad, y una gota de sudor bajaba por mi espalda.

Miré a mi alrededor, cogí un cuchillo, me lo escondí detrás del antebrazo y me acerqué lentamente al comedor.

El rugido ensordecedor de mis latidos interfería en mi propósito, que era escuchar lo que ocurría, por eso iba tan lenta, observando cualquier movimiento.

Me asomé al pasillo y vi al compañero de Steve tumbado en el suelo, con un charco de sangre alrededor. La garganta se me cerró ante la posibilidad de que lo hubiesen matado. Escuché pasos que se alejaban de donde estaba y se aproximaban al otro extremo de la casa. En un arranque de valentía y necedad, me acerqué a ese hombre para comprobar si seguía vivo. No pude alcanzarlo, porque una mano me tapó la boca.

Me volví dispuesta a clavarle el cuchillo a quien fuera. Cuando vi a Steve, me relajé. Él se puso el dedo en los labios para que no dijera nada. Su mano estaba cubierta de sangre.

Su sangre.

Le habían disparado y se estaba sujetando el abdomen mientras me protegía con su cuerpo.

Señaló hacia el fondo del pasillo, donde yo había escuchado los pasos. Parecía que buscaban algo. ¿Serían simples ladrones o tendría algo que ver con la *vendetta* de Leone?

Sin esperarlo, vi aparecer a tres hombres por el pasillo, apuntándonos con sus armas.

No hubo intercambio de palabras.

No grité: me fue imposible abrir los labios por culpa del miedo y la tensión del momento. Ver a tres extraños en el lugar donde pensaba estar segura fue demasiado para asimilarlo en tan poco tiempo.

Sin avisar, Steve me tiró al suelo de un movimiento. Se me escapó el cuchillo, que patinó por el suelo de parqué, deslizándose lejos de mi alcance, y acabé cayendo casi encima del otro hombre que me protegía, el que yacía en el suelo.

El sonido ensordecedor de los estallidos de las balas retumbó en mi interior. Horrorizada, vi que una de ellas había vuelto a dar a Steve, que intentaba protegerme con coraje y tesón.

Si él moría…, yo sería la siguiente.

27
Por pura necesidad

Leone

Estaba saliendo el «triple golpe» —como le gustaba llamarlo a Enzo — justo como lo tenía planeado.

Por la mañana, después del segundo café y de varios días hablando con el propietario, conseguí que el local que había alquilado Rocco Corsini en Mississauga, para blanquear su dinero con otra sede de su patética y arruinada inmobiliaria, me lo alquilaran a mí por una módica subida de precio. Todavía no tenía claro lo que haría con ese local, pero arrebatárselo había sido el primer paso de ese día, que quería que recordara como el principio de su fin.

Después de la hora del almuerzo me había reunido con uno de sus «asalariados» más antiguos, y no me costó mucho que acabara comiendo en la palma de mi mano. Era cierto que jugaba con ventaja: la información o, mejor dicho, tener al alcance los secretos más oscuros de cualquiera gracias a mi equipo de informáticos, me permitía chantajear a quien quisiera para ponerlo de mi lado. Tenía claro que no cometería el mismo error que con Lucas y no me iba a fiar sin más. Ahora llevaba un as bajo la manga para asegurarme de que no me la volvieran a jugar y que se mantuviesen leales a mí. Además, tenía tanto que perder ese reputado policía que no dudaba de que no se arriesgaría por ser leal al vejestorio de Corsini, al que no le quedaba nada en la cima del que creía su reino.

Ser corrupto era una cosa, pero tener una doble vida tan dispar sería para él su final definitivo.

Aunque no tenía nada que ver con mi *vendetta*, para aliviar un poco la irritación que sentía en mi cuerpo después de escuchar a Claire la noche anterior había mandado a dos de mis hombres a que se encargaran de buscar y matar tanto al policía que intentó violar a mi esposa en Luisiana como al imbécil al que tuvo que denunciar por acoso en Alabama. No obstante, saber que ya no estaban en el mismo mundo que ella no consiguió aliviar del todo la sensación que me despertó oírla hablar con tanta angustia de lo que había vivido.

Era una sensación que me incomodó y que despertó la curiosidad de mi primo, pero que achaqué a que deseaba que mis planes saliesen como esperaba.

Y cuando cayó la noche y el golpe final se ejecutó sin ningún contratiempo, brindé con una copa de *whisky* con Enzo. Habíamos averiguado que los Corsini estaban esperando un cargamento de droga y armas en el puerto de Montreal. Dimos el chivatazo a un grupo de policías que sabíamos no estaban comprados para que se presentasen y lo incautaran todo.

Por si la cosa no salía como yo quería, tenía en el lugar a un grupo de mis hombres para arruinarles la recepción. No hizo falta poner en práctica el plan B: los policías consiguieron hacernos el trabajo sucio.

Ahora solo tenía que esperar a que el cártel colombiano con el que trabajaba Corsini se enterara de que había perdido la mercancía para poder mover ficha y que se dieran cuenta de que había otro clan en Toronto mejor que el que llevaba operando con ellos desde hacía décadas.

—Daría lo que fuera por verles las putas caras —dijo Enzo sin disimular su contento.

—*Cazzo*… Tienen que estar maldiciéndome. Rocco se tiene que estar tirando del pelo al pensar que tiene que pagar a los colombianos algo que no va a poder vender —añadí con regocijo mientras sacaba el móvil, que acababa de empezar a sonar—. Lombardi —dije aceptando la llamada.

—Señor Lombardi, soy Steve —dijo uno de los hombres que tenía en casa—. Han entrado los Corsini en el ático, han matado a Leo y…

—¿Y Claire? ¿Y mi esposa? —El entusiasmo que había sentido hacía escasos segundos fue sustituido por la preocupación. Miré a Enzo y le hice una señal para salir rápidamente.

—Ella… —Expulsó un golpe de aire. Yo apreté el móvil, a punto de romperlo—. Ella está bien, señor Lombardi. Está bien, ella…

—Estoy ahí en cinco putos minutos. Ni se te ocurra moverte del lado de mi esposa.

No le di tiempo a que contestara: ya había echado a correr hacia el ascensor, temiendo lo que me iba a encontrar cuando llegase.

La desesperación por saber si estaba herida o conmocionada por lo vivido había despertado en mí un deseo ferviente e ilógico que me arrastraba a protegerla, incluso ansiaba haberlo hecho antes, para evitar que hubiese vivido esas situaciones en el pasado…

Tardamos en llegar menos de cinco minutos tras conducir por la ciudad como un maldito loco mientras Enzo intentaba averiguar cómo habían fallado todos los sistemas de seguridad. No ya solo dentro de mi ático, sino en el propio edificio había suficiente seguridad como para que unos matones no pudiesen entrar sin llamar la atención. Todo dejó de importarme cuando puse un pie en mi casa y sentí como la preocupación que me había acompañado hasta allí, nada más saber que Claire había estado en peligro, se convertía en algo todavía más pesado, más letal y visceral. Steve estaba al lado de la puerta, herido, sangrando. Enzo enseguida llamó

al médico para que viniera a casa. Avancé un poco y vi sangre por todas partes, a Leo muerto en el suelo, y a tres hombres del clan Corsini esparcidos por el pasillo, liquidados.

—¿Y Claire? —pregunté a Steve, que no paraba de hablar con Enzo, contándole lo ocurrido.

Lo único que me importaba era saber dónde estaba ella, porque no la veía por ningún lado, *cazzo*.

—La señora Lombardi me ha salvado la vida, señor. Cogió el arma de Leo y me ayudó a acabar con esta gente. Si ella no hubiese tenido el coraje de dispararles, no estaríamos ahora mismo aquí.

—¿Ella los mató? —preguntó Enzo, visiblemente extrañado.

—A dos de ellos, y yo al otro… Fue increíble, Enzo. No dudó: apuntó y empezó a disparar —dijo Steve, visiblemente orgulloso y emocionado por la hazaña de mi esposa.

Apreté los puños. La sangre ardía en mi interior; ella no tenía que haber hecho nada de eso.

Era mi esposa, y no uno de mis malditos secuaces, acostumbrados a matar.

—¿Dónde está? —rugí, cortando la conversación que mantenía con mi primo. La ira y la angustia iban en aumento.

—Ha ido a su dormitorio. Quería cambiarse de ropa, porque se ha manchado de sangre.

No esperé a que terminara la frase, simplemente corrí saltando los cuerpos sin vida de esos hombres, pensando en cómo estaría ella después de haber hecho algo así. Abrí la puerta casi arrancándola de las bisagras y no la vi en su dormitorio. La desazón me llenó por completo, pensando en que tal vez hubiese huido. Avancé sintiendo un nudo que me impedía respirar hasta la puerta del cuarto de baño. No se movió, estaba cerrada con pestillo.

Intenté tranquilizarme, pero no pude. Escuché el agua caer, como si ella estuviese en la ducha. Ansiando tenerla delante, arremetí contra la puerta un par de veces hasta que se rompió y ella apareció en mi campo de visión.

Se me encogió el corazón, el que pensaba que ya no funcionaba, al verla dentro de la ducha con la ropa todavía puesta, sentada en el suelo, mirándose las manos llenas de sangre. Parecía más pequeña de lo que era, más delicada e inofensiva. Mi cuerpo se estremeció como nunca.

—Claire —verbalicé su nombre por pura necesidad y ella alzó su bonita cara, dejándome sin respiración cuando vi su expresión devastada.

No dudé en meterme con ella en la ducha para abrazarla, y ella, que aún no había soltado ni una lágrima, comenzó a temblar entre sollozos, quebrándome lentamente con su dolor, mientras rodeaba mi cuello con sus brazos.

—Los he matado… —susurró, y la apreté más a mi pecho.

—Eran ellos o tú, *fiamma mia* —le dije. Ella seguía llorando, rota contra mi pecho.

—Tenía tanto miedo y… había tanta sangre.

La apreté más contra mi pecho, intentando protegerla de sus propios recuerdos.

Y deseé haber podido estar allí para protegerla con mis propias manos, para impedir que tuviera que ver la parte más violenta de mi mundo.

—Siento que hayas tenido que vivir esto… Te doy mi palabra de que no volverá a ocurrir.

—Y ¿cómo lo vas a hacer? —soltó, separándose de mí.

Sus ojos rojos.

Sus mejillas mojadas.

Su gesto de dolor me traspasó el pecho como si fuera un afilado puñal.

—Claire —dije acariciándole la cara para secarle las lágrimas.

—¡No, Leone! —rugió sin dejar de llorar mientras me empujaba y se levantaba, lo que imité—. Esa gente ha entrado en tu casa, la que me aseguraste que era segura, dispuesta a matarme, y yo… —se le rompió la voz—. Yo no sabía si conseguiría ayudar a Steve. Había tanta sangre que se me resbalaba la pistola en la mano… —Un suspiro entrecortado—. Jamás he disparado a nadie y…—Un sollozo le salió de la garganta, por lo que di un paso hacia ella para abrazarla de nuevo.

—Y no volverás a hacerlo. —La estreché con fuerza y sentí como Claire temblaba, tanto, que quise matar con mis propias manos a todo el clan Corsini.

En ese instante.

Echando por la borda mi elaborado plan solo porque habían asustado a mi esposa.

Perdí la noción del tiempo allí dentro, con ella, abrazándola con fuerza, dejando que llorara lo que necesitara, mientras pensaba que se había enfrentado a esos hombres con un coraje inaudito. Besé su frente, su cabeza, y sus sollozos comenzaron a ir a menos, hasta que solo se escuchó caer el agua caliente de la ducha, que nos salpicaba.

—Estoy más tranquila —susurró apática, y se separó de mí.

—Claire…

—Necesito quitarme la sangre —dijo mirándose las manos, su ropa y la mía, manchadas del escandaloso líquido rojo.

—Ven.

La acerqué al agua y con mis propios dedos limpié sus manos. Luego cogí la alcachofa de la ducha y deslicé el agua por la ropa

llena de sangre, por su pantalón gris, que se pegó a su piel, y subí hasta la camiseta blanca, que transparentó su tentador cuerpo.

La miré a los ojos. Ella ya tenía su atención puesta en mí; ya no había rastro del dolor que había intuido antes, sino otra emoción más pesada que nos envolvió por completo.

Absorto en ese instante, alcancé con el agua sus pechos, que aparecieron bajo la tela transparente de la camiseta blanca redondos, turgentes, apetitosos, y pude ver sus pezones duros y rosados.

—Leone… —jadeó, y todo desapareció a mi alrededor y solo estaba ella.

Con sus ojos verdes mirándome fijamente.

Con sus labios entreabiertos.

Con su cuerpo mojado delante de mí.

Puse la alcachofa en el soporte y el agua cayó por su cabeza, mojando su bonita cara, resbalando por todo su cuerpo, llevándose la poca sangre que quedaba ya impregnada en ella y dejando a la vista el cuerpo de mi esposa en todo su esplendor.

Apreté con fuerza los puños, obligándome a no hacer nada y a marcharme de allí. No pude. Verla así era el mejor de mis sueños.

El agua también me salpicaba a mí. Me eché el cabello para atrás, sin dejar de mirarla, y ella deslizó sus ojos desde mi cara, por mi cuello, hasta alcanzar mi torso, donde la camisa se me pegaba.

Nuestras respiraciones se acompasaron jadeantes, pesadas.

Nuestras miradas se volvieron a encontrar.

Y mi maldito cuerpo se movió por propia voluntad aplastando a Claire contra los azulejos mientras mi mano envolvía su bonita cara.

—Van a pagar lo que te han hecho, *fiamma mia* —dije muy cerca de sus labios, tan cerca que incluso podía saborearlos.

—Leone… —Sus manos rozaron mi torso con timidez, provocando un calor abrasador que se expandió por mi frío cuerpo.

Cazzo…

Cerré los ojos y me impulsé hacia atrás, rompiendo ese maldito momento que ansiaba con cada resquicio de mi ser.

Vi extrañeza vibrando en sus preciosos ojos.

—Cuando salgas de la habitación, no habrá rastro de lo que ha sucedido esta noche aquí —le prometí, y salí de allí con mi polla erecta y los testículos doloridos para no permitir dejarme llevar por mi instinto.

Enzo me hizo un gesto de extrañeza al verme mojado y sangriento.

—Ni una puta palabra —le advertí, conociendo el humor que se gastaba cuando quería.

Mi primo levantó las manos en señal de inocencia pura. Aunque en ese momento me dejó estar, sabía que, cuando pudiera, me soltaría lo que le rondaba por la cabeza.

Le encantaba jorobarme, y mucho más con el tema de Claire. Ahora yo necesitaba calmarme y devolverles a los Corsini la que habían montado esa noche en mi maldita casa.

Con mi esposa presente.

Sentía tanta rabia que podría haber ido a la mansión y prenderle fuego con ellos dentro.

—Señor Lombardi —me llamó Steve, sentado en una silla. Llevaba una venda que le rodeaba el abdomen, por lo que di por hecho que el médico ya lo había atendido. Sin embargo, importándome bien poco que estuviese herido, no dudé en lanzarle mi peor mirada.

—Tienes suerte de estar hecho un maldito colador; si no, te hubiese reventado con mis propios puños por dejar que mi mujer

cogiera una puta pistola y disparara cuando ¡es tu puto trabajo! —descargué mi ira en él.

—Lo sé, señor… Pero quiero que sepa que no habían venido a matar a la señora. En ningún momento le dispararon a ella, solo a mí. Creo que habían venido a secuestrarla. Cuando entraron, fueron a los dormitorios, pero ella acababa de entrar en la cocina.

Querían quitarme lo que ya era mío, no sabía si para chantajearme o para doblegarme a través de ella. Sin embargo, mi carismática esposa había luchado con uñas y dientes para permanecer donde debía estar: conmigo.

Una punzada de orgullo me cruzó el cuerpo, y supe que había escogido a la mejor para convertirla en mi esposa.

A alguien que luchaba por su propia vida.

A una mujer que era una superviviente nata, como yo.

28

Por ella y por nadie más

Leone

—Enzo, ven —lo llamé, exactamente a la hora y media de haber salido del cuarto de baño de Claire.

En la casa teníamos a un grupo de cinco personas limpiando toda la sangre que había por doquier, y a varios de mis hombres encargándose de quitar a esa gentuza de mi suelo. Mientras hacían su trabajo, yo estaba encerrado en el salón, pendiente de la entrada con la puta pistola a mi lado, por si alguien se atrevía a volver a entrar sin mi permiso. Había estado pensando fríamente mi siguiente movimiento, pero jamás me había costado tanto acallar mis impulsos como esa vez.

—Dime, Leone —dijo acercándose al sillón donde estaba sentado.

—Quiero que alguien le robe el coche a Carlo, sin hacerle daño a él o a los suyos —le dije despacio, para que entendiera el plan que había ideado—. Meted a esos tres hombres dentro y, cuando estéis cerca de la mansión de los Corsini, dejad la velocidad puesta y que el coche se estampe contra la verja. Además, quiero que en el maletero haya un regalo para ellos. Uno de los grandes, Enzo. Lo que han hecho aquí es imperdonable y necesito que se den cuenta de que jugar conmigo les saldrá siempre caro.

—*Cazzo*… —dijo con una sonrisa satisfecha—. Menos mal que me has dado un puto plan brillante y no me has pedido que le traiga a tu mujercita sales para darse un baño relajante.

Sabía que aprovecharía cualquier descuido para hablarme de ella.

—¿Qué puto problema tienes con Claire? —solté, cansado de sus pullitas.

—¿Yo? ¡No tengo ningún problema con ella! Es posible que antes tuviera mis dudas de su lealtad, pero ahora, después de ver cómo ha matado a esos *stronzi*, tengo que confesar que esa pelirroja es una caja de sorpresas, ¿eh, primo? Además, desde que te casaste con ella, tu vida es más…, cómo decirlo —dramatizó el momento—, más entretenida, sí.

—Recuérdame por qué te dije que me acompañaras a Canadá.

—Porque soy tu primo, el más guapo y talentoso, y no puedes vivir sin mí —dijo con chulería. Negué con la cabeza—. ¿Por qué quieres robarle el coche a Carlo, y no a los que gritaron en pleno Little Italy que querían matar a los Corsini?

—Porque Carlo es uno de sus enemigos más antiguos, justo el cerebro de esos pequeños altercados que creen que pertenecen a otra banda que ha resurgido en la ciudad. Necesito a alguien que realmente puedan asociar con lo que vamos a hacer, para así ocultarnos tras su eterna y arraigada rivalidad. Así conseguiré que Carlo quiera reunirse conmigo de una puta vez.

—*Cazzo*, ¡eres retorcido, primo! —Me dio unas palmadas en la espalda—. ¿Y lo de Montreal sigue en pie?

—Claro. No voy a permitir que esto —dije señalando el desaguisado que habían montado en mi ático— altere mis planes. Mañana, Claire y yo nos iremos a Montreal como si aquí no hubiese pasado nada. Y tú vas a buscar otro lugar donde vivir. No quiero volver a este apartamento que no hemos conseguido proteger.

—Me pondré a ello enseguida. ¿Y ella estará bien? —preguntó. Pude ver un atisbo de preocupación real en sus ojos.

Ese altercado había conseguido que mi primo se diese cuenta de cómo era realmente Claire y dejara a un lado la enemistad causada porque no se fiaba de ella… Podía comprenderlo: él no había tenido tiempo de vislumbrar lo increíble y asombrosa que era esa mujer.

—Lo estará.

Enzo asintió y salió para poner en marcha el plan.

Yo me quedé en el salón, con la pistola muy cerca, mientras limpiaban y volvía a la normalidad mi casa. Cuando todos se marcharon, a excepción de un par de mis hombres, que iban a permanecer despiertos para protegernos, ya era de madrugada. Yo no había podido olvidar la sensación de tener a Claire ante mí, mojada…

Me levanté del sillón y mis pies me llevaron hasta su dormitorio. Me quedé delante de su puerta cerrada un par de minutos, hasta que me atreví a picar sobre la madera. No hubo respuesta. Sintiendo una necesidad tan apremiante como angustiante, abrí con cuidado. La habitación estaba parcialmente iluminada gracias a la luz encendida del cuarto de baño. Claire estaba en la cama, tumbada y tapada hasta el cuello. El dulce olor de su champú de vainilla me calmó como un *whisky* doble, y el suave sonido de su respiración consiguió que la tensión comenzara a disiparse. Estaba dormida… No pude evitar acercarme más y observarla. Su bonita cara, su cabello esparcido por la almohada, sus labios entreabiertos…

Verla tan tranquila alivió un poco la preocupación que todavía residía en mi pecho. Los dedos me hormigueaban, ansiando acariciar su piel, su cabello e incluso sus labios, que pude tener tan cerca de los míos hacía tan pocas horas que sentía aún la necesidad de besarla, de tocarla, de abrazarla.

Tragué saliva, apreté los puños y haciendo un esfuerzo descomunal me obligué a salir de allí para meterme en el gimnasio,

donde pasé una hora intentando aliviar esa presión, esa necesidad apremiante que crecía con el paso de los días.

Con cada cosa que descubría de mi esposa.

Con cada aspecto de ella que me atraía aún más si cabía.

El móvil vibró; lo saqué del bolsillo para ver un escueto mensaje de mi primo en el que me informaba de que estaba ya hecho.

Les había devuelto parte de lo que me habían hecho los Corsini esa noche; sin embargo, tenía la sensación de que no era suficiente. Por eso, lo llamé por teléfono.

Necesitaba más.

¡Más, maldita sea!

Quería que no olvidaran que, si intentaban hacerme algo a mí o a mi esposa, los aniquilaría antes de lo previsto.

—Enzo —le dije a mi primo cuando aceptó la llamada—. Filtra las fotos de Ruggero a la prensa.

—¿Ya?

—Sí. Vamos a hundir a ese hijo de puta. —Y colgué para no darle opción a que me hiciera cambiar de opinión.

Según mi plan original, esa acción habría llegado un poco más tarde, después de asegurarme de que los colombianos ya no harían tratos con los Corsini. Pero que hubiesen entrado en mi casa con la clara intención de secuestrar a Claire había sido el detonante para que cambiase el ritmo de mi *vendetta*.

Ruggero no iba a renunciar a ella, y yo no iba a permitir que eso volviese a ocurrir.

Claire era mía, y nadie le iba a tocar ni un pelo de su preciosa cabeza.

***

Estaba en la cocina, observando como la cocinera terminaba de preparar el desayuno para los dos, cuando escuché los pasos de Claire acercarse lentamente. Al volverme, verla tan serena, con su largo cabello alborotado, recién levantada de la cama y con unos *leggins* y una camiseta para dormir, provocó que el pecho se me hinchase como si llevara siglos sin poder respirar bien.

—Buenos días —saludó, echándome una mirada rápida y reparando en la señora que tenía contratada—. Qué bien huele.

La cocinera le preguntó cómo prefería las tortitas.

—¿Has podido descansar? —quise saber cuando se sentó en el taburete que tenía al lado. Me sentí un auténtico estúpido al formular una cuestión tan banal.

No sabía qué me pasaba esa mañana. No podía dejar de mirar cada maldito gesto que hacía. Quería asegurarme de que lo sucedido la noche anterior no le había dejado ningún trauma.

—Me he despertado unas cuantas veces, pero… he dormido algo.

No quería revelar que había pasado la noche prácticamente postrado al lado de su dormitorio, por si alguien volvía a hacerle daño, y que me había dado cuenta de todas las veces que se había despertado, porque su respiración cambiaba ligeramente, provocando una batalla interna en la cual me debatía entre si entrar a verla o no. Menos mal que la razón estuvo más presente y me quedé donde estaba, para que ella pudiera descansar.

Tampoco quería confesarle cómo me había vengado de los Corsini por haber osado venir a por ella. No solo les llevé a sus hombres muertos en un coche de uno de sus enemigos, sino que la bomba adosada detrás se accionó cuando un par de sus subordinados abrieron una de las puertas traseras. La explosión y los daños materiales y humanos habían sido de tal magnitud que la noticia había llegado a los medios de comunicación. Además, como si no

bastase con eso, esa misma mañana se había desenmascarado la verdadera naturaleza de Ruggero ante la opinión pública: era un violador, un maltratador, un ser despreciable que utilizaba a las mujeres sin importar que fuesen menores para hacer lo que le viniera en gana con ellas. La policía ya estaba investigando la veracidad de las pruebas que habíamos aportado de manera anónima a varios medios de comunicación, y cuando lo arrestaran por ser un misógino y violador, iba a brindar por ello, a poder ser, delante de su propio padre.

Preferí dejar que Claire estuviese al margen de lo que había hecho por ella.

Por ella y por nadie más.

—Desayuna. Nos vamos en un rato a Montreal —opté al final por decirle.

—¿A Montreal? —preguntó abriendo tanto esos ojazos en los que ya no había rastro de miedo ni de dolor.

Tener la certeza de que era una superviviente no ayudó a que mi cuerpo se calmara al tenerla tan cerca.

—Sí, tengo que hacer negocios en la ciudad, y habrá un par de eventos en los que estaremos juntos.

—Nunca he ido a Montreal… —La cocinera le puso cinco tortitas con chocolate fundido por encima—. ¡Gracias!

Claire cogió el tenedor y el cuchillo y partió un par de ellas juntas para meterse un buen trozo en la boca. Puso los ojos en blanco mientras gemía bajito. Yo cogí con fuerza la taza de café, procurando que esa imagen, la de ella disfrutando al comer, no me excitara como lo estaba haciendo.

Y de repente, sin esperármelo, caí en la cuenta de que cuando llegásemos a Montreal íbamos a estar los dos solos en la misma habitación.

Cazzo…

No había pensado bien lo contraproducente que iba a ser estar tanto tiempo con mi sorprendente y seductora esposa.

29
La nada

Claire

Poder salir de Toronto justo después de esa terrible noche donde temí por mi vida fue un alivio, y no me importó estar en silencio durante las cinco horas que duró el trayecto en coche hasta Montreal. Estaba deseando salir del ático, y más cuando los macabros recuerdos de la noche anterior habían impedido que durmiera bien.

El hotel donde nos íbamos a hospedar era un Four Seasons de cinco estrellas en pleno centro de la ciudad. Cuando puse un pie en la *suite* y vi la decoración de lujo, la cama enorme de tamaño *king*, el cuarto de baño con una bañera increíble y el salón con unas espectaculares vistas de los rascacielos, reí de entusiasmo. Nunca había estado hospedada en un hotel —las veces que había entrado en uno habían sido para trabajar—, y mucho menos en uno de esa categoría.

Leone estaba tenso cuando se paseó por la *suite*, hasta que se sentó en un confortable sofá que se encontraba en el salón anexo al dormitorio. No sabía qué tipo de negocios haría en la ciudad, aunque si me había traído esperaba que no fueran por temas de la mafia. Ya había tenido bastante sangre y disparos para repetir la experiencia.

—En una hora tenemos un almuerzo importante en un restaurante de lujo —me dijo, atento a su móvil, que no había parado de mirar durante todo el viaje.

—Me doy a dar una ducha rápida y a prepararme. Quiero tener una buena imagen. —Cogí la maleta y comencé a sacar los vestidos para dejarlos estirados en una especie de perchero para trajes.

Con la ropa escogida, me metí en el cuarto de baño y comencé a desnudarme para meterme en la ducha, mirando la bañera con ansia. Antes de marcharnos, me apetecía darme un baño de espuma, como hacían en las películas. Tampoco sabía lo que era permitirme ese capricho…

Con una sonrisa en los labios, sintiéndome más animada, me metí debajo del agua y me di cuenta de que me separaba solo una pared de Leone.

Tan solo unos pocos centímetros de donde él estaba sentado.

Tragué saliva, los pezones se me endurecieron de golpe, y mi sexo palpitó frenético. Todavía tenía presente, de una manera brillante y vívida, cuando la noche anterior apareció en el cuarto de baño y me abrazó tan fuerte que sentí desaparecer el temor. Cómo me limpió las manos de sangre, con paciencia y esmero, con una dedicación que no esperaba en este hombre acostumbrado a demostrarme su faceta más fría. Me cuidó cuando más lo necesitaba, tan acostumbrada a ser yo la cuidadora que se me había olvidado qué se sentía cuando la situación era la inversa…

El ambiente cambió drásticamente cuando Leone me fue mojando con la ropa puesta hasta alcanzar mis pechos. La forma en que me miró, sin escudos que impidiesen observar el deseo que sentía. Cómo mi sexo comenzó a palpitar ansioso, sorprendiéndome al sentir ese deseo puro y contundente, para después deleitarme cuando me inmovilizó contra los azulejos, cogiendo mi cara con ternura, como si fuera endeble, y cómo sus labios se pasearon por los míos a un suspiro de distancia.

Quería que me besara.

Quería que me tocara.

Quería que me desnudara en ese mismo instante, sin importar lo recientemente vivido. O, quizá por ese mismo motivo, ansiaba el contacto, sentirme viva después de haber temido por mi muerte.

El escudo volvió a sus ojos, y él se marchó dejándome temblorosa y ansiando algo que hasta ese momento no había deseado.

El agua caía por mi cuerpo y mis ojos se habían desviado hacia la puerta del baño, deseando que se abriera y que de nuevo apareciera él.

Que me viera así, desnuda, anhelante por él.

Que se metiera conmigo bajo el agua y recorriera con sus rugosos dedos mi piel, marcándola…

Leone no entró. Me duché y me preparé para salir de nuevo, ya vestida y lista. No se había movido ni un centímetro de donde lo había dejado sentado.

—Ya estoy —le dije frustrada.

Sabía que no debería sentirme así. Él me dejó claras desde el principio las normas.

«Nuestros besos y contacto en público serán castos, y no habrá ningún interés sexual de por medio. Es más, quiero ser sincero contigo. Estamos casados, vamos a ser un matrimonio perfecto y enamorado de cara a la galería, nada más», me había dicho.

Y lo estaba cumpliendo a rajatabla. Pero no comprendía por qué razón mi cuerpo no se sentía aliviado al saber que él nunca intentaría nada conmigo.

Era una locura, no tenía sentido alguno.

Estaba casada con un capo de la mafia y, aun así, sabiendo que era el chico malo por antonomasia, quería que me deseara.

Quería sentir sobre mi piel una versión de él que no sabía si existía. ¿Sería apasionado? ¿Dulce? ¿O… posesivo?

Salimos de la habitación uno al lado del otro, sin contacto. Bajamos por el ascensor y, en cuanto se abrieron las puertas, sentí su mano en mi cintura para aproximarme a él.

No había previsto que estar con él esos días en Montreal me iba a afectar no solo física, sino mentalmente. No solo por compartir la misma habitación, sino porque tendría que volver a experimentar cómo era Leone cuando se mostraba como el esposo perfecto.

Y debía reconocer que me gustaba demasiado cuando se comportaba así.

***

El almuerzo fue como la seda. No solo porque su cliente, un hombre educado y con tantos millones en la cartera que no sabría ni la cuantía exacta, tuviera una esposa la mar de simpática con la que pude charlar durante toda la comida, sino porque Leone no cesaba de tocarme con cualquier excusa, estaba pendiente de mí como si fuera un marido enamorado y me hacía sentir en todo momento… importante.

Me hubiese quedado en ese restaurante durante días simplemente para seguir experimentando cada roce de sus rugosos dedos sobre mi piel. Su mirada, que me buscaba como si necesitase contemplarme. Incluso su cuerpo estaba inclinado hacia mí, porque quería estar cerca.

Cuando salimos de allí y caminamos hacia nuestro coche, estaba bastante satisfecho del resultado de la reunión. Sin embargo, fue entrar en la habitación del hotel y volver a estar delante de la versión más fría de Leone.

—Me voy a dar una ducha y dejo libre el baño por si tienes que entrar a prepararte para esta noche.

—Leone —lo llamé antes de que cerrara la puerta—, ¿los Leblanc están metidos en tus negocios oscuros? —le pregunté refiriéndome al matrimonio con el que habíamos comido.

—No, ellos no —contestó serio—. Pero esta noche sí habrá gente que está metida en este mundo y con los que charlaré contigo a mi lado. Pero no te va a pasar nada. Te aseguro que nadie quiere provocar una matanza en una fiesta tan famosa como esta a la que vamos a asistir.

Cerró la puerta.

Agaché la mirada; mi pierna no paraba de rebotar nerviosa. Volví a mirar la puerta cerrada y me levanté dispuesta a hacer algo más que imaginarme a Leone allí dentro sin ropa.

Parecía que mis hormonas estuviesen desatadas. Jamás había experimentado algo así con otro chico.

No entendía qué me pasaba. Estar en un espacio tan reducido con él, tras haber vuelto a disfrutar de sus atenciones, era demasiado para mí. Organicé por completo la maleta, poniendo todos los vestidos en perchas, para así poder elegir el adecuado para esa noche. Tenía varias opciones. Había uno que no paraba de tocar. No sabía si atreverme a ponérmelo: era muy sexi, y dudaba si para esa noche era lo más indicado.

Escuché abrirse la puerta y me volví para preguntarle qué tipo de fiesta sería. Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta cuando lo vi con el cabello mojado, el pecho descubierto y perlado de gotitas y una toalla alrededor de la cintura.

Se me secó el gaznate y sentí un calor que se extendió por cada recoveco de mi cuerpo. Sus ojos me pillaron comiéndomelo entero, con un vestido en la mano y la boca entreabierta.

—¿Estás bien? —me preguntó, caminando lentamente hacia mí, visiblemente preocupado.

No tenía ni idea de cómo era mi gesto, pero podía asegurar que estaba mejor que bien. Si a ese hombre le sentaban espectacularmente los trajes era por una razón: tenía un cuerpo fibroso, su torso reflejaba que le gustaba hacer deporte, pero sin llegar al exceso. Sus brazos eran poderosos, largos y fuertes, como también sus piernas. Sin embargo, lo que más me llamaba la atención era ese tatuaje que se veía aún más negro por el contraste con su piel aceitunada.

Leone era tan atrayente que no podía explicarlo. Era un cúmulo de emociones, sensaciones y calor, mucho calor que me recorría como una lengua de lava ardiente, provocando que mi piel reaccionase a él.

A su presencia.

A su voz.

A su mirada enigmática.

A su piel expuesta.

A ese maldito tatuaje que me resultaba tan atrayente…

—Claire —me volvió a hablar, esta vez más cerca, tanto que sentí el calor que irradiaba su piel expuesta—. ¿Te ha ocurrido algo mientras yo estaba…?

—No —jadeé—. Estoy bien.

Leone achicó los ojos, como si estuviese buscando algún indicio de que le estaba mintiendo.

Tragué saliva, solté el vestido y di un paso hacia él, dejándome llevar por el momento, por lo que en mi ser vibraba, y mis dedos volaron hacia ese tatuaje que ansiaba tocar.

Leone me detuvo antes de que alcanzara mi objetivo, rodeándome la muñeca con su mano sin que llegara a tocar su piel. Nuestros ojos se encontraron: en los suyos residía la nada, en los míos vibraba el

deseo que sentía al tenerlo delante de mí. Al sentir su calor tan cerca.

—No, Claire —dijo con una voz mucho más grave de la normal—. Cuando estemos solos no habrá ningún tipo de contacto entre nosotros. Te lo dejé claro y estuviste de acuerdo.

—Solo quería tocar tu tatuaje… —dije con un hilo de voz. Él movió la nuez por su increíble cuello de una manera lenta y tortuosa—. Tampoco es que haya mojado tu toalla para verte desnudo —solté sin pensar.

Sentía mi mente abotargada, como si su presencia me afectase incluso a la hora de filtrar mis palabras.

Leone me soltó y dio un paso atrás para mantener una distancia prudencial entre nosotros, sin dejar de mirarme, como si fuera un peligro… Se acercó a su maleta y rápidamente cogió algo de ropa. Dudé incluso que supiese qué había escogido, porque no paró de mirarme de reojo.

—Lo que hice ayer no se repetirá. Para que esto funcione tenemos que mantener este matrimonio como te dije. —Fue al cuarto de baño y cerró de un portazo, impidiéndome responder.

No entendí qué acababa de pasar. Era cierto que me lo estaba comiendo con los ojos, pero no me había insinuado ni nada…

Leone era un hombre de palabra, aunque el día anterior percibí que quería saltarse las normas.

Reprimí un suspiro y escogí el vestido más sexi que tenía en el armario. No sabía si para rebelarme en contra de esas malditas reglas, que en ese momento no me parecían tan justas, o para corroborar que Leone Lombardi me deseaba.

30
Niégate

Claire

Leone parecía que estaba de mal humor, o no le gustaba cómo me quedaba el vestido… Cuando salí del baño con él puesto, su expresión habitual se crispó ligeramente. Sin embargo, no abrió la boca. Nos fuimos a la fiesta en su coche, con sus hombres siempre pendientes de nosotros…

Durante el corto trayecto no me sorprendió que Leone no me hablase: era la tónica normal en nuestro matrimonio forzado, pero su cuerpo se tensaba a medida que nos alejábamos…

En cuanto salimos del coche, se convirtió en el marido perfecto, y su mano voló a mi cintura para entrar bien juntos. La cena se celebraba en la sala oval del prestigioso hotel Ritz Carlton y me sentí una estrella de Hollywood. Todo era tan lujoso y la gente iba tan bien vestida que parecía que estábamos en la entrega de algún premio cinematográfico importante. Además, con ese vestido negro me sentía guapa y sexi, algo que necesitaba después de que Leone se alejara de mí dando un portazo… La prenda en sí no era muy reveladora, pero tenía un buen escote, y parte de la espalda estaba descubierta; además tenía una abertura en un lado que dejaba ver mi pierna al andar. Y por cómo iban vestidas las otras mujeres, podía decir que había acertado en ser un poco más osada. Algunos trajes eran un sueño.

A medida que caminábamos, los dedos de Leone me presionaron más y le pregunté con la mirada si era un gesto para que estuviese alerta. Hizo caso omiso y siguió andando tan normal. Bueno, lo normal siendo él en su versión más fría y calculadora…

Nos detuvimos al lado de los Leblanc, la pareja con la que habíamos almorzado ese mismo día, y pude escapar de su agarre para ponerme a hablar con Susan. La esposa del cliente de Leone era muy simpática y amable. Estar un poco lejos de la versión posesiva de mi marido me venía bien para mantener la mente despejada y las hormonas controladas.

—¿Has visto la terraza? —me preguntó.

—No.

—Nos vamos a dar una vuelta —dijo Susan a nuestros maridos cogiéndome del brazo—. No nos echéis mucho de menos —añadió sin darles tiempo a responder. Pude vislumbrar un atisbo de preocupación en Leone, que enseguida escondió tras su escudo perpetuo—. Empiezan a hablar de negocios y no paran —susurró ya unos pasos lejos de ellos.

—A mí no me importa, supongo que porque llevo poco tiempo casada con Leone.

—No sabes la envidia que me das. —Hizo una mueca divertida—. Los primeros años son… tan alegres, y luego todo se vuelve monótono. Míralo —señaló a su marido antes de salir de la sala oval, aunque yo solo me fijé en Leone—, ni siquiera se ha dado cuenta de que me he ido de su lado, en cambio tu marido… Claire, esa mirada que te está echando es de que vais a tener sexo, y del bueno, esta noche.

Me entró la tos al atragantarme con mi propia saliva, y me mordí la lengua para no decirle que eso iba a ser imposible por un motivo: Leone no se saltaba sus reglas.

—Es normal, ¿no? —añadí aferrándome a la pantomima—. Estamos en el principio de la relación —inventé, porque no sabía qué se siente cuando tu mundo gira en torno a la pasión, el deseo y el sexo…

—Pues sí, y solo te animo a que disfrutes al máximo de esta maravillosa y placentera época. Antes…, cuando Thomas me veía con un pijama sexi, me lo arrancaba casi en el acto, y ahora está tan ocupado con la construcción del casino que ya puedo pasearme desnuda, que nada… Nada de nada, Claire —dijo con pesar—. Ni me echa una mirada rápida, y es tan frustrante para una mujer no sentirse deseada por su propio marido…

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Diez años… —Se encogió de hombros—. Le he dicho que, cuando acabe ese proyecto, nos vayamos de vacaciones a un lugar cálido, para ir todo el día desnuda, a ver si así consigo quedarme embarazada.

—¿Quieres ser madre?

—¡Sí! Estoy deseándolo, pero, claro, el trabajo siempre ha ido primero y hemos ido postergando el momento.

—Seguro que lo consigues.

—¿El qué: follar o el bebé?

—Las dos cosas, supongo —solté, y nos echamos a reír.

Susan me enseñó la preciosa terraza mientras hablábamos de Montreal y de Toronto. Me prometió que me visitaría cuando estuviesen en la ciudad. Gracias a la amena conversación y al fabuloso entorno, decorado con exquisitez, no me importó pasar frío: la compañía mereció la pena.

Escuchamos que iba a empezar la cena, y entramos. Susan se fue con su esposo, que estaba a pocos pasos de la terraza, y yo me

acerqué a Leone, que estaba hablando con un hombre al que no conocía.

—Jacob, te presento a mi esposa. Claire, él es Jacob Campbell —dijo Leone en cuanto estuve a su lado.

—Encantada de conocerle —le dije tendiéndole la mano. Él, de cabello rubio en un tono medio y ojos azules, me sonrió, me cogió la mano y me dio un beso en el dorso.

—El placer es mío, señora Lombardi.

—Nos tenemos que ir a la mesa —dijo Leone con la voz mucho más gutural, cogiéndome por la cintura y acercándome a él—. Ya concretaremos luego.

—Claro, Leone. Señora Lombardi —dijo, y se fue a la mesa asignada.

Leone iba serio, recto, y sus dedos se adherían cada vez más a mi piel.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí.

No me volvió a hablar en toda la noche, aunque sus dedos acariciaron mi piel a cada momento, recordándome que en público era suya, demostrándome que él era el que mandaba y controlaba nuestra relación.

Cogí la copa de agua y me la terminé de un trago. De reojo vi su perfil sereno y atractivo, sus labios definidos y ese maldito tatuaje que cada día me gustaba más.

Aborrecía cuando se comportaba así conmigo, mostrándome su poder, del que yo era consciente. Leone habló con su compañero de mesa, rio y disfrutó de la cena. Mi frustración creció exponencialmente a medida que avanzaba la velada y él seguía ignorándome deliberadamente.

Me removí inquieta pensando en cuánto tiempo tendría que sobrevivir a las dos caras tan distintas de Leone. Si la *vendetta* se alargaba, podrían ser meses, o años, a su lado, sintiendo su contacto en público y demostrándome indiferencia en privado… O incluso, como en ese momento, sin hablarme, sin mirarme, pero alterándome cada vez que me acariciaba la piel…

Utilizándome como un elemento decorativo en su vida.

Mi estado de ánimo cambió con esa idea que se coló en mi subconsciente. Además, que Leone no me hablase y estar rodeada de personas que solo conversaban del casino que se iba a inaugurar en unas semanas tampoco ayudaba a que me distrajera.

La cena acabó y dio pasó a la música, que animaba a los presentes a bailar, debido al gran tamaño de la sala. Estaba sentada, observando cómo la gente se divertía. Leone hablaba a mi lado con Jacob, el hombre que me había presentado antes de cenar y que se había acercado cuando empezó la música, cuando vi a un hombre joven caminando hacia nuestra mesa con paso seguro y la mirada puesta en nuestra dirección.

Supuse que conocería a Leone.

—Señora Lombardi, ¿bailaría conmigo? —dijo tendiéndome la mano sin saludar previamente.

En un acto reflejo miré a Leone, que ya tenía los ojos puestos en ese tipo. La mayor parte del tiempo no sabía qué se le pasaba por la cabeza a mi marido, y esa vez fue una más. No distinguí si le caía bien o no, si era amigo o enemigo.

—Luigi —dijo Leone mirándolo con su neutralidad característica.

—¿Puedo bailar con tu esposa o no permites que se divierta?

Leone se acercó a mi oreja, y mi cuerpo se tensó nada más sentir su cálido aliento rozar mi cuello.

—Niégate —me ordenó en un susurro. Luego se irguió y se dirigió al hombre—: Ella decide.

Mi corazón latía tan rápido que incluso temía que lo pudiera escuchar Leone. Lo miré un segundo, y luego, en un arranque de valentía, o simplemente por ganas de llevar la contraria al hombre que me había ignorado toda la noche, puse la mano encima de la de Luigi y me levanté aceptando el baile. Sentí la mirada penetrante de Leone clavada en mi espalda mientras caminaba al lado de ese tipo.

Puso la mano en la parte alta de mi cintura, yo coloqué la mía en su hombro, y entrelazamos las otras.

—Supongo que no te ha hablado de mí —me dijo en un susurro.

Era alto, pero no tanto como Leone. Tenía rasgos italianos, pero bastante más sutiles, y no había rastro del acento que tan bien le quedaba a Leone cuando hablaba.

—No.

—Somos socios. —Imaginé que se refería a la mafia. Casi todos los involucrados tenían origen italiano—. Al menos es lo que él quiere que seamos después de declararles la guerra a los Corsini. Menudos cojones tiene tu marido, ¿eh, preciosa?

—Sí, y ¿sabes qué es lo mejor de él? —dije con gesto afable, aunque no me había gustado que me nombrara a esa gente—: que no es un fanfarrón.

—Ruggero me ha hablado mucho de ti. —Se acercó mucho, hasta tal punto que sentí su aliento en mi oreja—. Y tengo que decir que no exageraba.

—No me apetece seguir bailando. —Me detuve y me solté de su agarre.

—También me dijo que eras de armas tomar. Una fierecilla que ansiaba domar con mano dura —añadió muy bajito, acercándose a

mí, sin temor a que estuviéramos rodeados de gente. Me cogió del brazo, aprisionándome para que no pudiera escapar.

Apreté los puños, dispuesta a quitármelo de encima aunque tuviera que montar una escena en el mismísimo Ritz.

—Aléjate de mi mujer si no quieres que te vuele la puta cabeza —escuché la voz de Leone a mi lado.

Luigi levantó la mirada para enfrentarse a él y deslizó una socarrona sonrisa que no me gustó nada.

—Leone, tú ya estás muerto, y tú, preciosa, vas a querer estarlo en cuanto vuelvas al lugar al que perteneces —pronunció despacio, amenazador, y sentí que el aire que tenía en los pulmones se evaporaba.

—Largo —dijo Leone pegándome a él y enfrentándose a ese hombre con decisión y aplomo, demostrando su poder y su fuerza simplemente con la posición de su cuerpo. Con el tono de su voz. Con la firmeza con la que hablaba y cómo se movía.

Luigi relajó los hombros y miró alrededor. Habíamos atraído la atención de varias personas. Levantó las manos, como si todo fuera un juego; luego le echó una fulminante mirada a Leone, se dio la vuelta y desapareció.

Me quedé quieta, paralizada. La frase de Luigi se repetía en mi mente. No me fijé en que Leone me había cogido de la mano y me guiaba fuera de la sala a un lugar más íntimo.

—¿Estás bien? ¿Claire?

Parpadeé. Estábamos en el pasillo contiguo a la sala oval.

—¿Qué ha querido decir con que voy a querer estar muerta cuando vuelva?

Leone apretó los dientes y movió el cuello, que tenía rígido. Me rodeó la cara y con sus pulgares acarició mis mejillas.

—Eso nunca va a pasar, Claire. ¿Me has oído? Es absurdo que te preocupes.

—¿Qué quería decir?

—No lo quieres saber, te lo aseguro. —Negó con la cabeza, dándome a entender que no iba a conseguir que me lo dijera.

—Van a conseguir que desee estar muerta, ¿no es eso? —La congoja se me instaló en la garganta al imaginarme lo que tendrían en mente—. Yo… —cerré los ojos intentando controlar mis emociones; estaba fuera de mí— no puedo volver con ellos, Leone.

—Y no lo vas a hacer, *cazzo* —maldijo para después posar sus labios en mi frente—. Jamás permitiré que te separen de mí, *fiamma mia* —aseguró hundiendo su nariz en mi cuello y deslizando los labios por mi piel en un suave y tentador beso.

—Dame tu palabra —jadeé.

Mi ser reaccionaba a su cercanía.

A sus labios contra mi cuello.

A sus manos apoyadas en la pared, encerrándome contra su cuerpo.

Leone me miró a los ojos y después deslizó su mirada hasta mis labios entreabiertos.

—Te doy mi palabra —susurró al suspiro de mis labios.

Dejándome llevar por lo que ansiaba, me atreví a posar mis labios en su boca y a deslizar rápidamente la lengua por su labio inferior. Duró menos de un segundo, incluso se me escapó un jadeo por la emoción de haberlo besado. A Leone se le oscurecieron los ojos, y sus músculos se tensaron a medida que se acercaba más a mí.

Pensé que me recriminaría por mi conducta; sin embargo, aplastó su boca contra la mía con violencia, provocando que un gemido se escapase entre mis labios entreabiertos. Leone conquistó mis labios con movimientos bruscos, ansiosos, y cuando nuestras lenguas se

encontraron, mis manos se hundieron en su suave cabello, acercándolo más a mí. El calor recorría cada terminación nerviosa, instalándose entre frenéticas palpitaciones.

Vibraba.

Temblaba.

Mientras seguíamos besándonos ajenos a todo y a todos.

—Llevo toda la noche martirizándome —susurró entre beso y beso —. ¿Llevas algo debajo de este maldito vestido?

—Un tanga —dije muy bajito, y le salió un gruñido que consiguió que mi piel se erizase.

No hubo tiempo para más. Leone volvió a atacar mis labios con urgencia, y yo me estreché más contra él.

—*Cazzo*… —murmuró de repente, cerrando los ojos e impulsándose con sus manos, que no había movido de la pared, para alejarse de mí.

Tuve que soltarlo. Había alborotado su cabello y sus labios estaban hinchados por mis besos.

Me mordí el labio inferior. Nos habíamos besado en el pasillo del Ritz como si fuéramos adolescentes… Leone se echó el cabello hacia atrás y se recompuso.

Negó con la cabeza. No sabía si estaba disgustado porque lo había tocado o por dejarse llevar…

—Tengo que hablar con una persona, y nos marchamos. ¿Estarás bien si te dejo sola con la señora Leblanc?

Asentí, sabiendo que no tenía más remedio.

Me cogió de la mano y volvimos a la sala oval. Tenía las mejillas acaloradas, no sabía si alguien nos había visto besándonos fuera o si el extraño momento que habíamos vivido con Luigi había sido captado por más gente de la que creía.

—Vuelvo enseguida —me dijo cuando estábamos al lado de Susan, y me dio un pequeño beso en los labios. Luego se marchó.

—Menudo momentazo has vivido, Claire —dijo Susan cogiéndome del brazo para hablar más íntimamente—. Había escuchado que los italianos eran apasionados, pero el tuyo… es puro fuego. ¡Mírate!, estás temblando. ¡Nooo! —añadió entusiasmada, y se acercó más a mí—. Dime que os habéis metido mano por el calentón de los celos del momento y me hago fan de vuestra relación ya.

No pude evitar sonrojarme, algo que, por supuesto, alentó su suposición. Si ella supiera que el beso que me había dado mi marido había sido lo más erótico y sexi que había vivido hasta entonces, no se habría puesto a aplaudir como una loca mientras hablaba de que tenía que haberse echado un marido italiano.

31

Jugando con fuego

Claire

Como había prometido, en cuanto terminó de hablar con ese hombre volvió a por mí y nos marchamos, bien cogiditos. Luego, dentro del coche, se impuso la ley del silencio… Sin embargo, parecía que mi cuerpo se reactivaba cada vez que estaba al lado de Leone, sin importar que él estuviera receptivo o no…

No cesaba de recordar cómo se había presentado a mi lado cuando Luigi me cogió del brazo y me defendió de él, de una manera salvaje y contundente.

Cómo su voz sonó tan amenazante cuando le dijo que lo mataría si no me dejaba.

Cómo me cogió para llevarme al pasillo, donde volví a ver esa parte de él que tanto me gustaba, hasta acabar besándonos de verdad.

Cuando llegamos a la habitación, mi cuerpo estaba ardiendo por él al recordar cada instante vivido en el pasillo del Ritz.

—¿No me vas a hablar? —le pregunté en cuanto cruzamos la puerta.

Leone se quitó la chaqueta con movimientos seguros que alteraron mis hormonas un poco más.

—No hay nada que decir —dijo tan campante.

—Nos hemos besado con lengua hace menos de una hora, ¿y me sueltas eso?

—Ha sido un descuido de mi parte. No volverá a pasar.

—¿Y no importa lo que yo desee? ¿Da igual que quiera que me beses, que me toques…, que me desnudes…?

—*Cazzo*… —maldijo. Se acercó a mí y me aprisionó contra la pared—. Llevas volviéndome loco toda la noche con ese maldito vestido, y después de saber que solo llevas un tanga debajo, has interferido en cada segundo de lo que quedaba de noche. ¿Y ahora me sueltas eso?

—Es un tanga muy pequeñito, Leone —susurré casi en un jadeo, y apreté las piernas para aliviar un poco la tensión que se me agolpaba ahí.

—Claire… —pronunció mi nombre de manera intimidatoria, alertándome de lo que pasaría si seguía por ese camino.

Mi sexo palpitó entusiasmado ante la posibilidad de que Leone cumpliera la amenaza.

—Jamás me he sentido atraída por un chico hasta que apareciste tú —confesé, con la garganta seca y las mejillas calientes.

Leone me miró de una manera lenta, concienzuda, con su mente funcionando a mil por hora.

Soltó el aire por los labios y me llegó a mi rostro, provocando que se me cortara el aliento.

Lo deseaba tanto que hasta dolía.

—Desnúdate —ordenó con la voz muy ronca. Se impulsó con los brazos y dio un paso hacia atrás para observarme.

Tragué saliva. Había imaginado que sería él quien me quitaría la ropa; al parecer, le gustaba ver cómo lo hacía yo.

Deslicé la cremallera con cuidado y dejé que la tela del vestido cayera hasta mis pies, quedándome solo con el tanga.

Nada más.

Leone echó el aire por los labios y movió el cuello, dio un par de pasos hacia atrás y me dejó allí plantada. Cogió algo de su maleta y se acercó a mí sin dejar de mirarme.

—¿Te has tocado alguna vez? —Sacó algo de una caja. Yo me removí nerviosa.

—No.

—Pues ahora lo vas a hacer para mí, y te vas a correr mientras yo te miro. —Me dio un pequeño falo morado.

—Yo…

—Túmbate en la cama, Claire —dijo señalándola—. Ponte cómoda —añadió mientras me tumbaba—. Ahora dale a un pequeño botón que hay arriba. ¿Sientes cómo vibra? —Asentí—. Quiero que lo pases lentamente por encima del tanga, justo por la raja.

Gemí en cuanto sentí la vibración en ese punto que no paraba de palpitar.

—*Cazzo*… —maldijo. Se removía nervioso, sin quitarme la mirada de encima. Cogió una silla que había cerca y se sentó justo delante —. El tanga lo tienes empapado, *fiamma mia* —susurró con una voz tan profunda que viajó directa a la zona por donde paseaba el falo morado, e instintivamente cerré las piernas—. Ábrelas ahora. Quiero verte bien. Mueve el tanga a un lado, que vea bien lo mojada que estás.

Hice lo que me pidió. Me envolvía una bruma de deseo. Su voz, sus ojos oscuros fijos en mí, me sumergieron en un estado en el que jamás había estado.

—Leone —jadeé cuando acaricié con el vibrador directamente el centro que no paraba de palpitar.

—¿Te gusta?

—Quiero que estés más cerca.

—Quiero ver cómo te corres, y si voy me lo perderé —comentó moviéndose en la silla, incómodo—. Imagina que ese falo son mis dedos. Muévelo en círculos justo donde te da placer.

—¡Dios! —Se me escapó un grito, y mi cuerpo se arqueó.

Sentí como un relámpago, un destello de luz, al imaginarme lo que me pedía.

A él.

Tocándome.

Sintiendo su cuerpo a mi lado.

Notando su aliento en mi boca.

—Sigue, Claire. Soy yo quien te toca, quien busca que alcances el orgasmo. Estás tan preciosa así, *fiamma mia*. Abierta, chorreando por mí…

Mi cuerpo se tensionó, sentí un hormigueo que comenzaba en la punta de los pies y viajaba a la velocidad de la luz hacia arriba, hasta culminar en un fogonazo de placer que me sacudió por completo, provocando que me arquease, que gimiese y gritase mientras temblaba de placer.

Dejé escapar el aire que había retenido sin darme cuenta. Mis músculos se relajaron de golpe y se me cayó el falo, que seguía vibrando en la cama. Vi movimiento. Leone acababa de levantarse de la silla y me miraba de una manera como nadie lo había hecho antes. Cogió el falo sin rozar ni un poquito mi piel, detuvo la vibración y lo olió, todo ello sin dejar que sus ojos se separaran de los míos.

Fue realmente sexi.

Salvaje.

Animal, como si quisiera oler mi excitación.

—Ahora descansa, Claire —dijo cogiendo el otro extremo del edredón y tapándome con él.

—¿No vamos a continuar?

—Te dije que no te tocaría. —Mi cara se sonrojó por la rabia—. Por eso he comprado el vibrador, para ver cómo te corres pensando en mí. Ahora duerme.

—¿Dónde vas? —pregunté asustada al verlo rebuscar en su maleta.

—A hacer deporte. —Desapareció por la puerta del cuarto de baño.

Cuando salió, yo ya estaba durmiendo, aunque intenté por todos los medios aguantar despierta para verlo regresar.

No sabía hasta ese momento lo que era un orgasmo y después de la noche anterior, en la que prácticamente no había dormido, experimentarlo por primera vez fue el mejor remedio para el insomnio.

***

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Leone no estaba en la cama, y su lado estaba totalmente intacto… Había dormido sola durante toda la noche, con el tanga nada más.

—¿Leone? —pregunté por si estaba en el saloncito, pero no contestó.

Eché la cabeza para atrás y gemí de frustración. ¡Ese hombre me confundía! Después de desnudarme ante él, de provocarme un orgasmo pensando en que era él quien me tocaba, había desaparecido y no sabía si había vuelto a dormir al hotel.

Ese hombre era tan frustrante que no lo entendía, y lo peor era que seguía deseándolo.

Lo deseaba de una manera ardiente e ilógica, y, aunque había luchado contra ese sentimiento, se había apoderado de mi raciocinio.

Ahogué un lamento y me incorporé en la cama. Algo encima de la mesilla de noche llamó mi atención. Había una tarjeta de crédito negra y debajo, una nota escrita de su puño y letra:

Estaré toda la mañana fuera, en una reunión. Hay dos de mis hombres en la puerta. Si quieres salir, ellos te acompañarán.

L.

Entonces sí había estado en la habitación, pero no había dormido conmigo… Me levanté dispuesta a desayunar y, tal vez, irme de compras. Tenía claro que no me iba a quedar encerrada en la habitación. Había acabado harta de sentirme prisionera, y haría turismo por Montreal.

***

Había descubierto que ir de tiendas con dos gorilas de dos metros llamaba mucho la atención. A pesar de que la gente me miraba por si era una estrella de Hollywood, fui a algunas tiendas y compré varias cosas, sobre todo lencería y pijamas sexis. Si Susan tenía razón, eran un arma infalible para despertar el interés de mi maridito, y si él me había impuesto la norma de que no me iba a tocar, yo provocaría que se la saltara. Al fin y al cabo, tampoco tenía mejor cosa en la que invertir el tiempo.

Llegué al hotel ya por la tarde. Había parado en un puestecito callejero a comprarme algo para comer y así seguir viendo la ciudad. Pasé por casi todas las tiendas de la calle Sainte-Catherine, también anduve por la ciudad subterránea, y me encantó poder ver más comercios. Seguramente, en invierno, estar bajo tierra era un alivio para escapar del frío. Cuando salí de allí, me apeteció darme una vuelta por un parque cercano y llegué al del Monte Royal. Caminé

por sus senderos, admirando la naturaleza y respirando la tranquilidad del lugar. Volví al hotel con dos hombres que no se habían quejado de que hubiera estado caminando todo el día sin darles un respiro. Para compensarlos, les compré algo para comer.

Cuando llegué a la habitación, tenía los pies doloridos. Dejé las bolsas encima de la cama y miré en la mesilla por si había más notas. Leone no se había vuelto a poner en contacto conmigo; por eso, decidida a disfrutar de las comodidades del lugar, fui al baño y llené la bañera.

Metida en el agua caliente, rodeada de espuma, los músculos se me relajaron hasta el punto de que empecé a bostezar. El día no había estado mal, la verdad. No sabía si por la noche tendríamos que salir… Esperaba que me dijera que no y poder poner en práctica mi plan. Sonreí y acaricié mi piel por debajo del agua, intentando encontrar lógica a sentirme atraída por alguien como él…

Había luchado contra lo que iba creciendo lentamente en mi interior, pero con cada pequeño matiz que descubría de Leone iba abriéndose paso la atracción que sentía por él.

—¿Claire? —escuché su voz.

—¡Aquí!

—Termina con lo que sea que estés haciendo: nos volvemos a Toronto.

—¿Ya? Pensé que nos quedaríamos más tiempo en Montreal.

—No es así.

Ahogué una maldición: si nos marchábamos de Montreal, volveríamos al ático, y no me apetecía estar otra vez sola…

Salí de la bañera y me anudé una toalla alrededor del cuerpo. Me miré en el espejo. Llevaba el cabello recogido con una pinza y mi piel estaba mojada todavía. Se me pasó una idea bastante atrevida por la cabeza, y salí así a la habitación.

Leone estaba metiendo sus cosas en la maleta tan rápido que ni siquiera se detenía en doblarlas bien. Posó sus ojos en mi cuerpo.

Lento.

Torturador.

Provocando que el calor me invadiese por completo.

—¿Ha ocurrido algo? —le pregunté sin dejar de acercarme a él.

—He terminado antes los compromisos que tenía en la ciudad —contestó con la voz más rasgada de lo normal. Yo apreté las piernas por la tensión—. Vístete.

Dejé caer la toalla a mis pies y avancé lentamente hasta mi maleta. Cogí un tanga y me lo puse sin dejar de mirar a Leone, que se había quedado quieto mirándome.

Tragó saliva.

La tensión que crecía entre mis piernas era más pesada, pero me obligué a seguir vistiéndome mientras él me miraba.

Cogí un vestido que llevaba cremallera por detrás y me lo puse sin sujetador. Me acerqué a él.

—¿Puedes subirme la cremallera?

Leone se enfocó en mis ojos. Soltó la camisa que llevaba en las manos y se acercó a mí.

Me puse de espaldas a él y esperé a sentir sus dedos sobre mi piel.

Estaba ansiosa por volver a sentirlo de nuevo.

—Estás jugando con fuego —susurró muy cerca de mí, tanto que pude sentir su cálido aliento rozándome el cuello—, y al final te acabarás quemando.

—Tal vez sea lo que quiero.

—No es así —dijo con voz ronca. El vestido se tensó. Leone acababa de coger la cremallera—. No comprendes que si te toco como anhelas, serás mía por completo y no te dejaré escapar. Nunca

—matizó mientras me subía la cremallera sin rozarme la piel—. Y eso no es lo que quieres, Claire.

Mi piel se erizó, y respiré anhelante ante su proximidad y ante sus palabras, llenas de algo a lo que no pude poner nombre.

Me volví para mirarlo a los ojos, pero él ya había vuelto a concentrarse en su maleta, que llenaba a mayor velocidad. Dudé un instante en rebatir lo que acababa de decir, pero aún había partes de Leone que desconocía y tuve miedo de hablar de más. Me puse a hacer la maleta yo también. Por dentro sentía algo que jamás había experimentado con nadie. Era más que atracción, era conexión.

Era como si Leone viese a través de mí. Como si me entendiera mejor que yo misma, y eso me asustó más que saber que una parte de mí deseaba que cumpliera esa amenaza y quedarme para siempre a su lado.

32
Desde el primer día

Leone

Estaba siendo el viaje más largo de mi jodida vida.

Tener a Claire a mi lado con ese vestido, sabiendo que debajo solo llevaba un maldito tanga, estaba consiguiendo que mi fuerza de voluntad alcanzase un nuevo logro.

Ya me había costado la vida no tocarla la noche anterior, cuando se desnudó delante de mí y se masturbó tímidamente, demostrándome que era la primera vez que lo hacía, mientras yo me clavaba las uñas en las palmas de las manos para no acercarme y lamerla entera.

Y cuando se corrió… *Cazzo*. Jamás había visto una cosa tan bonita como ella abierta de piernas a la vez que salía de sus labios, entre irresistibles jadeos, mi jodido nombre.

Era preciosa.

Una tentación.

Y era mi esposa.

Tuve que marcharme de la habitación para no hacer algo de lo que sabía no habría vuelta atrás. Soy un maldito hombre de palabra, siempre he seguido al pie de la letra mis planes, sin desviarme un pelo de ellos, hasta que llegó Claire a mi vida y la zarandeó por completo con su presencia, con su carácter altivo y con esa sexualidad de la que ni siquiera era consciente.

Era mi maldita kriptonita, la única que había conseguido que mi mente dejara de pensar en la *vendetta*, en el dolor, en el pasado y en lo que me había traído hasta aquí.

El inicio de todo, y mi perdición…

Salí de la habitación con la clara idea de agotarme en el gimnasio, pero la rabia que todavía albergaba en mí por lo sucedido con Luigi en el Ritz ganó por goleada. Me llevé a uno de mis hombres por si las cosas se complicaban, busqué a ese italiano imbécil y bocazas por la ciudad, y cuando di con él, esperé el momento oportuno y lo maté yo mismo, apuntando mi pistola en su puta cabeza. Había amenazado a mi esposa hasta el punto de verla temblar por el miedo, y de ningún modo podía consentirlo. Luego volví al hotel y me machaqué en el gimnasio, porque todavía sentía el deseo en mi piel.

Ella estaba durmiendo, tal y como la dejé, desnuda y preciosa entre las sábanas. Me obligué a detenerme a pocos pasos de ella. Si la olía, si la tocaba, estaría perdido. Me tumbé en el sofá e intenté dormir; fue imposible. Solo podía pensar en Claire, en que la tenía tan cerca que podría hacer realidad mi sueño. Pero no iba a dejar que la atracción que sentía pudiera con mi razón, de modo que me cambié de ropa en el más absoluto silencio y me largué antes de despertarla.

Agilicé mi agenda, amontonando reuniones para poder escapar de la habitación en la que tenía que estar con Claire a solas.

Mientras el coche nos llevaba a Toronto, seguía sintiendo el impulso de acariciar su piel, de arrancar gemidos de su preciosa boca y de demostrarle lo mucho que me atraía. Pero no podía. Si lo hacía, no podría parar, y no podía permitirme distracciones que me desviaran del plan.

Necesitaba tener la cabeza fría y despejada para poder vencer a los Corsini.

—¿Dónde estamos? —preguntó Claire cuando el coche traspasó la enorme puerta que delimitaba la propiedad.

—En nuestra nueva casa.

—Pensé que volveríamos al ático…

Moví el cuello, tenso por el maldito viaje que había pasado pensando en cada una de las cosas que haría a mi esposa.

—Ya no era un lugar seguro —le indiqué.

Enzo se había quedado en la ciudad para mantener todo controlado y realizar los trámites para el traslado de nuestras cosas. Debía reconocer que mi primo había hecho un trabajo increíble en los dos días que habíamos estado fuera. Había encontrado una casa, a las afueras de Toronto, con todos los requisitos que le pedí, para poder tener a mis hombres vigilando día y noche e impedir que me mataran o se llevaran a mi esposa.

No había vecinos alrededor que pudieran ayudar a los Corsini, y tenía tantas cámaras que podía seguir el vuelo de una mosca por toda la propiedad desde todos los ángulos posibles.

—Me gusta —dijo—. Es grande, sin llegar a ser excesiva.

Me sentía muy bien teniéndola a mi lado.

Encajaba muy bien en cualquier lugar en el que estuviera conmigo.

En el ático, en la habitación del hotel, entre mis brazos…

Moví otra vez el puto cuello tras lo que acababa de pensar. No podía dejar que mi relación con Claire se interpusiese en el plan.

—Los dormitorios están en la parte de arriba. Enzo ya ha hecho la elección y ha puesto tus cosas en uno de ellos.

—Seguro que es el que está más alejado del tuyo.

—No lo sé. La decisión ha sido de mi primo —mentí. Le había ordenado expresamente a Enzo que la colocara lo más lejos posible de mí, pero no iba a darle la satisfacción de saber que me tenía calado.

—¿Puedo investigar?

—Claro. Yo tengo que hablar con Enzo. —Mi primo apareció por el amplio salón.

—Hola, Enzo. Te diría que te he echado de menos, pero… la verdad es que no me ha dado tiempo —indicó Claire con guasa cuando pasó al lado de mi primo.

—Sigues hablando demasiado, pelirroja —soltó Enzo. Por su tono, sabía que le había hecho gracia su saludo. Ella levantó un brazo a modo de despedida y se fue escaleras arriba, en busca de su habitación—. Menuda cara traes… —Silbó, recochineándose de mí.

Mi primo y sus malditas bromas.

—No me toques los cojones —dije, y nos dirigimos al salón. Sí, me tenía calado, y odiaba que fuera así—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Como tú querías. El sistema digital de seguridad, en marcha, y, aparte de las cámaras de vigilancia de fuera, también hay en cada entrada de la propiedad. He aumentado el número de hombres, que estarán atentos a que nadie entre, y estoy reclutando a más gente de la zona para que crezcan nuestras tropas.

—Perfecto. ¿Los Corsini han dado algún paso más?

—Lo que te comenté por teléfono: están intentando limpiar la imagen de Ruggero con donaciones a albergues y orfanatos; además, están buscando trapos sucios tuyos, pero… sabemos que no van a encontrar nada. Sobre el tema de los colombianos, tampoco sabemos nada más, solo que Rocco ha conseguido otro alijo que va a recibir en unas semanas para recuperar la inversión que se perdió debido a nuestro chivatazo.

—Muy bien. Hay que estar pendientes de ese alijo. No deben recibirlo. Tenemos que hacerlo con cabeza. Ahora saben que estamos al tanto de sus envíos, y no va a resultar tan fácil joderlos como la primera vez. Además, no tardarán en mover ficha. Luigi, en el Ritz, me lo dejó claro: quieren mi cabeza y llevarse a Claire.

—Estaremos atentos. Y ¿qué tal con…? —Hizo una señal hacia arriba, refiriéndose a mi esposa.

—Bien —mentí.

—Vamos, que tus huevos ya son morados y rozan el suelo. —Le lancé una mirada que decía lo mucho que odiaba haberlo traído a Canadá.

Se echó a reír.

—Para mañana lo quiero todo perfecto, Enzo. —Cambié de tema —. Quiero cerrar el trato lo antes posible y empezar a operar con las apuestas a nivel físico en Canadá.

—Estamos reventando el mercado a nivel digital, Leone. Los canadienses son gente de apostar mucho dinero, y no creo que tengamos problemas en hacernos un hueco aquí.

—Para llegar a eso necesitamos cerrar bien el trato. Así podremos controlar las apuestas en este país.

Si salía bien, podríamos establecernos en Canadá con un negocio que sabíamos, gracias a que estaba en funcionamiento en Italia, que rentaba más que las drogas: daba más dinero y causaba menos problemas. Solo había que saber a quién ofrecer incentivos para controlar las apuestas y para hacer crecer todavía más nuestro dinero y nuestro poder.

***

Acababa de salir del despacho de casa después de estar encerrado durante tres horas. Quería dejar el trato más que cerrado para que al día siguiente no hubiese ningún fleco suelto. Estaba a punto de subir las escaleras para irme a dormir, agotado tras no haber pegado ojo la noche anterior, cuando escuché voces en la cocina. Según me acercaba, distinguí la voz de Claire, que se reía con dulzura. Una extraña sensación se expandió por mi pecho.

—No, Steve —decía ella, risueña—. No es un crimen comer pizza con piña. Estás en contra porque no la has probado.

—Señora Lombardi, siento decirle que nunca voy a probar esa aberración de la gastronomía. No soy italiano, pero sé que sería una ofensa para cualquiera de ellos.

—Yo soy medio italiana y me encanta, ¿qué problema hay? Venga, pruébala, te prometo que te gustará.

—Ya lo intentó la primera vez.

—Ay, no me recuerdes ese día, Steve, que todavía se me ponen los pelos de punta.

—Lo siento, señora Lombardi. Le repito que prefiero no arriesgarme y mantener mis papilas gustativas lejos de esa combinación letal.

Entré en la cocina y la vi sentada en un taburete de la inmensa isla. Steve estaba de pie, comiendo patatas de bolsa.

Una punzada de rabia me traspasó el corazón. Me erguí y forcé un carraspeo para llamar la atención de mi maldito subordinado.

—Señor Lombardi —dijo este al verme entrar con paso seguro—, estaba haciendo compañía a su señora y…

—Largo —solté. Claire se llevaba a la boca un trozo de pizza con piña.

Cazzo.

Su cabello suelto se derramaba por sus hombros y su espalda. No llevaba maquillaje, y vestía una bata de seda que se deslizaba por su cuerpo y estaba entreabierta. Pude vislumbrar un poco el camisón de tirantes con encaje de color negro.

Todo era de color negro, y su cabello destacaba como nunca.

Se me secó la garganta en el momento en que me percaté de que Claire no desviaba sus ojos de los míos.

Tentándome.

Provocándome.

Sin miedo. Su actitud provocó que mi polla se endureciese de golpe.

—Has sido muy maleducado con el pobre Steve. Aún está convaleciente después del tiroteo.

—A él le pago para que nos proteja, no para que se ponga a hablar con mi esposa.

—Pero es simpático, y el único que se atreve a darme conversación. ¿Quieres?

Me acerqué a ella y cogí un trozo de pizza. Miré la piña y negué con la cabeza; sin embargo, me la metí en la boca para darle un bocado.

Tenía hambre.

Aunque, realmente, de otra cosa que no paraba de prohibirme y que no cesaba de tentarme.

—¿A que está buena?

—No —contesté, y le di otro bocado, obligándome a centrarme en la comida y no en su piel, que se veía todavía más pálida y deseable con ese maldito camisón que llevaba puesto—. Esto es una aberración para las pizzas italianas.

—No tenéis ni idea de gustos en comida —dijo, y le dio otro bocado—. Tienes cara de cansado.

—Porque estoy cansado. ¿Qué haces despierta a esta hora?

—Tenía hambre. —Se metió el último bocado en la boca. La bata se resbaló por su hombro izquierdo, dejando ver más trozo de piel. Más escote. Más de Claire—. ¿Ahora me dirás que no puedo salir de mi habitación a estas horas?

—Puedes hacer lo que quieras. Eres una Lombardi —le indiqué con rotundidad. La voz me salió más grave por su culpa—. Ellos saben que deben respetarte, aunque yo no esté presente. Sin embargo, me gustaría que no fueras vestida así —la reconvine, y rocé con mis dedos el encaje que enmarcaba sus tentadoras tetas.

Claire dejó de respirar, y sus ojos verdes se abrieron tanto que pude ver cada maldita línea gris que cruzaba sus preciosos iris.

Soltó un pequeño resuello cuando mi dedo rozó su piel tersa y suave, y dejé de tocarla cuando mi sangre empezó a acumularse en mi polla.

—Leone…

—No me mires así, Claire. —Aparté mis dedos de ella—. Ya te dije lo que pasaría si me salto las normas…, si hago realidad lo que ahora tus ojos me piden con tanto anhelo.

—¿Y si no me importara aceptar esos nuevos términos?

—No me conoces, *fiamma mia*. —Me cogí con fuerza a la encimera de la isla, obligándome a detenerme.

—Pues déjame que te conozca —me pidió con voz estrangulada.

—No quieres esta vida, te lo aseguro.

—No creo que seas tan malo como dices.

—Soy peor de lo que crees. He matado a mucha gente. Y quiero matar a más, Claire. No soy una persona buena. No debería estar en tu vida.

—Pero estás en mi vida.

—Tan solo de paso… Cuando todo acabe, solo seré un oscuro recuerdo de tu mente. Mientras llega ese día, utiliza el vibrador que te regalé y piensa en mí.

—¿Y si pienso en otro hombre? —dijo con garra, y deslicé mi lengua por el labio inferior, ansiando besarla, callarla con mi boca.

Subirla a la encimera y lamer cada centímetro de su cuerpo.

—Lo mataría con mis propias manos. Eres mi esposa, Claire. Mía hasta que esta *vendetta* finalice. Tus orgasmos me pertenecen. Tú eres mía y de nadie más.

—¿Y tus orgasmos? —dijo con la respiración pesada.

Su pecho subía y bajaba a un ritmo vertiginoso, y a mí se me secaba la garganta solo con ver más centímetros de su pálida piel expuestos.

—Los míos te pertenecen a ti desde el primer día que te tuve delante —le confesé. Sus labios se entreabrieron y se le escapó un dulce jadeo.

Me obligué a impulsarme para alejarme de ella, para salir de la cocina, para no cogerla y hacerla mía sin importarme nada más.

Solo ella y yo.

—Déjala sola. Solo entra si ves que tarda mucho en salir. Necesita descansar —ordené a Steve antes de subir las escaleras e ir a mi dormitorio para pensar en ella e imaginarme todo lo que podríamos hacer si fuéramos otras personas.

33
Un maldito error

Claire

Cuando fui a mi dormitorio, esperaba ansiosamente que Leone cruzara el pasillo y se presentara allí.

Poderoso.

Salvaje.

No lo hizo.

Las palabras de Leone, la intensidad con que me las dijo y vislumbrar un pequeño atisbo en sus ojos fueron demasiado para mí.

No paraba de dar vueltas y vueltas en la cama, intentando conciliar el sueño, que mi cuerpo se relajase.

Ardía por mi marido.

Ansiaba tanto que me tocara, que me besara, que me estaba volviendo loca.

Cogí el vibrador, esperando que él tuviese una especie de sexto sentido que lo trajera hasta mí.

Me desnudé por completo, sin dejar de mirar la puerta cerrada de mi dormitorio, y cuando la vibración rozó mi hinchado clítoris, gemí de placer.

Jamás había pensado que el sexo condicionara mi vida. Nunca me había llamado la atención, nunca me había sentido tan atraída por nadie que mi mente no parara de imaginarse cómo sería que me desnudara y me hiciera el amor.

Estaba tan mojada que incluso escuchaba el vibrador deslizarse por mi empapada vagina.

Necesitaba a Leone de una manera tan irracional que no comprendía en qué momento había ocurrido eso.

Me corrí con su nombre en mis labios, pero no fue suficiente, porque cuando acabó todo, me sentí sola y vacía.

No quería utilizar el vibrador sola, quería tenerlo a mi lado, y que fueran sus manos, su cuerpo, su boca y su pene los que me hicieran volar.

Sin embargo, él seguía estando en la otra punta del pasillo, durmiendo plácidamente, cuando había trastocado todo mi ser con ese pequeño roce y esas palabras que me perseguían sin remedio: «Los míos te pertenecen a ti desde el primer día que te tuve delante».

¡¡Uff!!

¿Cómo podía un hombre en apariencia tan frío soltar esa frase llena de significado?

Me costó tanto dormirme que pensé que las noches eran demasiado largas sin tenerlo a mi lado, y cuando al final amaneció, estaba tan agotada de dar vueltas que me levanté sin ánimo de nada.

Bajé a desayunar, vestida con unos vaqueros y una camiseta. Había mucho movimiento en la casa y pregunté a la cocinera, que me acababa de hacer el desayuno —y que era la misma que servía en el ático—, qué ocurría.

—Hoy el señor tiene una reunión en el jardín —me explicó mientras me ponía las tostadas y el café.

Ella estaba preparando unos entrantes. Imaginaba que serían para esa gente.

Desayuné pensando que Leone no me había dicho nada de esa reunión, y supuse que no me necesitaría. Tuve una idea traviesa y una sonrisa afloró en mi rostro.

No era dada a hacer travesuras, jamás había tenido la necesidad de hacer nada de ese tipo, pero me estaba cansando de que las cosas se hicieran según los términos de Leone.

Acabé de desayunar, subí las escaleras corriendo y me metí en mi dormitorio.

Estaba loca. No podía estar planteándomelo seriamente.

Lo que estaba a punto de hacer podía salirme muy bien o explotarme en la cara. Al no tener mejor cosa en qué invertir mi tiempo libre, opté por hacer algo que jamás pensé que haría.

Iba a provocar a mi marido. Solo esperaba que la jugada me saliera mejor que la noche anterior.

***

Leone

Había salido el día perfecto para cerrar el trato en el jardín.

El sol hacía que la temperatura fuese agradable, los aperitivos que había preparado la cocinera estaban siendo un éxito, y lo más importante: la reunión estaba yendo por el camino deseado.

—¿Y qué ganamos nosotros permitiendo que controléis las apuestas? —me preguntó Samuel Tremblay, el dueño de una cadena de casas de apuestas que operaba en el país.

—Obtendrás estos beneficios anuales fijos, sin importar que el volumen de las apuestas baje. Tú ganarás siempre el máximo —dije señalando la cuantía en el documento que tenía delante—. Además, seré el único prestamista que ofrecerás a tus clientes, y con cada

nuevo cliente que yo obtenga, tú recibirás una comisión suculenta. Y, por supuesto, no tendrás que preocuparte por la competencia, porque nosotros nos encargaremos de ser la única que crezca en todo Canadá. Como ves, todo son ventajas: tú vas a ganar muchísimo más dinero que ahora, y solo tendrás que cedernos la gestión de tu empresa. —Deslicé los documentos que había preparado hacia él, para que viese que iba en serio.

Samuel los cogió para leerlos. Su abogado, que estaba al lado, esperó a que llegara su turno. Giré la cabeza para ver a Enzo, que me hacía un gesto para nada disimulado, y cuando miré en la dirección que me indicaba, tuve que cogerme del reposabrazos para no levantarme de un salto.

La imagen me azotó sin remordimientos. Ahí estaba Claire, paseándose casi al lado de nosotros, cerca de la piscina, con un maldito bikini negro que dejaba ver tanta piel que sentí que mi cuerpo se prendía en llamas.

Sus ojos se encontraron con los míos durante un segundo; enseguida se dio la vuelta, dejándome ver su increíble culo, que prácticamente no tapaba esa reducida tela.

Era la maldita imagen de la seducción, del erotismo y de mi perdición.

—Es muy interesante saber todo lo que puedo ganar si accedo a este trato contigo, pero también me juego mucho. Soy el propietario, mi nombre aparece en todos los permisos, y no quiero que este tipo de negocios me lleve a la cárcel —dijo Samuel.

No pude mirarlo. Fue un maldito error, porque él miró donde yo tenía puestos los ojos, y sentí una punzada en el corazón. Podría haberle reventado la cara al ver que la estaba mirando sin mi permiso. Tuve que esforzarme para no dejarme llevar por mi impulso y ceñirme al maldito plan que tenía entre manos.

—No hay riesgos, Samuel —dije para que dejase de mirar a mi esposa—. Nosotros nos encargaremos de todo, incluso de la policía, en el caso hipotético de que se enteren. Pero no lo harán. Sabemos hacer las cosas sin levantar sospechas. —Me levanté de la silla—. Tengo que solucionar una cosa; enseguida vuelvo. Mi primo os aclarará cualquier duda.

Enzo me lanzó una mirada que no me gustó, pero hizo lo que le pedí. Yo me acerqué adonde estaba Claire, tumbada bocabajo, a la vista de todos mis malditos hombres.

—¿Qué hostias pretendes, Claire? —le solté. Ella, perezosa, me miró como si no estuviese provocándome.

—No sé a qué te refieres —dijo con aparente inocencia.

Apreté los puños, estiré el maldito cuello, la cogí del brazo y la levanté de la tumbona.

Necesitaba apartarla de la vista de todos ellos, *cazzo*.

—¿Qué haces, Leone? —me preguntó. La arrastré hasta la cocina.

—Controlad que nadie entre en la puta cocina —les dije a mis hombres, con una mirada tan furiosa que agacharon los ojos, dispuestos a cumplir mis órdenes—. ¡Largo! —ordené a la cocinera, que en cuanto nos vio entrar salió corriendo.

—Estás muy irascible —dijo Claire, levantando la naricilla con descaro. El fuego se había extendido por cada recoveco de mi ser, alcanzando a mi razón.

—¿Qué pretendías saliendo así cuando tengo una maldita reunión? —le pregunté sin soltarla del brazo, que se lo llevaba cogido desde que la levanté de la tumbona.

—Tomar el sol. Me dijiste que era una Lombardi y que podía hacer lo que quisiera, ¿no? —indicó con garra. Procuré tranquilizarme, ¡lo juro!, pero era demasiado.

Tenerla delante con esos trocitos de tela que llamaba bikini era mucho, pero que me hablara con esa desfachatez consiguió eliminar todas mis reticencias.

—Anoche te pedí expresamente que no te pasearas así. —Acaricié el borde del maldito bikini, que deseaba romper con mis propias manos—. Y lo haces precisamente hoy, que tengo una reunión importante.

—Estaba en la piscina —susurró con la voz entrecortada y las mejillas sonrojadas.

—Estás rodeada de hombres, Claire —dije, harto de que no se diera cuenta de lo jodidamente sexi que era—. No quiero que nadie se imagine que te puede tocar. —Saqué el borde del bikini, que se le había metido por su maravilloso y tentador culo, rozando expresamente su nalga con mis nudillos.

La suavidad de su piel alcanzó mi polla, que estaba más que dura, aprisionada contra mi pantalón.

Claire se cogió de la encimera de la isla y se arqueó ligeramente contra mí.

Tenía los labios entreabiertos, su pecho subía y bajaba, y su cuerpo reaccionaba a cada sutil roce de mis dedos.

A mi proximidad.

A mi voz.

Cazzo…

34

Un huracán que podría devastarlo todo a su paso

Claire

En la cocina, agarrada a la encimera para poder controlar los temblores de mis piernas, provocados por los celos feroces de Leone, supe que había cometido un error al provocarlo así. Sin embargo, tenerlo tan pendiente de mí fue como un chute de confianza que me hizo seguir con el endiablado plan, sin temor a las consecuencias.

—A lo mejor uno de ellos sí se atreve a hacer lo que tú me niegas —dije con un patético hilo de voz.

En ese hombre ya no había rastro del lago oscuro en el que no ocurría nada; ahora podía ver un huracán que podía devastarlo todo a su paso, incluso mi cordura y mi capacidad para volver a ser la que era.

—Nadie —dijo despacio, dando un paso más hacia mí, que hizo que me clavara el borde de la isla en la espalda—. Nadie, Claire, te puede tocar. Solo yo.

Y, de repente, sus dos grandes y cálidas manos me rodearon el culo para levantarme y sentarme en la encimera, tan rápido que incluso jadeé entre asustada y excitada por el movimiento.

Por sentir en mis nalgas desnudas la superficie fría de la encimera.

Mi respiración se aceleró un poco más. Leone se acopló entre mis muslos, sin dejar de mirarme, y sus manos perfilaron mis piernas, primero en sentido descendente, abriéndome más a él, y después ascendente, provocando que la excitación se acumulara entre mis muslos como una desquiciante y excitante tortura.

Me mordí el labio cuando su pulgar rozó por encima de la tela empapada la hendidura de mi sexo.

—*Cazzo*… —maldijo con voz gutural, agachó la cabeza, retiró la tela de mi bikini y hundió su boca en el foco de mi desesperación con urgencia.

—Leone —jadeé abriéndome más a él en cuanto sentí su boca sobre mi tierna piel.

Gruñó mientras me cogía los muslos y me atraía más a su boca, que lamía, mordía y tentaba mi clítoris. Jamás pensé que me gustaría tanto, y mucho menos que sería tan intenso.

—Esto es lo que querías, ¿verdad, Claire? —dijo entre mis piernas —. Querías que te follara con mi lengua mientras tengo a unos posibles socios esperándome en el jardín, ¿verdad, *fiamma mia*? *Cazzo*, eres más dulce de lo que imaginaba —dijo clavando sus dedos en mi trasero y atrayéndome más hacia él.

Sentí el orgasmo cada vez más cerca y hundí mis dedos en su suave cabello mientras Leone seguía estimulando mi clítoris con su lengua.

Con desesperación.

Con maestría.

Causándome un placer jamás imaginado con el solo contacto de una lengua diestra y unos labios deseosos de besarme ahí abajo.

No paraba de gemir y removerme al ver como Leone me comía con tanta desesperación que parecía que llevaba tiempo soñando con hacerme eso.

Coló un dedo en mi interior y arqueé la espalda. No me lo esperaba, y tampoco que mi cuerpo reaccionara de esa manera.

Me volví loca.

Mi interior reaccionó de una manera tan intensa que incluso me asustaba no poder soportar la magnitud de lo que sentía.

Hiciera lo que hiciera, Leone conseguía que mi excitación aumentara más y el placer se expandía por mi ser como una lengua cálida.

Leone gruñó entre mis pliegues mientras bombeaba con más ímpetu ese dedo que colaba cada vez más adentro. De repente grité su nombre mientras el placer me recorría conquistando cada poro de mi piel, dejándome inerte y tumbada complacida sobre la encimera de la isla.

Él se incorporó con todo mi flujo brillando en su cara y se relamió los labios de una manera que produjo otro pinchazo de excitación en mi estimulado clítoris, como si no se cansara de él. El dedo que había colado en mi interior también lo lamió, y gimió de gusto por su sabor. Jadeé al verlo disfrutar y, aunque acababa de alcanzar el clímax hacía apenas unos segundos, mi cuerpo ya estaba preparado para más. Sin embargo, Leone me recolocó bien la braguita del bikini, me cogió de la mano para incorporarme y me besó con tanta desesperación que no me importó saborear mi propia excitación.

Leone besaba volcando todo su ser. Me cogí a sus hombros para no perderme ni uno solo de sus diestros movimientos, que me dejaban tan mareada que parecía que había estado en una montaña rusa enorme.

—Eres mía, Claire, y ya no hay vuelta atrás —dijo entre mis labios con ardor—. Ahora quiero que te vayas a mi dormitorio y me esperes allí. ¿Me has entendido? Tengo que terminar de cerrar un trato. Luego iré contigo. Quiero verte desnuda entre mis sábanas.

Asentí, todavía embrujada por el momento vivido. Me ayudó a bajar de la encimera, me dio una palmada en el culo, que provocó otro ramalazo de placer que empapó mi cuerpo, y me señaló la escalera.

Jamás había obedecido una orden con tantas ganas.

Las piernas me temblaban a cada escalón que subía. Al llegar a su dormitorio, titubeé en entrar o no. Mi cuerpo decidió antes de que mi mente me echara atrás, y cuando me vi dentro, en sus dominios, sentí que había ganado una pequeña batalla.

Había logrado derribar sus normas, y sentí una especie de satisfacción al haber conseguido atisbar un poco del humano que se escondía tras tanta frialdad y control. Sin embargo, no sabía nada de él, solo los pequeñísimos retales que había ido captando en algunos de nuestros encuentros, y acababa de entrar en su dormitorio.

¿Y si descubría que no me gustaba en el plano sexual?

Negué con la cabeza, desechando esos pensamientos negativos, y me centré en curiosear el lugar donde dormía. Tal vez podría encontrar alguna pista de cómo era en realidad Leone.

Observé cada prenda que tenía en su inmenso vestidor, olí la colonia que encontré en su cuarto de baño, incluso busqué algún retrato donde pudiera ver que ese hombre que conseguía que mi cuerpo ardiera era normal. No había ni una sola foto en su dormitorio. Ni una en la que poder ver a Leone de pequeño y más mortal.

Nada que me diera una señal de que estaba haciendo bien en dejarme llevar por mi cuerpo, que no paraba de arrastrarme hasta él.

La puerta se abrió de repente. Me sobresalté, porque no esperaba que viniese tan pronto.

Leone cerró tras él. Me miraba y negaba con la cabeza, repasando mi cuerpo de arriba abajo.

Lo había desobedecido. No estaba ni en su cama ni desnuda; sin embargo, sus ojos, repletos de promesas oscuras, me hicieron intuir que era precisamente lo que esperaba de mí.

Se quitó la americana, tirándola de malas maneras al suelo, y empezó a desabrocharse la camisa, lentamente. Cada paso que daba lo acercaba más a mí.

—Jamás he cerrado un trato tan rápido como hoy, y todo por tu culpa —dijo, y cerré las piernas al sentir un ramalazo de excitación entre mis muslos.

Su voz era tan ronca y sexual que disipó cualquiera de mis dudas al escucharlo, al tenerlo delante, con ese poder que desprendía con cada movimiento que realizaba.

—Me temo que Enzo no estará contento conmigo —dije al ver cómo se quitaba la camisa y veía sin impedimentos su perfecto torso y su tatuaje en el cuello.

—Por supuesto que no, y lo entiendo. Es la primera vez que me salto mis propias normas, Claire. La primera vez que firmo un trato sin pensar en los beneficios que obtendré, porque lo único que tenía en mente eras tú.

—Y eso es malo —gemí mientras mis manos dibujaban su torso y Leone me quitaba la parte de arriba del bikini casi de un solo movimiento, liberando mis tetas.

—Para mi cordura, sí —gruñó rozando con sus dedos mis pezones, provocando que se me escapara un gemido—. Aún estás a tiempo, *fiamma mia*. Sal de mi dormitorio si quieres detener esto, si no… En cuanto me hunda en tu interior, serás mía para siempre y no podré dejarte escapar nunca.

Me mordí el labio inferior y mis dedos alcanzaron su tatuaje, que dibujé con mis yemas. Mi cuerpo reaccionaba de un modo irracional y, aunque me dio la oportunidad de alejarme de ese estilo de vida, no se me pasó por la cabeza salir del dormitorio.

Lo ansiaba con tanto ardor que las reticencias que habría podido tener antes de que él apareciera se disiparon rápidamente.

Aplasté mis tetas contra su torso desnudo y deslicé mi lengua por su clavícula, donde empezaba el tatuaje. Luego me puse de puntillas para lamérselo.

Sus manos volaron a mi culo, me cogió en volandas y caminó conmigo, que crucé mis piernas alrededor de su cintura. Hundí mi lengua en su cuello, lo lamí, absorbiendo su olor, degustando su sabor, notando sus dedos clavados en mi trasero, que apretaba con deseo.

Me dejó en la cama, jadeante, mareada por su proximidad. Leone se quitó el resto de la ropa sin dejar de mirarme, como si quisiera grabar mi imagen en su retina. Apreté las piernas: la excitación era tan grande que necesitaba paliarla un poco.

Leone se acercó lentamente, apuntándome con su enorme y dura erección. Se subía a la cama para quitarme la braguita del bikini y dejarme completamente desnuda.

Siseó, conteniéndose mientras se acercaba lentamente a mí.

—¿Tienes miedo? —me preguntó deslizando sus dedos por mis piernas hasta alcanzar la húmeda hendidura de mi sexo.

—Es la primera vez que lo hago… —Puse los ojos en blanco cuando sentí que me rozaba el clítoris con el pulgar.

—Te dolerá un poco al principio, pero luego disfrutarás, te lo prometo —susurró dándome pequeños besos en los muslos; después subió por mi estómago y mis tetas.

Gemí en cuanto sus labios rodearon un pezón. Mis manos acariciaban su espalda, sus brazos, anhelando tocarlo como llevaba ansiando desde hacía días.

Sentí su pene rozando mi vulva y gemí a la vez que arqueaba mi cuerpo.

—Leone, tienes que ponerte… —Otro pequeño empujón de su pene en mi interior provocó que me callara—. Tienes que ponerte un condón. No quiero tener hijos.

—¿Nunca? —preguntó muy cerca de mi oreja. Sus manos no paraban de acariciar mi cuerpo, y su pene rozaba mi húmeda hendidura, tentándola, como si estuviese preparándome para lo que estaba por llegar.

—Nunca —jadeé al notar cómo entraba un poco más, y sentí entre placer y dolor.

—Mejor, porque me hice la vasectomía hace años y no he follado nunca sin condón hasta ahora. Quiero sentirte de verdad, Claire. Quiero que mi polla se manche con la rotura del himen de mi esposa —dijo con voz ronca, y noté que entraba lentamente, consiguiendo que dejase de respirar, acostumbrando mi sexo a su tamaño, a su grosor y longitud.

Leone me besó con pasión mientras se clavaba más profundamente y cuando empezó a moverse lentamente, el dolor fue sustituido por el placer, uno que llegaba con cada movimiento, con cada beso, con cada roce de sus dedos en mi piel, en mis pezones y en mi clítoris.

—Eres mía, Claire —dijo mirándome a los ojos, mientras el dolor se disipaba por completo—. Te quiero en mi cama todas las malditas noches, *fiamma mia*, para follarte y arrancarte esos gemidos tan sexis que haces.

—Leone. —Un chispazo de placer cruzó mi espina dorsal.

—Quiero que te corras en mi polla, Claire —gruñó rozando con más ímpetu el clítoris, aumentando las embestidas—. Quiero escuchar cómo gritas mi jodido nombre.

—Dios —gemí cerrando los ojos, porque las sensaciones eran brutales.

—Mírame, *fiamma mia*. —Le hice caso y sentí que sus labios se apoderaban de los míos, que su lengua tentaba la mía, sin dejar de moverse, de tocar mi clítoris y de provocar en mi cuerpo sensaciones que nunca pensé que experimentaría.

Placer.

Deseo.

Desenfreno.

Éxtasis.

Conexión.

Sobre todo, confianza. Confiaba en él de una manera tan potente que me dejé llevar entre sus brazos.

—¡¡Leone!! —grité cuando un potente orgasmo me sorprendió. Y me agarré a él con las uñas, mientras se extendía y crecía con cada uno de sus movimientos.

Fue tan brutal que las lágrimas abandonaron mis ojos.

Mi cuerpo temblaba tanto con los últimos coletazos del orgasmo que pensé que jamás podría sentir algo parecido.

Leone siguió moviéndose en mi interior, exprimiendo cada gota de placer, para después gemir de manera ronca mi nombre mientras se vaciaba en mi interior.

Nos quedamos quietos, con las respiraciones alteradas.

Leone me miró de una manera que me desarmó por completo. Había tanto tras sus ojos que no conseguí poner nombre a las emociones que se agolpaban tras sus iris oscuros con matices dorados.

Besó delicadamente mis labios y salió de mi interior con cuidado. Se miró el pene manchado con la sangre de la ruptura del himen y sonrió satisfecho, como si acabara de ganar una batalla.

Se levantó de la cama, con su impresionante desnudo, y se fue al cuarto de baño. Me quedé en la cama, todavía desparramada, sin poder mover ni un solo músculo. Escuché que abría el agua y la cerraba, y luego apareció con una toalla blanca.

Con una ternura que no le pegaba en absoluto limpió mi sexo con dedicación. Después tiró la toalla, se tumbó a mi lado y me dio un beso en la frente, rodeándome con sus enormes brazos.

—¿Cómo estás? —me preguntó sin soltarme.

Se estaba tan bien entre sus brazos que podría acostumbrarme a eso.

—Bien. De hecho, muy bien.

Leone se rio y sentí cómo su cuerpo se movía con las carcajadas. Me volví para mirar su amplia sonrisa, y sus ojos me pillaron observándolo.

Sí, me podría acostumbrar a eso. A verlo reír, a sentir cómo me abrazaba con posesión, como si fuera importante para él y no una mera transacción.

—Ya no hay vuelta atrás, Claire —admitió rozando mi cara con los dedos. Cerré los ojos para absorber la sensación de que me tocase.

Me encantaba que lo hiciera.

Me encantaba estar así con él.

Me encantaba poder vislumbrar un atisbo de calidez en alguien que pensé que era tan frío y calculador.

—¿Y ahora, qué? —le pregunté. Él dejó escapar un suspiro; yo me tumbé con la cabeza sobre su pecho, y pude escuchar los acompasados latidos de su corazón.

35
Cálida llama

Leone

—¿Y ahora, qué? —me preguntó Claire con dulzura.

La apreté contra mí con más posesión, como si temiese que pudiera escaparse.

Había estado en su interior solo una vez y ya ansiaba más. Más de esta mujer que había conseguido derribar cada uno de mis escudos, de mis normas y de mis prohibiciones. Logrando lo impensable para alguien como yo, acostumbrado a controlar cada ápice de mi vida.

—Tienes que dejar que me recupere un poco —dije moviendo las caderas. Hice que se riera, y su risa se instaló en mi pecho y calentó mi corazón—. Y tú deberías descansar un poco, para que no te cueste andar después.

—No me refería a eso —dijo, clavándome el dedo en el costado.

Se lo cogí y lo besé. Su dulzura me desarmaba por completo.

Cazzo… Si ella supiera que lo que me pidiera se lo daría, sería mi auténtica perdición.

—Entonces, di lo que te preocupa —le pedí.

Era lo que más me gustaba de ella: su franqueza sin límites, sin miedo, algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Quiero saber si volverás a ser frío conmigo y a alejarme de ti. No soportaría otra vez eso, Leone, después de compartir la misma cama.

Sentí una punzada de orgullo.

—Todo ha cambiado, Claire. Nuestro trato se ha visto modificado —confesé.

Vi que se mordía el labio inferior y se lo rocé para que lo liberara. Ahora no iba a desaprovechar ni una sola ocasión para tocarla.

—¿Eso qué significa?

—Que eres mi esposa de verdad, y no de cara a la galería. Quiero besarte, tocarte y follarte cada vez que pueda. —Hundí una mano en su precioso cabello pelirrojo—. Quiero que grites mi nombre tanto que mis hombres lo lleguen a odiar. —La besé con devoción—. Quiero conquistar cada poro de tu piel, que me toques con tus delicados dedos, y quiero hundirme tantas veces en tu coño que me eches de menos cuando no esté ahí.

—Leone —gimió contra mi boca.

Me encantaba acariciarla, besarla y hacerla gemir.

—Necesitas recuperarte, *fiamma mia* —susurré mientras tocaba con la palma su coño—. Quiero que estés bien para volver a follarte una y otra y otra y otra vez…

Un jadeo provocó que mi polla se endureciera de golpe. Era tan jodidamente adictiva, tan increíble estar dentro de ella, que quería más.

Quería emborracharme de su piel, de sus besos, de sus gemidos, y vivir para y por Claire.

Frené el beso que comenzaba a intensificar nuestros movimientos. La levanté de la cama y la llevé a la ducha en volandas. Ella sonrió y me cogió con fuerza del cuello. La dejé con cuidado en el suelo de la ducha y me metí con ella para limpiar el semen que se derramaba por sus piernas.

Cazzo…

Era lo más jodidamente sexi que había visto en mi puta vida.

Lavé su entrepierna con delicadeza mientras ella paseaba sus dedos por mi cabello. Cogí gel y empecé a limpiar cada resquicio de su cuerpo, disfrutando al fin de poder hacerlo.

—¿Por qué te hiciste la vasectomía tan joven? —me preguntó mientras yo limpiaba su abdomen y sus turgentes y redondos pechos. Cada vez que llegaba a ellos, Claire dejaba de respirar, para después hacerlo entrecortadamente.

Era otra cosa a la que me podía volver adicto: ver cómo respondía a mis roces, a mí, con tanta espontaneidad que me volvía loco.

—Porque tenía claro que no quería descendencia —confesé, y pellizqué uno de sus pezones, algo que provocó que Claire gimiera bajito.

Le gustaba que la tentara.

Y a mí me volvía loco hacerlo.

—¿En la mafia no es costumbre que el poder pase de padres a hijos?

Mi esposa era fascinante, incluso cuando se ponía preguntona.

—En efecto, pero yo pasaré mi poder a Enzo o a su descendencia. —Era algo que había pensado antes de operarme, para eliminar cualquier posibilidad, por pequeña que fuera, de dejar embarazada a una mujer—. Y tú, ¿por qué no quieres tener hijos?

—He pasado muchos años pendiente de mi madre, cuidándola y preocupándome por ella, y tenía claro que, si lo de mi madre era hereditario… —Se encogió de hombros. Yo seguí limpiándola, atento a sus palabras y a cómo le había cambiado el tono de voz al hablar de su madre—. Si a mí me pasaba igual que a ella, no quería que mis hijos tuvieran que verme de esa manera. Es muy triste ver a tu propia madre marchitarse ante tus ojos y no poder hacer nada por evitarlo. Y tener que tomar decisiones por ella, llevar una casa sola, dos trabajos, y convertirte en su madre, dejando de ser la hija.

—Eres tan joven, y has vivido tanto…

—No me ha quedado otra. Mi madre empezó a recaer al poco de marcharnos de Canadá, y no tuve otra opción.

—Claire, tu padre ha sido el causante de que tu madre haya llegado a ese extremo —le confesé. Hacía un par de días que lo había averiguado, pero no conseguía encontrar el momento oportuno para contárselo—. Ha sabido en todo momento dónde estabais, a pesar de las veces que habéis cambiado de ciudad. Y no solo mandó a varias personas a que la persiguieran para enloquecerla, sino que extorsionó a su psiquiatra para que le recetara medicamentos que no solo no la ayudaban, sino que la perjudicaban.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó con el horror vibrando en sus ojos.

—Él provocó que tu madre tuviese crisis mentales. Esa medicación le producía alucinaciones y conductas violentas. Ella no es esquizofrénica, Claire. No tiene ninguna enfermedad mental. Era una mujer sana hasta que tu padre consiguió que dejara de serlo. Su plan era que tú lo llamaras para pedirle ayuda y así tenerte en sus manos.

—No puede ser —dijo temblando.

La estreché contra mi pecho.

—Tu padre esperó pacientemente a que te hicieras mayor mientras enfermaba a tu madre y, cuando quiso que volvieras a casa, le dijo al psiquiatra que te convenciera de que el mejor hospital para ella era el de Massachusetts. Quería traerte de vuelta para que Ruggero se fijara en ti. Quería entrar en la familia Corsini como fuera, y tú eras su billete dorado.

—¿Mi madre está ahora bien?

—Aún no. Ha estado muchos años tomando una medicación que ha afectado su sentido de la realidad, pero los médicos creen que, con el tiempo, lo estará. Te prometo que voy a hacer lo necesario para que se recupere y vuelva a ser la persona que conociste.

—Mi padre es horrible, Leone —gimoteó mientras me apretaba más contra su cuerpo—. No entiendo cómo pude confiar en él cuando mi madre no paraba de repetirme que nunca volviera a Canadá.

—Conmigo no os pasará nada a ninguna de las dos —le prometí—. Estáis a salvo, Claire.

Le di un beso en la cabeza. Rozó con sus dedos mi torso, dibujando la letra que tenía tatuada en la piel, y luego se puso de puntillas y, entre lágrimas, buscó mis labios con suavidad.

Rodeé su bonita cara y la besé para borrar de su mente las situaciones dolorosas vividas por culpa de su padre, por el afán de utilizar a su esposa y a su hija para sus propios fines, para conseguir algo que al final le arrebaté al casarme yo con Claire.

Cuando encontré la información de lo que había hecho durante años para tener a su hija dispuesta a hacer un trato con él, no encontré el momento para contárselo. Sin embargo, saber que ella creía que lo que le ocurría a su madre podía ser hereditario fue el empujón que necesitaba para decírselo. No sabía cuál sería su reacción al conocer la crueldad de su padre, pero sabía que Claire lo superaría: era tan fuerte como valiente y tenaz. Era la mujer perfecta para alguien como yo, que había vivido con la rabia y el dolor clavándose cada vez más dentro de mi corazón.

Inutilizándolo.

Vaciándolo.

Enfriándolo.

Hasta que ella llegó a mi vida.

—Leone —jadeó entre mis labios, y sentí sus dedos acariciar mi erección.

—*Cazzo*… —maldije. La besé con ardor mientras ella tocaba mi polla, primero con timidez y después con más confianza.

Lo más patético era que me podría correr con esos movimientos simplemente porque era ella quien me tocaba.

Mis labios abandonaron los suyos para centrarme en sus duros pezones. Claire gimió apretando más mi erección. Si seguía así, me iba a derramar en su muslo.

Bajé por su estómago y me puse de rodillas para levantar una de sus piernas, que me coloqué en mi hombro, y hundí mi boca en su maravilloso coño.

—Joder —jadeó Claire, que me cogió del cabello, acercándome más a ella.

Me encantaba que lo hiciera: era la señal de que quería más y más, y yo estaba dispuesto a darle cada átomo de mi cuerpo.

Su coño ya estaba preparado, tan húmedo que parecía hecho a mi medida. La miré a los ojos mientras tocaba su hinchado clítoris. Sus bonitos ojos verdes estaban rebosantes de pasión.

—Dime qué quieres, *fiamma mia* —le pedí de rodillas, sin dejar de rozar su clítoris con mi boca—, y te lo daré.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque eres la llama que ha calentado mi vida —confesé, desnudándome con esa frase.

—Quiero sentirte otra vez dentro, Leone —me pidió con tanta dulzura que podría haber conquistado Canadá si ella me lo hubiese pedido de esa manera.

Me levanté, la cogí entre mis brazos y me deslicé en su apretadísimo coño sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Te duele? —le pregunté, entrando con cuidado.

—No. No pares, Leone. —Me mordió el cuello y entrelazó sus piernas en mis caderas.

Le di todo lo que ella quiso, hasta que gritó mi nombre y yo el suyo.

La vida, desde que apareció ella, había cambiado para mí.

Ya no era oscura, inhóspita, fría.

Ahora había luz, una cálida llama que calentaba mi alma y mi corazón.

36

Mía

Claire

Me había quedado en un estado de duermevela después de que Leone me trajera de vuelta a la cama. No podía permanecer de pie después del orgasmo que tuve dentro de la ducha. Cuando creí que no podía sentir más, de repente, me di cuenta de lo contrario. Él me secó con ternura, me cogió en brazos y me tumbó a su lado. Sus manos acariciaron mi espalda y mi cabello, y me quedaba durmiendo, y me despertaba si dejaba de acariciarme.

Alguien tocó a la puerta, me tensé y me tapé con la sábana. Leone no reaccionó, concentrado en acariciarme.

—¿Quién? —preguntó con voz somnolienta.

—Leone, necesito que veas una cosa. —Era Enzo.

Leone resopló con frustración y se restregó la cara.

—Ahora voy. El deber me llama —susurró, apartando un mechón de mi cabello para dejarlo en la espalda—. ¿Estarás bien?

—Claro.

Leone acarició mi clavícula y me dio un largo y maravilloso beso.

Gruñó y maldijo algo en italiano, en voz tan baja que no supe lo que dijo. Se levantó y vi su redondo y perfecto culo alejarse de la cama.

Se puso la ropa y, antes de salir de la habitación, me dio otro beso, este más desesperado, que me dejó la respiración alterada.

—Luego nos vemos —me dijo, y desapareció por la puerta.

Me quedé ahí, en su cama, con su olor embriagándome por completo, repasando lo sucedido. Sonreí ilusionada, contenta, incluso podría decir que feliz.

Había tenido un miedo atroz a practicar sexo con alguien, hasta que él llegó y todas mis dudas volaron nada más sentir sus manos sobre mi piel. Nunca habría imaginado que sería de esta manera tan pasional y tierna a la vez, y me alegré de haber esperado hasta estar preparada.

Esos pensamientos dulces y felices fueron sustituidos drásticamente por otros que todavía me costaba aceptar. Mi padre era la persona más ruin que había conocido, y esperaba no tener que cruzármelo nunca más. Confiaba en que lo que le había hecho a mi madre no tuviera consecuencias para su salud; de lo contrario, no sabía qué haría para hacérselo pagar.

***

No había vuelto a ver a Leone en todo el día.

Sabía por Steve que no estaba en casa, y que su primo y él se habían ido a la ciudad, aunque eso no hizo que me sintiera otra vez olvidada. Era absurdo pensar tal cosa, porque Leone era un hombre ocupado y no solo tenía un negocio, sino una *vendetta* entre manos. Y era lógico que no pudiera estar sin hacer nada en casa, como me pasaba a mí, pero ser consciente de eso no evitaba que me sintiera sola.

—Señora Lombardi —me dijo Steve entrando en la cocina.

Estaba cenando sola la comida que había preparado la cocinera.

—Dime.

—El señor Lombardi quería que le diese esto. —Me tendió un teléfono móvil nuevo.

Parpadeé sin poder creérmelo. Llevaba semanas sin poder hablar con el exterior.

—Gracias, Steve.

El hombre volvió a dejarme sola. Tenía grabados en el móvil varios contactos: «Leone, mi esposo», y también el de Enzo. Al ver el tercer contacto, comenzó a latirme el corazón a toda pastilla: era el de mi madre. Aunque ese número no era el suyo personal, Leone me daba la opción de hablar con ella.

No dudé un segundo y realicé una videollamada. Los latidos de mi corazón me ensordecían.

Cuando en la pantalla apareció su cara, solté el aire con alivio, sonreí y me obligué a no llorar delante de ella.

—Mamá —la llamé, y ella buscó mi voz hasta que me vio en el móvil que alguien sujetaba.

—Claire, cariño… —susurró.

Sentí una punzada de culpabilidad al ver que aún seguía débil. Y todo por culpa de mi maldito padre.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien… Es mi hija, ¿lo sabes? —le dijo a la persona que sostenía el móvil—. Estás muy guapa, cariño. ¿Te tratan bien en ese nuevo trabajo?

—Sí, mamá. Mi jefe… no era tan duro como pensaba. ¿Y tú? ¿Te encuentras mejor?

—Sí, sí… Cansada, pero dicen que voy mejor, cariño.

Una lágrima rodó de mis ojos sin mi permiso.

—¿Estás llorando?

—No, mamá. Es que me alegra verte mejor.

—¿Cuándo vas a venir a verme?

—Pronto, muy pronto —contesté, esperando que así fuera.

—Bien… Acaba de llegar mi zumo, cariño. Me encanta el zumo.

—¿Sí? ¿Está bueno?

—Sí, mucho, además me ayuda a descansar.

—Te llamaré otro día, ¿vale?

—Claro, cariño. Cuídate mucho y… —Se quedó callada, vibrando en sus ojos una expresión familiar. Temí lo que continuaría después. Negó con la cabeza y volvió a mirarme—. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, mamá.

La llamada se cortó.

Me quedé con el móvil en la mano, con las emociones agolpándose en mis ojos, y busqué el contacto de Leone para escribirle un mensaje:

Gracias.

Leone no tardó en contestarme:

Mía.

Sonreí ante el escueto mensaje, que me recordaba que era su esposa.

Después de cenar, vi un poco la televisión, haciendo tiempo hasta que volviese Leone. No apareció y me fui a mi dormitorio. Estaba agotada del día que había pasado, y me dolían músculos que ni siquiera sabía que existían. Me puse un pijama de los que me había comprado en Montreal y me metí en la cama, quedándome dormida al instante.

Sentí un movimiento y abrí los ojos. Me vi en brazos de Leone, que me acababa de sacar de la cama.

—¿Leone? —dije adormilada.

—Te dije que te quería todas las noches en mi cama, *fiamma mia*. —Me dio un beso en la frente.

—Pero no habías vuelto…

—Da igual. Cuando llegue, quiero que estés entre mis sábanas. —Me dejó con cuidado en su cama—. Mañana ordenaré que traigan todas tus cosas aquí. A nuestro dormitorio.

Suspiré complacida al escuchar esas palabras. Se desnudó y se metió en la cama conmigo.

Me abrazó, me besó la frente y volví a quedarme dormida entre sus cálidos y fuertes brazos.

Cuando me desperté, dudé un instante si había sido un sueño que Leone hubiera venido a por mí, pero su mano descansaba en mi estómago y una extraña dicha me vibró por dentro. Me volví con cuidado para no despertarlo.

Estaba durmiendo plácidamente, con los labios entreabiertos, una expresión relajada y el tatuaje más visible que nunca. Deslicé mis dedos por él, trazando la ele, y luego dibujé su perfecto y masculino rostro con mis yemas.

—Humm… —gruñó mientras su mano, que se encontraba en mi cintura, bajaba hasta mi trasero para apretármelo con posesión—. Eres muy traviesa —dijo abriendo un ojo.

—¿Por qué?

—Por desobedecerme siempre —buscó mis labios y los rozó—, por despertarme así…

—Así, ¿cómo?

Apretó más mi nalga, atrayéndome más a él.

—Como si quisieras provocarme.

—Tal vez sea lo que quiero, pero antes —le di un beso— tengo que ir al baño.

Y salté de la cama corriendo para meterme en el baño. Hice pis y volví a la cama contoneando las caderas.

Él me miraba con tanto ardor que no dudé en tentarlo un poco más. Me quité la camiseta lentamente. Leone se restregó la cara, conteniéndose. Le guiñé un ojo y deslicé lentamente mis pantalones, quedándome totalmente desnuda.

—*Cazzo*…

—Decías que soy traviesa… —Su mano rodeó la mía y me empujó hasta él.

Me tumbó en la cama sin que pudiera hacer nada. Me reí al ver que estaba encima, mirándome de esa manera en la que se agolpaban tantas emociones en sus ojos que no lograba diferenciarlas.

Me besó y se me olvidó todo lo de mi alrededor. Las sensaciones dieron paso a un orgasmo que eclipsó cualquier duda que pudiera tener sobre mi relación con Leone.

37
Para siempre

Leone

—Leone… ¡¡Leone!!

Levanté la cara y vi a Enzo mirarme con una sonrisa burlona en su rostro.

—Te he escuchado. —Me puse recto en la silla del despacho.

Mi primo, cómo no, negó con la cabeza, sin disimular que no me creía, y hacía bien. Había desconectado por completo, pensando en que cuando acabara la reunión iría en busca de Claire.

No podía pensar en otra cosa que no fuera ella. Había pasado ya una semana desde que rompí mis reglas…

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Tenemos que esperar a que la policía estudie los documentos que les hemos filtrado, donde claramente se ve que Rocco Corsini blanquea dinero con sus patéticas inmobiliarias, que lo investiguen y cierren sus negocios. Me imagino su cara cuando no tenga empresas con las que limpiar el dinero que obtiene con la droga.

—¿Y si no hacen nada?

—Pondremos en práctica el plan B. Les daremos una semana de margen. Si la policía no mueve un dedo, empezaremos a incendiar una a una cada sucursal, y dejaremos para el final su sede de operaciones.

—Me gusta más el plan B —dijo mi primo. Asentí, porque a mí también me gustaba. Pero quería blindar nuestra participación, y lo

mejor era utilizar a la policía para esos casos—. Sobre todo, después de que ellos intentaran quemar nuestra oficina.

—Los muy cabrones no saben ni terminar las cosas bien.

—La cara que pusiste cuando viste que solo se había quemado un poco la recepción no tuvo desperdicio. Y ya sé que te obligué a abandonar la cama… —Alzó las cejas repetidamente, y le lancé una mirada airada—. Pero tampoco era para que te pusieras como un loco con el pobre Bruno.

—Tendría que haberlo solucionado y no alertarnos innecesariamente. —Mi primo sonrió—. Suéltalo ya, que estás deseándolo.

—Me hace gracia que desde que las cosas han mejorado entre tú y la pelirroja te hayan entrado muchas prisas por volver a casa…

Moví el cuello, que sentía tirante mientras observaba a mi primo. Sabía que tenía razón, *cazzo*. Por eso no había querido involucrarme con Claire, pero ahora que había derribado todos los muros, solo podía pensar en ella.

En ella y en cómo me sentía estando a su lado.

Tenía que finiquitar esta *vendetta* para poder relajarme de una maldita vez entre las tentadoras piernas de mi esposa y no sentirme culpable por no estar centrado al cien por cien en la destrucción de los Corsini.

Me levanté despacio de la silla y me acerqué a mi primo, que me miraba con descaro. Si no fuera de mi propia familia, le hubiese reventado esa cara de imbécil. Se lo estaba pasando de fábula a mi costa, y a mí me repateaba su sonrisa burlona cada vez que le decía que me marchaba.

—Que no te estoy echando nada en cara, ¿eh, Leone? —añadió con la guasa brillando en su maldita mirada—. Me gusta verte así

de… relajado. —Y me guiñó un ojo, dándome a entender a qué se refería.

No iba a hablar de mi vida sexual con él, y me centré en lo importante.

—Si quisiera acabar con ellos ya, lo hubiese hecho en el mismo momento en que pisamos Canadá, Enzo. Ese no es el plan. Quiero ver cómo se arruinan, verlos desesperados, que sean testigos de cómo me corono en esta ciudad, arrebatándoles con facilidad lo que creían que sería suyo para siempre. Hay que hacerles creer que no vamos a mover ficha, para sorprenderlos. Si no, ¿dónde estaría la maldita gracia?

—Eso suena a que me vas a dar otro movimiento del plan —dijo, visiblemente ansioso.

—Sí, Enzo. Por eso te he llamado hoy aquí, *cazzo*… —dije, intentando tranquilizarme. La reunión se estaba alargando innecesariamente por culpa de mi primo—. ¿Habéis encontrado a los que provocaron el incendio?

—Sí, sabemos quiénes son y los tenemos localizados.

—Matadlos —determiné sin pensarlo.

Tenía que demostrar a mis enemigos que no me andaba con tonterías: quien me jodía, la pagaba.

—El tema de Ruggero está siendo opacado por sus obras benéficas y por la maestría de su abogado —comentó Enzo. Sabía que iba a ser difícil destruirlo, y más si tenía de su lado a Salvatore. El padre de Claire había demostrado que era un hacha salvando a los Corsini de cualquier agravio—. ¿Algún plan?

—Sí, filtra toda la mierda que ha ido compartiendo con sus amiguetes de las chicas con las que se acostaba, y a las que grababa sin su consentimiento, a la policía, incluso a la prensa. Hay

varias que son menores, y por lo menos estarán entretenidos intentando salvarlo de no acabar en la cárcel. ¿Algo más?

Mi primo se acomodó en la silla.

—No, todo lo demás va sobre ruedas. Ya estamos empezando a sobornar a varios equipos de *hockey* y fútbol americano para controlar las apuestas.

—Perfecto —dije levantándome de la silla, dando por finalizada la reunión.

—Anda, corre, que estás desesperado por verla —soltó jocoso—. Dale recuerdos de mi parte.

No sabía qué era mejor, que mi primo odiara a mi esposa o ese aprecio que había surgido después de que ella matara a los intrusos que entraron en el ático.

No le contesté; no me apetecía cabrearme con él. Salí del despacho en busca de Claire.

No la había visto en todo el día. Había estado ocupado, primero en la oficina, después con reuniones, y ahora hablando con mi maldito primo, que me había retrasado más de lo que me hubiese gustado.

La busqué en la cocina y en el salón, pero no había rastro de mi pelirroja.

—¿Dónde está mi esposa? —le pregunté a Steve, que sorprendentemente siempre sabía todo lo relacionado con ella.

Me jodía que fuera así, por supuesto, pero también tenía su lado positivo: en todo momento podía saber dónde estaba por él.

—En el gimnasio, señor Lombardi.

Me dirigí allí, sobrevolando por mi mente lo que me había dicho Enzo. Era consciente de que ella me estaba cambiando: ahora no solo respiraba y me movía para ejecutar la *vendetta*, sino que me sentía vivo al verla, al besarla y al tocarla.

Abrí con cuidado la puerta y la vi dándole patadas con garra al saco de boxeo. Me la comí con los ojos al verla con esos *leggins* ajustados, su cabello atado en una coleta y una camiseta que se ceñía a su torso.

—Ey —dijo con alegría al verme—. ¡Has vuelto pronto!

Cazzo… Cerré la puerta y me acerqué a ella, sintiendo que el peso que llevaba sobre los hombros comenzaba a ser más liviano al verla sonreír, al escuchar su melodiosa y animada voz.

Ella era la luz que iluminaba mi existencia repleta de sombras.

—Tenía ganas de pelear con mi esposa —bromeé, y ella alzó una ceja con picardía, consiguiendo en el acto que mi polla se endureciese.

Daba igual lo que hiciera Claire, mi cuerpo reaccionaba de una manera contundente cuando la tenía cerca.

—No pienso pelear contigo, Leone. No quiero hacerte daño —dijo con chulería, y no pude evitar reírme.

Cazzo…, y mi maldito primo burlándose de mí porque estaba ansiando buscarla, pero es que ella era la única con la que podía respirar.

La única que conseguía que mi cuerpo se tranquilizara.

Que mi mente se evadiera de tanto dolor y violencia.

Me quité la americana y me arremangué la camisa para dejarle claro que no estaba de broma.

—Demuéstrame lo que sabes hacer.

—Paso —soltó con arrogancia, y se dio la vuelta.

Ese culo…

—Si peleas conmigo, puede que esta noche salgamos a cenar a un sitio bonito —solté, y enseguida cayó en la provocación.

Se volvió con un brillo en sus ojos verdes que hizo que mi pecho se expandiera.

—¿Una cita?

—Solo si te atreves a golpearme.

Me quedé quieto, esperando a que ella diese el primer paso y me atacase. Quería ver con mis propios ojos de lo que era capaz Claire.

—Tú lo has querido.

Fue rápida, contundente, y si no hubiera estado preparado, me hubiese llevado un buen golpe. La patada que lanzó fue letal e iba directa a mi cabeza, pero la detuve con mi antebrazo. Claire volvió a colocarse y empezó a darme puñetazos. Algunos sí me alcanzaron y me demostraron el carácter explosivo de mi esposa; otros conseguí bloquearlos.

Luego empezó a combinar puñetazos con patadas, incluso algún codazo. Era formidable, y se enfurecía más y más. En un descuido, le di un beso en los labios y me demostró su valentía, porque se deslizó hacia abajo y consiguió tirarme al suelo, para después subirse a horcajadas encima de mí.

—¿Has tenido suficiente? —preguntó con la respiración alterada por el ejercicio.

Deslicé mis manos por sus piernas hasta alcanzar su prieto culo y la acerqué a mi erección. Claire jadeó en cuanto se dio cuenta de cómo estaba yo.

—Creo que no —contesté y, en un movimiento, la tumbé en el suelo y me puse yo encima. Claire gimió bajito, deslizó sus manos por mis brazos desnudos y comenzó a soltarme uno a uno los botones de la camisa.

—Eres un provocador —gimió mientras le bajaba los *leggins* y el tanga a la vez.

—Y tú la única a la que quiero provocar.

Me bajé los pantalones con urgencia y la penetré como si llevara siglos sin hacerlo. Cuando sentí su calidez rodearme la polla, mis

pulmones se llenaron de oxígeno por primera vez en todo el día.

—Leone —jadeó mientras colaba sus manos por mi espalda y me arañaba.

Me volvía loco que me dejara marcas, que se volviera tan loca que no pudiera contenerse.

Sus gemidos, el sonido de mis embestidas al introducirme en su precioso coño, eran la mejor música que había escuchado en mi vida.

La que quería escuchar siempre.

***

—¿Dónde vamos a cenar? —me preguntó cuando salió de la ducha después del orgasmo que alcanzamos en el gimnasio y de otro que le regalé con mi lengua mientras se duchaba.

—A un sitio que te encantará. Ponte elegante. —Entré en el vestidor para escoger un traje.

Claire también lo hizo. Observé cómo se vestía.

Cómo se ponía el tanga, cómo deslizaba el vestido por su increíble cuerpo y cómo me echaba una mirada hambrienta mientras yo me vestía.

—Como sigas mirándome así, al final no saldremos, y yo… me aburro demasiado en casa. ¿Podré trabajar en algún momento, Leone? Esto de estar sin hacer nada no es lo mío.

—Eres una Lombardi, y tú no trabajas.

—Tú también eres un Lombardi y no paras de trabajar. Además, algo podré hacer para ocupar el tiempo, ¿no?

—Puede que se me ocurran un par de cosas.

—Eso funcionaría si estuvieses más tiempo en casa —soltó con una sonrisa, sabiendo claramente a lo que me refería—. Pero yo…,

¿qué tengo, aparte de pasearme por la propiedad, comer y hacer ejercicio?

—Algo se nos ocurrirá —dije mientras la abrazaba por detrás y besaba su cuello—. Esta noche nos vamos a divertir, ¿vale? Me gustaría que llevases esto siempre en tu bolso. —Le tendí una pequeña pistola—. ¿Sabes cómo usarla?

—No.

—Mira, así se quita el seguro —le expliqué deslizando la lengüeta que bloqueaba el arma—. Apuntas y aprietas el gatillo. No es complicado, y tú ya has disparado en otra ocasión.

—¿Crees que es necesario que lleve esto?

—Eres una Lombardi, Claire, y hay mucha gente que quiere destruirme. Estaría más tranquilo si la llevaras contigo.

—Vale.

Y ahí estaba otra vez mi maravillosa esposa demostrándome lo increíble que era.

38

Una cita de ensueño

Claire

Cuando supe que íbamos a cenar en el DaNico, me tensé de golpe al recordar el tiroteo que presencié allí. Leone se dio cuenta, por supuesto. Puso su mano alrededor de mi cintura y me dijo:

—No te preocupes. No nos pasará nada.

Tragué saliva e intenté tranquilizarme, ¡lo prometo! Algo en mi mente no me dejaba hacerlo. No sabía si era una premonición o simplemente comenzaba a pensar que atraíamos los problemas allá donde fuéramos juntos.

No era tan raro que Leone quisiera cenar en ese restaurante, porque se comía muy bien. Además, no habíamos ido solos. Desde que aterricé en sus dominios, nunca estábamos a solas al cien por cien. En casa, siempre había hombres dispuestos a interponerse entre una bala y su jefe, y cuando salíamos, nos acompañaban los mejores para reforzar nuestra seguridad. Por lo tanto, no tenía motivos para estar tan nerviosa.

El *maître* nos acompañó a una mesa con un coqueto sofá, en el que nos sentamos los dos bien juntos. Visto desde fuera, era una cita de ensueño en un maravilloso restaurante, en compañía de un hombre que me encantaba.

Sin embargo, no pude estar del todo relajada y no cesaba de mirar a mi alrededor, temiendo que se desencadenara un tiroteo.

Sonaba a locura, pero no podía hacer nada para evitar ese pensamiento catastrofista.

—¿Por qué hemos venido aquí?

—Es un buen restaurante —contestó sereno.

Intuí que escondía algo. Lo noté por la frialdad que había tras esas palabras y por su postura rígida, amenazante. Parecía preparado para un ataque. Estaba delante del hombre al que conocí nada más llegar a Canadá, no del que había descubierto en la intimidad de su dormitorio.

—Leone, si…

No me dio tiempo a formular la duda, porque vi a Ruggero entrar en el restaurante con una mujer morena muy llamativa.

Nos miró como si no le sorprendiese vernos y a la vez le fastidiase. Deslizó la lengua por sus blanquísimos dientes mientras repasaba lo poco que se veía de mi cuerpo sentado. Tragué saliva. Leone puso el brazo alrededor de mis hombros. Ruggero desvió la mirada para anclarla en mi marido. No hicieron falta ni gritos ni amenazas: estaba repleta de ira y reproches, dejando claro el odio que sentía por él. Luego, demostrando que no se achantaba delante de él ni de nadie, se sentó con su pareja en la mesa que estaba justo enfrente de la nuestra.

Iba a ser una velada muy incómoda: los teníamos delante y era casi imposible no verlos.

Comenzamos a cenar con un Ruggero pendiente de cada uno de nuestros movimientos mientras acariciaba y hablaba al oído de esa morena que no paraba de sonreír y acercarse más a él. Leone me tocó, me besó y provocó que mi exprometido estuviese cada vez más furioso, y yo aguanté estoicamente mordiéndome la lengua para no soltarle a mi marido lo que pensaba de él.

—Voy un momento al aseo —le dije después de pedir el postre. Leone alzó una ceja. Con ese gesto sabía lo que me quería decir. Solté el aire, mostrándole que no estaba de humor—. No voy a salir a la calle, tranquilo. Ya sé lo que podría pasar. Voy al baño y vuelvo, lo prometo.

—Llévate el bolso. —Y me lo tendió sin darme opción a negarme.

Lo cogí de mala gana y comencé a caminar obligándome a no mirar a Ruggero, aunque lo tenía delante.

Me metí en el baño y me miré en el espejo.

Estaba de los nervios, pero, sobre todo, estaba cabreada con Leone. ¿Por qué no me lo había dicho antes de salir de casa? Si lo hubiese sabido, habría estado preparada mentalmente para ese encuentro, para volver a ver a ese hombre que me había incomodado cada vez que nos vimos.

Me metí en un cubículo para hacer pis, y cuando salí me encontré en uno de los lavabos a la despampanante mujer con la que había entrado Ruggero al restaurante, perfilándose el pintalabios rojo, que hacía juego con su apretadísimo vestido. Me acerqué al lavabo que estaba libre, dejé el bolso y me lavé las manos.

—Me vuelve loca el color de tu pelo —me dijo. La miré de reojo—. ¿En qué peluquería te lo teñiste?

—Es natural. —Me sequé las manos procurando no mirarla.

No sabía si Ruggero le había hablado de mí; lo único que quería era salir cuanto antes de ese reducido espacio.

—Ni se te ocurra gritar, zorra —dijo lentamente, y sentí que me clavaba algo en la espalda.

Al mirar nuestros reflejos en el espejo, vi que era una pistola.

—Creo que te estás confundiendo —improvisé, con el ánimo de controlar la tensión del momento.

—Eres la única pelirroja en el restaurante, maldita zorra. —Apretó más la pistola en mi costado—. Es imposible que me equivoque.

—Mi marido es muy rico y…

—Me importa una mierda tu marido, lo único que quiero es que Ruggero cumpla su promesa, y para eso tengo que sacarte del restaurante.

—No… —Miré el bolso, que estaba demasiado lejos para cogerlo.

—Camina si no quieres que te pegue un tiro, pelirroja —dijo en mi oreja.

Controlé mi respiración, apreté los puños y le di un golpe con el codo en el brazo que sostenía la pistola. Me volví y le di un puñetazo en la cara. Cogí mi bolso y salí corriendo, echando un vistazo rápido a la calle. Lo que vi hizo que acelerase todavía más el paso hasta alcanzar el salón. Aunque disminuí la carrera —para no llamar la atención—, no caminaba de forma normal, y llegué a la mesa de Leone con la respiración alterada.

Nada más verme, se levantó de un salto del sillón y lanzó una mirada furiosa a Ruggero. No vi la reacción de este, porque solo miré a mi marido, pero Leone apretó tanto los puños que se le tensaron los músculos de los brazos.

—Vámonos de aquí —le pedí. No quería llamar la atención de todo el restaurante.

—No. —Me cogió de la mano para sentarme a su lado. Le lancé una mirada contrariada, sin entender por qué me obligaba a permanecer allí—. Te encanta el tiramisú, y es una lástima que lo tengan que tirar sin que lo hayas probado.

—¿En serio?

Leone se recostó en el respaldo del sofá tan tranquilo, como si no me hubiese visto correr a toda mecha hasta él.

Era demasiado.

—En serio —concluyó, señalando el maldito postre.

Cogí una cucharada del tiramisú y me la metí en la boca sin ganas. Al poco apareció la mujer que me había atacado. Llevaba un pañuelo tapando el golpe que le había dado en la cara. Ruggero ni siquiera la miró, pendiente de mí en todo momento.

Ese hombre estaba enfermo. ¿No se daba cuenta de que ya estaba casada con otro?

—¿Le has pegado? —me preguntó Leone acariciando mi brazo. Asentí—. *Cazzo*… —dijo visiblemente contento, con una sonrisa en la cara que dirigió a la mesa de su enemigo. Miré a mi marido para fulminarlo en el acto.

¡Era surrealista!

La mujer no paraba de gesticular y señalarme desde la otra mesa, y al final Ruggero mandó a uno de sus matones para que se la llevaran de allí.

No la miró ni una sola vez.

Agradecí que Leone me salvase de casarme con un hombre tan despreciable.

Unos murmullos hicieron que todo el restaurante atendiera a la entrada. Un grupo de policías irrumpió en el salón. Pensé que aquella mujer había distorsionado la realidad y me había denunciado por agresión… Caminaban en nuestra dirección, y sentí que el poco tiramisú que había comido podía echarlo sobre la mesa al imaginarme que me detendrían delante de todo el mundo.

No se pararon en nuestra mesa, sino en la de Ruggero.

—Ruggero Corsini, tiene que acompañarnos a comisaría. Tenemos que hacerle unas preguntas —le dijo un policía. Ruggero miró a Leone, que levantó su copa, dejándole claro que había sido el artífice de la detención—. Señor Corsini, si no obedece, tendremos que detenerlo delante de toda esta gente.

Ruggero se levantó, prepotente, señalando a Leone y haciéndole un gesto para nada sutil —sobre todo teniendo a la policía de testigo —, disparando con sus dedos, dejándole claro que iría a por él y lo mataría. Mi marido sonrió y se acomodó en el sofá, observando el espectáculo, hasta que se lo llevaron y volvió la tranquilidad al lugar.

—¿Lo sabías? —pregunté en voz muy baja. Leone se acercó a mí para darme un beso en el hombro desnudo.

—Lo he orquestado yo —contestó orgulloso—. Quería que Ruggero nos viese aquí y se diese cuenta de que no está a salvo ni en su territorio.

—Estamos en su territorio… —Me mareé al saber que no era un restaurante cualquiera.

—¿Quieres tomar algo más?

—Quiero irme ya, Leone —le dije, y él pidió la cuenta.

Pagó y salimos de allí con los hombres de Leone flanqueándonos hasta llegar al coche.

—¿Estás bien?

—¿Ahora te preocupas de si estoy bien? No, no lo estoy, maldita sea. Me has traído engañada, Leone.

—No quería que estuvieses nerviosa antes de que él apareciera.

—Así ha sido peor. De haberlo sabido, no habría estado tan tensa al tenerlo delante.

—¿Qué te ha pasado con esa mujer?

—Me ha puesto una pistola en la espalda y quería sacarme del restaurante, porque Ruggero se lo había pedido. —La expresión de Leone se crispó—. Tuve que soltarme antes de que saliésemos del baño. No sabía si había alguien más fuera esperándonos.

—¿Y había alguien?

—No, pero vi que en la calle había un coche parado justo en la entrada. Uno de los hombres que estaban al lado me miró cuando

pasé por ahí para entrar al salón.

—Querían cogerte…

—¡Por eso es importante que me cuentes las cosas, Leone!

—Llevabas un arma, te la he dado por si acaso.

—Esto no se soluciona así, ¡joder!

—Eres mi esposa, Claire, pero te recuerdo que soy tu marido y que me debes respeto —soltó serio.

—El respeto es una vía de doble sentido, Leone, y tú me has demostrado que te importo una mierda —añadí envalentonada.

—Creí que era lo mejor para ti, *cazzo*.

—Lo mejor para mí es que seas sincero —le rebatí, y nos miramos con tanta intensidad que podríamos haber prendido fuego al coche.

Leone apartó la mirada primero y, sin decir nada, cogió su móvil y permanecimos en silencio hasta que llegamos a casa.

Por supuesto, mi enfado no fue a menos, sobre todo cuando me demostró que Leone el Frío había vuelto. Salí del coche cabreadísima, y entré dispuesta a morder a quien se atreviera a decirme algo. Nadie me dijo nada y pude alcanzar mi dormitorio, cerrando con un fuerte portazo.

Me daba igual no tener mis cosas ya en ese lugar; lo que tenía claro era que no iba a dormir con Leone después de imponerme su silencio cuando lo único que quería era que fuera sincero conmigo.

Maldita sea. Pensaba que íbamos a tener una cita de ensueño, y formaba parte de su puta *vendetta*…

39
Pero lo harán

Leone

Entré en el despacho y cerré de un portazo casi a la vez que Claire.

Cazzo…

Estaba tan furioso que me hubiese liado a hostias con alguien. Si pudiera tener a Ruggero delante, lo mataría con mis propias manos por haber hecho que mi esposa tuviera que defenderse en el baño.

—Fiuuu —silbó Enzo entrando al despacho sin llamar, con una maldita sonrisa bailándole en la cara—. ¿No ha ido bien la cena?

—Ruggero ha intentado llevarse a Claire —le resumí, omitiendo que mi esposa estaba cabreadísima conmigo por no haberle dicho la verdad.

—Pues no es por fastidiarte aún más la noche, pero me acaban de informar que Ruggero ha salido de comisaría.

—Tiene a alguien sobornado en el cuerpo —resoplé mientras me frotaba la cara.

Las cosas no estaban saliendo como quería: me estaba costando bastante hundir al heredero Corsini.

—Y ahora debe de estar un poquito más cabreado contigo —indicó mi primo.

—No estoy de humor para estas mierdas, Enzo. Por lo tanto, si quieres ver un nuevo día, no me toques los cojones.

—Vale, perdona, primo —dijo alzando las manos en señal de paz —. ¿Qué hacemos ahora?

—Ahora van a contratacar, Enzo. Van a venir a por todas, y no me extrañaría que antes de intentar matarnos quieran llevarse a Claire. Ruggero está obsesionado con ella.

—Ya.

—Pon en alerta a todos nuestros hombres. Esta noche va a ser larga.

—¿Crees que van a atreverse a atacarnos en esta casa? Esto es una puta fortaleza.

—Ruggero no descansará hasta que tenga a Claire, y le dará igual lo que le diga su padre. Vendrá a por todas. Enzo, averigua quién era la mujer con la que ha estado Ruggero esta noche en el DaNico y acaba con ella.

—¿Quieres que la mate?

—Y que le lleves el cuerpo a su casa —dije rotundo—. Le ha puesto una puta pistola a Claire encima, no puede ver la luz de un nuevo día —determiné con rabia.

Mi primo asintió y me dio una palmada en el hombro. Salió del despacho y me quedé mirando por la ventana. Levanté la cara y miré hacia arriba, donde estaría Claire enfadada.

Cazzo… Entender a mi mujer era más complicado que planear una maldita *vendetta* contra el clan más poderoso de Canadá.

Me quedé un par de horas encerrado en el despacho, valorando y planeando el siguiente paso. No había contado con tantos policías corruptos tapando al clan Corsini; sin embargo, eso no me iba a detener. Si ellos no alteraban su paz, lo haría yo.

Estiré el cuello, tenso por las horas pasadas delante del ordenador, y me fijé en que estaba alterando los tiempos, como me había hecho ver Enzo en nuestra última conversación. No estaba siguiendo el plan inicial, sino improvisando, y eso podía significar perder la clara ventaja que tenía. Necesitaba centrarme, maldita sea. Tenía que

dejar de pensar en Claire, en su enfado, en que quería estar a su lado y besar su piel, y centrarme en la maldita guerra que había iniciado con ganas.

Ruggero…

Ese era el eslabón del clan más voluble e irracional. Tenía que concentrarme en él primero, acabar con el heredero antes de ir a por la pieza del clan más importante: Rocco.

Apagué el ordenador y salí del despacho. Mis hombres estaban pendientes de cualquier movimiento extraño. Fui a mi dormitorio, pero ella no estaba en la cama…

La frustración y la ira volvieron a sacudirme el cuerpo. Me dirigí a grandes zancadas a la que fue una vez su habitación. Al entrar, la vi tumbada en su cama, durmiendo. Negué con la cabeza, me acerqué a ella y la cogí en brazos. Claire susurró algo en sueños, pero no se despertó, y pude dejarla en mi cama con cuidado, sin alterar su descanso.

No tardé nada en acostarme a su lado y me quedé mirando su dulce rostro. Quemaría Canadá por ella.

***

Casi no pegué ojo en toda la noche. Cuando lo hacía, soñaba que Ruggero me arrebataba a Claire y tenía que buscarla por un enorme laberinto en el que me perdía.

Cuando la luz se filtró por las cortinas, llevaba ya un buen rato despierto, observando como mi esposa seguía durmiendo, ajena al peligro en el que la había metido. Dudé si le habría ido mejor casándose con Ruggero, aunque, sabiendo sus prácticas sexuales habituales, pensé que le había hecho un favor a esta pelirroja que se me había metido en el alma.

Abrió los ojos, primero sonrió al verme; luego su gesto cambió de golpe y se incorporó en la cama.

—¿Qué hago aquí? —preguntó con esa garra que me enloquecía.

—Te dije que dormirías todas las noches conmigo.

—Estoy enfadada contigo. —Se destapó para salir de la cama.

—Lo sé —dije cogiéndole la mano para detenerla—. Aunque estemos enfadados, aunque me quieras matar mientras dormimos, te quiero a mi lado, *fiamma mia*.

—No me puedes obligar, Leone. Tengo voz y voto, ¿no?

—Claire… —Me froté la cara, buscando las palabras adecuadas. Ella me ofrecía su mejor gesto enfurruñado. Hasta cabreada estaba guapa—. Esto se me da de pena, *cazzo*… Nunca he tenido una relación, y no sé cómo tratarte. Yo… solo quería protegerte.

—Entonces, si solo quieres protegerme, a partir de ahora cuéntame la verdad. Sin importar lo dura o macabra que sea.

—¿En serio quieres eso?

—¡Sí, Leone! —contestó con coraje.

—Corres peligro —le confesé, y ella se apoyó contra el respaldo de la cama. Al ver que no quería marcharse, respiré aliviado.

—Lo sé. Me di cuenta anoche, cuando esa mujer intentó sacarme del restaurante a punta de pistola.

—Van a ir a por todas, Claire. Lo que intenté ayer no funcionó como esperaba. Los Corsini tienen a varios policías sobornados, y Ruggero ha vuelto a la calle después de charlar un rato en comisaría.

—Entonces, solo ha servido para cabrearlo un poco más.

—Sí —dije. Ella alzó la cara para mirar al techo—. Sabes que no voy a permitir que te cojan, ¿verdad?

—Lo sé. ¿Y qué vamos a hacer?

—Voy a eliminar a Ruggero —contesté rotundo. Ella contuvo el aliento; no esperaba esa respuesta—. Y después a su padre. Quería esperar un poco más, pero no están saliendo las cosas como quería. Tienen a mucha gente poderosa de su parte… Lo único que te pido es que lleves siempre la pistola encima, vayas a donde vayas, y que estés alerta. No sé cuándo atacarán, pero lo harán.

—Vale… Tengo ganas de que esto termine.

—Lo sé. ¿Sigues enfadada conmigo? —Le di un pequeño empujón con el hombro.

—Un poco —confesó devolviéndome el empujón—. No me gusta cuando te conviertes en un tipo frío y despiadado.

—Soy un tipo frío y despiadado, *fiamma mia*. Si fuera bueno y amable, no hubiese llegado a donde estoy, además de que mis subordinados, mis aliados e incluso mis enemigos pensarían que soy débil. Y te aseguro que la vida me ha hecho ser fuerte y feroz como un león.

—Pero yo no soy ninguno de ellos para que te comportes así conmigo.

—Lo sé, pero a veces no lo puedo evitar. Tengo mucha presión sobre los hombros, Claire. Muchas vidas dependen de que mis planes salgan bien. La presión por ser el mejor es difícil de llevar. Además, estoy acostumbrado a tratar con hombres…

—Te entiendo… Venga, confiesa: ¿Leone es tu verdadero nombre? —Alzó una ceja con suspicacia. Sonreí al ver que dudaba de su veracidad.

—Sí. Mi madre me lo puso porque luché por sobrevivir cuando parecía que todo estaba perdido —confesé. A ella se le endulzaron las facciones.

—Tuvo un embarazo complicado…

—Más que eso —dije acercándome a ella y dándole un beso en la frente—. Tengo que trabajar. ¿Estarás bien?

—Claro. Soy una Lombardi, ¿no?

Se me hinchó el pecho con esa sencilla afirmación.

Sí, era una Lombardi, y la mujer más asombrosa del mundo.

40

Mi triste realidad

Claire

Habían pasado tres días en los que la tensión y la obsesión por cualquier ruido o persona extraña que pasara cerca de la casa crecía de forma exponencial. Era como vivir con el miedo de que un tsunami llegara en cualquier momento para devastarlo todo. Sabíamos que ocurriría, aunque no cuándo.

Vivir así era horrible, con el miedo empapando mi piel, con el temor de acabar en manos de Ruggero, y con la latente preocupación de que a Leone le ocurriera algo…

Prácticamente no salí de casa, y no porque Leone me lo hubiese prohibido; la verdad es que tenía las puertas abiertas y podía hacer lo que quisiera, siempre y cuando no saliera sola. Me obsesioné con entrenar mi fuerza y mis movimientos de lucha, por tener alguna alternativa si ocurría lo peor. Pasé tantas horas en el gimnasio que parecía que vivía ahí. Tampoco tenía con quién salir o con qué entretenerme aparte de machacarme en el gimnasio. Leone estaba tan ocupado que prácticamente no lo veía. Solo sabía que dormía a mi lado por el olor que desprendía la almohada cuando me despertaba. A veces soñaba que sentía sus labios besar mi frente, mi mejilla e incluso mi boca.

Me tragaba mis ganas de verlo, porque sabía que estaba pendiente de los Corsini y preparando el contrataque que los eliminaría. Era cuestión de días, o tal vez semanas, el fin de la

vendetta, y esperaba tener la oportunidad de descubrir cómo era en realidad el capo del clan que reinaría en Canadá a partir de ese momento.

Esa mañana estaba practicando las patadas contra el saco de boxeo cuando el móvil empezó a sonar. Vi que el número no lo tenía guardado. Dudé un segundo si cogerlo o no; al final la curiosidad, junto a la certeza de que mi marido y su empresa eran los mejores hackeando y averiguando cosas, hicieron que me decantara por aceptar la llamada.

—¿Quién es?

—¿Claire? —Era la voz de una mujer—. Soy Susan. Por Dios, lo que me ha costado encontrar tu número. He tenido que recurrir a tu maravilloso marido italiano.

Sonreí y alcé la mirada al techo. Esa mujer era la leche.

—¿Tengo que ponerme celosa de que te guste tanto mi marido?

—Ya me gustaría a mí, pero solo tiene ojos para ti, bonita. Aaay… —soltó en modo dramático—. ¿A que no sabes quién está en Toronto?

—Pues si me estás llamando, voy a arriesgarme y decir que tú.

—¿Ves? Por eso me caes tan bien. —Me hizo reír—. Estoy hospedada en el hotel Hazelton, y me han dicho que aquí sirven el mejor café de la ciudad. ¿Te apetece, y así pongo a parir a mi marido con alguien?

—¿Ahora?

—No, mujer, dentro de un año. ¡Pues claro que ahora! —exclamó sin darme tiempo a asimilar que era una ironía.

Susan era una explosión de verborrea increíble.

—Pues…

—No permito que me des largas, señora Lombardi. Acabo de llegar a Toronto, mi marido está reunido con el tuyo, cómo no, y

estoy que me subo por las paredes.

—Vale. Dame media hora y estoy allí.

—¡Genial! Este es mi número. Cuando estés cerca, envíame un mensaje y nos vemos en el *lobby* bar del hotel.

—Ahora nos vemos.

Le envié un mensaje a Leone. Quería que supiese que saldría con Susan y bloqueé el móvil sin esperar a que contestara. Tenía que ducharme y prepararme en un tiempo récord. Salir con alguien tan divertido como esa mujer me ayudó a sentirme más animada después de esos días obsesionada con perfeccionar mi defensa.

Media hora después, acompañada de Steve y Mario, los dos hombres del clan que me había asignado Leone para protegerme, entré en el hotel que me había indicado Susan. Nada más entrar en el bar, pegado al vestíbulo, la vi con un bonito vestido de verano.

El bar era pequeño, muy coqueto y confortable. En el centro, pequeñas mesas redondas estaban flanqueadas por sillas tapizadas en terciopelo de un tono maquillaje. Junto a las paredes había sofás y sillones del mismo color. El suelo era blanco y negro, con un dibujo muy innovador, y lo que más me llamó la atención fueron unas enormes fotografías enmarcadas en blanco y negro.

Nos dimos un abrazo.

—¿Eres famosa y no lo sabía? —Señaló a los dos hombres que aguardaban de pie, vigilando el local.

—A Leone le gusta que vaya bien protegida.

Si supiera que en el bolso llevaba un arma, no estaría tan contenta de verme.

—Ya veo… Le diré a Thomas que yo también necesito escoltas, sobre todo si son tan atractivos como los tuyos. Ay, Claire. —Me cogió la mano por encima de la mesa redonda—. No sé qué hacer…

—¿Qué te pasa?

—Thomas… —Suspiró e intentó sonreír, pero su rictus era forzado. De repente desapareció toda la chispa y el buen rollo—. No estamos bien, Claire. Creo que llevamos mal desde hace mucho, pero no he querido verlo hasta que ya ha sido demasiado tarde.

—¿Lo has hablado con él?

—¿Cuándo? —Comenzó a jugar con su collar. Nos callamos para atender al camarero, al que le pedimos las bebidas. Cuando se marchó, Susan se acercó un poco más a mí—. Siempre está ocupado. Te juro que pensaba que cuando se acabaran las obras del casino estaría más tranquilo y centrado en mí. ¿Sabes qué? Se ha metido en otro proyecto, de esos que no puede rechazar, porque solo se presentan una vez en la vida… —Hizo una mueca de disgusto.

—Lo siento mucho, Susan… —dije apretándole la mano con cariño —. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé… Todavía estoy enamorada de ese alcornoque, pero ya no sé si él me quiere. Y me siento tan sola a veces, Claire. No soy lo suficientemente importante para él como para pasar un rato a mi lado.

—Es una pena que se haya enfriado la relación hasta ese extremo. —Susan se encogió de hombros—. Tengo una idea. ¿Y si venís una noche a cenar a casa, y Leone y yo os dejamos a solas para que habléis? Ahí no tendrá más remedio que hacerlo.

—Es una idea increíble, pero no he sido del todo sincera contigo… Thomas no ha venido conmigo a Toronto —dijo con una mueca de disgusto—. No quería decírtelo por teléfono, porque me cuesta aceptar lo que he hecho y quería hacerlo cara a cara… Cuando he llegado a la ciudad y me he dado cuenta de que no tenía tu teléfono, he buscado el número de la empresa de tu marido para pedírselo. Me he venido aquí porque en Montreal no tenía amigas con las que

hablar. Todas están emparejadas con empleados o socios de mi marido, ¿qué me iban a decir? Me temo que me empujarían de vuelta a casa y me dirían que tengo suerte por tener la vida que tengo. —Suspiró—. Me he ido de casa, Claire, sin decirle nada a Thomas. Sin una nota que le avise de dónde puede encontrarme… Quiero saber si todavía me quiere. Si todavía le importo o si, simplemente, se ha acostumbrado a que esté bajo su mismo techo.

—Vaya… —Me callé. El camarero estaba poniendo los cafés que habíamos pedido. Cuando se fue, me acerqué a ella para que nadie nos escuchara—. ¿Qué vas a hacer si te llama esta noche?

—No lo hará.

—Eso no lo sabes, Susan…

—Es triste, pero sé que no se dará cuenta de que me he ido. —Se encogió de hombros, tan apesadumbrada que me dieron ganas de abrazarla—. Seguro que, si tú desaparecieras de casa, Leone pondría Canadá patas arriba para encontrarte.

Cogí el café y me tragué la respuesta. Porque, sí, Leone lo haría sin vacilar, pero ella no sabía que por distintas razones…

—Entonces, me estás diciendo que tenemos todo el día para patearnos Toronto y quemar la tarjeta de tu marido, ¿no? —solté para animarla.

—¿Ves como no me equivocaba al venir a verte? Vamos a acabarnos este café y a fundirnos las tarjetas —dijo con rebeldía.

Quince minutos después estábamos saliendo del hotel dispuestas a entrar en todas las tiendas de alta firma que encontráramos a nuestro paso. Steve y Mario iban detrás de nosotras, aguantando estoicamente nuestras risas, nuestras bromas y el buen rato que pasamos mirando prendas.

No supe el tiempo que llevábamos caminando por el centro de la ciudad, solo que me dolían los pies, y la cara de reírme con Susan.

Ella llevaba ya cuatro bolsas en las manos, y yo solo una.

—Ir de compras con una amiga deberían recetarlo en terapia —me dijo Susan entrelazando su brazo con el mío.

—Tienes toda la razón.

—Señora Lombardi —escuchamos a Steve, que iba detrás de nosotras, y nos volvimos las dos a la vez—: el señor quiere saber cuánto tiempo va a estar en la calle paseando.

—¿Ves? A esto me refiero —soltó Susan señalando a Steve—. Está tan deseoso de estar contigo que quiere saber cuánto vas a tardar en llegar. Mira, Claire, si fueras lista, no soltarías a ese hombre por nada del mundo. Está loco por ti.

—Dile que no tardaremos, Steve.

Doblamos una esquina para empezar a retomar el camino de vuelta al hotel y escuché un coche circular a tanta velocidad que el motor rugía con un fuerte estruendo. Me volví casi instintivamente y pude ver cómo salía un brazo por la ventanilla del copiloto con… una pistola.

El estómago se me encogió, el miedo empapó mi piel, y en ese instante de desconexión de mi triste realidad me di cuenta de que Ruggero no pararía hasta ganar…

41

Sombras y oscuridad

Claire

—¡¡Steveeee!!

Este, junto con Mario, se volvió y sacaron sus pistolas. Yo empujé a Susan, que me miró como si estuviese loca; tal vez, desde fuera, lo parecía. Tan solo un segundo después de avisarlos, se escucharon los disparos, que nos pasaron muy cerca, creando un caos terrible en pleno centro de la ciudad.

—Pero… —titubeó Susan, a quien cogí de la mano y corrí con ella, sorteando a la gente que huía del desconcierto originado repentinamente— ¿qué está pasando?

—Corre, Susan —le pedí, y vi a Mario tirado en el suelo, abatido, y a Steve, al que le estaban friendo a tiros, zarandeándolo a medida que los proyectiles impactaban en su cuerpo—. Mierda, noooo…

Corrí todo lo que pude, obligándome a controlar mis emociones. No era el momento de afligirse por la muerte de una persona a la que le había cogido cariño. Tenía que centrarme en hacer lo imposible para escapar. Arrastré a la pobre Susan, que iba corriendo con dificultad con sus tacones de aguja. Aunque intenté perder de vista a los matones, no fui lo suficientemente rápida, porque el coche se detuvo a nuestro lado.

No pensé en las consecuencias de mis actos ni en que pondría en peligro a más gente.

Solo tenía en mente una cosa: que no me cogieran, por eso obligué a Susan a meternos en el primer establecimiento que teníamos cerca.

Las dependientas, asustadas, nos animaron a que nos escondiéramos con ellas. Empujé a Susan hacia el fondo, intentando sacar la dichosa pistola del bolso.

—Claire… —jadeó mi amiga cuando vio lo que tenía guardado en el coqueto y carísimo bolso de firma.

—Coge tu móvil ahora y llama a Leone, solo a él, ¿me has entendido? Dile lo que está pasando.

—Pe-pero… —gimoteó.

—Hazlo, Susan. ¡Ya!

La empujé hacia donde se encontraban escondidas las dependientas, y yo me puse en el borde del mostrador, esperando a que entraran a por mí.

No dudaba de que lo harían.

Intenté tranquilizarme, relajar mi respiración, alterada por la carrera y el miedo que corría por mi espalda como un mal presagio. Quité el seguro de la pistola, como me había explicado Leone, y esperé con el sonido de mi corazón retumbando en mis oídos a que aparecieran por la tienda.

—Tienes tres putos segundos para salir de tu escondite, pelirroja —escuché la voz de un hombre mientras la puerta se abría lentamente—. Tres segundos, si no quieres que mate a todo el que esté aquí contigo.

Los gritos ahogados de las dos dependientas y de Susan hicieron que me temblara el pulso. Maldita sea, tenía que haber dado clases de tiro para haber estado más preparada en una situación así.

Cogí aire y, en cuanto tuve a ese hombre a tiro, disparé.

—Hija de puta —maldijo mirando el rasguño que le había hecho en el brazo.

Mi pulso era tan inestable que había dado a la puerta y, por el camino, la bala había rasgado la piel del brazo de ese hombre.

—Mierda…

Entraron dos tipos más. El primero señaló dónde estaba escondida. Disparé como una loca, con el miedo latente de que me pudieran coger.

Disparé.

Disparé.

Y disparé.

Alternando los objetivos para que ninguno de los tres se acercara a mí.

Le di a uno en la pierna, a otro en el brazo, dos balas fueron a parar a la pared o a un cristal, y necesité tres balas más para abatir a uno de ellos, el que estaba más cerca de mí, que cayó al suelo. Los otros dos empezaron a ocultarse tras los percheros que se encontraban repartidos por el local, para que la ropa los cubriese de mi ataque.

No los veía, y temía que me quedaran pocas balas, por lo que opté por esperar a tenerlos a tiro para volver a intentarlo.

—¡¡Nooo!! —escuché la voz de Susan, y se me encogió el corazón.

Miré adonde sabía que estaba escondida y la vi de pie, delante del primer tipo que había entrado a por mí, al que le bajaba por el brazo que le había rozado mi bala un hilo de sangre.

—Si no quieres que le pegue un puto tiro a tu amiga, tira el arma y sal de tu maldito escondite —gruñó con una portentosa voz repleta de rabia.

No podía permitir que le pasara nada a Susan, y menos por mi culpa.

Cogí aire y lo solté por la boca lentamente. No tenía alternativa.

—Vale, está bien. —Lancé la pistola por el suelo, en su dirección, y me levanté mostrando las manos en alto para que viesen que estaba desarmada—. No le hagáis daño, por favor. Me queréis a mí.

—Cógela —ordenó a otro tipo, que apareció tras un perchero atestado de camisas y me agarró de las manos echándomelas hacia atrás.

—Joder, el jefe me ha dicho que no te toque, pero has matado a uno de los nuestros y tengo que vengar su muerte —dijo apretando la pistola en la sien de Susan.

Esta no paraba de llorar y temblar, y a mí se me quebraba el alma de verla.

Si no hubiese quedado con ella.

Si no hubiésemos salido a comprar.

Si nos hubiésemos ido antes al hotel, tal vez hubiese evitado que la única amiga que tenía viviese un momento tan horrible.

—Déjala, por favor —le supliqué echando a caminar hacia él. Su compañero me detuvo, apretándome más fuerte las manos.

—Ojo por ojo… —dijo este con una mirada tan llena de odio que no dudé que lo haría.

Eché la cabeza atrás, para darle en toda la nariz al hombre que me tenía cogida y así liberarme, algo que no me costó hacer. Lo bueno de ser una mujer era que me subestimaban… Avancé corriendo hasta el que supuse era el cabecilla y que tenía a Susan. Él me miró sorprendido y me apuntó a mí. Le di un puñetazo en toda la garganta, justo en la nuez de Adán, y otro golpe en la nariz, consiguiendo que liberase a Susan.

Cogí a mi amiga y la arrastré hasta la salida, abrí la puerta y la empujé para que saliese de allí.

—¡¡Corree!!

Susan me miró una milésima de segundo y fue testigo de cómo me cogía ese hombre para que no volviese a escapar. Ella echó a correr con todas sus fuerzas por la calle. El cabecilla levantó la pistola para matarla, y yo le di un codazo para desviar el tiro, pero no bastó e impactó contra su brazo.

—¡Corre, Susan!

El tipo al que le acababa de atizar me cogió con más fuerza del brazo.

—Eres una maldita hija de puta —dijo en mi oreja.

Y de repente un fuerte golpe en mi cabeza provocó que todo se llenase de sombras y oscuridad…

***

Me desperté con un tremendo dolor de cabeza, con las manos atadas detrás de mi espalda y sentada en un sillón.

Cuando abrí los ojos, vi a la última persona que hubiera querido tener delante, con esa maldita sonrisa que me daba repelús.

—Has matado a uno de mis hombres, y herido a los otros dos tú solita… —dijo Ruggero, sentado en otro sillón delante de mí, con una pierna cruzada, en una pose confiada y arrogante—. Sabía que eras peleona, pero no imaginaba que tanto —añadió con una pizca de diversión en la voz—. ¿Quién te ha pegado en la cabeza?

Miré a la derecha, donde estaba el cabecilla que me había cogido. Al darse cuenta de que lo miraba, cambió la postura.

—Es mentira, jefe. Se cayó, ya te lo dije.

Ruggero sacó su pistola y le reventó la cabeza delante de mí.

Sin vacilar.

Sin pensar.

El hombre se desplomó de golpe. Miré horrorizada a Ruggero, que hizo una señal a otros dos que estaban cerca para que se lo llevasen.

Para él no tenía significado ni valor la vida ajena…

Me removí observando a mi alrededor. Estábamos en un lugar de techos altos abuhardillados, tan grande que parecía un almacén. Había cajas repartidas por los laterales, una mesa de billar, otra mesa cuadrada donde se amontonaban cajas de pizza y un sofá más sucio que nuevo. No tenía nada que ver con la mansión de los Corsini: no había lujo, ni limpieza, ni ventanas amplias…

—A ver, por dónde íbamos… —dijo como si estuviésemos conversando—. Ah, sí… La pelirroja peleona, me gusta, ¿sabes? Me gusta tanto que a lo mejor me quedo más tiempo contigo del que tenía previsto —añadió acariciándose la maldita cicatriz sin dejar de mirarme—. ¿No dices nada?

—¿De qué serviría?

—Para entretenerme, *bella* Claire. —Abrió los brazos—. Aunque nos vamos a divertir mucho cuando venga tu marido a por ti, ¿verdad? No creo que tarde, y quiero que estemos preparados. —Hizo una señal detrás de mí, y entraron dos mujeres sonrientes.

Una de ellas me cogió del brazo para levantarme y la otra del otro para sacarme de allí.

—¿Adónde me lleváis?

—Tened cuidado, es una gatita muy peleona —dijo Ruggero.

No tenía ni idea de adónde me llevaban esas mujeres, pero no me gustaban nada las sonrisas que se echaban una a la otra.

42
El maldito plan C

Leone

Llevaba tres días pendiente de cada paso que daban los Corsini.

Había hackeado sus móviles, sus cuentas de *email*, incluso su maldita alarma, para ver cuándo estaban en casa. Seguía adelante con mi plan de acabar con ellos definitivamente. Habíamos provocado de manera simultánea incendios en cinco de sus inmobiliarias repartidas por Ontario. No me contenté con eso y maté a cada camello que tenían contratado para pasar droga por la ciudad. Y no dudé en matar a sus aliados que no aceptaron que yo fuese el nuevo rey de la ciudad. Aunque estaba ensuciando la ciudad de la asquerosa sangre Corsini, se me resistía el verdadero paradero de Ruggero y de Rocco. Se habían escondido como ratas, pero solo era cuestión de tiempo que sacaran la cabeza y que yo se la cortara de golpe.

Levanté la mirada del ordenador un segundo. Estaba exhausto, prácticamente no dormía: quería acabar con esa guerra cuanto antes, aunque mi plan inicial era ahogarlos hasta que se arrodillaran ante mí. Tenían más influencia en Canadá de la que había pensado en principio. Llevaba encerrado en mi despacho desde que amaneció, y ya era tarde… Miré el móvil, esperando a que Steve me confirmara que Claire ya estaba en casa después del paseo por el centro con Susan.

La pantalla se iluminó informándome de una llamada entrante. No era Steve, sino Susan quien me llamaba.

Acepté la llamada.

—¿Susan?

—Leone —susurró tan bajito que incluso tuve que subir el volumen—. Nos están disparando en pleno centro —gimoteó—. Estamos en una tienda, escondidas. Claire me ha dicho que te llame y…

—¿Dónde está ella? —pregunté apretando tanto el móvil que temí romperlo.

—Está detrás del mostrador, con una pistola, y…

El sonido de los disparos, los gritos de Susan y de dos mujeres más hicieron que me levantara de un salto y fuera en busca de mis hombres.

—¡¡Enzo!! —llamé a mi primo, y salí a la zona donde los informáticos trabajaban en cubículos separados por paredes de pladur.

Enzo se asomó desde uno de ellos.

—¿Qué ocurre?

—La han encontrado.

—*Cazzo*… —maldijo, sabiendo que me refería a Claire.

—Rastread este número de teléfono. Es de Susan y está con ella. Cuando sepas su ubicación, enviádmela urgentemente.

—Claro, señor Lombardi —me dijo Paul, uno de mis mejores informáticos canadienses.

—Aparte de Steve y Mario, que están con Claire, ¿hay alguien más cerca del centro? —pregunté a Enzo mientras caminaba hacia el ascensor.

—Te lo averiguo ya —contestó siguiéndome—. ¿Adónde vas?

—¿Adónde crees que voy? —dije nervioso.

—Es una maldita trampa, Leone —dijo mi primo apretando los dientes.

—Lo sé. Ya sabes lo que tienes que hacer a partir de ahora, Enzo. Mantenme informado.

—No me gusta el maldito plan C —gruñó.

A mí tampoco me gustaba, porque la ejecución de ese plan equivalía a la posibilidad de que cogieran a mi esposa.

Tenía que darme prisa antes de que llegara a manos de Ruggero.

Me monté en el coche con dos de mis hombres más fieles y me dirigí al centro, pendiente de la información que me tendría que llegar.

La ubicación llegó enseguida. Susan estaba en una tienda de ropa de lujo muy famosa de la zona, y nosotros solo estábamos a cinco minutos de allí. Le di las indicaciones y salimos sin más dilación. Sin embargo, cuando llegamos, Claire ya no estaba.

Habíamos llegado demasiado tarde.

—¡Leone! —Susan corría adonde estábamos. Tenía sangre en el brazo y el maquillaje lo llevaba esparcido con chorretones por la cara, de haber llorado—. Se la han llevado —sollozó—. Ella me salvó, eché a correr como una cobarde, pero me detuve y volví, porque no quería dejarla sola. Pero ya era demasiado tarde, solo me ha dado tiempo a ver cómo la metían en un coche.

—¿Te has fijado en qué coche era?

—Sí, un Bentley negro —dijo sacando su móvil—. Esta es la matrícula.

—Gracias, Susan. Entra en el coche y te llevaré a un sitio donde te curen esa herida. ¿Quieres que llame a Thomas? —le pregunté acercándola a mi coche.

—No, estoy bien. Solo me duele un poco… —Se sentó en la parte de atrás. Me acomodé a su lado y el coche arrancó. Susan me

preguntó con verdadero temor en sus ojos—: ¿Qué le va a pasar a Claire?

—Si lo puedo evitar, nada —le contesté serio—. Francesco —llamé al conductor, uno de mis hombres más fieles, que había traído de Italia—, vamos a la oficina directamente.

—Claro, señor Lombardi.

Cogí el móvil y le envié un mensaje a Thomas para que supiera que su esposa había recibido un disparo de los Corsini. No iba a malgastar la oportunidad de poner de mi lado a alguien tan influyente y con contactos como él.

***

Aunque parecía tranquilo mientras Enzo y varios de mis hombres me comentaban los puntos flacos del plan C que íbamos a poner en práctica, por dentro estaba de los putos nervios.

Sabía que cada minuto que pasara Claire en sus manos podía ser un infierno para ella. No dudaba de que mi esposa lucharía hasta el final para salvarse, pero también que Ruggero y los suyos tenían las herramientas necesarias para inmovilizarla.

No quería que le hicieran daño.

No quería que le tocaran ni un pelo.

No podía soportar pensar que Ruggero pudiera…

Apreté los puños, estiré el cuello y me centré en lo que hablaban. Necesitaba que todo saliese como quería.

No podía dejar nada a la improvisación. Me jugaba mucho, no solo el bienestar de Claire o el mío propio, sino toda la *vendetta*.

—Señor Lombardi, perdone que le moleste —dijo Judith, mi secretaria, después de tocar con los nudillos la puerta de mi despacho—. Acaba de llegar el señor Leblanc.

—Llévalo adonde está su esposa y dile que, cuando pueda, ya quedaremos para hablar.

—Claro, ahora mismo, señor —dijo, y cerró la puerta.

—Bien. —Me levanté del asiento—. ¿Algo más que deba saber?

—No.

—Entonces, vayamos a por ese hijo de puta.

Mis hombres empezaron a jalear, animándose para emprender una de las batallas más importantes y arriesgadas en que nos íbamos a meter.

—Estará bien —me dijo Enzo, poniéndose a mi lado cuando salimos del despacho.

Asentí, confiando en que Claire pudiera aguantar un poco más hasta que llegase a rescatarla. Había conseguido proteger a su amiga, matar a uno del clan Corsini y demostrar que era asombrosa incluso en una situación tan límite como la que había vivido antes de que la secuestraran.

43

Mi peor pesadilla

Claire

Las mujeres me habían llevado a un cuarto de baño tan sucio y anticuado que parecía que jamás había visto un estropajo y lejía. Ahí me habían bañado y perfumado como si fuera una niña pequeña, y me habían obligado a ponerme un vestido de novia tan transparente y escotado que parecía más lencería que ropa de calle.

Aunque intenté resistirme al principio, fueron muy contundentes: o lo hacía por las buenas o me harían daño, y me temía que esa vez Ruggero no dispararía en contra de quien lo hiciera.

Volví después de esa tortura impuesta a la zona central del almacén tan maquillada y peinada que parecía que me iba de fiesta, y no a enfrentarme con mi peor pesadilla. Cuando Ruggero se percató de nuestra presencia, recorrió de manera lasciva su mirada por todo mi cuerpo.

—Cuando mate a Leone delante de ti, vas a ser mía de todas las formas posibles, *bella* Claire.

Tragué saliva. Las mujeres me empujaron y caí en los brazos de ese hombre. Él me rodeó la cintura, posesivo, y deslizó la lengua por mi clavícula, haciendo que la bilis se me instalase en la garganta.

Era nauseabundo sentir su agarre y su lengua sobre mi piel. Mi cuerpo lo rechazaba con asco. Como ya no estaba maniatada, tenía que ser lista y encontrar el momento oportuno para escapar.

El ruido del derrape de un coche motivó que Ruggero hincase más sus dedos en mi piel. Me estremecí entre el temor y la angustia. Levantó la cabeza hacia la entrada, dibujó la sonrisa retorcida del Joker y me guiñó un ojo.

—¿Preparada para ser viuda?

Me dio la vuelta para ponerse detrás de mí, tan cerca que pude notar su erección clavándose en mi espalda. Era repugnante, porque no solo sabía que la notaba, sino que se restregaba para que no dudara de que esa situación, yo y las dos cosas juntas, le ponían, y mucho. Uno de sus brazos me rodeaba el torso y el otro estaba en mi cadera, donde tenía una pistola apoyada en mi piel, logrando que mis manos quedasen encajadas entre mi cuerpo y su agarre.

Me tensé cuando escuché los primeros disparos.

Ruggero empezó a reírse, como si fuera la mar de divertido. Me sobresalté con cada uno de los disparos, que escuchaba cada vez más cerca. De repente, algo explotó en un lateral del almacén, y al segundo, otra explosión en otro lateral causó más entradas no flanqueadas por los Corsini.

Ruggero dejó de reírse. Lo noté tenso.

—Malditos imbéciles, matadlos a todos. ¡¡Quiero a Leone muerto!! —soltó con rabia mientras me llevaba hacia atrás lentamente.

No le importaba matarlo él mismo, solo quería que alguien lo hiciera.

Un impacto, esta vez en el techo, hizo que parte de la buhardilla acristalada se rompiera y los trozos de cristal cayeran sobre nosotros. Por puro instinto, nos agachamos Ruggero y yo a la vez, para evitar cortarnos. Él dejó de aprisionarme las manos, por lo que pude moverme e intentar ayudar. No iba a quedarme quieta y ver morir a nadie si podía evitarlo. Clavé mi vista en la pistola de

Ruggero, apreté los puños y previ los movimientos que pensaba hacer.

No quería dejar nada al azar. Debía ser contundente con él.

Me incliné un poco más hacia delante para obligarlo a seguirme, para después clavarle el codo en la ingle y coger la mano que sostenía la pistola. Él se echó hacia atrás, liberándome ligeramente. Le di un rodillazo en todo el estómago e intenté quitarle la pistola de la mano.

—Hija de puta —gruñó cogiéndome del cabello y tirando de él con fuerza.

A pesar del dolor, continué mi ataque y le propiné en las corvas una patada contundente para desestabilizarlo y tirarlo al suelo.

Se tambaleó justo en el momento en que las balas comenzaban a alcanzarnos. Estaba a punto de caer y aproveché para darle un golpe en el antebrazo para que soltara la pistola.

—JODER —gritó. Recuperó el equilibro y me dio tal bofetón que caí al suelo, raspándome piernas y brazos con la rugosidad del cemento —. Eres una maldita hija de puta. Iba a jugar un poco contigo, pero me has cabreado, ¡hostias!

Le di una patada, dos, tres, en la cabeza, en el torso, incluso en las manos, donde pillé, me daba igual. Pero no bastó para detenerlo. Me rasgó la fina tela del vestido partiéndolo en dos y dejándome medio desnuda de cintura para abajo.

Comencé a arrastrarme hacia atrás, intentando escaparme de él, pero Ruggero avanzó lentamente, con una horripilante sonrisa, desabrochándose el pantalón.

—No te va a gustar. No vas a sentir placer. Y vas a odiar cada puto segundo que esté en tu interior —dijo, lento, obsceno, con una voz que puso en alerta todo mi cuerpo.

Miré a mi alrededor, por si veía algo que pudiera utilizar de arma, pero no había nada, maldita sea.

Los disparos continuaban, pero lo que tenía más cerca era la brutal decisión en los ojos perturbadores de Ruggero.

Se puso de rodillas con la pistola todavía en la mano, que hizo viajar por el interior de mi pierna.

Me moví.

Luché.

Grité.

Me resistí todo lo que pude, pero él me dio otra bofetada, esta vez tan fuerte que la visión se me emborronó. Me inmovilizó con una mano mientras se acercaba peligrosamente a mí, y me levantó más el vestido rasgado.

Se irguió ligeramente, recorriendo con la pistola mi entrepierna, con esa maldita sonrisa congelada en su cara, disfrutando de ese terrible momento para mí. Las lágrimas se me acumulaban en los ojos y temblé de impotencia al ver que se iba a hacer realidad mi peor pesadilla.

PUM.

PUM.

PUM.

Se me escapó un grito.

Sus ojos se abrieron tanto que parecía una figura irreal.

La sangre me salpicó la cara y el cuerpo.

Incluso vi cómo las balas le reventaban la cabeza.

Ruggero cayó encima de mí, aplastándome con su peso, y entonces vi a Leone detrás, con el rostro manchado de sangre y una expresión tan temible que incluso dudé si era él.

Me quitó de encima a Ruggero, arrojándolo como basura al suelo. Me dio la mano, me levantó y me estrechó tan fuerte en sus brazos

que no pude evitar echarme a llorar.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo? —Me cogió la cara y me inspeccionó cada centímetro. Su expresión dejaba claro que no le gustaba lo que veía—. Te ha pegado ese maldito *stronzo*.

—Leone… —gimoteé, y me volví a abrazar a él.

—Siento no haber llegado antes. Tenía que asegurarme de que podía sacarte de aquí.

Temblé entre sus brazos. Leone me volvió a coger para corroborar que no tenía ninguna herida de importancia y negó con la cabeza al ver el estado de mi vestido. Se quitó la americana y me ayudó a ponérmela, y luego me abrazó con tanta fuerza que se me escapó un sollozo.

—Ya estás a salvo, *fiamma mia* —susurró contra mi cabello. Aunque quería, yo no podía hablar.

Solo sollocé mientras me agarraba con fuerza de su cuerpo y nos movíamos hacia la calle. Era de noche, no sabía qué hora. El viento fresco serpenteó por mis piernas. Estábamos en un polígono industrial a las afueras de la ciudad.

—¿Y Susan? —le pregunté cuando se sentó a mi lado en el coche. Tenía su brazo alrededor de mi cuerpo, y yo, la cabeza apoyada en su hombro.

—Está bien, con su marido.

Asentí aliviada y me relajé en los brazos de Leone mientras el coche nos sacaba de aquel lugar que se había convertido en un baño de sangre.

Leone había matado a Ruggero, al único hijo del jefe del clan que gobernaba la ciudad, lo que significaba que la guerra no había acabado.

—¿Ahora qué va a pasar? —pregunté con un hilo de voz.

—Ahora nos vamos a casa a descansar, mientras mis hombres encuentran a Rocco.

Tragué saliva. Un estremecimiento me cruzó el cuerpo. Leone me dio un beso en la cabeza y me quedé mirando las luces de la calle. Empecé a relajarme después de tantas horas en tensión. Me encontraba sin fuerzas, como si hubiera estado una semana sin parar de hacer ejercicio.

Cuando llegamos a casa, Leone me tendió una mano para ayudarme a bajar del coche y, al ver que mis piernas flaqueaban, no dudó en cogerme en volandas. Me aferré a su cuello y hundí mi nariz en el lado donde tenía el tatuaje. Me llevó directamente a la ducha, se metió conmigo aún en brazos y abrió el grifo del agua caliente.

—Solo quiero que nos quitemos la sangre, ¿o prefieres que te deje sola?

Negué con la cabeza y me quité el vestido delante de él.

Leone empezó a desnudarse también. Tenía la camisa manchada de sangre, y cuando vi una herida de bala en su brazo, me acerqué.

—Estás herido —le dije acariciando su piel.

—Es superficial. La bala ha salido por el otro lado —me dijo mostrándome el otro orificio. La sangre no paraba de salir—. Ahora me curaré.

Fruncí el ceño e inspeccioné cada resquicio de su piel, asegurándome de que no tenía más heridas. No se había quejado en todo el viaje, incluso me había cogido en brazos…

—Claire. —Me cogió de la cara para que lo mirara—. Estoy bien. Ahora déjame que te limpie.

Cogió gel e hizo espuma con las manos. Luego se frotó con mi cuerpo, lentamente, de una manera tierna. Repasó mi cuerpo, buscando heridas, y cuando veía algún pequeño atisbo del moratón que saldría, su gesto se contraía.

—Has luchado —me dijo, lavándome con esmero las manos.

—Lo intenté. —Me encogí de hombros, sintiendo que la congoja volvía a instalarse en mi garganta.

—Mi valiente *rossa*. —Me dio un beso en cada mano—. ¿Él…?

Me miró de una manera que dejaba claro a qué se refería.

—No. Iba a hacerlo, Leone. Iba a… cuando tú… —balbuceé.

Me cogió la cara con ambas manos y me besó en la frente, dejando sus labios ahí unos segundos.

Siguió lavándome con esa ternura que demostraba de manera esporádica y que conseguía que mi corazón se expandiera en mi pecho. Cuando terminó, me puso el albornoz y me sentó en el váter. Se duchó rápidamente y salió de nuevo conmigo, con una toalla anudada en la cintura.

Me cogió de la mano y me llevó a la cama. Me ayudó a ponerme un camisón y se tumbó a mi lado.

Acarició mi cara, mi cabello mojado, que al día siguiente estaría horrible. Estaba cansada, tanto física como mentalmente, por el temor de que Ruggero cumpliera su amenaza.

Apoyé mi cabeza en su hombro mientras él acariciaba mi piel.

No había nada sexual en sus movimientos, solo ternura, comprensión, adoración… Disfruté ese momento como nunca. Era reconfortante estar otra vez a su lado, notar cómo me cuidaba, sentirme protegida por su presencia hasta tal punto que mitigaba los recuerdos de lo vivido ese día.

Sentí que el corazón me oprimía en el pecho y que la respiración era insuficiente cuando me di cuenta de que amaba a Leone.

¡Lo quería!

Me tensé inconscientemente y él me dio otro beso en la cabeza, creyendo que estaba recordando lo sucedido, cuando simplemente había puesto nombre a lo que sentía por él.

—Estás conmigo, *fiamma mia* —me dijo sin soltarme.

Y cerré los ojos, intentando controlar mi mente, que no paraba de gritar cada vez más alto que me había enamorado de mi marido… mafioso.

44

Cómo soy realmente

Leone

Supe el momento exacto en que Claire se durmió en mis brazos.

Su respiración era un suave murmullo que apaciguaba las ganas que tenía de volver a matar a ese maldito hombre, pero con mis manos.

La estreché más contra mí, como si temiese que me la fueran a quitar de nuevo. Había pasado las peores tres horas de mi vida, y tenía en mi pasado momentos que me habían convertido en el hombre que era.

Me había acostumbrado a ser alguien incapaz de sentir ningún tipo de emoción, independientemente de lo que sucediera, pero eso cambió cuando ella apareció en mi vida… No estaba preparado para sentir la ira, la preocupación, los nervios y el ansia por saber cómo se encontraba cuando supe que Ruggero la tenía a su merced.

Tuve que hacer un esfuerzo titánico para mantener la mente despejada y seguir el puñetero plan, porque sabía que así tendría alguna esperanza de rescatarla. Pero en cuanto entré junto con mis hombres en esa nave industrial, que encontramos gracias a la matrícula del coche en el que se llevaron a Claire, la necesidad de tenerla delante fue creciendo hasta convertirse en una obsesión.

Cuando escuché su grito, sentí como si me hubiesen dado la peor paliza de todas, y mientras avanzaba en dirección a su voz, maté a quien se puso por delante.

No me esperaba verla tumbada en el suelo con ese asqueroso hombre encima.

No pude soportar que él la estuviese tocando.

Me acerqué saboreando la rabia en mi paladar y encaré mi pistola para que el proyectil fuese hacia arriba y a Claire no le pasara nada.

Tres veces disparé.

Tres bastaron para que se desplomase.

Y pude ver la mirada aterrorizada de Claire, que cambió cuando me tuvo delante.

Cuando lo aparté de encima de ella y le vi la polla fuera de los pantalones, temí haber llegado tarde…

Pero había llegado a tiempo.

Menos mal que había impedido que Claire viviese algo así. Era lo último que deseaba para ella, y por eso sabía que debería dejarla marchar cuando todo acabase, aunque eso significara arrancar de mi ser el único atisbo de humanidad que había tenido en los últimos quince años.

La volví a besar en la cabeza y ella me cogió con fuerza, haciendo que mi pecho se expandiese y respirase mejor.

Fiamma mia, la mia rossa, la única mujer que había conseguido lo que pensaba que era imposible para alguien como yo.

***

—Leone.

Abrí los ojos y saqué la pistola que tenía debajo de la almohada. Me relajé al ver a Claire durmiendo a mi lado y escuchar un suave golpeo en la puerta.

—¿Qué pasa?

—Ya lo tenemos. —Era Enzo quien estaba tras la puerta.

—Voy.

—¿Qué pasa? —dijo Claire. En la pálida piel de sus mejillas se podía apreciar sin dificultad el cambio de tono producido por los golpes recibidos. La rabia volvió a palpitar con fuerza en mi cuerpo al ver su piel marcada por ese malnacido.

—Acabamos de atrapar a Rocco.

Claire se tensó y yo la abracé y le di un beso en la frente. Daría mi vida por esta mujer, *cazzo*…

—¿Está aquí?

—Sí, en el sótano. Quiero que estés presente, Claire.

—¿Por qué?

—Porque quiero que veas cómo soy realmente —contesté serio.

Claire titubeó, pero se mostró conforme. Nos levantamos y nos vestimos en silencio. Yo, pensando que ese día acabaría todo, rogaba por que ella estuviera imaginándose una vida sin mí…

Tuve que mover el cuello varias veces, ya que ese último pensamiento me afectaba más de lo que suponía. Lo deseché para otro momento; ahora necesitaba estar lúcido y centrado para poner el punto final a esa guerra de sangre que llevaba planificando desde hacía quince años y que se había convertido, gracias a Claire, en una dulce *vendetta*.

—Ya estoy —me dijo cuando salió del cuarto de baño con su largo cabello pelirrojo entrelazado en una trenza baja.

La cogí de la mano y bajamos hasta el sótano, donde estaba el rey destronado de Canadá.

Enzo estaba esperándome y, al ver a Claire a mi lado, no pudo evitar meter su nariz entrometida.

—¿Qué haces? —me dijo visiblemente preocupado.

Lo que yo decía: había pasado de odiar a mi esposa a tener una especie de instinto protector hacia ella. Mi primo era de extremos…

—Lo que tengo que hacer —dije con rabia, e hice una señal para que los dos hombres que tenía custodiando la puerta tras la cual estaba Rocco se apartaran y la abrieran—. ¿Ya está lo demás ejecutado? —le pregunté a Enzo antes de entrar.

—Todo menos Salvatore —dijo con un hilo de voz, mirando de reojo a mi esposa, que estaba nerviosa a mi lado.

—Buscadlo.

Enzo llamó a uno de nuestros hombres. Yo pasé al interior, con Claire a mi lado.

El rey del narcotráfico, la extorsión y el blanqueo de dinero ahora parecía un anciano decrépito, sin sus esbirros alrededor. Me aproximé a él, dejando a Claire al lado de la puerta, que había cerrado nada más entrar, para quitarle la cinta americana de los labios.

—*Pezzo di merda* —soltó Rocco.

Eran dignos de aplaudir los cojones que tenía ese hombre, que, aun maniatado en una silla en mitad de un sótano, tenía ganas de insultarme y encararse conmigo.

—Solo quedas tú —le dije, cogiéndole la cara para que me mirase a los ojos—. A todos los demás los he matado.

—Eres un *figlio di puttana* —soltó con rabia y los ojos llorosos, combinando ambos idiomas—. Arderás en el infierno.

—Como tú. Tengo una pregunta: después de tantas semanas con esta guerra entre clanes, ¿has averiguado quién soy?

Apretó los labios. No pude evitar carcajearme.

—¿En serio? ¿Y tú eras el rey absoluto de las calles de Canadá? Das pena, Rocco.

—Has matado a mi *famiglia*. ¡A mi *figlio*, a mi esposa, a los míos! —bramó zarandeándose, logrando que su fino cabello canoso se

moviese de manera patética—. Me lo has arrebatado todo. ¡¡Todooooo!!

—Porque tú mataste a mi madre hace quince malditos años —dije lentamente, y sus ojos se achicaron ligeramente, intentando hacer memoria—. Te daré una pista. —Repasé con lentitud el tatuaje que llevaba en el cuello, el que me hice por ella—. ¿No caes en de quién te hablo? —Rocco me miraba, no comprendiendo lo que le decía—. Su nombre era Laura Gallo, ¿te acuerdas ahora de ella?

—¡No! —jadeó sin ocultar su estupefacción. Al menos recordaba su nombre—. No puede ser.

—Cuando yo tenía doce años, la engañaste para que me llevara con ella e intentaste matarnos a los dos. Imagino, por tu cara, que diste por hecho que su hijo murió con ella, ¿verdad? Aunque lo intentaron, no lo consiguieron, y aquí me ves.

—No puedes ser el hijo de Laura Gallo, porque eso significa que… —Se calló y miró hacia donde estaba Claire.

Se había detenido por ella, pero yo necesitaba que mi esposa supiera la verdad, que se enterase de cómo era realmente.

—Que soy tu maldito hijo bastardo. —Él se extrañó de que lo supiese.

De que llevase años sabiendo que mi padre mató a mi madre e intentó matarme a mí.

—Sabes que eres… mi hijo. ¿Por qué no me lo dijiste? Podíamos haber hecho tantas cosas juntos… Tienes esa fuerza de la que tanto me hablaba tu madre, ahora la veo. Eres digno hijo de tu padre. ¡Eres un Corsini!

—No, no te equivoques… Es cierto que tú preñaste a mi madre, pero no por eso eres mi padre. Mi padre era Vito Lombardi, jefe del clan de los Lombardi en Calabria. Un hombre leal hasta la muerte que me contó todo lo que le hiciste pasar a mi madre cuando ella te

contó que se había quedado embarazada. Él le dio refugio, me dio su apellido, como si fuera de su sangre, y nos protegió tanto como pudo. Sin embargo, tú no te contentaste con que ella hubiera rehecho su vida. Y volviste a por nosotros, porque querías quitarte un problema de encima, el que habías intentado resolver cuando aún estaba embarazada, pero que no te salió bien porque nací fuerte, para sorpresa de los médicos. Y, claro, necesitabas finiquitar ese tema, ¿no? Tener una doble vida en Italia debió de pesar bastante cuando tu poder empezaba a aflorar en Canadá, y era mejor deshacerse de lo que no servía, de lo que podría darte problemas en el futuro con tu verdadera esposa, de lo que hiciste estando casado con una pobre muchacha que tuvo la mala suerte de enamorarse de alguien como tú.

—Entiéndeme, era joven y tuve que tomar una decisión cuando me exigió que debía conocerte y si no lo hacía, me delataría. Sabes bien lo importante que es la omertà —soltó rápidamente, refiriéndose al código de silencio y honor que existe en la mafia.

—No me vengas con excusas de mierda.

—No, escúchame, no podía dejar que me descubriera, y yo…

—Dilo —lo animé al ver que titubeaba.

—No quería conocerte.

—Pero a ella le dijiste que sí, y por eso esa mañana, tan temprano que todavía ni había amanecido, salimos de casa en tu busca —dije sacando la pistola y quitándole el seguro.

—¡Leone, hijo!

—Ni se te ocurra llamarme así —gruñí poniéndole la pistola en la cabeza—. No soy tu hijo. Tuve la suerte de tener a un buen padre que me enseñó a ser paciente y esperar el momento oportuno para acabar contigo. Y lo he hecho. Los Corsini ya no existen en Toronto, eres el último que queda.

—No, no… Escúchame. Dame una oportunidad. Podemos hacer grandes cosas juntos…

—Esto va por ti, mamma. —Rocco abrió los ojos y comenzó a negar con la cabeza, sin dejar de decir frases que no me importaban ni quería escuchar.

Me dio igual que me estuviese mirando Rocco, suplicándome por su vida de una manera tan patética que todavía me parecía inverosímil que este hombre hubiera alcanzado tanto poder en ese país.

Era consciente de que Claire acababa de enterarse de la verdadera razón de mi *vendetta*, de que seguía en ese sótano, siendo testigo de cada una de mis palabras y de mis acciones.

Necesitaba que mi esposa viera cómo era yo en realidad, y llevaba soñando con ese momento desde que mi madre murió encima de mí. Al fin podría decir que la había vengado.

Y apreté el gatillo hasta cinco veces seguidas contra su cabeza, descargando toda la rabia que llevaba dentro.

Recordando las últimas imágenes de mi madre.

Reviviendo aquella fatídica mañana en la que todo cambió en mi vida.

Hasta que le reventé el cerebro a Rocco.

Hasta que solo vi el color rojo de su sangre y nada más.

45

Un espejismo

Claire

Me sobresalté con cada uno de los cinco disparos que Leone efectuó sobre la cabeza de Rocco.

Tuve que taparme la boca para que no se me escapase un sollozo cuando escuché quién era en realidad Leone.

Era un Corsini, el hijo bastardo de Rocco.

Las náuseas subían peligrosamente a mi garganta al imaginarme lo que tendría que haber sido para Leone ser testigo de la muerte de su madre y su intento de asesinato. Maldita sea, llevaba quince años pergeñando esta *vendetta* contra su propio padre.

Leone se volvió, con la cara y la camisa salpicadas de sangre, para mirarme. Sus ojos eran otra vez el lago oscuro donde no sucedía nada, y sentí pánico al temer que volviese a su estado frío y controlador de antes.

No me gustaba esa versión de él; prefería al de anoche, el hombre que consiguió rescatarme con tanta ferocidad y después cuidarme con tanto mimo y dedicación, el que consiguió paliar el miedo que había sentido en manos de su… hermano.

Ay, Dios mío…

—Nadie sabe que soy su hijo bastardo, ni siquiera mi primo —me dijo con esa entonación vacía y carente de emociones—. Mi padre lo quiso así. Nunca pudo tener hijos y me trató como si lo fuera, sin importar que nuestra sangre no fuera la misma. Él me contó la

verdad, me apuntó a clases de inglés y me ayudó a confeccionar esta *vendetta* hasta el último día de su vida.

—Leone… —susurré. Él negó con la cabeza y alzó una mano para que no me acercase a él.

—Mi madre era la mujer más buena del mundo, Claire. Jamás había hecho daño a nadie; amaba con todo su ser y era incapaz de matar una mosca. Recuerdo que mi padre siempre la animaba a llevar una pistola en el bolso por si le ocurría algo, pero ella no se atrevía a cogerla, porque le daba miedo. Había vivido en la cuna de la mafia y odiaba la sangre y la violencia. Era muy joven cuando conoció a Rocco. La encandiló de tal manera que ella se obsesionó con él. Cuando se quedó embarazada, este asqueroso le dio tal paliza que no sé cómo pudo llegar a su casa. Ahí, su padre se enteró de la verdad y concertó el matrimonio con Vito Lombardi. Que una joven soltera se quedara embarazada fuera del matrimonio no estaba bien visto ni antes ni ahora en nuestro mundo. Mi padre era muchísimo mayor que ella y, aunque sé que mi madre nunca lo amó, sentía gratitud por todo lo que hizo por ella. Nadie se enteró de que se había casado con mi padre estando preñada de mí, y todo el mundo dio por hecho que era un Lombardi… Sin embargo, mi madre no pudo olvidarse de Rocco, y eso fue su perdición.

—Dios mío, Leone…

—He querido que estuvieses presente porque necesito que veas cómo soy realmente, Claire. Este soy yo —dijo abriendo los brazos para que observara la sangre que lo cubría—. Y nunca cambiaré. Mi modo de vida es este: violencia, sangre, *vendettas*, poder y extorsión. Y ahora que ya lo sabes, puedes irte —dijo sin emoción alguna. Serio, impertérrito, como si haber matado a su padre biológico no le afectase lo más mínimo—. Por favor, dile a Enzo que entre, y espero que me guardes el secreto que se ha desvelado aquí.

Dudé un segundo en abrazarlo, en preguntarle cómo se sintió cuando vivió la muerte de su madre, y cómo estaba ahora que todo había acabado. Pero su gesto, carente de emociones, me dio la pista de que no era el mejor momento. Por eso salí de allí y hablé con su primo.

—Quiere que entres.

Todavía conmocionada por lo que acababa de descubrir, subí las escaleras hasta la planta principal y me quedé quieta, mirando por la ventana, sin ver nada. Simplemente recordando cómo Leone le explicaba a Rocco quién era y por qué razón había hecho lo que había hecho…

Miré a mi alrededor en busca de Steve, el único —sin contar a Leone— con quien había hablado en la casa, pero recordé que el día anterior, por culpa de los Corsini, había muerto tiroteado en la calle.

Un sollozo se me escapó de los labios. Mi visión comenzó a volverse menos nítida por culpa de las lágrimas. Fui a la cocina, esperando encontrar alguna cara amiga, y vi a la cocinera.

—¿Qué ocurre, señora Lombardi? —me preguntó, y yo simplemente la abracé y lloré sobre el cuello de su uniforme negro y blanco.

Al principio se quedó tan rígida que temí haberla incomodado. De una manera nerviosa y sin práctica, me puso la mano en la espalda e intentó consolarme, casi forzada, sin empatía… A lo mejor era lo normal para sobrevivir a ese tipo de vida: mantenerse ajeno a los demás y que nada te afectase.

—Ya, ya… —susurró—. Venga, siéntese, que le voy a preparar un té, ¿vale? Eso siempre anima.

No paraba quieta por la cocina, parecía una polvorilla por cómo se movía. Era menuda y poca cosa, de cabellos muy negros y unos ojos

negros tan grandes que seguro que de joven debió de llamar la atención.

—¿Cómo se llama? —balbuceé, y me miró extrañada de que le preguntara su nombre.

Lo raro era que hubiese tardado tanto en hacerlo… La mujer, al principio, no me miraba, y mucho menos me hablaba.

—Maria Fernanda, pero todos aquí me llaman Maria —dijo haciendo una pequeña mueca que pareció una sonrisilla.

—¿Eres italiana?

—Sí, aunque llevo en Canadá casi toda la vida —comentó nerviosa —. Mis sobrinos trabajan también para el señor Lombardi.

Esperaba que no les hubiese ocurrido nada durante esa guerra entre clanes.

Me colocó tan rápido el té delante que parecía temer que me echara a llorar otra vez entre sus brazos. Me sonrió, señalando la taza para que empezara a beber. Suspiré, sintiendo una enorme pena.

No sabía si se debía a lo que acababa de descubrir o a la mirada vacía que me había echado Leone. Intuía que algo no andaba bien.

***

—Pelirroja —escuché la voz de Enzo y dejé de mirar la tele.

La verdad es que llevaba horas sin darme cuenta de lo que pasaba en la serie que había puesto. Solo estaba pendiente de si veía a Leone pasar por el salón, donde me encontraba, sentada en el sofá y tapada con una fina colcha. Era verano, hacía calor, pero estaba destemplada, como si lo ocurrido me hubiese dejado mal cuerpo.

—Dime.

—Te voy a dar una maravillosa noticia. —Se sentó a mi lado. Yo estaba sin fuerzas. Habían sucedido tantas cosas que no sabía cómo gestionarlas, y lo único que ansiaba era hablar con Leone—. Te vas a Massachusetts a ver a tu madre.

—¿Ahora?

—Sí, ¿a que es increíble? —soltó para animarme, pero no funcionó.

Me pareció muy extraño.

—¿Sola?

—Irá contigo uno de nuestros hombres. Aunque el peligro ya ha terminado, eres una Lombardi y no queremos tentar a la suerte.

—¿Y Leone?

—Leone tiene cosas que hacer en Toronto. —Su expresión cambió ligeramente. Como si estuviese preocupado por su primo. Y, maldita sea, así me encontraba yo.

—Ya. ¿Está tan ocupado que no puede venir a decírmelo?

—Te recuerdo que acaba de terminar con el clan más importante de Canadá —dijo para animarme nuevamente con su tono jocoso de voz.

—¿A qué hora sale el vuelo?

—Tienes una hora para prepararte y te llevaremos al aeropuerto. Ya tienes hecha la reserva en un hotel muy cercano al hospital donde está tu madre.

—Genial —dije con ironía, levantándome del sofá—. ¿Dónde está Leone?

—Te he dicho que está ocupado.

—No me voy a ir sin hablar con él, Enzo. Necesito verlo y hablar con él —dije desesperada. Él negó resignado con la cabeza.

—Ha sido él quien me ha mandado a decírtelo, Claire. Y te aseguro que he intentado que cambiara de opinión…

—No ha querido, ya… Joder, otra vez me está haciendo el vacío —dije cabreada. Enzo se encogió de hombros. Ambos sabíamos que yo tenía razón—. ¡¡LEONE!! —grité—. ¡¡LEONE!!

—No creo que sea buena idea que lo provoques, pelirroja. No sé qué le pasa, también está raro conmigo —me confesó, y cerró un segundo los ojos—. Y debería estar dando saltos de alegría, porque hemos acabado con los Corsini.

No podía decirle que acababa de matar a su padre biológico, y que el día anterior había hecho lo mismo con su hermano.

No podía decirle que necesitaba verlo porque temía que estuviese pasándolo mal, aunque disimulara con ese maldito escudo que siempre se ponía delante para que nadie supiese cómo se sentía.

—¿Qué ocurre?

Nada más escucharlo, su voz provocó que mi cuerpo hormiguease y mis ojos lo buscasen como si fuera agua fresca y yo estuviese sedienta. Sin embargo, su pose, su manera de caminar hacia donde estábamos y su mirada no eran las del hombre del que me había enamorado perdidamente, sino las del capo de la mafia más importante de Canadá.

—¿Por qué quieres que me vaya? —le pregunté. Enzo se retiró sin hacer ruido.

—Querías ver a tu madre y te estoy dando la oportunidad de hacerlo—dijo sin un ápice de emoción.

—¿Por qué no me lo has dicho tú?

—Porque estoy ocupado, Claire, y… —se acercó un poco más a mí — porque no sabía si querías verme después de lo que has presenciado —dijo tan despacio que me invadió un estremecimiento —. Te lo he dicho antes, pero te lo repito por si no te ha quedado claro. Ahora sabes cómo soy realmente, y te puedo asegurar que

nada ni nadie me va a hacer cambiar. Soy esto, Claire. Soy un peligroso mafioso: la sangre, el odio y la violencia rigen mi vida.

—Eres más que eso.

—Vete con tu madre, Claire. Te va a venir bien despejarte y alejarte de esto.

—Es eso lo que quieres, ¿no? Que me aleje de ti…

—Soy un hombre de palabra, aunque a veces se me olvide. —Se dio la vuelta.

—¡Leone! —Él se detuvo y me miró. Nada. No había nada tras sus ojos—. ¿Y ya está? ¿No me vas a decir nada más?

—Que tengas un buen vuelo —dijo, y desapareció sin volver la vista atrás.

Me quedé de nuevo sola, con la triste evidencia de que todo lo que había vivido con él había sido un espejismo.

46

A mi oscura existencia

Leone

Me agarré del borde de la isla de la cocina y me terminé mi quinta copa de *whisky*.

Estaba observando el lugar donde traspasé la delgada línea que me había marcado con Claire, como si quisiera revivirlo una y otra vez.

Martirizándome.

Reviviendo ese momento en el que todo cambió.

Rellené una vez más la copa, sin notar que el alcohol me hiciera efecto. Quería acallar mi mente. Necesitaba dejar de sentir ese dolor punzante en mi pecho y deseaba fervientemente que su recuerdo no me afectase como lo estaba haciendo.

—*Cazzo*, ¿qué haces aquí?

Enzo acababa de entrar y gruñí mientras vaciaba la copa una vez más.

—¿Estás celebrando la victoria sin mí? —Cogió un vaso, se puso un trago, y a mí me rellenó la copa.

—¿Ha llegado al hotel?

—Sí —contestó cortante, demostrándome que no le gustaba que hubiese sacado de casa a Claire sin razón aparente—. Estás así por ella.

No era una pregunta, sino una afirmación rotunda.

No se lo confirmé; era absurdo hacerlo.

Sabía que mi primo no era idiota y se había dado cuenta desde hacía tiempo lo importante que mi esposa era para mí.

—¿Se ha llevado Marco los papeles que te di? —le pregunté, centrándome en lo que sí podía controlar.

Lo demás se escapaba de mis capacidades, y me jodía no poder encerrar los sentimientos que sentía desbordados, vibrando sobre mi piel, ansiosos por explotar.

Enzo se terminó el *whisky* y rellenó ambas copas, sabedor de que lo íbamos a necesitar.

—Sí, y ya se los ha dado. No sé si los habrá abierto. Marco me ha comentado que estaba cansada y que mañana irán a ver a su madre.

—Ya… —Y me terminé la copa sintiendo como el cuerpo se movía sin querer por culpa de los efectos del alcohol.

Me senté en el taburete y me llevé las manos al cuello.

Daría lo que fuera por poder tumbarme a su lado, maldita sea…

—Has ganado, Leone —me recordó Enzo—. Ahora eres el rey indiscutible de Canadá.

Me hizo gracia el apelativo que me había puesto mi primo. Era cierto que ahora quien mandaba en Canadá era yo. Tenía todo el poder en mis manos, no solo de mis negocios —legales e ilegales—, sino de los que tenían los Corsini y que habían pasado a mí al eliminar el clan.

Rellené de nuevo la copa, observando el líquido ámbar moviéndose por el cristal. No había encontrado la paz que pensaba hallar al materializar la *vendetta*. Me sentía aliviado y contento de haber vengado la muerte de mi madre.

Satisfecho de haber cumplido mi palabra.

Nada más.

Mi mente, como si no le bastase con todo lo conseguido, no paraba de recordarme cada momento que había vivido con Claire.

Era la primera vez que había roto mis reglas, que me había dejado llevar por mi instinto sin razonarlo previamente, y no sabía cómo hacer para volver al estado de antes de conocerla.

Antes… solo me importaba una cosa.

Antes… pensaba que mi vida sería así: vacía, violenta, centrada en los negocios y en nada más.

Antes… no quería casarme, y al final acabé enamorándome de mi esposa.

Antes… me hubiese dado igual arrastrarla a mi oscura existencia con tal de no perderla, sin que me importara nada más que mi propio deseo.

Y había estado tan tentado de hacerlo…

Alcé la copa y brindé con Enzo porque había conseguido ir en contra de lo que quería, y luego me la acabé de golpe. Mi primo, por supuesto, me miró sin entender nada y, sinceramente, yo tampoco lograba comprenderme en ese momento.

—Tenemos que encontrar el mejor aliado para ofrecerle el tráfico de drogas; claro está, con un beneficio que nos tendrá que dar con cada transacción. Paso de llevar ese tema, pero no lo voy a regalar. Tienen que saber quién manda ahora aquí —comenté, centrándome en el negocio.

Ese tema era fácil de llevar: el dinero, las alianzas, el poder y el miedo que me tendrían si a alguien se le ocurría sacar el pie del tiesto.

—Estás enamorado de ella —soltó como si no me hubiese escuchado.

Parecía que cada uno hablábamos de un tema, entrelazándose de una manera caótica.

Otra vez, mi primo no me preguntó, sino que afirmó algo que acababa de suponer o de ver, no lo sabía. Eso no evitó que me riera por la nariz mientras rellenaba de nuevo la copa.

Cazzo…, me estaba quedando sin *whisky*.

—Leone —me llamó al ver que ni siquiera hacía el amago de responderle y solo bebía para calmar el vacío que sentía en mi interior.

—No voy a hablar de estas mierdas contigo, Enzo —espeté, echándole una mirada de advertencia—. ¿Habéis encontrado ya a Salvatore? —pregunté, reconduciendo la conversación a un tema mucho más sencillo que mis malditos sentimientos.

—Aún no.

—*Cazzo*… —maldije, porque no me gustaba no saber su paradero, sobre todo ahora que no tenía a Claire bajo mi techo.

Era la única persona del clan Corsini que no habíamos capturado o matado. Estaba desaparecido y no lo encontrábamos por ninguna parte.

—Soy tu primo —dijo ofendido—. ¡Te conozco, maldita sea! Hemos vivido todas nuestras mierdas juntos. Cuando te he necesitado, has estado ahí; deja que esté ahora a tu lado para ayudarte.

Resoplé porque siguiera empeñado en que hablara con él…

—Vete a la mierda. Al principio estabas en contra de Claire, y porque demostró lo valiente que es, ¿ahora te has convertido en su aliado?

—Me equivoqué con ella, ¿vale? He descubierto que es una buena mujer que ha llorado la pérdida de sus escoltas como si fueran su familia y que ha peleado con garra para no acabar con los Corsini. Por eso, sabiendo lo increíble que es esa pelirroja, no entiendo qué

haces aquí emborrachándote cuando estás enamorado de ella —soltó con rabia.

—Enamorado… —repetí, notando que la acidez al pronunciar esa palabra se arrastraba por mi lengua.

Se me quedaba corta la definición de ese término si pensaba en Claire. Era algo mucho más grande, más contundente, algo imparable, como el fuego en un bosque reseco en un día de mucho viento, que se extendía sin freno y lo arrasaba todo.

Así me sentía yo.

Ardía por ella con tanta virulencia que había descongelado cada parte inutilizada de mi ser.

Y ahora lo sentía todo con tanta fuerza que me ahogaba.

—¿Por qué la has alejado de ti si la quieres? —volvió a la carga.

El alcohol me estaba abotargando y no podía pensar bien. Mi primo no paraba con el temita, al que mi mente no dejaba de dar vueltas una y otra vez.

—Buena pregunta, y cuando sepas la respuesta, me la cuentas —resoplé con ironía, notando que la lengua me pesaba más y la visión comenzaba a ser menos nítida.

—Maldita sea, Leone. Deberías estar contento de todo lo que has conseguido. Tu padre estaría ahora mismo tan feliz de que hayas honrado la muerte de tu madre.

—Mi madre… *Cazzo*. La pobre se enamoró de la persona equivocada.

—¿Por eso la has alejado de ti? Es cierto que tu madre se enamoró de un monstruo, que se obsesionó tanto con ella porque se casó con tu padre, que la mató. Pero ¡tú no eres Rocco Corsini!

—No hace falta que me lo digas, ya lo sé. No me parezco en nada a ese malnacido. ¡En nada!

—¿Entonces?

—¿Qué quieres que te diga? —Me rellené de nuevo la copa y me la terminé bajo la intensa mirada de mi primo—. Nunca me ha interesado una mujer de esa manera y tú lo sabes, primo. No quería más problemas de los que ya tenía y necesitaba tener mi libertad intacta para proceder con mi *vendetta*. Claire tiene algo que me atrajo sin remedio, y no solo fue su belleza… Es cierto que me acerqué a ella porque los Corsini estaban pendientes de cada uno de sus movimientos, y tenía curiosidad por saber quién era. Ahí cometí un error, Enzo. La subestimé, pensé que sería como todas las demás hijas nacidas en la mafia, y cuando descubrí su fuerza, su valentía y su capacidad de lucha en los peores momentos, caí a sus pies sin darme cuenta.

—¿Ella lo sabe?

—No.

—¿El sentimiento es recíproco?

—Espero que no.

—¿Por qué? ¡La amas, Leone! Todo capo necesita una esposa que le dé un poco de paz y sentido a esta vida tan peligrosa. Y tú ya estás casado con ella, ¿por qué la alejas de ti?

—No la he alejado, solo le he dado la oportunidad de elegir por sí misma. Si me quiere, volverá; y si no… —Me encogí de hombros, fingiendo que no me importaba si ella decidía no volver, pero eso era precisamente lo que me había llevado hasta ahí esa noche. La posibilidad de que jamás volviera a tenerla entre mis brazos.

—¿Por qué lo has hecho? ¡¡Ella no quería marcharse, Leone!! No puedo decirte lo que siente, pero os he visto juntos y… parecíais felices.

—No quiero hablar más del tema, Enzo. Me voy a dormir —dije mirando la botella vacía e intentando levantarme del taburete.

Casi me caí. Mi primo estuvo atento para cogerme. Me llevó a la cama, donde hundí mi nariz en la almohada de Claire para disfrutar de su dulce aroma.

Pensando en ella.

En la mujer que se había colado en mi corazón en desuso.

***

Claire

Di una vuelta a la *suite* donde me hospedaba.

Estaba en el hotel Westin Waltham Boston, a unos quince minutos en coche del hospital donde estaba ingresada mi madre, en la localidad de Belmont. Era una habitación enorme con saloncito y vistas al lago —aunque no podía ver nada por la oscuridad, estaba deseando despertarme con esas vistas—, amplia, bonita y solitaria. Marco, el escolta que había venido conmigo, tenía una habitación justo al lado, por si necesitaba algo, y debía indicarle cada uno de mis movimientos para que me acompañara. Era italiano, callado, profesional y tirando a estirado. Intenté hablar con él durante el vuelo, incluso cuando cogió el coche alquilado para traernos hasta aquí, pero a la quinta vez que obtuve el silencio, me di cuenta de que no quería salirse de su papel de escolta. No obstante, antes de dejarme sola en mi habitación, me dio un sobre blanco, recalcándome que se lo había dado el señor Lombardi para mí.

Esperé a que se fuera y, con el sobre cerrado en la mano, me senté en el sofá.

Dudé un instante si abrirlo o no.

Una parte de mí, la más optimista y fantasiosa, pensaba que sería una carta de amor. La otra, la más racional, se reía a carcajadas al

pensar que Leone Lombardi, el capo más fiero y sanguinario de la mafia, fuera capaz de hablar de amor y sentimientos, y mucho menos por carta.

Al final, la curiosidad ganó y abrí el sobre.

Por supuesto, no era una declaración de amor, sino una solicitud de divorcio, previamente firmada por Leone.

La sangre abandonó mi rostro.

Mi cuerpo temblaba.

Y de mis ojos se derramaron unas lágrimas de impotencia.

Leone quería divorciarse de mí…

«Cuando mi *vendetta* se acabe, te daré una salida para que vuelvas a retomar tu vida como si yo no hubiese intervenido nunca. Como si jamás me hubieses conocido», me había dicho hacía tanto tiempo que sentía que había pasado una vida.

Me llevé la mano a los labios para frenar un sollozo, y sentí como si todo lo que había vivido esas últimas semanas no fuera real.

47

Más que físico

Claire

—Aunque esté más despierta y creas que está bien, tu madre aún necesita mucho tiempo para volver a ser la que era. Lo que se tomó la ha dejado muy tocada. Gracias a la nueva medicación hemos revertido un poco el efecto; sin embargo, a veces su sentido de la realidad falla y duda de si algo ha ocurrido o no. Ten paciencia, Claire, e intenta no sobrecargarla de estímulos. Habla con ella de temas tranquilos o recuerdos que sepas que a ella le gustaría escuchar, nada que pueda alterarla —me dijo la enfermera que me acompañó hasta la habitación de mi madre—. Es aquí. Luego vendré a darle la medicación. Seguro que le hará ilusión verte.

—Gracias. ¿Me puedes decir tu nombre?

—Claro, soy Charlotte. Desde que trasladamos a tu madre a esta nueva habitación, soy su enfermera.

—Un gusto conocerte, Charlotte. Gracias por todo.

Cogí el pomo de la puerta donde estaba mi madre. Mis ojos se fueron a la alianza que me puso Leone y que todavía no me había quitado. Parecía que había pasado mucho tiempo desde el día en que me obligó a casarme con él, y ahora iba a hacer lo mismo, pero con el divorcio…

Sentí la congoja en mi garganta y quise apartarla: ya había llorado la noche anterior por esa noticia que no me esperaba. Además, no quería que las lágrimas estropearan el maquillaje que me había

aplicado para ocultar las bofetadas que me dio Ruggero. Cogí aire y abrí la puerta. Marco se quedó fuera hablando con un hombre de nuestro clan que estaba allí para velar por la seguridad de mi madre. Leone había cumplido su palabra y la había protegido, como prometió que haría.

La habitación donde estaba mi madre era bastante grande y tenía un gran ventanal por donde entraba la luz natural. Sonreí al verla sentada en un sillón mientras escribía en un cuaderno. Su cabello rubio estaba recogido en una coleta baja, su rostro sereno estaba ligeramente inclinado hacia abajo, y su mano se deslizaba con precisión por el papel. No parecía la misma mujer que dejé en el hospital hacía más de siete semanas. Un sentimiento de dicha estalló en mi interior.

Carraspeé para atraer su atención. Ella alzó la cabeza y le cambió el rostro en cuanto me vio.

—¡Claire!

Se levantó del sillón y nos fundimos en un abrazo que me supo a gloria.

Cuánto la había echado de menos.

—Qué bien te veo, mamá —dije cogiéndola de los hombros para observar el cambio que había dado.

Estaba más animada, había recuperado peso, tenía mejor color de cara y su mirada no estaba turbia o perdida. Parecía centrada. Parecía otra vez mi madre, la que todavía recordaba y que llevaba tantos años oculta.

—Me siento bien, cariño. La medicación, el ejercicio y los paseos al aire libre me están viniendo muy bien. Pero mírate, estás preciosa. ¿Qué tal en tu nuevo trabajo?

Me encogí de hombros, hice una mueca y volví a abrazarla. Necesitaba el contacto humano. Necesitaba a mi madre como nunca,

aunque sabía que todavía no era el momento. La enfermera me lo había recalcado y no quería alterar su mejoría contándole mis cosas. Ya habría tiempo, seguro, para afrontar esa conversación.

—¿Estás bien?

—Sí, solo te echaba mucho de menos. —Fuimos a un sofá para sentarnos—. Pues el trabajo bien, mamá. Parece que a mi jefe le estoy empezando a caer mejor, y me ha dado unos días para venir a verte.

—Seguro que no es tan malo como dices —dijo con una sonrisa—. ¿Has llorado? Tienes los ojos hinchados.

Intenté capear una punzada en el pecho que me doblegaba. Mi madre se daba cuenta de cómo estaba; llevaba tantos años sin que ella se fijara en mí…

—Por la emoción de volver a verte. Mírate, ¡si llevas las uñas pintadas!

—A Lisa le gusta pintarme las uñas o cambiarme el peinado, y yo le dejo hacer. —Se encogió de hombros con timidez.

—¿Quién es Lisa?

—La enfermera que viene por las noches a hacerme compañía, y hablamos mucho. A veces me quedo dormida mientras conversamos…

—Qué bien. Me alegro de que te traten bien en el hospital —dije entrelazando mi mano con la de ella.

***

Al día siguiente volví al hospital, aunque había estado prácticamente hasta la tarde con ella. Tampoco tenía mejor cosa que hacer y me gustaba ver su progreso, que sonreía más y estaba más animada. Escuchar que hablaba sin que las frases estuviesen llenas de

incoherencias. Ver sus ojos, tan parecidos a los míos, con un ligero brillo que prácticamente ni recordaba. Me contó que le habían recomendado escribir cualquier pensamiento o preocupación que tuviera y me confesó que plasmarlo sobre el papel lo hacía más real y, por lo tanto, factible de solucionar.

Mientras caminábamos por el jardín del hospital, con su brazo sobre el mío y el sol calentando nuestra piel, pensé cómo habría sido mi vida si mi padre no hubiese interferido en la salud mental de mi madre.

Seguramente yo hubiese seguido estudiando. A lo mejor me hubiese decantado por psicología, o tal vez medicina.

Posiblemente nos hubiésemos quedado en un lugar de forma continua, hubiese hecho amigos, hubiese salido, me hubiera divertido y habría sido una adolescente normal.

Por supuesto, no hubiese vuelto a Canadá nunca.

No habría conocido a Ruggero, no hubiese sentido la repulsión cada vez que se acercaba a mí, y tampoco hubiese sabido a qué se dedicaban los Corsini.

Pero tampoco me hubiese encontrado con Leone…

No habría experimentado el deseo más ferviente, ni tampoco me hubiese sentido arropada, protegida, cuidada y amada del modo que había tenido la suerte de conocer.

Quizá no me hubiese enamorado nunca.

Sabía que era demasiado rotundo decirlo, cuando todavía era joven y podía encontrar a más hombres, pero ya había coincidido con muchos y ninguno me había atraído como Leone.

Era más que físico.

Era la conexión de dos almas que habían aprendido a ser fuertes a una temprana edad.

Él era como era por todo lo que había vivido después del asesinato de su madre. Y yo también era así por haber cuidado a mi madre desde niña.

Éramos dos personas rotas que juntas nos sentíamos comprendidas y enteras.

Lo cierto era que me sentía bien al lado de Leone de una manera que jamás había experimentado, y pensar en la posibilidad de no volver a vivirlo me incomodó y frustró a partes iguales.

Quería vislumbrar más de ese hombre que se escondía tras su impertérrito escudo. Quería sentir sus brazos a mi alrededor. Su boca sobre la mía. Y, sobre todo, quería que me amara…

—Estás muy callada hoy —me dijo mi madre, sacándome de mis pensamientos, mientras me apretaba con cariño el brazo.

—Estoy disfrutando del buen tiempo.

—Me encanta el calor. —Cerró los ojos para que el sol le diese en la cara.

Siempre había sido así; ahora la entendí. El frío le recordaba a mi padre, y ella quería escapar de cualquier cosa relacionada con él. Me hubiera gustado preguntarle qué fue lo que le hizo para que ella decidiera huir de Canadá conmigo, pero todavía no era el momento.

—¿Anoche fue a verte Lisa? —le pregunté al ver que el esmalte era de otro color al del día anterior.

—Sí. Quiere conocerte, y me pidió que te dijera que te quedaras esta noche para conversar las tres juntas.

—A mí también me gustaría. Y claro que me quedaré. Tengo ganas de hablar con ella y de que me enseñe esos esmaltes tan bonitos que usa para pintarte las uñas.

—¿Sí? ¡Qué bien, cariño!

Recorrimos un par de veces el jardín, hasta que mi madre me pidió volver a la habitación, porque estaba cansada. La dejé

tumbada en la cama y me fui, no sin antes prometerle que volvería después de almorzar. Dudaba de si se habría enterado de lo que le había dicho, porque ya se le estaban cerrando los ojos por el cansancio.

Salí de su dormitorio y me detuve delante del hombre que velaba por mi madre.

—¿Siempre estás tú aquí, o cambias el turno con algún compañero?

—Estoy solo hasta que llega la noche, señora Lombardi.

—Entonces, ¿por la noche se queda sola?

—Exacto. Por la noche, la seguridad propia del hospital es suficiente para velar por ella, porque las puertas se cierran a una hora determinada.

—De acuerdo. Gracias.

Me dirigí a la salida con Marco pisándome los talones. Me detuve al ver a Charlotte.

—Hola. Te quería hacer una pregunta: ¿a qué hora viene Lisa a ver a mi madre? Me habla tan bien de ella que estoy deseando conocerla.

—¿Lisa?

—Sí. Me ha dicho que es la enfermera que viene por las noches a hacerle compañía.

—Siento decirte que eso es imposible… Es cierto que Lisa fue su anterior enfermera, antes de que la trasladaran a esta sección, donde nos encargamos una compañera y yo de ella, pero ya no trabaja en el hospital, y tampoco viene por las noches a verla.

—¿En serio? —dudé, mirando el pasillo donde se encontraba mi madre y al escolta que me había asegurado que por las noches el hospital era seguro.

—Ya te dije que tu madre puede tener inseguridades sobre la realidad de las cosas, y seguramente dé por hecho algo que no ha existido —dijo apretándome el brazo para darme ánimos. Luego hizo un gesto a alguien que estaba detrás de mí—. Lo siento, me están esperando.

—Gracias.

Salí de allí con una extraña sensación latiendo en mi cuerpo. Puede que esa tal Lisa fuera una invención de mi madre, pero ¿quién le pintaba las uñas?

—Señora Lombardi —me habló Marco, y lo miré extrañada, porque era raro que él empezara una conversación. A decir verdad, siempre era yo quien hablaba primero, y él simplemente me contestaba con monosílabos o movía la cabeza—. El señor me ha preguntado si ha firmado los papeles que le di.

Alcé las cejas, me encogí de hombros y no dije nada.

Todavía no sabía qué iba a hacer al respecto. Me había fastidiado mucho que me los hubiese dado alguien que no fuera él, y que ahora me preguntara —utilizando para ello a la misma persona— hacía que ese cabreo que había aplazado al ver a mi madre resurgiera con más fuerza.

Había estado tentada de llamar a Leone o mandarle un mensaje, pero había conseguido frenar ese impulso para pensarlo fríamente. Sabía que mi madre, si no estuviese todavía convaleciente, me hubiera recomendado precisamente eso. Valorar pros y contras. Imaginar cómo sería mi futuro con él y sin él… Aunque sabía que podría reconducir mi vida, encontrar trabajo en Massachusetts o donde fuera, incluso encontrar de nuevo el amor, nada podía ser comparable a lo que sentía por Leone.

Me había enamorado hasta las trancas de mi marido, y lo peor era que había intentado frenar ese sentimiento en más de una ocasión.

Leone Lombardi era frío, calculador, y un controlador de manual. Era despiadado con sus enemigos y un sanguinario sin remordimientos. Me había confesado en más de una ocasión que su vida era esa y que jamás renunciaría a ella. Sin embargo, conmigo se había portado bien, ayudándome a escapar de un matrimonio que me hubiese destrozado por completo. Dándome espacio, sin obligarme nunca a nada. Me había cuidado y protegido, y siempre había cumplido su palabra.

No quería divorciarme de él, pero tampoco podía obligarlo a seguir casado conmigo si no quería. Ni siquiera habíamos hablado de amor, o de lo que fuera que tuviésemos, y, sin embargo, ahí seguía yo, loca por él, aunque me había echado de su lado y me estaba pidiendo el divorcio.

48

El silencio

Claire

Estaba sentada en el sillón; mi madre dormía en su cama.

Era tarde, tanto que no paraba de bostezar, y, aunque Marco no había abierto la boca para quejarse de llevar tantas horas allí metidos, me daba un poco de pena que estuviese esperando solo fuera, porque su compañero ya se había marchado. Me levanté y me acerqué a la puerta. Enseguida se puso recto, como si lo hubiese pillado en un momento de debilidad.

—¿Has cenado algo?

—No.

—Voy a quedarme bastante rato hoy con mi madre. Ve a la cafetería del hospital y tómate algo. Te prometo que seguiré aquí cuando vuelvas.

—Estoy trabajando, y las órdenes…

—Soy la señora Lombardi, ¿no? —Tragó saliva—. Y te ordeno que cenes. Corre, antes de que llame a Leone para avisarle de que no me haces caso.

Dudó bastante, tanto que pensé que sería capaz de llamarlo él mismo para corroborar que yo podía darle órdenes. Supuse que el hambre ganó la batalla y mi callado escolta asintió.

—Si me necesita, tiene mi número de teléfono y vendré corriendo.

—Lo sé, tranquilo. Hoy me espera una noche larga viendo dormir a mi madre.

No entré en la habitación hasta que vi que se alejaba. Veía exagerado que ese hombre no se apartara de mi lado en todo el día, cuando lo único que hacía era ir del hotel al hospital y vuelta a empezar. No comprendía a Leone: si la guerra entre clanes había acabado, ¿qué hacía yo con un escolta las veinticuatro horas del día?

Suspiré, ocupé el sillón de antes y miré la hora en mi teléfono móvil. Iba a ser una noche larga, pero no me movería de allí hasta comprobar si esa tal Lisa era real o no.

***

Abrí los ojos, somnolienta, al escuchar un ruido parecido a un golpe. Miré la puerta cerrada, a mi madre, que seguía durmiendo, y la hora. Seguramente sería Marco, avisándome de esa manera que ya había vuelto a su puesto después de más de una hora desde que le ordené marcharse.

Me estiré para despejarme. Desde que había llegado a Massachusetts no había podido dormir bien. Las pesadillas me acechaban, y dormir de nuevo sola me hacía dar más vueltas de las necesarias en la cama.

El pomo de la puerta giró lentamente. Centré toda mi atención en quién estaría detrás. Rogaba que esa tal Lisa existiera, y a la vez que no. Era muy incongruente, lo sabía, pero ambas alternativas me parecían extrañas…

Una mujer morena, joven y menuda, un poco mayor que yo, apareció tras la puerta. Me sonrió, yo le devolví el gesto. Se me congeló de golpe cuando vi quién venía detrás de ella.

No podía ser.

Me levanté de un salto y me acerqué instintivamente a mi madre, que seguía durmiendo, ajena a todo. Cogí el móvil y llamé a mi

escolta. No me lo cogió, y eso sí era raro.

—¡¡MARCOOO!! —grité, aferrándome a la idea de que estuviese escondido para entrar y salvarnos de la situación.

Mi padre negó con la cabeza, mostrando una ponzoñosa sonrisa y cerrando la puerta tras él.

—No te esfuerces, querida, ese hombre no te va a poder ayudar —comentó sereno. La mujer que lo acompañaba se rio divertida.

—No, no, no… —balbuceó mi madre, que se había despertado seguramente por mi culpa y miraba horrorizada al causante de su estado mental.

—Bianca —le dijo la mujer—, ¿te gusta la sorpresa que te he preparado?

—Lisa, no…

Parecía que todo para ella era un chiste.

—Al fin nos hemos reunido toda la familia —dijo mi padre acercándose a nosotras, y centró su atención en mi madre—. Bianca, todavía sigues igual de bella que cuando te conocí. —Mamá se encogió. acurrucándose contra el cabecero. Le tenía auténtico temor—. ¿Qué voy a hacer contigo? —dijo refiriéndose a mí—. Solo tenías una cosa que hacer. ¡Solo una! Y lo has estropeado todo, joder. ¡Todo!

Sacó una pistola del interior de su americana. Mi madre sollozó, Lisa se rio, y yo me puse muy tensa, porque no sabía lo que pretendía mi padre apareciendo allí.

—¿Yo lo he estropeado? Has sido tú y tu avaricia. Nos has jodido la vida tanto a mí como a mamá, maldita sea —gruñí con rabia—. Ojalá te pudras en el infierno como los Corsini.

—Desagradecida… Has sido una hija muy desobediente, Claire. —Volvió a la carga, acercándose a mí—. Lo tenía todo ya en las manos, ¡joder! Poder, riquezas y un estatus para ser alguien mucho

más importante de lo que soy, y ahora no tengo nada. Solo una mujer desagradecida y una hija idiota —añadió sin dejar de apuntarme—. Lombardi me lo ha quitado todo y yo le voy a arrebatar a la única persona que ha protegido desde el principio.

—¡No! —gritó mi madre abalanzándose sobre él.

Aproveché que el arma había dejado de apuntarme y que su atención estaba puesta en mi madre para desarmarlo con un golpe. Pero no contaba con Lisa, que acababa de sacar una jeringuilla y la acercaba al cuello de mi madre.

—Yo no lo haría —canturreó esa mujer despiadada mientras yo agarraba con fuerza el arma que le había quitado a mi padre.

Miré a mi madre, que seguía cogida de su macabro marido para alejarlo de mí. Él se incorporó y, cuando Lisa apartó la jeringuilla del cuello de mi madre, le dio un bofetón que la dejó tendida en la cama. Luego se recolocó bien la ropa y me habló:

—Dame la pistola, Claire.

—Dile a esa mujer que no le toque un pelo a mi madre —pedí a mi padre, apuntándole.

Mi padre sonrió arrogante, negando con la cabeza; no creía que fuera capaz de dispararle.

No me esperaba que se abalanzara sobre mí, me cogiera la mano con la que sostenía el arma y forcejeara conmigo. Intenté con todas mis fuerzas que no me la quitara, pero estaba pendiente también de mi madre y de esa mujer que quería inyectarle algo.

—Corre, Claire —dijo mi madre.

La miré de reojo y vi que mordía el brazo de Lisa y que esta aullaba por el dolor. Ayudándome de mi cuerpo, me zafé de mi padre, que me arrebató la pistola. Corrí hasta la puerta, la abrí y me estampé con un fornido y cálido pecho que rodeó con sus manos mi espalda.

Todo pasó demasiado deprisa, como ráfagas de información.

De tensión.

De miedo.

Sobre todo de incertidumbre, porque no sabía qué ocurriría.

—¡¡Tú!! —bramó mi padre desquiciado.

—Nooooo —chilló mi madre.

Me dio la vuelta, protegiéndome con su enorme y cálido cuerpo, y se hizo el caos en la habitación.

Los disparos.

El olor a pólvora.

La incertidumbre.

Y de repente el silencio.

Alcé la cara hacia él, que todavía estaba concentrado en lo que sucedía allí dentro, y luego, lentamente, sus ojos me encontraron mirándolo.

—*Fiamma mia* —susurró, y vi que su cuerpo se tambaleaba.

Su abdomen había sido alcanzado por una bala y sangraba mucho.

—No, no, no… —dije cogiéndolo—. No te permito que me dejes, Leone.

—*Cazzo*… —escuché a mi espalda. Enzo tenía una pistola en alto.

—Llama a un médico ya —le pedí. Las lágrimas me impedían ver bien.

—Esto es un maldito psiquiátrico. Nos tenemos que ir ya, pelirroja —soltó con urgencia, mirándome con tanta seriedad que sabía que tenía razón.

—Entonces iremos con vosotros —dije con garra.

—Date prisa, *cazzo* —gruñó Enzo, cogiendo a su primo para que no se cayera al suelo.

Miré a mi madre, que nos observaba desde la cama. A su lado estaban Lisa y mi padre, muertos. No sentí pena de verlo desangrándose en el suelo, y pondría la mano en el fuego porque mi madre sentía lo mismo. Ella lo miraba como si acabaran de quitarle un peso de encima. Llevaba años temiendo a ese hombre, y ya no le podría hacer daño.

Leone me deslizaba su áspera mano por el rostro.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó mi madre. No me volví para verla, solo tenía ojos para él, que me miraba de una manera tan intensa que no había rastro de ningún escudo de por medio.

—Mi marido —contesté, taponando la herida con mi mano y rogando que se pusiera bien—. Vamos, mamá. Ponte las zapatillas, que nos largamos de aquí.

49

Me sobrestimas

Claire

No sabía dónde estábamos. Habíamos podido salir del hospital sin cruzarnos con ningún sanitario ni con ningún miembro de seguridad. Había visto a varios hombres del clan de mi marido, quienes seguramente estarían limpiando la escena e incluso sobornando al personal para que no abriesen la boca. La verdad era que desconocía cómo trataban esos temas, pero lo que tenía claro era que preferían hacerlo alejados del foco de atención pública.

Llegamos a una casa. Enzo se llevó a Leone a una habitación y me ordenó que esperara en el salón con mi madre. Me preocupaba la herida en el abdomen de Leone. No podía quedarme sentada, y paseaba arriba y abajo. Mi madre me miraba desde el sofá.

—Quiero que me cuentes la verdad —dijo serena.

—La enfermera me dijo que no te alterara.

—Acabo de vivir un tiroteo, y he visto a tu padre morir a escasos centímetros. Te aseguro que lo que me cuentes no me alterará más de lo que ya estoy.

—Mamá… —sollocé, sentándome a su lado.

Mi madre me cogió la mano y las palabras se me escaparon sin mi permiso. Se lo conté todo.

Cada parte.

Cada acción.

Cada momento vivido por culpa de mi padre.

Mi madre me escuchó pacientemente, tensándose a medida que avanzaba con mi relato. Luego se relajó cuando supo que Leone —el hombre que había irrumpido sin aviso en su habitación— me había salvado de un matrimonio que me hubiese dañado física y mentalmente. Le conté también el final de los Corsini, incluso lo que había hecho mi padre para conseguir que yo volviese a Canadá.

Ella solo me escuchaba. Asentía. Se horrorizaba.

Se le escaparon algunas lágrimas.

Me apretaba la mano para darme ánimo y que siguiera contándole.

No me soltó la mano en ningún momento. Incluso le conté lo de los papeles del divorcio.

Desahogándome por fin, y liberando la congoja que me asolaba.

—Ese hombre te ha protegido con su cuerpo, cariño —me recordó —. Dudo que desee realmente divorciarse de ti.

—Entonces, ¿por qué me los ha dado?

—Eso es algo que tendrás que preguntarle a él… —Suspiró—. Lo único que he visto es a un hombre dispuesto a interponerse entre una bala y tú. Tal vez quiera darte la libertad de decisión, lo que no te dio cuando te obligó a casarte con él.

—¿Tú crees? —Me mordisqueé el labio inferior.

—Cariño… No lo conozco, y sé que va a sonar contradictorio lo que te voy a decir, porque nos ha salvado de tu padre hace un momento y se ha llevado una bala por nuestra culpa. Un hombre cuya vida gira en torno a la violencia no es un buen partido.

Suspiré mirándome la alianza. Un pinchazo en el pecho me dificultaba respirar.

—Sé que su modo de vida no es el mejor, pero nunca me ha mentido sobre eso. Nunca me ha prometido que lo dejará, al contrario…

—Lo quieres.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque te he mentido y he faltado a mis promesas. No solo llamando en contra de tu voluntad a papá, o yendo a Canadá cuando me advertiste que no fuera; encima me he enamorado del rey de los chicos malos…

—El amor ciego no es el mejor de todos. Sé que es el más vibrante, el más excitante y el que te hace sentir especial, pero te aseguro que, a la larga, hace que te arrepientas de tomar ciertas decisiones. No quiero que te pase eso, cariño. No quiero que después de un tiempo maldigas no haber firmado esos papeles y haberte alejado de ese estilo de vida que solo te traerá preocupaciones o la muerte. Te hablo de esta manera porque mi experiencia fue mala, y todavía hoy acarreo las consecuencias porque me enamoré del hombre equivocado… Es posible que ese Leone no sea como tu padre, que podáis tener una vida «normal», entre comillas, y que puedas encontrar la felicidad a su lado. Solo te pido que lo pienses detenidamente y que no te dejes llevar por las emociones. Te recuerdo que es muy difícil escapar de la mafia…

—Lo sé, mamá. El problema es que no me he enamorado ciegamente de él. Siempre he sabido quién era, y yo misma me prohibía sentirme atraída por él. Pero a medida que lo conocía y descubría aspectos nuevos, me gustaba más y más, hasta que fue demasiado tarde. Lo quiero, mamá. Con sus partes buenas y malas, y solo pensar en que lo puedo perder, el corazón se me encoge en el pecho.

—Entonces díselo, cariño. Dile lo que sientes. Me temo que en su modo de vida no existen las palabras bonitas y románticas. Abre tu

corazón y habla con sinceridad con él. —Me sonrió y le devolví el gesto con cariño.

—Mamá… —dudé un segundo, pero al final me atreví a formular la pregunta que ansiaba hacerle—. ¿Qué te hizo papá para que quisieras huir de su lado?

—Siempre fue un hombre egoísta que me amaba a medias y me exigía más que nadie. Nuestra relación fue turbulenta y tóxica. No me permitía hablar con otros hombres. No quería que me vistiera de cierta manera si él no estaba cerca. Quería controlar cada aspecto de mi vida con lupa… Cuando empezó con esos negocios fraudulentos, su comportamiento fue a peor. Volvía a casa más violento, irascible, como si todo lo que le sucedía fuera por mi culpa o la tuya… Ese día en el que huimos, me pegó y me amenazó con matarme si no cerraba la boca, porque a él le apetecía practicar sexo y a mí no. Me forzó a mantener relaciones sexuales. Fue brusco. Nunca había sido así. Me hizo daño deliberadamente, como si disfrutara con ello. Me pegó otra vez mientras lo hacíamos, porque no podía parar de llorar, y hasta que no acabó no me dejó marcharme… Fue horrible. Jamás me había sentido así, y no quería volver a vivirlo. Decidí marcharme esa misma noche, mientras él dormía, y escaparnos lo más lejos posible. Nunca lo conseguí. Siempre me encontraba de una manera u otra, me amenazaba, temía por mi vida constantemente.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Eras pequeña y no sabía cómo decírtelo. Tú tenías a tu padre en un pedestal, cariño. Pero yo había averiguado su lado más oscuro…

—Siento que hayas tenido que vivir eso sola, mamá.

—Y yo siento no habértelo contado, cariño. —Nos fundimos en un fuerte abrazo.

—Pelirroja —dijo Enzo, que acababa de entrar en el salón—, quiere verte.

—¿Está bien?

—Claro. No es la primera vez que le han disparado, pero sí la primera que ha recibido una bala protegiendo a una mujer.

—¿Cómo sabía que mi padre había ido al hospital? —Enzo se encogió de hombros.

—Marco le informaba casi cada hora de todos tus movimientos, y cuando le comentó que estabas preocupada porque tu madre veía a una enfermera que, en principio, no debería estar allí, ató cabos y nos vinimos corriendo para aquí. Llevábamos detrás de tu padre días, y no conseguíamos encontrarlo. El muy *stronzo* sabía cómo ocultar su rastro muy bien.

—Marco… ¿está bien?

—En este oficio no hay que encariñarse con nadie, pelirroja… —dijo, dándome a entender que mi padre lo había matado. Sentí un regusto amargo en mi boca—. Aunque a veces es inevitable.

—¿Sabes que me ha pedido que me divorcie de él? —solté, temerosa de que, cuando entrara a verlo, me instara a firmar algo que no quería.

—Sí… Pero quiero que sepas una cosa, Claire. Leone ha matado a cada persona que ha osado tocarte o amenazarte.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Tú eres su esposa, lo sabrás mejor que yo, ¿no? —dijo guiñándome un ojo.

Sentí un pequeño aleteo de esperanza en mi interior.

—Corre, ve con él, cariño —dijo mi madre, apretándome con ternura el brazo—. Yo estaré bien.

Me levanté y seguí a Enzo hasta una habitación. Cuando abrió la puerta, Leone estaba tumbado sobre la cama con el torso desnudo y

un vendaje adherido a su abdomen.

Enzo nos dejó.

—¿Por qué no has firmado los papeles del divorcio?

Suspiré sonoramente y me senté en un huequito que quedaba en la cama, donde pude sentir su calor. Me di ánimos para contarle la verdad, aunque acabara con el corazón roto.

—Porque no quiero divorciarme de ti.

—Claire… —Soltó el aire por los labios, negando con la cabeza—. Esta es mi jodida vida. —Señaló a su alrededor y la herida de bala—. No es el mejor lugar para alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Tan dulce y especial… —Su nuez de Adán subía y bajaba lentamente. Le costaba tragar saliva.

—Creo que me sobrestimas.

—Lo he hecho desde que te conocí… —dijo con un hilo de voz—. Tienes que pensar en ti y firmar esos papeles. Te doy mi palabra de que a tu madre y a ti nunca os faltará de nada.

—Hay un problema en ese plan, Leone. —Deslicé mis dedos por su brazo hasta alcanzar su cuello y su cara—. Que no estás tú, y quiero que estés en mi vida. Yo… te quiero, Leone. Estoy enamorada de ti hasta tal punto que me interpondría entre una bala y tú.

—No digas eso. —Se tensó imaginando la escena—. No quiero que te pase nunca nada, Claire, y si estás conmigo, vivirás con esa posibilidad acechándote continuamente.

—¿Tú me quieres?

—¿De verdad me preguntas eso? —Y suspiró mientras me cogía la mano y me besaba los dedos uno a uno—. Bajaría al infierno y pelearía con el mismísimo Lucifer para evitar que entraras en él, *fiamma mia*.

—Entonces deja de apartarme de ti. —Leone me arrastró hasta su cuerpo para besar mi cara, mi frente, mi nariz, y alcanzar mis labios, que saboreó lentamente.

—*La mia rossa*… —susurró entre mis labios, que abordó con hambre y posesión—. *Fiamma mia*.

Suspiré entrecortadamente entre su boca, notando sus manos adorar mi piel, y sentí que el amor explotaba en mi interior.

Había encontrado a alguien que me entendía y que me amaba tal y como era. A alguien con matices oscuros, temible y temido por muchos, pero a quien amaba con cada partícula de mi ser.

El rey indiscutible de la mafia en Canadá.

Mi Leone.

Mi marido.

Epílogo. Imparable

Leone

—No me gustan las sorpresas, *amore* —me dijo mientras intentaba quitarse la venda que llevaba alrededor de los ojos.

—Esta sí te va a gustar.

El corazón ya no me cabía en el pecho al escuchar esa palabra cariñosa en italiano que llevaba unos meses utilizando conmigo. Le di un beso en la cabeza, la coloqué mirando adonde yo quería y le quité la venda.

No me perdí ni uno solo de sus gestos.

Parpadeó, enfocó la mirada, y su sonrisa, su maravillosa y preciosa sonrisa, brilló en su rostro provocando otro aletazo de calor que recorrió mi cuerpo logrando que me sintiera vivo.

—¿Es lo que creo que es?

—Son las obras del nuevo hospital psiquiátrico que vamos a financiar para que nadie con problemas tenga que preocuparse por el dinero.

—Es… —Se le quebró la voz—. Esto es un sueño, Leone.

Me abrazó con tanta fuerza que supe que había hecho bien en mover mil hilos y sobornar a unos cuantos políticos para que ella se sintiera realizada.

Habían pasado seis meses desde la fatídica noche en que su padre intentó matarla. Desde ese momento nos convertimos en lo que nunca había deseado, pero que anhelaba con ella: un matrimonio, una pareja… Gracias a que mi poder iba creciendo en Canadá, los aliados se multiplicaban y a los enemigos los machacamos sin titubear. A Claire le gustaba ayudar a los demás y fundó varias

asociaciones para ayudar a los niños y adolescentes huérfanos y a las personas con enfermedades mentales. Se la veía feliz, ocupada, y eso se traducía en que yo también estuviese contento de ver la sonrisa en su cara.

Me había dado cuenta de que tenerla a mi lado no me hacía vulnerable, sino imparable. A cualquiera que la mirara mal o dudara de sus capacidades, lo reventaba con mi pistola. Ella era la llama que encendía el fuego de mi interior. Era la única que había conseguido colarse en mi corazón ruinoso y congelado. Y no mentí cuando le confesé que bajaría al infierno a pelear con Lucifer con tal de que ella no fuera allí.

Claire era mi parte humana.

Mi fortaleza.

La única mujer a la que había amado en mi vida.

***

Claire

—«Cuando salgas de la tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso trata la tormenta» —leyó la periodista las palabras escritas en la pared de la entrada del hospital psiquiátrico que Leone había construido por mí.

—Es una frase de Haruki Murakami —dije, y ella asintió, cavilando sobre el significado de esas palabras.

—Para terminar, señora Lombardi, ¿por qué eligió esa frase para dar la bienvenida a la gente que venga aquí? —Sonreí, porque esperaba precisamente que me hicieran esa pregunta.

—Creo que es importante, para los enfermos y sus familiares, mostrar que los cambios no son malos, sobre todo cuando uno sale

de una experiencia complicada. Cambiar es bueno: nos hace versátiles y consigue que evolucionemos a medida que nuestros problemas se van solucionando. Lo malo sería quedarnos estancados para siempre en el pasado, con temor a los cambios. Los que hemos estado metidos en alguna tormenta en nuestra vida hemos salido más fuertes de ella; eso es lo que nos hace imparables.

—Lo que han hecho aquí su esposo y usted es increíble. Le han dado a la ciudad no solo un lugar donde acoger a los enfermos, independientemente de su capacidad económica, sino que han creado una institución donde se estudian las enfermedades mentales para poder curarlas. Le deseo mucha suerte, y muchas gracias por su tiempo.

Nos estrechamos la mano y se fue.

El psiquiátrico estaba lleno de vida y de pacientes. Parecía ayer cuando Leone me trajo aquí para darme la sorpresa, y ya había pasado un año.

Un año en el que estuve implicada en el proyecto, ayudando a encontrar los mejores médicos y creando un espacio seguro, acogedor y capaz de albergar a muchos pacientes.

También visité varias veces a mi madre en Miami, con Leone y Susan (con la que seguía manteniendo la amistad y que había recuperado el fuego en su matrimonio, hasta el punto de estar esperando un bebé), e incluso sola.

Mamá estaba bien. Había reconducido su vida, empezado a trabajar, y tenía amigas. Como me decía siempre, el frío de Canadá no era para ella, porque le recordaba malos momentos… Y a mí no me importaba coger el avión privado de Leone y pasar unos días con ella para comprobar que seguía bien, que su tormenta se había acabado y que ahora ella era más fuerte que antes.

—Señora Lombardi, el señor la espera en su despacho —me dijo Lorenzo, mi nuevo escolta, al oído.

—Voy.

Caminé hasta el despacho que había habilitado en el hospital con el propósito de que fuera un lugar idóneo para celebrar reuniones con nuestros benefactores y para trabajar cuando lo necesitara. En cuanto abrí la puerta y lo vi de pie mirando nuestras fotos encima de la mesa, el corazón me latió más rápido.

Me encantaba que viniese sin avisar a darme una sorpresa.

Me volvía loca poder arañar minutos de nuestras apretadas agendas para buscar un ratito y estar juntos.

—¿Qué tal ha ido la entrevista? —me preguntó volviéndose en mi dirección y mostrándome esa sonrisilla que me ponía muy tonta.

—Muy bien. —Recorrí su abdomen con las manos y las anclé en su cuello—. Has terminado pronto hoy.

—Desde que te he visto esta mañana con este maldito vestido solo he querido hacer una cosa —susurró contra mi boca, sin llegar a darme un beso, simplemente tentándome.

—¿Sí? ¿Qué quería hacer, señor Lombardi?

—*Cazzo*, esposa —dijo antes de apoderarse de mi boca y besarme con desesperación.

Sentí sus manos subiéndome el borde del vestido y dejando mi culo al aire. Dibujó con sus yemas el contorno del tanga y gruñó contra mi boca. Se separó y deslizó uno de sus dedos por mi labio inferior. Me dio la vuelta y me puso de cara a la mesa.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Leone? —lo tenté moviendo el culo.

Él estaba detrás de mí, besándome el cuello. Sus manos dibujaban mis caderas, mis muslos y mis piernas, que abrió un poco más.

—Hacerte gritar mi nombre una y otra vez —gruñó contra mi oreja. Sentí como su dedo se colaba en el interior de mi húmedo

tanga.

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándome en su pecho, mientras él tentaba mi clítoris con esa dedicación que me volvía loca. Después se puso de rodillas, me levantó una pierna y hundió su lengua en mi vulva, lamiendo, succionando y tentando mi clítoris. Comencé a temblar al sentir el orgasmo cada vez más cerca.

Jadeé frustrada cuando me privó de alcanzarlo tan pronto. Se levantó, se bajó la cremallera del pantalón y me la metió con tanto frenesí que gemí de placer nada más sentirla en mi interior.

Me volvía loca saber que no podía controlarse y que me buscaba, sin importar la hora o la circunstancia, para besarme, lamerme o, como ahora, en mi despacho, para reclamarme.

—Leone…

—No te oigo gritar, *fiamma mia*, y quiero que todos en este hospital sepan que eres mi esposa. Que eres mía y de nadie más.

—¡¡Leone!! —grité cogiéndome con fuerza del canto de la mesa al sentir que aceleraba las embestidas mientras rozaba su dedo en mi clítoris.

—Córrete en mi polla, Claire.

Y como si necesitase que me lo pidiera, estallé en placer en mi interior, gritando una y otra vez su nombre. Leone hundió sus dedos en mis caderas y me embistió cada vez más fuerte, hasta que se corrió dentro de mí, con mi nombre saliendo de sus labios.

Me besó el cuello mientras salía de mi interior. Noté su semen resbalando por mis piernas. Enseguida cogió unos pañuelos de papel, me limpió con dedicación y me bajó el vestido.

Rozó mi cara con sus yemas, apoyó su frente en la mía y respiramos los dos profundamente. El hecho de estar juntos producía en nosotros el efecto de paz, conexión y dicha.

No éramos una pareja de declaraciones con palabras y frases endulzadas. Necesitábamos tocar, lamer, sentir y besar al otro.

Sabía que Leone me amaba con todo su ser, y yo a él también, nada más.

Cada uno habíamos salido de nuestra propia tormenta totalmente cambiados, perfectos para el otro.

Una *vendetta* nos unió y ya nada nos separará, ni siquiera la muerte.

Quince años antes

Leone

Pizzo (Italia)

—¿Por qué he tenido que ponerme el traje si no es domingo? —le dije a mi madre mientras caminábamos. Intenté que el cuello de la camisa no me ahogase.

Siempre he odiado llevar corbata.

Llevábamos mucho rato andando y no había amanecido todavía.

—Hoy vas a conocer a alguien muy especial —me contestó con una sonrisa resplandeciente.

Creo que fue la primera vez que vi a *mamma* tan guapa y feliz.

—¿Por qué no viene *papà*? —La miré de reojo mientras se alisaba su bonito vestido azul—. Podía habernos llevado en coche, para no tener que andar tanto rato…

—Porque al sitio que vamos, él no puede venir. Además…, cada vez le cuesta más andar. Y ¿no es bonito ver el amanecer mientras paseamos?

—Pues no sé —contesté muy poco convencido, porque tenía sueño y no me gustaba ir tan temprano con traje. Como algunos de mis compañeros me viesen así, no pararían de burlarse de mí—. No entiendo por qué te casaste con un hombre tan mayor. Eres guapa. La *mamma* más guapa de todas —solté con la inocencia de un chaval de doce años. Mi madre titubeó un segundo, y luego me miró con una dulce sonrisa.

—Tu padre es un buen hombre que nos cuida mucho.

—Ya. —Me miré los pies, con esos estúpidos zapatos negros que me apretaban tanto y con los que no podía jugar al fútbol, porque se estropeaban—. Es que mis compañeros de la escuela se burlan diciendo que es mi abuelo.

—¿Y tú qué les dices?

—Nada, solo hago que se callen —dije levantando una ceja.

Mi madre negó escandalizada a la par que divertida mientras me despeinaba con cariño.

—Con razón siempre traes los nudillos destrozados y algún que otro moratón. Eres igual que tu padre —comentó con orgullo. Me habían contado que *papà*, cuando era joven, era el más valiente, y quería ser como él. Aunque, por aquel entonces, solo dormía y se quedaba viendo la televisión en el sofá—. Hoy quiero que te comportes como te he enseñado, ¿de acuerdo, Leone? Quiero que le des una buena impresión.

—¿A quién?

El ruido ensordecedor de una moto de gran cilindrada hizo que mi madre se volviera antes de que pudiese contestarme. Me cogió con fuerza la mano, como si necesitara saber que estaba a su lado, y me volví en esa misma dirección con curiosidad. Un motorista vestido de negro por completo se acercaba a gran velocidad hacia nosotros.

Era tan temprano que no había nadie por la calle. Todos dormían o estaban ya en sus establecimientos, trabajando para cuando el pueblo se despertase. Solo estábamos *mamma*, yo y ese motorista que cada vez se aproximaba más a nosotros. No entendía por qué se tensaba mi madre para apretarme la mano hasta tal punto.

—¡No! —jadeó con un tono de voz que jamás había escuchado. Y me arrastró rápidamente para ponerme detrás de ella mientras me pasaba el bolso, casi estrellándomelo en el pecho.

Titubeé. No sabía lo que quería. Estaba intentando liberarme de su agarre, pero me tenía cogido por los hombros para esconderme de aquel motorista tras su espalda.

De repente, una explosión rompió el silencio de la mañana.

Era un sonido seco, agudo, que dejaba un olor a… pólvora quemada que se mezcló con la humedad del ambiente.

—No… —dije al reconocer ese olor y ese sonido tan característicos, que me habían acompañado en los últimos años, y comencé a rebuscar con urgencia dentro de su enorme bolso.

Sabía que estaba allí. Mi madre siempre salía con una pistola encima, pero no la encontraba con tantas cosas como llevaba.

El sudor perlaba mi frente, mis manos temblaban frenéticas intentando encontrar el arma, y ella seguía empeñada en ocultarme tras su cuerpo. Aguanté la respiración cuando escuché que una y otra y otra y otra vez ese malnacido motorista disparaba a mi madre. En uno de los disparos sentí un dolor punzante, abrasador, que me quemaba en el brazo y que me hizo apretar los dientes con fuerza.

Las lágrimas se me agolpaban en los ojos cuando al fin encontré la pistola. El dolor que sentía en el brazo era insoportable, pero tenía que ser valiente, como mis tíos me habían enseñado. No podía olvidar que mi madre me necesitaba. Tenía ciertas nociones de cómo defenderme, pero nunca había tenido que utilizar mis conocimientos en un caso real.

Hasta ese momento.

Dejé caer en el suelo el bolso mientras intentaba quitarle el seguro a la pistola, pero estaba tan nervioso que era como si mis dedos se hubiesen vuelto de gelatina. Y no solo porque nos estaban disparando, sino porque *mamma* se tambaleó hacia atrás, donde yo estaba, y empezó a caerse encima de mí, como si quisiera protegerme hasta el último momento.

Intenté sostener su peso, ¡lo juro!, pero no era lo suficientemente fuerte, y seguía intentando quitarle el maldito seguro a la pistola. Y al final, sin poder evitarlo, nos caímos al suelo.

Su largo cabello castaño me tapaba la cara. Moví la cabeza para quitármelo de encima, porque me estaba ahogando. Casi en el mismo momento logré quitar el seguro de la pistola. Mi madre estaba tumbada de espaldas contra mí; noté que algo caliente y viscoso empezaba a humedecer mi traje de los domingos…

Respiré intentando tranquilizarme, aunque lo único que quería era gritar con fuerza para que alguien nos ayudase; sin embargo, la moto todavía seguía allí. Podía escuchar el motor al ralentí, olía el humo que salía del tubo de escape y que se mezclaba con el suave y dulzón aroma del champú de camomila que utilizaba mi madre. Me frustraba mucho saber que no podía hacer nada: no solo no podía ver dónde estaba el motorista, sino que mi madre me inmovilizaba con su cuerpo, aplastándome contra la calzada.

Tenía que ser listo, como siempre me decía mi padre. Ser paciente y esperar el momento indicado, pero los segundos se deslizaban tan despacio que parecían horas.

De repente escuché unos pasos pesados, que se mezclaron con el sonido ensordecedor de mi corazón, que retumbaba con fuerza.

Al levantar la cabeza, vi al motorista, todavía con el casco puesto, observándome, apuntándome con la pistola.

Frío.

Despiadado.

Y decidido a acabar también con mi vida.

Tragué saliva para intentar bajar el miedo que tenía instalado en la garganta y, sin dejar que las emociones alteraran mi pulso, apreté el gatillo, como tantas veces había practicado, antes de que aquel tipo lo hiciera contra mí.

Una.

Otra.

Otra.

Otra.

Hasta que no vi cómo se caía al suelo, con un sonido hueco y espeluznante al impactar el casco contra el asfalto, no dejé de apretar el gatillo. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

Quise quitarme a mi madre de encima para asegurarme de que estuviese muerto. Sin embargo, el sonido de unas sirenas a lo lejos hizo que me centrara en lo más apremiante: que mi madre estuviese bien para salir corriendo de allí.

—*Mamma?* —susurré sin soltar la pistola, por si alguien más quería matarme, aunque dudaba si quedaban balas. No las conté, algo que siempre me recordaban mis tíos que hiciera—. *Mamma*…

No me contestó. Yacía muerta encima de mí. Juré vengarme de su muerte, aunque tuviera que esperar a hacerme mayor para ser yo mismo quien lo hiciera. Quería liquidar a quien fuera que me había arrebatado a mi madre, y no descansaría hasta conseguirlo.

Nota de la autora

(No leer antes de la novela, porque contiene *spoilers*)

No sé cómo explicar la sensación que tengo al terminar de escribir *Dulce vendetta*. La felicidad, el orgullo y la satisfacción se mezclan porque al fin he conseguido acabar esta historia, con la que he estado más de cinco meses.

Elegí Toronto para ubicarla por un motivo: esta ciudad de Canadá lleva muchos años acogiendo a la mafia más peligrosa del mundo, la 'Ndrangheta. Aunque, como habéis podido comprobar, nunca me refiero a ella de manera directa, sí me he basado bastante en cómo operan para crear un escenario lo más ajustado posible a la realidad. Por ejemplo, Leone nació en Pizzo, una ciudad de Calabria (Italia), considerada la cuna de esta organización. Sin embargo, he optado por nombrar al jefe de la mafia «capo», y no «capobastone», como sería más correcto en la 'Ndrangheta, para que sea más sencillo de entender.

He estado documentándome sobre la mafia italiana, y más específicamente la ítalo-canadiense; sin embargo, aunque he añadido escenas que habrían podido suceder realmente, no deja de ser una historia ficticia.

No os voy a engañar, no ha sido un camino fácil. No solo porque mi vida se ha vuelto un poco caótica, las rutinas han cambiado y he tenido que volver a encontrarme. También han surgido distintos problemillas que me han afectado, pero nada grave, chicas. Soy un poco como Claire, no me rindo fácilmente.

Soy muy cabezona y quería crear algo especial para Leone y Claire, y hasta que no lo he conseguido no he parado. Y sí, lo confieso: he borrado muchas páginas de muchas semanas de trabajo porque no me gustaban. Es más, después de casi tres meses de trabajo, borré todo y empecé de cero.

He intentado (espero haberlo conseguido) que fuera una historia lo más realista posible dentro de la temática de la mafia. No quería crear un antihéroe que, por amor, se volviese un príncipe azul. Leone siempre tendrá esas sombras que lo envolverán, pero gracias a «su llama» las ha conseguido disipar ligeramente. Solo es así con ella. Con los demás sigue siendo el hombre despiadado y frío que hemos conocido. Lo cierto es que le he cogido mucho cariño a este personaje. Crearlo ha sido un auténtico reto, no solo por jugar con la ambigüedad de su personalidad, sino para que fuera creíble su enamoramiento. Al fin y al cabo, Leone vio en Claire ese instinto de supervivencia que él tuvo que utilizar con solo doce años… Le atrajeron sus debilidades, pero se enamoró de su increíble fortaleza.

Por otra parte, está la chica de la novela. La pobre lo ha pasado mal toda su vida, menos mal que tenía a Leone para sentir un poco de paz. También me ha gustado mucho crearla, que fuera capaz de protegerse gracias a que su madre quería que tuviera esa capacidad, y que la hubiese utilizado en los peores momentos. Creo que ambos han evolucionado mucho durante la historia, y que Claire ha encontrado su fortaleza al lado de su peligroso marido.

Espero que os haya entretenido y que la hayáis disfrutado de principio a fin. A mí me ha encantado crearla, porque no es la típica historia de amor. No son personajes melosos ni muy románticos. Por su manera de ser, no era lógico que lo fueran, y es lo que me ha gustado plasmar.

Hay muy distintos tipos de amor, y todos son igual de válidos, ¿verdad?

Además, menuda manera que ha tenido Leone de decirle que la quiere, ¿eh? ¡¡Ufff!! Ese hombre es puro fuego cuando quiere.

Agradecimientos

Quien me sigue desde hace más de doce años sabe que siempre empiezo con mi marido, y después de treinta y un libros no voy a cambiar el orden, ¿verdad?

Gracias, amor, por tu comprensión, por quererme bonito y por apoyarme tanto. Como últimamente me dices para animarme, «los cambios siempre son buenos, Loles». Y aquí estoy, con una novela muy distinta y con otro sello editorial dentro de Planeta. Y sí, empiezo a entender que es importante cambiar, salir de la zona de confort y atreverse a hacer cosas diferentes. Aunque a veces da miedo, es importante atreverse a hacerlo. Gracias por recordármelo, cariño. ¡Te amo!

A mis hijos. ¿Qué haría yo sin vosotros? Gracias por cada segundo que compartís conmigo. Por vuestro apoyo y vuestro ánimo. Por hacerme la mujer más feliz del mundo al tener una hija y un hijo tan maravillosos como vosotros.

A mi hija: gracias por darme ideas para los nombres de los protas, por decirme qué te parece el título y por los ánimos que me das para que escriba ciertas escenas. ¡Eres la mejor asesora que podría tener!

A mi hijo: gracias por buscar los modelos de los coches que salen en las historias, enviarme las fotos e incluso darme ideas para que añada más cosas a los textos. ¡Eres un ayudante increíble!

¡Os quiero muchísimo a los dos!

A mi familia: gracias por estar siempre a mi lado.

A mis amigas, mis Cococalas: gracias por estar en mi vida.

A mis lectoras, las que llevan conmigo desde siempre y las que se han unido en algún momento del camino: gracias por acompañarme en esta aventura. Gracias por vuestras palabras cuando acabáis de leer mis novelas. Gracias por cada reseña, cada publicación o post, cada *reel* o *collage* que compartís. Siempre lo digo, pero ¡es la verdad!: sin vosotras esto sería imposible.

A las *instagrammers*, *booktokers*, *youtubers*: gracias por cada reseña y por vuestro maravilloso tiempo recomendando mis novelas. Me encanta cuando me etiquetáis y leer vuestras impresiones.

A Esther Escoriza: gracias por estos años. Por tu sabiduría, tu comprensión, tu apoyo y tu amistad. No es una despedida, solo un «hasta luego».

A mi editora Adelaida. Nos conocemos de muy poquito, pero me ha encantado charlar contigo, y espero que podamos hacer muchas cosas juntas. Gracias por tus palabras y tu apoyo. ¡Y vamos a venirnos arriba, Ade! Ja, ja, ja.

A todas las personas que, de un modo u otro, ayudan a que esta novela llegue a vuestras manos lo mejor posible. ¡¡Gracias!! Sois unos profesionales increíbles.

Y a ti, que estás leyendo estas últimas palabras, solo espero que hayas disfrutado de esta intrigante historia con tintes oscuros, que hayas podido ver otro tipo de amor al habitual y que te haya sorprendido la razón por la cual Leone se venga de los Corsini.

Nos vemos en el siguiente libro.

Con cariño,

Loles

Biografía de la autora



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Con catorce años se apuntó a clases de teatro para desprenderse de su timidez, y descubrió un mundo que le encantó y que la ayudó a crecer como persona. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. **Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.**

Desde muy pequeña, sus pasiones han sido la lectura y la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica. Desde entonces no ha parado de crear nuevas historias y espera seguir muchos años más escribiendo novelas con todo lo necesario para enamorar al lector.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:

Blog: https://loleslopez.wordpress.com/

Facebook: Loles López

Instagram: @loles_lopez

Dulce vendetta
Loles López

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración/fotografía de la portada, Shutterstock

© Loles López, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-32053-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta